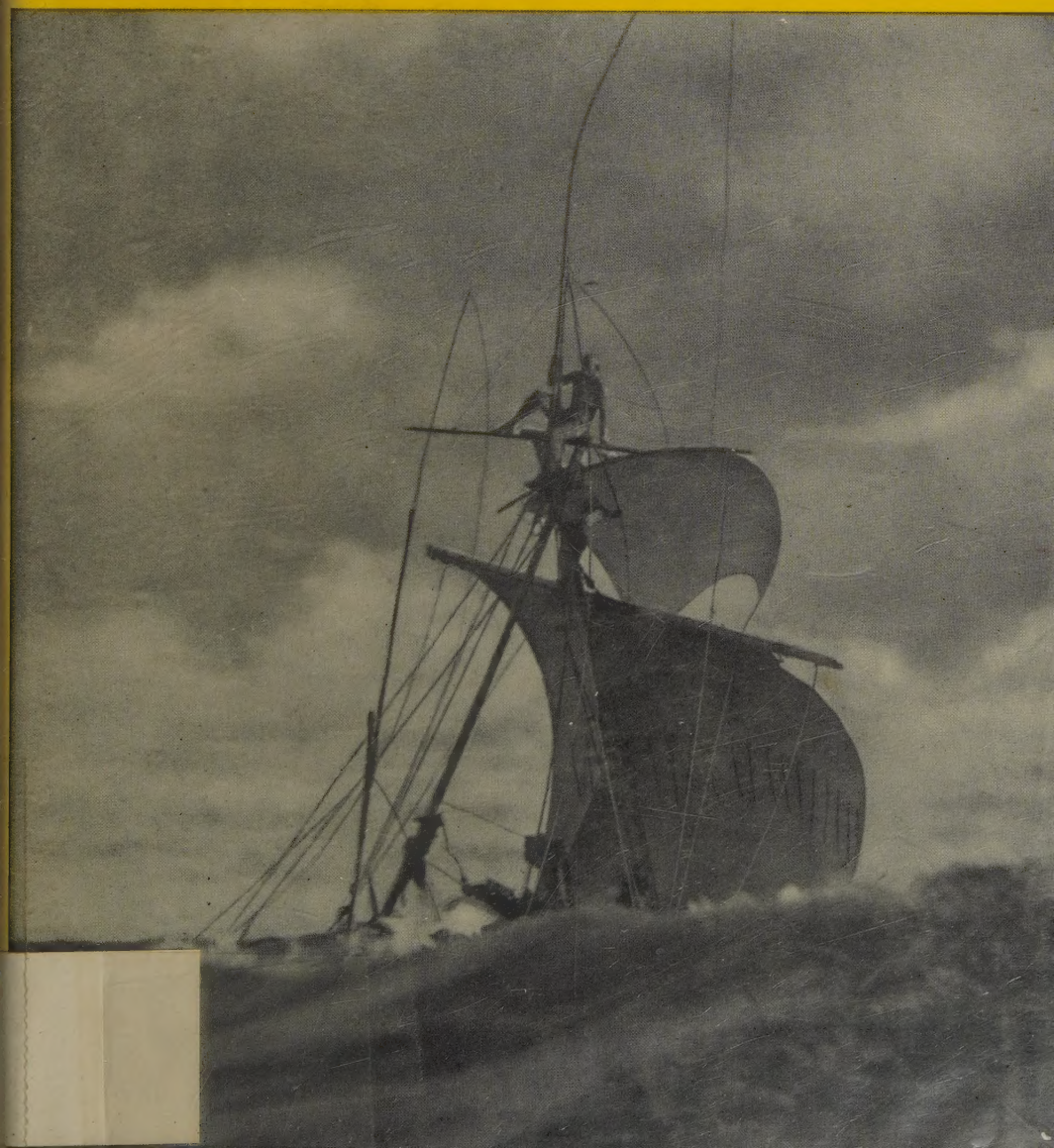
THOR HEYERDAHL

LA EXPEDICIÓN DE LA «KON-TIKI»



LA EXPEDICION DE LA "KON-TIKI"

por

THOR HEYERDAHL

HABIENDO descubierto que los predecesores de los incas y los antiguos habitantes de ciertas regiones de Polinesia adoraron a un mismo dios solar, llamado Kon-Tiki, el autor del presente libro dedujo que los primeros pobladores de las islas del Pacífico fueron americanos de los tiempos preincaicos. Pero otros investigadores objetaron que, en aquella remota época, los aborígenes peruanos sólo poseían balsas, con las que era imposible cruzar el Pacífico.

Para demostrar la exactitud de su hipótesis, Thor Heyerdahl hizo construir una balsa, fiel imitación de los modelos antiguos, y, en compañía de cinco camaradas, intentó la experiencia y la llevó a feliz término. Por una venturosa coincidencia, el sabio etnólogo e intrépido explorador que nos refiere la aventura es también un escritor notable: posee un admirable don descriptivo, un delicioso humorismo, un estilo claro y vivaz. Tales atractivos acrecen el valor de un relato cuyos sucesos son ya de por sí apasionantes y comparables con las más sorprendentes creaciones de la imaginación.

El libro de Thor Heyerdahl, traducido a veinte lenguas, ha alcanzado fabulosas tiradas. Su lectura apasiona igualmente a los jóvenes y a la gente madura, al lector corriente

Thor Heyerdhal
LA EXPEDICION DE LA
KON-TIKI, tela 260 Ptas.
Editorial Juventud

3 9047 00104286 6

725

S
910.4
HEYERDAHL, THOR

77-11903

LA EXPEDICION DE LA
KON-TIKI.

AUG 17 1993

JUL 19 1995

MAR 23 2000

FEB

SEP 19 2002

San Mateo Public Library
San Mateo, CA 94402
"Questions Answered"

BRO DART PRINTED IN U.S.A.

23-520-002

THOR HEYERDAHL - LA EXPEDICIÓN DE LA «KON-TIKI»

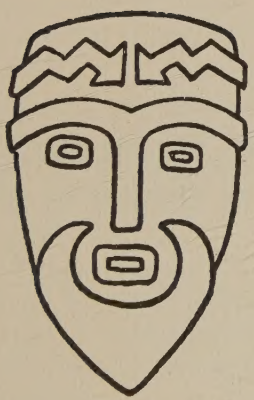
A toda vela en alta mar. Nuestro aprendizaje tuvo que efectuarse en plena corriente de Humboldt, pues los últimos maestros de la navegación en balsa desaparecieron hace siglos.

THOR HEYERDAHL

LA EXPEDICIÓN DE LA «KON-TIKI»

VERSIÓN ESPAÑOLA DEL GENERAL

ARMANDO REVOREDO



SERVICIOS BIBLIOTECARIOS PARA LA RAZA
Library Services to Spanish Speaking
25 Tower Road
Belmont, California 94002

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA, 101 - BARCELONA

PUBLIC LIBRARY SAN MATEO CALIFORNIA

Título de la obra original: KON-TIKI EKSPEDISJONEN

© THOR HEYERDAHL, 1950
© EDITORIAL JUVENTUD, BARCELONA (ESPAÑA), 1951

Primera edición: noviembre 1951
Segunda edición: diciembre 1951
Tercera edición: marzo 1952
Cuarta edición: julio 1952
Quinta edición: mayo 1953
Sexta edición: febrero 1955
Séptima edición: diciembre 1957
Octava edición: agosto 1963
Novena edición: diciembre 1967
Décima edición: julio 1971

DEPÓSITO LEGAL, B. 24.203-1971
NUESTRO NÚM. DE EDICIÓN: 5.008

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN
Litografía ROSES - Escultor Canet, 6 al 10 - Barcelóna

77-11903

Capítulo Primero

UNA TEORÍA

Mirada retrospectiva — El viejo de la isla de Fatu Hiva — Vientos y corrientes — En busca de Tiki — ¿Quién pobló la Polinesia? — El enigma de los mares del Sur — Teorías y hechos — Leyenda de Kon-Tiki y de los misteriosos hombres blancos — Llega la guerra

A veces nos encontramos en situaciones raras, sin saber cómo. Nos metemos en ellas paso a paso y del modo más natural, hasta que de súbito, cuando estamos ya enzarzados, el corazón nos da un vuelco y nos preguntamos cómo diablos pudo ocurrir aquello.

Si, por ejemplo, nos hacemos un día a la mar en una balsa de madera, en compañía de un loro y cinco hombres más, es inevitable que tarde o temprano, al despertarnos una mañana en alta mar, quizás algo mejor descansados que de ordinario, nos pongamos a considerar la situación.

En una mañana así, estaba yo sentado ante mi cuaderno de bitácora, escribiendo en sus páginas, caladas de rocío:

«17 de mayo: día de la Independencia de Noruega. Mar gruesa. Viento favorable. Hoy me toca hacer de cocinero y he encontrado siete peces voladores en cubierta, un pequeño calamar en el techo de la caseta y un pez desconocido junto al saco de dormir de Torstein...»

Aquí se detuvo el lápiz. Un pensamiento vino furtivamente a interponerse entre mis ojos y la página del diario: «¡Vaya un extraño 17 de mayo! La verdad es que, de cualquier lado que se mire, llevamos una vida algo rara. ¿Cómo hemos venido a parar aquí?»

Si volvía los ojos a la izquierda, el amplio mar azul se extendía sin obstáculos, con el silbido de sus olas que pasaban rodando al alcance de la mano, en eterna persecución de un horizonte siempre en retirada. Si los volvía a la derecha, podía ver, tendido en la penumbra de la caseta que nos servía de hogar común, a un individuo barbudo, enfrascado en la lectura de Goethe, con los dedos de sus pies desnudos cuidadosamente metidos en el enrejado de bambú del bajísimo techo de la destartalada cabaña.

—Bengt —llamé, apartando con la mano al loro, que se empeñaba en hacer percha de mi libro—. ¿Me quieres decir cómo y por qué demonios estamos haciendo esto?

Desapareció Goethe debajo de la barba rojiza.

—¡Qué sé yo! Tú lo sabrás, pues tuya fue esta maldita idea; aunque es magnífica, desde luego.

Puso los dedos de los pies tres cañas más arriba y siguió leyendo imperturbable. Afuera, otros tres sujetos trabajaban bajo un sol abrasador en la cubierta de bambú. Iban medio desnudos, con la piel bronceada y la barba crecida; las espaldas estriadas de sal, y parecía como si nunca hubieran hecho otra cosa que navegar en balsas rumbo a occidente, a través del Pacífico.

En aquel momento apareció Erik, entrando a gatas por la abertura. Llevaba en las manos un sextante y un montón de papeles.

—Noventa y ocho grados, cuarenta y seis minutos oeste, y ocho grados, dos minutos sur... ¡Buena singladura, chicos!

Tomó mi lápiz y trazó un pequeño círculo en una carta colgada del mamparo de bambú; un circulillo al final de una cadena de otros diecinueve que se curvaba hacia el noroeste desde el Callao, en la costa del Perú. Herman, Knut y Torstein entraron del mismo modo ávidos de ver el emplazamiento del nuevo círculo, que, con respecto al anterior, nos acercaba unas buenas cuarenta millas a las islas del Mar del Sur.

—¿Lo veis, muchachos? —decía Herman orgullosamente—. Esto significa que estamos a ochocientas cincuenta millas de la costa del Perú.

Knut añadió socarronamente:

—Y que tenemos que recorrer otras tres mil quinientas para llegar a la más cercana de las islas.

—Y, para ser más preciso —dijo Torstein—, estamos a cinco mil metros sobre el fondo del mar y a unas cuantas brazas debajo de la luna.

Así ahora sabíamos todos el lugar exacto donde nos encontrábamos y yo podía seguir especulando sobre el por qué estábamos allí. Al loro no le importaba un comino; su única preocupación era tirar de la corredera. El mar seguía como siempre: un círculo perfecto, rodeado de cielo, en una superposición de azul sobre azul.

Quizá todo había empezado el invierno anterior, en la oficina de un museo de Nueva York; o tal vez ya se había iniciado diez años atrás, en una islita del archipiélago de las Marquesas, en pleno Pacífico. A lo mejor arribaríamos a la misma isla, a menos que el viento del nordeste nos arrojara más hacia el sur, en dirección a Tahití y al grupo de las Tuamotu.

La visión de aquella islita se presentaba claramente a los ojos de mi espíritu con sus rugosas montañas de color rojizo, su vegetación selvática, que descendía por las laderas hasta el mar, y sus esbeltas palmeras balanceándose a todo lo largo de la costa. La isla se llamaba Fatu Hiva; no existía tierra alguna entre ella y el lugar en que estábamos flotando ahora, a miles de millas. Veía el estrecho valle de Ouia, abierto hacia el mar, y recordaba perfectamente cómo nos sentábamos en la solitaria playa una y otra noche, mirando ese mismo mar sin fin. Estaba entonces con mi esposa, no, como ahora, entre piratas barbudos. Coleccionábamos toda clase de seres vivos, imágenes y otras reliquias de una cultura fenecida.

Recordaba particularmente una noche. El mundo civilizado parecía incomprensiblemente remoto e irreal. Vivíamos en la isla desde hacía casi un año, habiendo abandonado por nuestra propia voluntad los bienes de la civilización junto con sus males. Éramos los únicos blancos del lugar. Habitábamos una pequeña cabaña construida por nosotros mismos bajo las palmas, junto a la playa, y nos alimentábamos de lo que la selva tropical y el Pacífico tenían para ofrecernos.

Era una escuela dura pero práctica, que nos enseñaba a penetrar muchos de los curiosos enigmas del Pacífico. Con frecuencia seguimos ambos, en cuerpo y espíritu, las huellas de los salvajes que por primera vez arribaron a estas islas, proce-

dentes de un país desconocido, y cuya descendencia polinésica reinó sin disputa sobre este imperio insular, hasta que aparecieron los hombres de nuestra raza, con la Biblia en una mano y pólvora y aguardiente en la otra.

En esa noche, estábamos sentados —como tantas veces habíamos hecho— en la playa, bajo la luna, con el mar frente a nosotros. Plenamente conscientes y sumergidos en un ambiente de ensueño, no dejábamos escapar ninguna impresión; llenaba nuestro olfato un aroma de exuberancia vegetal y de sal marina y oíamos el murmullo del viento entre las hojas y los penachos de las palmeras. A intervalos regulares, todos los ruidos eran dominados por las grandes olas que llegaban de mar adentro y se estrellaban espumantes contra las rocas de la costa, deshaciéndose en círculos blancos. Era como un estruendoso rugido, seguido de un sordo fragor entre los millones de piedras brillantes, hasta que todo quedaba en calma otra vez, cuando el mar se retiraba para acopiar nueva energía y lanzar un nuevo ataque a la costa invencible.

—Es extraño —decía mi esposa—, pero no hay rompientes como éstos al otro lado de la isla.

—No —le dije—; éste es el lado de barlovento. Las olas rompen siempre por aquí.

Permanecimos sentados allí, admirando el mar, que parecía empeñado en demostrar que venía de oriente, de oriente... siempre de oriente. Eran los eternos vientos del este, los alisios, los que habían perturbado la superficie del mar, levantándola y enroscándola hacia delante, desde más allá del horizonte oriental hasta aquí, hasta las islas. Aquí, la ininterrumpida cabalgada del mar se estrellaba finalmente contra acantilados y arrecifes, mientras el viento se levantaba simplemente por encima de la costa, las selvas y las montañas, y seguía, imperturbable, rumbo al oeste, de isla en isla, hacia el ocaso.

Así, desde el alba de los tiempos, las olas y las mudables nubes han avanzado siempre de levante. Bien lo sabían los primeros hombres que llegaron a estas islas. Las aves y los insectos lo sabían también, y la vegetación de las islas está completamente dominada por esta circunstancia.

Y nosotros, por nuestra parte, sabíamos que allá lejos, detrás del horizonte hacia oriente, se extendía la costa abierta de Sud-

américa, a más de cuatro mil millas, sin otra cosa que el mar entre ella y nosotros.

Mientras contemplábamos el palpitante mar, plateado por la luna, y arriba el correr de las nubes, escuchábamos a un viejo medio desnudo que, sentado delante de nosotros, junto a las brasas de una hoguera casi extinguida, decía quedamente:

—Tiki... era jefe y era dios. Él trajo a mis antepasados a estas islas donde ahora vivimos. Antes vivíamos en un gran país, al otro lado del mar.

Removía con una caña las brasas para avivarlas y, en cuclillas, seguía pensando. Vivía de antiguas tradiciones y seguía firmemente encadenado a ellas. Adoraba a sus antepasados y las hazañas de éstos, que le hacían remontar hasta el tiempo de los dioses, y esperaba reunirse alguna vez con ellos. El viejo Tei Tetua era el único superviviente de todas las extinguidas tribus de la costa oriental de Fatu Hiva; él mismo ignoraba su edad, pero su piel gruesa y morena, surcada de arrugas, parecía haberse curtido al sol y al viento durante cien años. Era uno de los pocos que en aquellas islas recordaba y creía todavía las historias legendarias que sus padres y abuelos contaban del gran jefe y dios de la Polinesia, Tiki, hijo del Sol.

Cuando aquella noche mi mujer y yo volvimos al lecho en nuestra pequeña cabaña, continuaban bullendo en mi cerebro, acompañadas por el sordo rugido del mar en la distancia, las historias del viejo Tei Tetua sobre Tiki y la tierra lejana de ultramar, cuna de los primeros isleños.

El mar sonaba como una voz de tiempos remotos y parecía querer decir algo, allá en el misterio de la noche. No pude dormir. Era como si el tiempo ya no existiera y Tiki y sus marinos estuvieran desembarcando en aquel momento en los rompientes de la playa cercana.

De pronto, se me ocurrió una idea y dije a mi mujer:

—¿Te has fijado en que las grandes figuras de piedra de Tiki, en la selva, se parecen mucho a los monolitos gigantes dejados por las extinguidas civilizaciones de Sudamérica?

Hubiera dicho que un rumor de aprobación llegaba hasta mí desde los rompientes. Luego las olas se calmaron lentamente, mientras yo quedaba dormido.

* * *

Así fue, quizá, como la cosa empezó. En todo caso, así principiaron una serie de sucesos que terminaron con nuestro embarque y el del loro a bordo de una balsa, frente a las costas sudamericanas.

Recuerdo el disgusto de mi padre y el asombro de mi madre y mis amigos cuando regresé a Noruega y, después de entregar al Museo Zoológico de la Universidad mis frascos llenos de insectos y peces llevados de Fatu Hiva, manifesté que deseaba abandonar mis estudios sobre zoología para empezar el de los pueblos primitivos. Me habían fascinado los misterios aún no resueltos de los mares del Sur; debía haber para ellos una solución racional y me fijé un objetivo: la identificación del héroe legendario Tiki.

En los años que siguieron, los rompientes y las ruinas arqueológicas de la selva fueron para mí como un remoto y utópico sueño que formaba el telón de fondo y el acompañamiento de mis estudios sobre los pueblos del Pacífico. Por vano que sea querer interpretar los pensamientos y actos de un pueblo primitivo por medio de lecturas y visitas a museos, no es menos inútil, para un explorador moderno, querer alcanzar todos los horizontes que caben en un solo anaquel de una biblioteca.

Los trabajos científicos, los diarios de viaje de la época de las primeras exploraciones y las innumerables colecciones de los museos de Europa y América ofrecían una gran riqueza de material que podía ser utilizado en la solución del enigma que yo me había propuesto resolver. Desde que los hombres de nuestra propia raza llegaron a las islas del Pacífico, después del descubrimiento de América, los investigadores de todas las ramas de la ciencia han acumulado un bagaje de información casi infinito sobre los habitantes de los mares del Sur y todos los pueblos que viven allí; pero jamás se han puesto de acuerdo sobre el origen de los primeros habitantes de estas apartadas islas o la razón por la cual ese tipo se encuentra desparramado solamente por las islas de la parte oriental del Pacífico.

Cuando los primeros europeos se aventuraron, por fin, a cruzar el mayor de todos los océanos, descubrieron con sorpresa

que justamente en su centro había un cierto número de islas montañosas y chatos arrecifes de coral, aislados unos de otros y del resto del mundo por vastas extensiones de mar. Cada una de estas islas estaba ya habitada por gentes que habían llegado antes que ellos; eran altos de talla y hermosos de tipo; salían a recibirlos a las playas con perros, cerdos y gallinas. ¿De dónde habían venido? Hablaban un lenguaje que ningún otro pueblo conocía; y los hombres de nuestra raza, que osaban llamarse descubridores de estas islas, encontraban campos cultivados y ciudades con templos y cabañas en cada islote habitable. Más aún, en algunas de ellas hallaron viejas pirámides, caminos pavimentados y estatuas labradas en piedra, altas como un edificio de cuatro pisos. ¿Quiénes eran, pues, estas gentes y de dónde procedían?

Se puede decir, sin temor a equivocarse, que las respuestas a tales enigmas son tan numerosas como los trabajos que sobre ellos se han escrito. Los especialistas de las diferentes ramas de la ciencia han propuesto las más diversas teorías, pero sus afirmaciones fueron siempre desmentidas luego por las conclusiones a que han llegado los expertos de otros sectores de la investigación.

China, Malaya, la India, el Japón, Arabia, Egipto, el Cáucaso, la Atlántida, hasta Alemania y Noruega han sido seriamente defendidas como patria original de los pueblos polinésicos. Pero en cada caso ha surgido algún reparo de carácter decisivo que vuelve a dejar la cuestión en su planteamiento primitivo.

Y donde se detuvo la ciencia, empezó la imaginación. Los misteriosos monolitos de la isla de Pascua y todas las demás reliquias de origen desconocido encontradas en este pedazo de tierra, situado en el más completo aislamiento, a medio camino entre la isla más próxima y las costas de Sudamérica, han dado origen a toda clase de especulaciones. Muchos observaron que los hallazgos de la isla de Pascua recuerdan en muchos aspectos los restos de las civilizaciones prehistóricas de Sudamérica. ¿Quién sabe si alguna vez existió un puente de tierra sobre el mar, que se ha hundido después? ¿Quién sabe si la isla de Pascua y las demás islas de los mares del Sur que tienen monumentos análogos, es lo único visible hoy de lo que fuera otrora un continente hundido en el Pacífico?

Esta última ha sido una teoría muy popular, aceptable desde luego para el profano, pero los geólogos y otros hombres de ciencia no la favorecen. Es más: los zoólogos prueban en la forma más simple, mediante el estudio de los insectos y caracoles encontrados en las islas de los mares del Sur, que éstas han estado a través de toda la historia tan completamente aisladas una de otra y de los continentes que las rodean, como lo están al presente. Por consiguiente, sabemos con absoluta certeza que la raza original de la Polinesia debe haber venido alguna vez, voluntaria o involuntariamente, a estas remotas islas, flotando a la deriva o navegando a la vela. Y un examen cuidadoso de los habitantes de los mares del Sur muestra que no pueden haber pasado muchos siglos desde que esto ocurrió. Porque, aun cuando los polinesios viven desparramados sobre un área de mar cuatro veces mayor que Europa entera, las lenguas habladas en las diferentes islas no se han diversificado todavía. Hay miles de millas de por medio entre Hawaii al norte y Nueva Zelanda al sur, desde Samoa en el oeste hasta la isla de Pascua en el este; y, sin embargo, todas estas tribus aisladas hablan dialectos de un lenguaje común, que nosotros hemos llamado polinesio.

La escritura era desconocida en todas las islas, con excepción de algunas tablillas encontradas en la de Pascua, con jeroglíficos incomprensibles que los nativos han conservado cuidadosamente, a pesar de que ni ellos ni nadie ha podido descifrarlos. Pero tenían escuelas, cuya función esencial era la enseñanza poética de la historia, ya que, en Polinesia, la historia se confundía con la religión. Se practicaba el culto de los antepasados; adoraban a sus jefes muertos, remontándose hasta Tiki, del cual decían que era hijo del Sol.

Casi sin excepción, en cada una de las islas, los hombres ilustrados podían enumerar los nombres de sus jefes hasta el momento del primer desembarco. Para ayudar su memoria usaban a menudo un complicado sistema de nudos, hechos en cuerdas retorcidas, tal como hacían los incas en el Perú. Investigadores modernos han coleccionado las diversas genealogías locales de cada isla y han encontrado que concuerdan de un modo asombroso, tanto en los nombres como en el número de generaciones; y así se ha podido colegir, tomando como promedio de una generación polinesia veinticinco años, que las islas de los

mares del Sur no estaban pobladas quinientos años antes de la Era Cristiana. Una nueva ola de cultura y una nueva cadena de jefes demuestra que otra migración posterior llegó a las islas a los mil cien años de nuestra Era.

¿De dónde podían venir estas tardías migraciones? Muy pocos investigadores parecen haber tomado en consideración el factor decisivo de que los pueblos que llegaron a las islas en fecha tan tardía eran gentes de la más pura Edad de Piedra. A pesar de su inteligencia y de su elevada y sorprendente cultura en muchos otros aspectos, estos hombres del mar trajeron consigo cierto tipo primitivo de hachas y otras herramientas características de la Edad de Piedra, que esparcieron por todas las islas donde abordaron. No debemos olvidar que, aparte pequeñas tribus aisladas que habitaban las selvas primitivas y de ciertas razas retrasadas, no había en el mundo entero culturas capaces de alguna expansión que estuvieran aún en la Edad de Piedra de quinientos a mil cien años después de la Era Cristiana, como no fuese en el Nuevo Mundo. En éste, aun las más altas civilizaciones indias ignoraban totalmente el uso del hierro y utilizaban hachas de piedra y herramientas del mismo tipo de las usadas en los mares del Sur hasta el tiempo de las exploraciones.

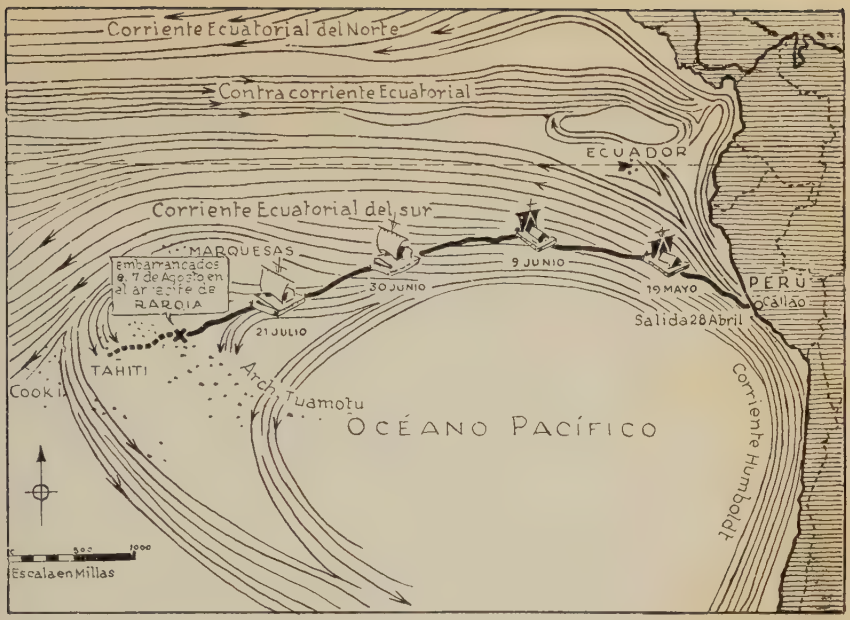
Estas numerosas civilizaciones indias eran, hacia el oriente, las vecinas más cercanas de los polinesios. Hacia occidente vivían solamente los pueblos primitivos de piel oscura de Australia y Melanesia, parientes distantes de los negros; y más lejos todavía, estaban la Indonesia y las costas de Asia, donde la Edad de Piedra había ya pasado, mucho antes quizá que en ninguna otra parte del mundo.

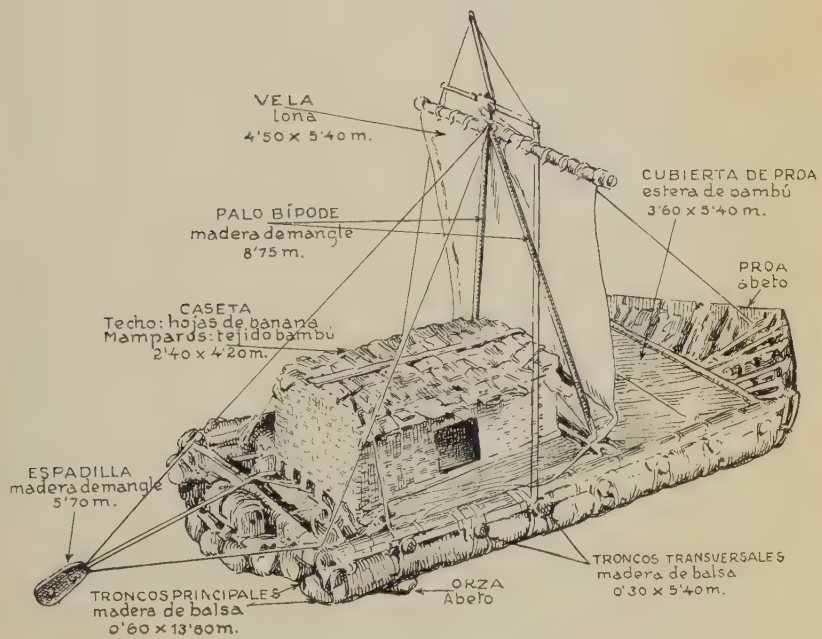
Así, pues, mis sospechas y mi atención fueron desviándose más y más del Viejo Mundo, donde tantos han buscado y nadie ha encontrado, para aplicarse a las civilizaciones de América, conocidas y desconocidas, que nadie hasta aquí había tomado en consideración. Y en la costa más cercana hacia oriente, donde la República del Perú se extiende desde el Pacífico hasta los montes, no faltaban ciertamente datos, con sólo que alguien se diera el trabajo de buscarlos. Allí vivió una vez un pueblo desconocido, fundador de una de las más extrañas civilizaciones del mundo, y que desapareció de pronto mucho tiempo atrás, como

barrido de la superficie de la tierra. Ese pueblo dejó tras sí enormes estatuas de piedra en forma de imágenes humanas, que recuerdan las encontradas en Pitcairn, en las Marquesas o en la isla de Pascua, y grandes pirámides construidas en escalones como las de Tahití y Samoa. Estos hombres con sus hachas de sílice cortaban de las montañas grandes bloques de piedra del tamaño de vagones de ferrocarril y los transportaban a muchos kilómetros de distancia, colocándolos de pie o uno sobre otro para formar portadas, muros enormes y terrazas, exactamente como los que vemos en algunas de las islas del Pacífico.

Los incas tenían su gran imperio en ese país montañoso cuando llegaron al Perú los primeros españoles. A éstos les dijeron que aquellos monumentos colosales que se levantaban abandonados en el paisaje habían sido erigidos por una raza de dioses blancos que vivieron allí antes del advenimiento de los incas. Describían a esos desaparecidos arquitectos como hombres sabios y pacíficos educadores que llegados del norte muchos siglos atrás, en el albor de los tiempos, habían enseñado a los primitivos antepasados de los incas la arquitectura y la agricultura, así como también modales y costumbres. Se diferenciaban de los demás indios por su piel blanca y por sus luengas barbas; eran también más altos que los incas. Finalmente, desaparecieron del Perú tan repentinamente como habían llegado; los incas tomaron el poder en el país y los maestros blancos partieron para siempre de las costas del Pacífico, huyendo hacia occidente a través del océano.

Ahora bien, cuando los europeos llegaron a las islas del Pacífico se sorprendieron de ver a muchos indígenas barbudos y de piel casi blanca. En muchas islas había familias enteras notables por la marcada palidez de la piel y por el color del cabello, que variaba de rojizo a rubio, con ojos gris azulado y narices en gancho, casi semíticas. En contraste con éstos, los genuinos polinesios tienen la piel oscura y bronceada, cabello negrísimo y nariz chata y carnosa. Los individuos de cabello rojizo se llamaban «urukehu», y se decían descendientes directos de los primeros jefes de las islas, que fueron unos dioses blancos, como Tangaroa, Kane y Tiki. Leyendas sobre unos misteriosos hombres blancos, de los cuales descendían originalmente los isleños, eran corrientes en toda la Polinesia. Cuando Roggeveen descubrió la


Corriente Ecuatorial del Norte
Contra corriente Ecuatorial
ECUADOR
Corriente Ecuatorial del sur
MARQUESAS
Embarcandose el 7 de Agosto en el archipiélago de RAROIA
9 JUNIO
30 JUNIO
19 MAYO
PERÚ
Callao
Salida 28 Abril
21 JULIO
TAHITI
Cook I.
Arch. Tuamotu
OCÉANO PACÍFICO
Corriente Humboldt
Escala en Millas


VELA
lona
4'50 x 5'40 m.
CUBIERTA DE PROA
estera de bambú
3'60 x 3'40 m.
PALO BÍPODE
madera de mangle
8'75 m.
PROA
abeto
CASETA
Techo: hojas de banana
Mamparos: tejido bambú
2'40 x 4'20 m.
ESPADILLA
madera de mangle
5'70 m.
TRONCOS TRANSVERSALES
madera de balsa
0'30 x 5'40 m.
TRONCOS PRINCIPALES
madera de balsa
0'60 x 13'60 m.
ORZA
Abeto

isla de Pascua en 1722, se sorprendió de ver «hombres blancos» entre los que salieron a recibirle a la playa. Y los habitantes de la isla de Pascua podían seguir la cuenta de sus antepasados de piel blanca, sin interrupción, hasta el tiempo de Tiki y Hotu Matua, que decían haber cruzado el mar desde «un país montañoso en el oriente, calcinado por el sol».

En el curso de mis investigaciones iba descubriendo en el Perú rastros sorprendentes de cultura, mitología y lenguaje, que me empujaban a profundizar más y más, y con mayor concentración, en mi empeño de identificar el lugar de origen del dios Tiki de las tribus polinésicas.

Mi esperanza fue recompensada. Estaba un día descifrando las leyendas incaicas del Rey-Sol Virakocha, el personaje supremo del fabuloso pueblo blanco del Perú, cuando di con lo siguiente:

«...Virakocha es un nombre inca (ketchua) y, por consiguiente, de una época relativamente reciente. El nombre original del Dios-Sol Virakocha, que parece haber sido el más usado en el Perú en tiempos antiguos, fue Kon-Tiki o Illa-Tiki, que quiere decir Sol-Tiki o Fuego-Tiki. Kon-Tiki era sumo sacerdote y Rey-Dios de los legendarios hombres blancos de que hablaban los incas, los que dejaron las ruinas ciclópeas a orillas del lago Titicaca. La leyenda cuenta que los misteriosos hombres blancos con barbas fueron atacados por un jefe llamado Cari, venido del valle de Coquimbo. En una batalla entablada en una de las islas del lago Titicaca, esta raza rubia quedó aniquilada, pero el propio Kon-Tiki y sus más adictos compañeros escaparon y bajaron luego a las costas del Pacífico, desde donde finalmente desaparecieron en el mar, rumbo a occidente...» Ninguna duda podía ya caberme de que el jefe-dios blanco Tiki, hijo del Sol, expulsado del Perú al Pacífico por los antepasados de los incas, según éstos declaraban, era idéntico al jefe-dios blanco Tiki, hijo del Sol, a quien los habitantes de todas las islas del Pacífico veneraban como el fundador de su raza. Más aún, los detalles de la vida de Sol-Tiki en el Perú y la toponimia antigua de los alrededores del Titicaca reaparecían en las leyendas históricas vivas aún entre los indígenas de las islas del Pacífico.

Pero en toda la Polinesia hallé indicios de que la pacífica raza de Kon-Tiki no había sido capaz de mantenerse por sí sola en las islas largo tiempo. Indicios de que canoas guerreras de alto

bordo, grandes como los barcos de los vikingos, acopladas de dos en dos, habían traído indios del noroeste, a través del mar, hasta Hawaii y más hacia el sur, a todas las otras islas. Estos nuevos invasores mezclaron su raza con la de Kon-Tiki y trajeron una nueva civilización al reino de las islas. Éste fue, pues, el segundo pueblo de la Edad de Piedra que llegó a Polinesia sin metales, sin arte cerámico, sin la rueda, sin telares ni cultivo de cereales, alrededor del año 1100 de nuestra Era.

Así se explica que estuviera yo excavando estatuas de piedra labrada de estilo polinesio antiguo entre los indios de la Columbia Británica, en el Canadá, cuando los alemanes invadieron Noruega en 1940.

* * *

Después... ¡derecha, mar! ¡Izquierda, mar! ¡Media vuelta! Fregado de escaleras en cuarteles, limpieza de botas, escuela de radio, paracaidismo, y finalmente un convoy de Murmansk a Finmark, donde el dios de la guerra técnica reinaba en ausencia del dios sol durante todo el invierno.

Llegó al fin la paz y un día completé mi teoría. Para formularla debía ir a América.

Capítulo II

NACE UNA EXPEDICIÓN

Entre especialistas — En el Hogar de los Marineros — Último recurso — El Club de los Exploradores — El nuevo equipo — Encuentro un compañero — Un triunvirato — Un pintor y dos saboteadores — A Wáshington — Conferencia con el Departamento de Guerra — Hacia la Intendencia General de Guerra — Un desiderátum — Problemas económicos — Con diplomáticos de las Naciones Unidas — Volando al Ecuador

Así empezó, pues, la cosa, al amor de la lumbre, en una pequeña isla del Mar del Sur, donde un viejo indígena se sentaba a contarnos las leyendas e historias de su tribu. Muchos años después, estaba yo sentado en compañía de otro anciano, pero esta vez en un oscuro despacho de uno de los pisos altos de un gran museo de Nueva York.

Alrededor nuestro, en vitrinas muy bien ordenadas, había fragmentos de cerámica del pasado, huellas que conducían hacia las nieblas de la antigüedad. Las paredes desaparecían tras las filas de libros. Algunos de ellos escritos por un hombre y tal vez apenas leídos por diez. El anciano, que no sólo los había leído todos, sino escrito algunos de ellos, estaba sentado detrás de su mesa de trabajo; tenía la cabellera blanca y una bondadosa expresión de buen humor. Pero en esta ocasión hubiera dicho que algo en mí le inquietaba, pues sus manos se crispaban nerviosamente sobre los brazos del sillón, y tenía el aire de un jugador de solitarios al que hubieran interrumpido en mitad de una partida.

—¡No... nunca! —exclamó.

Papá Noel hubiera puesto la misma cara si alguien hubiese osado decirle que las próximas Navidades caerían por San Juan.

—Usted está equivocado... absolutamente equivocado —repetía moviendo la cabeza con indignación, como si quisiera arrojar la idea muy lejos.

—Pero si no ha leído todavía mis argumentos... —le dije señalando, lleno de esperanza, el manuscrito que estaba sobre la mesa.

—¿Argumentos...? —repitió—. Los problemas etnográficos no pueden tratarse como si fueran una historia detectivesca.

—¿Por qué no? —le dije—. Yo he basado todas mis conclusiones sobre mis propias observaciones y sobre hechos que la ciencia ha comprobado.

Me contestó tranquilamente:

—La finalidad de la ciencia es la investigación pura y simple, y no tratar de probar esto o aquello.

Empujó suavemente a un lado el manuscrito y se inclinó sobre la mesa:

—Es verdad que Sudamérica ha sido la sede de algunas de las más extrañas civilizaciones de la antigüedad, y que nosotros no sabemos ni quiénes fueron sus hombres ni por dónde desaparecieron cuando los incas se apoderaron del país; pero sí sabemos una cosa con certeza, y es que ninguno de esos pueblos de Sudamérica llegó a las islas del Pacífico.

Me miró inquisitivamente y continuó:

—¿Sabe usted por qué? Por una razón muy simple: ¡porque no tenían barcos!

—Tenían balsas —le objeté con cierta vacilación—. ¿Sabe?, balsas de maderos acoplados.

El viejo se sonrió y dijo con toda calma:

—Bueno, si quiere puede intentar un viaje del Perú a las islas del Pacífico en una balsa.

No encontré nada que decirle. Se estaba haciendo tarde y ambos nos levantamos. Al despedirme, el anciano investigador me dio unas bondadosas palmadas en el hombro y me dijo que si en algo le necesitaba, no tenía más que volver a verle. Pero en lo sucesivo yo debía especializarme o en Polinesia o en América, y no mezclar estas dos áreas antropológicas. Dio un paso atrás hacia la mesa:

—Olvida esto —me dijo, y me entregó mi manuscrito. Miré el título: «Polinesia y América. Un estudio sobre relaciones prehistóricas.» Me lo puse bajo el brazo y bajé a la calle, a confundirme con la multitud.

Aquella misma tarde fui a llamar a la puerta de un antiguo piso, situado en un rincón apartado de Greenwich Village. Me gustaba ir allí con mis menudos problemas, cada vez que tenía la impresión de encontrarme en un embrollo.

Un hombrecito de nariz aguileña entreabrió la puerta; al reconocerme, la abrió de par en par con una amplia sonrisa y me hizo pasar. Me llevó directamente a la cocina y me encargó que pusiera la mesa, mientras él doblaba la cantidad de un mejunje indefinible, pero de olor apetitoso, que estaba preparando en la cocina de gas.

—Muy amable de venir a verme —me dijo—. ¿Cómo le va?

—Pésimamente —le contesté—. Nadie quiere leer el manuscrito.

Sirvió el mejunje y comenzamos a saborearlo.

—Así son las cosas —dijo—. Todas las personas que ha ido a ver toman su idea por una fantasía pasajera. Ya sabe, aquí en América, a la gente se le ocurren tantas extravagancias...

—Y además hay otra cosa —dije yo.

—Sí —me interrumpió—, la forma de enfocar el problema. Ellos son especialistas, todos ellos, y no creen en un método de trabajo que se mete en todos los campos, desde la botánica hasta la arqueología. Ellos limitan su propio campo, para poder concentrarse en profundidad, hurgando en busca de detalles. La investigación moderna exige que cada rama especial excave su propio agujero. No es corriente que alguien trate de ordenar sus hallazgos e intente ensamblarlos en un todo.

Se levantó y tomó un pesado manuscrito.

—Mire esto —dijo—. Mi último trabajo sobre figuras de pájaros en los bordados de los aldeanos chinos. Me costó siete años, pero fue inmediatamente aceptado para su publicación. Aquí quieren investigación especializada.

Carl tenía razón; pero resolver los problemas del Pacífico sin arrojar sobre ellos luz desde todos los ángulos era, o por lo menos a mí me parecía, como tratar de resolver un rompecabezas utilizando solamente las piezas de un mismo color.

Limpiamos la mesa y le ayudé a lavar y secar los platos.

—¿Nada nuevo en la Universidad de Chicago?

—No.

—¿Pero qué es lo que le ha dicho hoy su viejo amigo en el museo?

—Ni llegó a interesarse —murmuré—. Dijo que, puesto que los indios tenían solamente balsas abiertas, era pueril considerar la posibilidad de que hubieran podido descubrir las islas del Pacífico.

El hombrecillo comenzó súbitamente a refregar su plato con furia.

—Sí —dijo finalmente—, a decir verdad, a mí también me parece una objeción muy seria.

Miré tristemente al pequeño etnólogo, en quien yo creía contar con un aliado decidido.

—Pero no me interprete mal —se apresuró a decir—. En cierto sentido, yo creo que tiene usted razón, pero por otra parte parece la cosa tan incomprensible... Mi trabajo sobre diseños apoya su teoría.

—Carl —le dije—, estoy tan seguro de que los indios cruzaron el Pacífico en sus balsas, que ardo en deseos de construir yo mismo una de la misma clase y cruzar el mar, justamente para probar que es posible.

—¡Está loco!

Lo tomó a broma; la idea le divertía y asustaba a la vez.

—¡Está loco...! ¿Una balsa?

No sabía qué decirme y se limitaba a mirarme con una extraña expresión, como esperando de mí una sonrisa que le mostrara que estaba bromeando.

No hubo sonrisa. Ahora veía yo que en la práctica nadie aceptaría mi teoría, a causa del espacio de agua, aparentemente infinito, que separa el Perú de la Polinesia, y que yo trataba de salvar sin más ayuda que una balsa prehistórica.

Carl me miraba con aire incierto.

—Salgamos a tomar un trago —dijo.

Salimos y tomamos cuatro.

* * *

Aquella semana vencía el alquiler de mi casa. Al mismo tiempo, una carta del Banco de Noruega me informaba de que no podría recibir más dólares. Restricciones de cambio. Tomé, pues, mis maletas y me fui en el metro hasta Brooklyn. Allí me instalé en el «Hogar de los Marineros Noruegos» («Norwegian Sailors' Home»), donde la comida era buena y sustanciosa, y los precios de acuerdo con mi bolsillo. Tomé un pequeño cuarto en el segundo o tercer piso, pero hacía mis comidas con la gente de mar en un gran comedor del piso bajo.

Los marineros entraban y salían. Había una gran variedad de tipos, estaturas y grados de sobriedad, pero todos tenían una cosa en común: cuando hablaban del mar sabían perfectamente lo que se decían. Yo aprendí de ellos que el oleaje y la mar gruesa no aumentan ni con la profundidad del mar ni con la distancia de la costa; que, al contrario, las rachas suelen ser más traicioneras junto a la costa que en el mar abierto; y que los bajíos y resacas costeras o las corrientes oceánicas embotelladas cerca del litoral pueden embravecer las aguas en un grado que es raro encontrar en alta mar. El barco que pueda mantenerse bien a lo largo de la costa, puede hacerlo igualmente mar afuera. Me enteré también de que, en alta mar, los grandes barcos tienen tendencia a cabecear, embarcando grandes masas de agua, capaces de torcer barras de acero como si fueran de alambre, mientras que una embarcación pequeña en el mismo mar sufre a menudo mucho menos, pues tiene cabida entre las líneas sucesivas de olas, bailando libremente sobre ellas como una gaviota. Hablé con marineros que habían salido con bien en pequeños botes, después que las olas habían hundido sus grandes barcos.

Pero estos hombres sabían muy poco de balsas. Una balsa no es propiamente un barco, no tiene quilla ni amuradas. Es sólo algo destinado simplemente a flotar, donde pueda uno salvarse en caso de emergencia, hasta ser recogido por una embarcación propiamente dicha. Uno de aquellos hombres, sin embargo, tenía un gran respeto por las balsas en alta mar; él había ido a la deriva sobre una durante tres semanas, cuando un torpedo alemán hundió su barco en medio del Atlántico.

—Pero no se puede gobernar una balsa —decía—. Se va de costado o hacia atrás o da vueltas, según como coge el viento.

En la biblioteca me puse a escudriñar entre los informes dejados por los primeros europeos que habían llegado a las costas del Pacífico en Sudamérica. No faltaban allí diseños o descripciones de las grandes balsas de troncos usadas por los indios. Tenían éstas una vela cuadra, una orza de deriva y una gran espadilla a popa, de manera que podían ser maniobradas.

Pasaban las semanas en el Hogar de los Marineros. Ninguna respuesta de Chicago ni de otras ciudades a las cuales había enviado copias de mi manuscrito. Nadie lo había leído.

Entonces, un sábado me armé de valor y entré en la tienda de un proveedor de buques en Water Street. La compra de una carta-piloto del Pacífico me valió el lisonjero tratamiento de «capitán». Con la carta enrollada bajo el brazo, tomé el tren suburbano a Ossining, donde yo era huésped habitual en los fines de semana de una pareja de noruegos recién casados, que tenían una encantadora casita en el campo. Él había sido capitán de barco y ahora era gerente de la oficina de la Fred Olsen Line en Nueva York.

Después de una refrescante zambullida en la piscina, la vida de la ciudad quedaba olvidada por el resto del fin de semana; y cuando Ambjörg trajo la bandeja con los aperitivos nos sentamos en la hierba bajo el ardiente sol. No pudiendo contenerme por más tiempo, extendí en el suelo la carta y le pregunté a Wilhelm si creía que una balsa podría llevar hombres con vida desde el Perú hasta las islas del Mar del Sur.

Cogido de improviso, me miró a mí más bien que a la carta, pero replicó inmediatamente en forma afirmativa. Me sentí tan aliviado como si hubiera dejado caer de mis hombros un fardo de cien kilos, pues yo sabía que para Wilhelm todo lo que se relacionaba con la navegación y el mar era a la vez trabajo y diversión. Le inicié inmediatamente en mis planes; pero, con gran asombro de mi parte, me declaró que la idea era una perfecta locura.

—Pero tú me acabas de decir que es posible —le dije interrumpiéndole.

—Cierto —admitió—. Pero las posibilidades de un fracaso son igualmente grandes. Tú no has estado en tu vida en una

balsa y de pronto se te ocurre cruzar el Pacífico en una. Quizá saldría bien, quizá no. Los antiguos indios del Perú se apoyaban en la experiencia de muchas generaciones. A lo mejor diez balsas se iban a pique por cada una que lograba cruzar, o tal vez cientos en el curso de varios siglos. Como tú mismo dices, los incas navegaban en el mar abierto con verdaderas flotas de estas balsas; de modo que, si algo iba mal, los náufragos podían ser salvados por la balsa más cercana. Pero a ti, ¿quién te va a recoger en medio del océano? Aunque te lleves un aparato de radio para un caso de urgencia, no creas que sea fácil localizar una pequeña balsa entre las olas, a miles de millas de la costa. En una tormenta puedes ser barrido de cubierta y hundido cien veces, antes de que nadie pueda llegar hasta ti. Mejor será que te quedes tranquilo aquí, hasta que alguien tenga tiempo de leer tu manuscrito. Escríbeles otra vez animándolos; sería bueno que lo hicieras.

—Ya no puedo esperar más. Pronto me quedaré sin un céntimo.

—Entonces te vienes a casa y te quedas con nosotros. Y a propósito, ¿cómo piensas que se puede organizar una expedición desde Sudamérica sin dinero?

—Es más fácil interesar a la gente en una expedición que en un manuscrito que nadie ha leído.

—Pero ¿qué vas a ganar con eso?

—Destruir uno de los argumentos de más peso contra la teoría. Esto aparte el interés científico que tenga la cosa.

—Pero ¿y si sale mal?

—En ese caso, no habré probado nada.

—Entonces arruinarías tu propia teoría ante los ojos de todo el mundo, ¿no es cierto?

—Tal vez; pero, de todos modos, bien pudo uno de cada diez haber pasado antes que nosotros, como tú mismo dices.

En esto llegaron los niños a jugar a croquet y ya no se habló más del asunto aquel día.

Al siguiente fin de semana estaba de nuevo en Ossining con la carta bajo el brazo. Cuando volví a la ciudad, había en la carta una larga línea trazada con lápiz desde el Perú hasta las islas de Tuamotu en el Pacífico. Mi amigo el capitán, perdida la esperanza de hacerme abandonar la idea, se había sentado con-

migo durante varias horas para calcular la probable velocidad de la balsa.

—Noventa y siete días —dijo Wilhelm—, pero recuerda que esto es sólo teóricamente, en condiciones ideales, con viento favorable todo el tiempo y dando por supuesto que la balsa pueda ir a vela como tú dices. En realidad, tienes que contar con un viaje de cuatro meses por lo menos y estar preparado para bastante más.

—Muy bien —dije con optimismo—; vamos a poner cuatro meses por lo menos, pero lo vamos a hacer en noventa y siete días.

Mi cuartito del Hogar de los Marineros me pareció aquel día doblemente acogedor cuando, al regresar de noche, me senté al borde de la cama con la carta marina. Medí con mis pasos todo el espacio que dejaban libre la cama y la cómoda. «¡Desde luego, la balsa será mucho mayor que este cuarto!» Me asomé a la ventana para echar un vistazo al remoto cielo estrellado de la gran ciudad, visible sólo en la vertical, por entre las altas paredes del patio. Quizá sí que en la balsa tendríamos poco espacio, pero lo habría, en cambio, suficiente para mirar al cielo y todas sus estrellas.

En la calle 72 Oeste, cerca del Parque Central, está uno de los clubs más herméticos de Nueva York. Sólo una pequeña y bruñida placa de bronce con la inscripción «Club de los Exploradores» indica a los transeúntes que dentro hay algo que se sale de lo común. Pero una vez dentro, uno creería haber saltado en paracaídas sobre un mundo extraño, a miles de kilómetros de las filas de automóviles encuadradas por los rascacielos de Nueva York. Cuando la puerta que da a la ciudad se cierra detrás de uno, el visitante se siente sumergido en una atmósfera de cacería de leones, de alpinismo y de vida polar, al mismo tiempo que tiene la impresión de estar sentado en el salón de un confortable yate, en un viaje alrededor del mundo. Cuando los miembros del club se reúnen para comer o para oír conferencias sobre países lejanos, están rodeados de trofeos de hipopótamos y renos, fusiles de caza mayor, colmillos, tambores de guerra y lanzas, alfombras indias, ídolos y modelos de barcos, banderas, fotografías y mapas.

Mi viaje a las islas Marquesas me valió ser elegido miembro

activo del club; y como socio más joven, rara vez me perdía una reunión si estaba en la ciudad. De modo que, cuando entré en el club en esta lluviosa noche de noviembre, no me sorprendió lo más mínimo encontrarlo preparado para una de estas extrañas sesiones. En el centro del piso había una balsa de caucho inflada conteniendo raciones y accesorios; las paredes y mesas estaban cubiertas de paracaídas, trajes de goma, chalecos salvavidas y equipos polares. Había también balones para destilación de agua y otras curiosas invenciones. El coronel Haskin, que acababa de ser elegido miembro del club y pertenecía al Laboratorio de Equipo del Departamento de Material del Aire, iba a dar una conferencia y presentar un cierto número de nuevas invenciones militares, las cuales, pensaba él, serían en lo futuro de gran utilidad en las expediciones científicas de ambos hemisferios.

Después de la conferencia se entabló una acalorada discusión. El famoso explorador polar danés Peter Freuchen, alto y fornido, se levantó con una escéptica sacudida de su gran barba. Dijo no tener fe en esas flamantes invenciones. Personalmente, él había usado una vez uno de esos botes de caucho y una tienda-saco en una de sus expediciones a Groenlandia, en lugar de utilizar un «kayak» y un «igloo» esquimal, y por poco la cuesta la vida. Primero, estuvo a punto de morir congelado en una tormenta de nieve, porque se heló el cierre relámpago de la tienda y ni siquiera pudo guarecerse en ella; en otra ocasión, habiendo salido a pescar, el anzuelo perforó la tela de caucho del bote, el cual se deshinchó y se sumergió bajo sus pies como un guiñapo. Con un amigo esquimal lograron llegar a tierra, gracias a un «kayak» que vino en su ayuda. Estaba convencido de que ningún inventor moderno, por inteligente que fuera, podría, sentado en su laboratorio, inventar nada mejor que lo que una milenaria experiencia había enseñado a los esquimales para usar en sus propias regiones.

La discusión terminó con una sorprendente oferta del coronel Haskin. Los miembros activos del club, en sus próximas expediciones, podrían usar, si lo querían, cualquiera de las nuevas invenciones que les había mostrado, con la sola condición de que a su regreso comunicaran a su laboratorio lo que pensaban de ellas.

Aquella noche fui el último en abandonar las salas del club. Estuve examinando hasta el más mínimo detalle de este novísimo equipo que había caído tan repentinamente entre mis manos y que estaba a mi disposición con sólo solicitarlo. Era exactamente lo que yo necesitaba; un equipo con el cual podríamos probar a salvar nuestras vidas si, contra lo esperado, la balsa daba señales de romperse y no teníamos otra a mano.

Mi mente estaba aún obsesionada por este equipo a la hora del desayuno, en el Hogar de los Marineros, a la mañana siguiente, cuando un joven bien vestido y de aspecto atlético se acercó con su bandeja del desayuno y se sentó a la misma mesa que yo. Iniciamos una charla y resultó que él tampoco era marino, sino un ingeniero educado en la Universidad de Trondheim, que había venido a América para comprar maquinaria y adquirir experiencia en la técnica de refrigeración. Vivía no lejos de allí y solía comer en el Hogar de los Marineros, atraído por la buena calidad de su cocina noruega.

Me preguntó a qué me dedicaba y le hice un breve resumen de mis planes. Le dije que si no recibía una respuesta definitiva sobre mi manuscrito antes de fin de semana, daría los pasos necesarios para comenzar mi expedición en balsa. Mi compañero de mesa no decía gran cosa, pero me escuchaba con gran interés.

Cuatro días más tarde volvimos a encontrarnos en el mismo comedor.

—¿Qué ha decidido del viaje, lo hace o no? —me preguntó.

—Sí —le dije—, me voy.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. Si pierdo más tiempo ahora, empezarán las tormentas del Antártico y la estación de los huracanes en las islas. Debo salir del Perú dentro de unos pocos meses, pero antes tengo que conseguir dinero y organizar todo este asunto.

—¿Cuántos hombres serán?

—He pensado en llevar un total de seis. Así podrá haber un poco de vida de sociedad a bordo de la balsa, y es el número indicado para hacer turnos de cuatro horas de guardia durante las veinticuatro horas.

Se quedó pensando uno o dos minutos, como si estuviera madurando una decisión, y de pronto dijo enfáticamente:

—¡Demonio, cómo me gustaría ir con vosotros! Yo podría

encargarme de tomar medidas técnicas y hacer las pruebas. Naturalmente, debéis apoyar vuestra experiencia con mediciones precisas de los vientos, de las corrientes y las olas. Recordad que vais a cubrir vastas extensiones de mar que son prácticamente desconocidas, puesto que quedan fuera de las rutas marinas. Una expedición como la vuestra puede hacer interesantes investigaciones hidrográficas y meteorológicas. Mi termodinámica podría ser muy útil.

Todo lo que de este hombre sabía era lo que podía decirme la franca expresión de su cara. Pero ésta era elocuente.

—Muy bien —le dije—, véngase con nosotros.

Se llamaba Herman Watzinger; tenía tanto de marino como yo.

Unos días después llevé a Herman al Club de los Exploradores. Nos dirigimos directamente al encuentro del explorador polar Peter Freuchen. Éste tenía la bendita cualidad de no desaparecer jamás entre una multitud; alto como la torre de una iglesia y con una espesa barba, parecía un mensajero de la estepa. Lo rodeaba una atmósfera especial; era como si fuera por el mundo llevando de una cuerda un oso pardo.

Lo llevamos ante un enorme mapa que colgaba de la pared y le hablamos de nuestro plan de cruzar el Pacífico en una balsa india. Sus ojos, azules e infantiles, se dilataban como platos, mientras nos escuchaba tirando de su barba. Luego, golpeó el suelo con su pata de palo y se ajustó el cinturón varios puntos.

—¡Muchachos del demonio! Me gustaría ir con vosotros.

El veterano explorador de Groenlandia llenó nuestras jarras de cerveza y se puso a hablarnos de lo mucho que creía en las embarcaciones de los pueblos primitivos y en la habilidad de éstos para salir adelante a base de adaptarse a la naturaleza, tanto en mar como en tierra. Él mismo había viajado en balsas, a favor de la corriente, en los grandes ríos de Siberia, y también había remolcado indígenas en balsas detrás de su buque, a lo largo de las costas del Ártico. A medida que hablaba, tiraba de su barba y nos ponderaba lo mucho que nos íbamos a divertir.

Ganado para nuestro plan el decidido apoyo de Freuchen, los engranajes comenzaron a funcionar a una peligrosa velocidad y no tardaron en llegar hasta las páginas de la «Scandinavian Press». A la mañana siguiente, unos violentos golpes estremecían la puer-

ta de mi cuarto en el Hogar de los Marineros; me llamaban al teléfono del corredor de abajo. El resultado de la conversación fue que, esa misma tarde, Herman y yo tocábamos el timbre de la puerta de un piso en un barrio residencial de la ciudad. Fuimos recibidos por un joven muy bien vestido, con zapatillas de charol y una bata de seda sobre un traje azul. Tenía un aspecto casi enfermizo y se excusó de su resfriado, con un pañuelo perfumado aplicado a la nariz. Sin embargo, sabíamos que este muchacho se había ganado un nombre en América por sus hazañas como aviador durante la guerra. Además del dueño de la casa, aparentemente delicado, había allí dos enérgicos y vivaces periodistas que rebosaban de actividad y de ideas. Sabíamos de uno de ellos que era un hábil corresponsal.

Nuestro invitante nos explicó, ante una botella de buen *whisky*, que estaba interesado en nuestra expedición y nos ofreció conseguir el capital necesario, si nosotros consentíamos en escribir artículos para los periódicos y dar conferencias en distintos lugares a nuestro regreso. Llegamos finalmente a un convenio e hicimos un último brindis por la cooperación entre los que respaldaban la expedición y los que la efectuaran. Desde entonces todos nuestros problemas económicos estarían resueltos; nuestros protectores se encargaban de ellos, librándonos de esta preocupación.

Herman y yo debíamos empezar inmediatamente a reclutar la tripulación, conseguir el equipo, construir la balsa y partir antes de que principiara la estación de los huracanes.

Al día siguiente, Herman se despidió de su empleo y pusimos manos a la obra. Yo había obtenido ya la promesa del laboratorio de investigaciones del Departamento de Material del Aire, de enviarme todo lo que yo quisiera y más, por intermedio del Club de los Exploradores; decían que una expedición como la nuestra era una prueba ideal para su equipo. Esto era un magnífico principio. Nuestras tareas más importantes eran ahora, ante todo, encontrar cuatro hombres adecuados que quisieran ir con nosotros en la balsa, y obtener provisiones para el viaje.

Un grupo de hombres que deban hacerse a la mar juntos en una balsa han de ser seleccionados con cuidado. De otro modo, podrían surgir dificultades y aun motines después de un mes de aislamiento en el mar. Yo no quería tripular la balsa con mari-

nos; éstos apenas podrían saber más que nosotros del manejo de una balsa y no quería que luego, después de llevar la empresa a feliz término, nos salieran con que el éxito se debía a que nosotros éramos mejores marinos que los antiguos constructores de balsas del Perú. Sin embargo, deseábamos tener a bordo un hombre que, por lo menos, pudiera manejar un sextante y marcar nuestra derrota en una carta como base de todos nuestros informes científicos.

—Conozco un pintor —dije a Herman—. Es un tipo fornido, que sabe tocar la guitarra; divertidísimo. Pasó por la escuela de náutica y ha dado varias vueltas al mundo, antes de sentar la cabeza y quedarse en casa con su paleta y sus pinceles. Lo conozco desde niño y hemos acampado juntos muchas veces en nuestras excursiones por las montañas de Noruega. Voy a escribirle; estoy seguro de que vendrá con nosotros.

—Me gusta el retrato —asintió Herman—; además, necesitamos alguien que sepa manejar el aparato de radio.

—¡Radio! —dije horrorizado—. ¿Para qué demonios lo queremos? Está enteramente fuera de lugar en una balsa prehistórica.

—De ninguna manera; es una precaución de seguridad que no afectará para nada tu teoría, con tal que no tengamos que enviar un S O S. Además, necesitaremos radio para transmitir nuestras observaciones meteorológicas y otros datos. Por otra parte, no nos servirá de nada recibir informaciones sobre tormentas, porque no hay información alguna en esas regiones del océano, y aunque las hubiere, ¿de qué nos podrían servir en una balsa?

Sus argumentos calmaron gradualmente todas mis objeciones, cuya razón principal era mi falta de afición a pasar las horas empujando botones y dando vuelta a los sintonizadores.

—Es curioso —dije—. Si se trata de establecer contacto por radio a grandes distancias con aparatos pequeños, da la casualidad de que conozco a los mejores técnicos. Durante la guerra estuve destinado en una sección de radio. Aquello que dicen: «Cada hombre en su lugar adecuado». Voy a mandar unas líneas a Knut Haugland y a Torstein Raaby.

—¿Los conoces?

—Sí, conocí a Knut en Inglaterra en 1944. Acababa de ser condecorado por los británicos por haber tomado parte en la expedición de paracaidistas que desbarató los planes de los ale-

manes para fabricar la bomba atómica; hizo, como tú sabes, de operador de radio en la operación de sabotaje de Rjukan contra el «agua pesada». Cuando le conocí acababa de llegar de Noruega, de desempeñar otra misión; la Gestapo lo había cogido con un transmisor de radio que tenía montado dentro de una chimenea en la Clínica de Maternidad de Oslo. Los nazis lo habían localizado por medio del DF (Buscador de Dirección), y acordonaron todo el edificio con ametralladoras apuntando a cada una de las puertas. Fehmer, el jefe de la Gestapo, estaba apostado en persona en el patio, esperando que le trajeran a Knut. Pero lo que le trajeron fueron sus propios hombres. Knut se abrió paso con su pistola desde el último piso hasta el sótano y desde allí hasta el patio posterior, donde desapareció saltando sobre la pared del hospital en medio de una lluvia de balas. Lo conocí en una estación secreta en un viejo castillo inglés; había regresado a organizar el enlace clandestino entre más de cien estaciones transmisoras en la Noruega ocupada.

»Yo había terminado mi entrenamiento como paracaidista y nuestro plan era saltar juntos en Nordmark, cerca de Oslo. Pero justamente entonces los rusos entraron en la región de Kirkenes y se envió un pequeño destacamento noruego de Escocia a Finmark, para hacerse cargo de las operaciones, como si dijéramos. En lugar de la misión original, fui enviado con este destacamento y allí conocí a Torstein.

»Aquella zona estaba en pleno invierno ártico, y la aurora boreal flameaba en un cielo tachonado de estrellas, que se extendía sobre nosotros negro como el betún, de día y de noche. Cuando, cubiertos de pieles y amoratados por el frío, llegamos a los montones de cenizas dejados por los nazis en el área de Finmark, de una choza arriba en la montaña salió a nuestro encuentro un muchacho de aire jovial, ojos azules y cabello enmarañado: era Torstein Raaby. Había escapado primero a Inglaterra, donde siguió un entrenamiento especial, y después regresó clandestinamente a Noruega, cerca de Tromsö. Allí permaneció escondido, con un pequeño transmisor, cerca del acorazado *Tirpitz*, y durante diez meses estuvo enviando informes diarios a Inglaterra sobre lo que pasaba a bordo. Transmitía sus informes de noche, conectando su transmisor secreto a una antena receptora puesta por un oficial alemán. Fueron sus informes regulares

los que guiaron a los bombarderos británicos que al fin acabaron con el *Tirpitz*.

»Torstein escapó a Suecia, de allí otra vez a Inglaterra, y luego saltó en paracaídas con otro aparato de radio a retaguardia de las líneas alemanas, en las soledades de Finmark. Cuando se retiraron los alemanes, se encontró situado detrás de nuestras propias líneas, y salió de su escondite para ayudarnos con su pequeño equipo de radio, pues nuestra estación principal había sido destruida por una mina. Yo apostaría a que tanto Knut como Torstein se aburren en casa y estaría encantados de darse una vuelta en una balsa.»

—Escríbeles preguntándoselo —sugirió Herman.

Así, pues, les escribí unas líneas a Erik, Knut y Torstein sin instarles ni disimularles nada:

«Voy a cruzar el Pacífico en una balsa de madera para comprobar la teoría de que las islas del Pacífico fueron pobladas desde el Perú. ¿Queréis venir? No os garantizo más que un viaje gratuito de ida y vuelta al Perú y a las islas del Pacífico y amplia oportunidad de ejercitar vuestras habilidades técnicas durante el viaje. Contestad inmediatamente.»

Al día siguiente se recibió el siguiente telegrama:

«Voy. Torstein.»

Los otros también contestaron afirmativamente.

Como sexto miembro del grupo pensábamos cada día en un individuo distinto, pero siempre surgía algún obstáculo. Entre tanto, Herman y yo tuvimos que atacar el problema de los aprovisionamientos. No queríamos comer carne seca de llama o patatas secas «kumara» durante el viaje, pues no se trataba de demostrar que nosotros hubiéramos sido indios alguna vez.

Nuestra intención era poner a prueba el resultado y cualidades de una balsa prehistórica peruana, sus condiciones marineras y su capacidad de carga, y comprobar si los elementos nos empujarían realmente a través del mar hasta Polinesia con la tripulación todavía a bordo. Nuestros precursores indígenas no tenían inconveniente en vivir de carne seca, pescado y patatas «kumara» mientras estaban a bordo, puesto que ésta era su dieta habitual en tierra. También queríamos averiguar, en un viaje efectivo, las posibilidades que tenían de obtener pescado fresco y agua de lluvia durante la travesía. Para nuestra alimentación, yo había pen-

sado en las simples raciones de campaña que conocíamos desde la guerra.

Justamente por aquellas fechas llegó a Wáshington un nuevo oficial adjunto al agregado militar noruego. Yo había sido segundo jefe de su compañía en Finmark y sabía que el hombre era un cartucho de dinamita, que gustaba de abordar y resolver con energía feroz cualquier problema que se le pusiera por delante. Björn Rörholt era uno de esos hombres llenos de vitalidad que se sienten perdidos si al salir de un atolladero no se les presenta en seguida otro embrollo donde meterse.

Le escribí explicándole la situación y pidiéndole que usara su olfato para descubrir, en la Intendencia del Ejército norteamericano, al hombre apropiado para ponernos en contacto con él. El caso era que ellos estaban experimentando nuevas raciones de campaña, que nosotros bien podíamos probar, en la misma forma que íbamos a ensayar el equipo para el Laboratorio del Ejército del Aire.

Dos días después, Björn nos telefoneó de Wáshington. Se había puesto en contacto con la Sección de Enlace Extranjero del Departamento de Guerra, y allí querían saber de qué se trataba.

Herman y yo tomamos el primer tren para Wáshington.

Encontramos a Björn en su despacho, en la oficina del agregado militar.

—Yo creo que esto saldrá bien —nos dijo—. Seremos recibidos en la Sección de Enlace Extranjero mañana, si conseguimos una carta de recomendación del coronel.

El «coronel» era Otto Munthe-Kaas, agregado militar noruego. Se mostró muy bien dispuesto y más que deseoso de darnos una buena carta de presentación, tan pronto se enteró de nuestro proyecto.

Cuando a la mañana siguiente fuimos a recoger el documento, se levantó de pronto y nos dijo que mejor sería que él mismo fuera con nosotros. Nos dirigimos, en el automóvil del coronel, al Pentágono, sede del Departamento de Guerra. El coronel y Björn iban en los asientos delanteros, luciendo sus más elegantes uniformes, mientras Herman y yo, desde el asiento posterior, mirábamos a través del parabrisas el enorme edificio del Pentágono, que se levantaba en la llanura delante de nosotros. Este edificio gi-

Comentando el plan de viaje en el Club de Exploradores de Nueva York.

Derribando árboles de balsa en la selva del Ecuador.

Corriente abajo del río Palenque, hasta el Pacífico, con los troncos de balsa.

gantesco, con sus treinta mil empleados y sus veintiséis kilómetros de corredores, iba a ser el teatro de nuestra inminente conferencia sobre la balsa, con las «altas autoridades» militares. Nunca, ni antes ni después, aquella balsa nos ha parecido a Herman y a mí tan irremediablemente pequeña.

Luego de un ir y venir sin fin por rampas y corredores, llegamos a la puerta de la oficina de Enlace Extranjero y a los pocos momentos, rodeados de flamantes uniformes militares, nos encontramos sentados alrededor de una larga mesa de caoba, en cuya cabecera el jefe de la Sección de Enlace Extranjero en persona presidía la reunión.

El robusto y severo oficial de West Point, cuya corpulencia se destacaba al extremo de la mesa, tuvo al principio cierta dificultad para comprender qué relación podía haber entre el Departamento de Guerra de los Estados Unidos y nuestra balsa de madera; pero las bien meditadas palabras del coronel y el favorable resultado del torrente de preguntas a que nos sometieron los oficiales sentados alrededor de la mesa hicieron que su mirada resbalase de nosotros para posarse con interés en la carta del Laboratorio de Equipo del Departamento de Material aéreo. Entonces se levantó y dio a sus ayudantes la concisa orden de que nos ayudaran a través de los conductos apropiados; luego, deseándonos buena suerte, salió de la oficina. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él, un joven capitán me susurró al oído:

—Apuesto a que tendréis lo que queréis. Esto suena como una pequeña operación militar y trae un pequeño cambio en la diaria rutina de nuestra oficina en tiempo de paz; además, será una buena oportunidad para hacer una prueba metódica de nuestro material.

La oficina de enlace arregló inmediatamente una entrevista con el coronel Lewis en el Laboratorio Experimental de la Intendencia General, y Herman y yo fuimos llevados hasta allí en un automóvil.

El coronel Lewis era un oficial gigantesco y afable, de porte sencillo y acogedor. Inmediatamente llamó a los hombres encargados de los experimentos en las diversas secciones. Todos se mostraron bien dispuestos e inmediatamente sugirieron un sinfín de materiales de los que les gustaría hiciéramos una prueba a fondo. La retahíla de cosas que nos ofrecían superaba nuestras más fan-

tásticas esperanzas, desde raciones de campaña hasta pomadas para la quemadura del sol y sacos de dormir, a prueba de humedad. Luego nos llevaron a dar una ojeada a todo aquello. Probamos raciones especiales en elegantes paquetes; probamos fósforos que prendían aun después de sumergidos en agua, nuevas cocinillas «Primus» y barrilitos para agua, sacos de caucho y botas especiales, utensilios de cocina, cuchillos capaces de flotar y, en fin, todo lo que una expedición pudiera necesitar.

Eché una mirada a Herman. Tenía el aire de un niño modosillo y esperanzado a la vez, que recorriera una chocolatería en compañía de una tía rica. El coronel iba delante mostrándonos todas estas delicias, y cuando terminamos la inspección, los empleados habían tomado nota de las cosas y cantidades que necesitábamos. Yo creía ganada la batalla y sólo sentía la necesidad de correr a casa y tomar la posición horizontal para pensar en todo esto con paz y quietud. Entonces el alto y amistoso coronel dijo de pronto:

—Bien; ahora deberemos entrevistarnos con «el Jefe»; es él quien tiene que decidir si podemos o no daros estas cosas.

Sentí que se me caía el alma a los pies. De manera, pues, que debíamos volver a comenzar desde el principio, echando mano de toda nuestra elocuencia. ¡Y sabe Dios qué clase de hombre sería «el Jefe»!

Nos encontramos con que «el Jefe» era un oficial de pequeña estatura, con aspecto de gran seriedad. Estaba sentado detrás de su escritorio y al entrar nosotros nos examinó con sus penetrantes ojos azules, invitándonos a tomar asiento.

—Bueno. ¿Qué desean estos caballeros? —le preguntó secamente al coronel Lewis, sin apartar sus ojos de los míos.

—Oh, unas cosillas —se apresuró a responder Lewis. Le explicó a grandes rasgos nuestras pretensiones, mientras «el Jefe» escuchaba pacientemente, sin mover ni un dedo.

—¿Y qué nos van a dar ellos en cambio? —preguntó, sin el menor indicio de haberse impresionado.

—Verá usted —dijo Lewis en tono conciliador—, pensábamos que tal vez la expedición podría mandar informes sobre las nuevas provisiones y nuevos tipos de material, dadas las duras condiciones en que va a usarlos.

El severísimo «Jefe» se echó lentamente hacia atrás en su silla,

imperturbable, con los ojos todavía fijos en los míos; y yo sentí que me hundía hasta el fondo de mi butaca de cuero, al oírle decir fríamente:

—No veo en absoluto cómo pueden darnos algo a cambio.

Hubo un silencio de muerte en el cuarto. El coronel Lewis se pasaba nerviosamente los dedos por el cuello y ninguno de nosotros decía una palabra.

—Pero —dijo «el Jefe» de pronto, y entonces vi aparecer un relámpago en sus ojos— el valor y el espíritu de aventura también cuentan. Coronel Lewis, déles lo que piden.

Estaba aún sentado en el taxi que nos llevaba al hotel, medio borracho de alegría, cuando Herman estalló a reír sin motivo alguno a mi lado.

—¿Estás loco? —le pregunté con ansiedad.

—No —me contestó descaradamente—, pero he estado calculando que entre las provisiones están incluidas seiscientas cuarenta y ocho cajas de piña, y ése es mi plato favorito.

Hay mil cosas que hacer, y la mayor parte al mismo tiempo, para reunir seis hombres, una balsa y su carga en un punto de la costa del Perú. Y sólo disponíamos de tres meses, sin ninguna lámpara de Aladino a nuestra disposición.

Volamos a Nueva York provistos de una carta de presentación de la Oficina de Enlace para entrevistarnos con el profesor Behre, de la Universidad de Columbia. Éste era jefe del Comité de Investigación Geográfica del Departamento de Guerra, y fue él quien, presionando un botón mágico, entregó a Herman todo el valioso conjunto de instrumentos para sus mediciones científicas.

De allí volamos a Wáshington para entrevistarnos con el almirante Glover en el Instituto Hidrográfico Naval. El bondadoso viejo lobo de mar llamó a todos sus oficiales y, señalando una carta del Pacífico que pendía en la pared, nos presentó a Herman y a mí.

—Estos jóvenes desean consultar nuestras cartas de corrientes. Atendedles.

Avanzado un poco más nuestro proyecto, el coronel inglés Lumsden convocó una conferencia en el local de la Misión Militar británica, para discutir nuestros futuros problemas y las posibilidades de un resultado favorable. Recibimos muchos buenos

consejos y unas muestras de material británico, traído en vuelo desde Inglaterra, para ser probado en nuestra expedición. El oficial médico inglés era un entusiasta abogado de cierto misterioso polvo «antitiburón»; no teníamos más que echar un poco de esos polvos en el agua, si algún tiburón se desvergonzaba demasiado, y éste desaparecería inmediatamente.

—Señor —le dije cortésmente—, ¿podemos realmente confiar en estos polvos?

—Le diré —respondió el inglés sonriendo—, esto es precisamente lo que queremos averiguar.

Cuando el tiempo es corto, el avión reemplaza al tren y el automóvil se encarga de relevar nuestras piernas, la cartera se encoge como una flor disecada entre las páginas de un libro. Cuando habíamos gastado hasta el coste de mi pasaje de regreso a Noruega, fuimos nuevamente a llamar a la puerta de nuestros protectores para arreglar nuestras finanzas; allí nos aguardaban inesperados y desalentadores problemas. Nuestro administrador financiero estaba enfermo en cama con calentura, y sus dos colegas carecían de atribuciones, mientras no estuviera restablecido. Se mantenían fieles a nuestro convenio, pero mientras tanto no podían hacer nada. Se nos propuso un aplazamiento, proposición inútil, pues ya no podíamos detener el complicado engranaje que habíamos puesto en marcha y que iba a toda velocidad. No teníamos más remedio que seguir adelante; era demasiado tarde para detenerse o frenar siquiera. Nuestros amigos acordaron, pues, disolver nuestra sociedad, a fin de dejarnos en libertad para actuar rápida e independientemente sin ellos.

O sea, que nos encontramos en la calle con las manos en los bolsillos.

—Diciembre, enero, febrero... —dijo Herman.

—Y todo lo más, marzo —añadí yo—. Pero luego hay que salir.

Por oscuro que fuera todo el resto, una cosa, en cambio, teníamos perfectamente en claro. El nuestro era un viaje con un objetivo, y no queríamos ser clasificados en la categoría de los acróbatas que se arrojan en un barril por las cataratas del Niágara, o se sientan en el remate de un asta de bandera durante diecisiete días.

—Nada de servir de propaganda para una marca de chicles

o coca-cola —decía Herman. Y en este punto, estábamos de perfecto acuerdo.

Podíamos conseguir dinero noruego, pero esto no resolvía nuestros problemas a este lado del Atlántico. Podíamos solicitar una subvención, pero difícilmente nos la concederían, tratándose de una teoría en discusión; después de todo, ésta era precisamente la razón de nuestra empresa. Pronto nos dimos cuenta de que ni la prensa ni un promotor privado se atreverían a invertir dinero en una aventura que ellos mismos y las compañías de seguros miraban como un viaje suicida. Naturalmente, si volvíamos sanos y salvos, ya sería cosa distinta.

La situación era francamente sombría y nos pasamos muchos días sin que un rayo de esperanza nos iluminara. Fue entonces cuando el coronel Munthe-Kaas entró de nuevo en acción.

—Os veo en un aprieto, muchachos —nos dijo—. Aquí va un cheque para principiar; me lo podéis devolver cuando regreséis del Pacífico.

Varias otras personas siguieron su ejemplo y el empréstito privado fue pronto suficiente para ponernos a flote sin tener que acudir a agentes u otra clase de ayuda. Ya podíamos volar a Sudamérica y comenzar la construcción de la balsa.

Las viejas embarcaciones peruanas estaban construidas con madera del árbol llamado «balsa», la cual, cuando está seca, es más liviana que el corcho. El árbol de balsa crece en el Perú, pero solamente al otro lado de la cordillera de los Andes, de manera que los navegantes del tiempo de los incas iban a lo largo de la costa hasta el Ecuador, donde derribaban sus grandes árboles de balsa justamente a la orilla del Pacífico. Nosotros decidimos hacer lo mismo.

Los problemas del transporte son hoy distintos de los de la época incaica. Ahora tenemos aviones, automóviles y agencias de viaje, pero para no hacer las cosas tan fáciles, hay también unos obstáculos llamados fronteras, con matones uniformados que ponen en duda nuestros comprobantes, maltratan nuestro equipaje y nos abruman con papeles sellados, si tenemos la suerte de poder colarnos. Fue el temor a estos hombres con botonaduras doradas lo que nos hizo pensar que no podíamos llegar a Sudamérica con grandes cajas cerradas y baúles llenos de extraños objetos e instrumentos, quitarnos cortésmente el som-

brero y pedir en mal español que nos dejaran entrar, para salir después en una balsa. Íbamos a dar con nuestros huesos en la cárcel.

—No —dijo Herman—. Necesitamos una presentación oficial.

Uno de nuestros amigos del disuelto triunvirato era corresponsal de las Naciones Unidas y nos ofreció llevarnos en automóvil hasta allí. Nos causó una gran impresión entrar en el gran *hall* de la Asamblea, donde hombres de todas las naciones, sentados en bancos lado a lado, escuchaban silenciosamente el torrente de palabras que pronunciaba un ruso de cabellos negros, ante un gigantesco mapa del mundo que decoraba la pared del fondo.

Nuestro amigo el corresponsal se agenció, en un momento de quietud, para acercarse a uno de los delegados del Perú y más tarde a otro del Ecuador. En el gran sofá de cuero de una antecámara escucharon con gran interés nuestro plan de cruzar el mar para apoyar la teoría de que hombres pertenecientes a una antigua civilización de sus propios países habían sido los primeros en llegar a las islas del Pacífico.

Ambos nos prometieron informar a sus gobiernos y nos garantizaron su apoyo cuando llegáramos a sus respectivos países. Trygve Lie, que pasó por la antesala, se acercó a nosotros al enterarse de que éramos compatriotas suyos; alguien le sugirió que podría acompañarnos en la balsa.

Pero el Secretario de las Naciones Unidas ya tenía suficiente oleaje en tierra. El Subsecretario de la Organización, doctor Benjamín Cohen, de Chile, era un conocido arqueólogo amateur y me dio una carta de presentación para el Presidente del Perú, que era amigo suyo. También encontramos en el *hall* al embajador noruego Wilhelm von Munthe de Morgenstierne, quien desde aquel día prestó un valiosísimo apoyo a la expedición.

Tomamos, pues, dos pasajes y volamos a Sudamérica. Cuando los cuatro motores principiaron a rugir uno después de otro, nos hundimos agotados en nuestros asientos. Sentíamos un indecible sentimiento de alivio, pensando en que la primera parte del programa estaba terminada y que ahora ya nos íbamos de frente hacia la aventura.

Capítulo III

A SUDAMÉRICA

Sobre el Ecuador — Problemas de la balsa — Por avión a Quito — Bandidos y traficantes de cabezas — Cruzamos los Andes en un jeep — En las profundidades de la selva — En Quevedo — Derribamos árboles de balsa — Aguas abajo del Palenque en balsa — La tentadora Estación Naval — En el Ministerio de Marina en Lima — Con el Presidente del Perú — Viene Danielsson — De regreso a Wáshington — Veinticinco libras de papel — El bautismo de fuego de Herman — Construimos la balsa en la Estación Naval — Advertencias — Antes de la partida — Bautizo de la «Kon-Tiki» — Adiós a Sudamérica

Al cruzar nuestro avión la línea ecuatorial, principió un suave descenso a través de la capa lechosa de nubes que hasta entonces se había extendido a nuestros pies como un brillante manto de nieve bajo el ardiente sol.

Mechones de vapor se pegaban a las ventanillas, hasta que se abrió la capa de niebla y quedó flotando como un dosel de nubes sobre nuestras cabezas, descubriendo el verde y brillante techo de una selva con ondulaciones de mar. Volábamos sobre la República sudamericana del Ecuador y aterrizamos en el puerto tropical de Guayaquil.

Llevando al brazo nuestros abrigos, chaquetas y chalecos, nos sumergimos en una sofocante atmósfera de invernadero, llena de locuaces meridionales vestidos con ropas tropicales, y sentimos que las camisas se nos pegaban a la espalda como papel mojado.

Los oficiales de la aduana y del departamento de inmigración nos recibieron con los brazos abiertos y casi en volandas nos llevaron a un taxi, que nos dejó en el mejor hotel de la ciudad, mejor dicho, el único bueno. Una vez allí nos dirigimos rápidamente a nuestros respectivos baños y dejamos que cayera en nuestras espaldas el agua fresca de la ducha. Habíamos llegado al país donde crece el árbol de balsa y donde íbamos a comprar la madera para construir nuestra embarcación.

El primer día lo pasamos aprendiendo el sistema monetario y el español suficiente para poder regresar al hotel. El segundo día nos aventuramos a alejarnos de nuestras duchas, en círculos cada vez de mayor radio, y cuando Herman hubo satisfecho la ambición de su niñez de tocar una palmera auténtica, y yo estaba ya como un bote ambulante de ensalada de fruta, decidimos empezar nuestras gestiones para adquirir madera de balsa.

Desgraciadamente, esto era más fácil de decir que de hacer. Hubiéramos podido, desde luego, comprar balsa en cantidades, pero no en forma de troncos enteros, como queríamos. Habían pasado los días en que se podían conseguir árboles de balsa a la orilla del mar; la última guerra había terminado con ellos; habían sido talados por millares y enviados a las fábricas de aviones, porque esta madera es esponjosa y ligera. Se nos dijo que el único lugar donde crecían grandes árboles de balsa era en la selva del interior del país.

—Tendremos, pues, que penetrar en el interior y tumbarlos nosotros mismos —dijimos.

—Imposible —nos dijeron los expertos—. Las lluvias acaban de empezar, y los caminos y la selva toda están intransitables, por las inundaciones y el barro. Si queréis madera, volved aquí dentro de seis meses; para entonces habrán terminado las lluvias y estarán secos los caminos.

En nuestro apuro fuimos a ver a don Gustavo von Buchwald, el rey de la balsa en el Ecuador, y Herman desenrolló en su presencia el plano de la embarcación, con las longitudes de troncos que necesitábamos. El rey de la balsa, un hombrecillo enjuto y de poca estatura, tomó decididamente el teléfono y ordenó a sus agentes que se pusieran en busca de la madera. Éstos encontraron tablones, planchas livianas y retazos aislados de madera en todos los aserraderos, pero no pudieron dar ni con un solo

tronco utilizable. Había dos grandes troncos, secos como yesca, entre los desperdicios del aserradero del propio don Gustavo, pero eso solo no nos llevaría muy lejos; era claro que la búsqueda sería inútil.

—Un hermano mío tiene una gran plantación de balsa— dijo don Gustavo en forma alentadora—. Se llama don Federico, y vive en Quevedo, una pequeña ciudad de la selva, tierra adentro. Él puede facilitarles toda la que necesiten, tan pronto como podamos ponernos en contacto con él, pasada la estación de lluvias; pero ahora sería inútil, con estos aguaceros en la selva.

Si don Gustavo decía que algo era inútil, todos los expertos en balsa del Ecuador dirían también que todo era inútil. De manera, pues, que nos encontrábamos en Guayaquil sin madera para la balsa y sin posibilidades de ir a cortar los árboles nosotros mismos hasta varios meses después, cuando ya sería demasiado tarde.

—Tenemos poco tiempo —dijo Herman.

—Y hay que encontrar balsa como sea —dije yo—. La embarcación debe ser una copia exacta o no tendremos garantía de salir con vida.

Un pequeño mapa escolar que vimos en el hotel, en el cual estaba pintado en color verde la selva, en castaño las montañas y bordeadas de rojo las zonas deshabitadas, nos informó de que la selva se extendía en forma ininterrumpida desde el Pacífico hasta el pie de la gigantesca cordillera de los Andes. Esto me dio una idea. Las plantaciones de balsa de Quevedo eran, en esta época del año, evidentemente inaccesibles desde la costa, pero acaso pudiéramos llegar hasta los árboles por el lado de tierra, bajando directamente a la selva desde las desiertas y nevadas montañas de la cordillera de los Andes. Era una posibilidad, la única que veíamos.

En el aeropuerto encontramos un pequeño avión de carga, dispuesto a llevarnos hasta Quito, la capital de este extraño país, situada en la altiplanicie de los Andes, a tres mil metros sobre el nivel del mar. Entre un apiñamiento de paquetes y muebles, tuvimos oportunidad de dar un vistazo a la selva verde y los ríos plateados, antes de desaparecer entre las nubes. Cuando salimos de ellas, las tierras bajas quedaban ocultas bajo un inmenso mar de ondeantes vapores, pero al frente los áridos contrafuertes y

desnudos barrancos emergían de este mar de niebla, levantándose hacia el deslumbrante azul del cielo.

El aeroplano subía, siguiendo el perfil de las montañas como si lo hiciera sobre un invisible funicular, y a pesar de estar sobre la misma línea ecuatorial, al fin veíamos a nuestro lado brillantes campos de nieve. Luego, deslizándonos entre las montañas, entramos en una rica planicie, vestida de un verde primaveral, en la cual aterrizamos muy cerca de la capital más curiosa del mundo.

La mayor parte de los 175.000 habitantes de Quito son indios puros de las montañas o mestizos, pues ésta fue la capital de sus antepasados, mucho antes de que Colón y nuestra propia raza conociera América. La ciudad recibe su sello peculiar de los antiguos monasterios, llenos de tesoros artísticos de incalculable valor, y otros magníficos edificios del tiempo de los españoles, que se yerguen sobre los techos de las bajas casas indígenas, construidas de adobe secado al sol. Por un laberinto de estrechas callejuelas, entre las paredes de adobe, transitaba un enjambre de indios de la montaña, con sus ponchos de tonos rojizos y sus grandes sombreros del país. Algunos iban al mercado llevando burros cargados, mientras otros, sentados y agachados a lo largo de las tapias de adobe, cabeceaban bajo el ardiente sol. Unos cuantos automóviles llevando aristócratas de origen español en traje tropical, conseguían apenas, yendo a media velocidad y con un incesante sonar de bocinas, abrirse paso a lo largo de las callejuelas de dirección única, entre burros, chicuelos e indios descalzos. El aire allá arriba en el altiplano era de tal brillantez y cristalina diafanidad, que las montañas que nos rodeaban parecía que entraban a formar parte del cuadro de la calle, contribuyendo a crear esa atmósfera de un mundo distinto.

Jorge, nuestro amigo del avión de carga, apodado «el loco volador», pertenecía a una de las viejas familias españolas de Quito; él nos instaló en un anticuado y divertido hotel y en seguida se echó a la calle, unas veces con nosotros y otras solo, tratando de conseguir transporte para llevarnos sobre las montañas y después hacia la selva hasta Quevedo.

Nos reuníamos por la noche en un viejo café español, y Jorge llegaba siempre lleno de malas noticias; en resumen, debíamos quitarnos de la cabeza la idea de ir a Quevedo. No conseguiría-

mos ni hombres ni vehículos para llevarnos sobre las montañas, y menos hasta la selva, donde las lluvias habían principiado y donde, además, había el peligro de ser atacados, si nos quedábamos empantanados en el barro. Incluso el año anterior, un grupo de diez ingenieros petroleros norteamericanos habían sido encontrados muertos con flechas envenenadas en la zona oriental del Ecuador, donde todavía muchos indios vagan completamente desnudos y cazan con flechas embebidas de curare.

—Algunos son cazadores de cabezas —nos dijo Jorge con voz cavernosa, viendo que Herman se servía, imperturbable, más carne y más vino tinto.

»Creéis que exagero —continuó en la misma voz baja—, pero, a pesar de estar rigurosamente prohibido, todavía hay gente en este país que se gana la vida vendiendo cabezas humanas reducidas; es imposible controlarlo, y aún ahora los indios de la selva cortan las cabezas de sus enemigos de otras tribus nómadas. Trituran y extraen los huesos del cráneo y llenan luego la piel vacía de la cabeza con arena caliente, en tal forma que toda la cabeza se encoge hasta quedar apenas del tamaño de la de un gato, sin perder su forma ni sus facciones. Estas cabezas reducidas de sus enemigos eran antes valiosos trofeos y ahora son objetos raros en el mercado negro de artículos prohibidos. Los mestizos se las arreglan de forma que pueden venderlas a los compradores de la costa, quienes, a su vez, las venden a los turistas a precios fabulosos.

Jorge nos miró triunfante; él no sabía que Herman y yo habíamos sido atraídos ese mismo día detrás de una puerta, donde se nos habían ofrecido dos de esas cabezas por mil sucres cada una. Estas cabezas, en la actualidad, son a menudo falsas, hechas de cabezas de mono, pero aquellas dos que nos fueron ofrecidas eran genuinas de indios, y tan bien disecadas, que conservaban perfectamente todas las facciones. Eran las cabezas de un hombre y una mujer, ambas del tamaño de naranjas; la mujer era sin duda bonita, aun cuando sólo las pestañas y el largo cabello habían conservado su tamaño natural. En verdad, la idea me daba escalofríos, pero expresé mis dudas de que existieran cazadores de cabezas en el lado occidental de las montañas.

—Nunca se sabe —decía Jorge con aire sombrío—. ¿Y qué diría usted si su amigo desapareciera y un día encontrara su ca-

beza en miniatura en el mercado? Esto le pasó una vez a un amigo mío —añadió mirándome porfiadamente.

—Cuéntenos eso —dijo Herman, que seguía masticando su bistec lentamente y sin gran entusiasmo.

Puse mi tenedor cuidadosamente a un lado y Jorge nos contó su historia. Habitaba, en cierta ocasión, con su esposa en un puesto avanzado de la selva, lavando oro y comprando el que le traían otros lavadores. La familia tenía en aquel tiempo un amigo indígena, que traía su oro regularmente y lo cambiaba por diversos artículos. Un día, este amigo fue asesinado en la selva. Jorge persiguió al asesino hasta acorralarlo y le amenazó con matarlo. Ahora bien, el asesino era uno de quienes se sospechaba que vendía cráneos humanos reducidos, y Jorge le prometió salvarle la vida si le traía el cráneo de su amigo. El criminal sacó inmediatamente la cabeza del amigo de Jorge, tan pequeña en ese momento como el puño de un hombre. Jorge se quedó impresionadísimo al volver a ver a su amigo, pues no había cambiado nada, sólo que se había achicado. Profundamente emocionado, tomó la cabeza y se la llevó a su esposa. Ésta se desmayó al verla, y Jorge se vio precisado a esconderla en un baúl; pero había tanta humedad en la selva, que se formaban capas de moho verde en la cabeza, de manera que de cuando en cuando Jorge tenía que ponerla a secar al sol. Quedaba muy bien cuando la colgaba de los cabellos en una cuerda de secar ropa, pero la señora se desmayaba cada vez que la veía. Un día, un ratón logró penetrar en el baúl e hizo tal destrozo en su amigo, que Jorge, muy mortificado, enterró la cabeza, con todas las ceremonias del caso, en un pequeño agujero en la parte alta del campo de aterrizaje.

—Porque, después de todo, era un ser humano —concluyó Jorge.

—Una buena cena —dije para cambiar de conversación.

Cuando ya a oscuras regresábamos a casa, tuve la desagradable impresión de que el sombrero de Herman le había caído hasta las orejas. Pero era sólo que se lo había encasquetado para protegerse del viento helado que por la noche sopla de las montañas.

Al día siguiente estábamos sentados con nuestro cónsul general Bryhn y su señora bajo los eucaliptos de su gran casa de

campo, fuera de la ciudad. Bryhn no creía mayormente que nuestro proyectado viaje por la selva hasta Quevedo produjera ningún cambio drástico en el tamaño de nuestros sombreros, pero... precisamente aquellas regiones estaban infestadas de bandidos. Nos enseñó recortes de los periódicos locales, anunciando que se iban a enviar soldados cuando llegara la estación seca, para extirpar a los bandidos que infestaban la comarca de Quevedo. Ir ahora allá era una perfecta locura y nunca conseguiríamos guías ni transporte. Mientras estábamos hablando con él, vimos un jeep de la oficina del agregado militar norteamericano, que pasaba a toda velocidad, y esto nos dio una idea. Fuimos a la Embajada norteamericana acompañados del cónsul general y pudimos ver al agregado militar en persona. Era un joven pulcro, de aspecto simpático, vestido de caqui con botas de montar, y nos preguntó sonriéndose qué se nos había perdido en la cumbre de los Andes, si realmente pensábamos en hacernos a la mar en una balsa, como decía la prensa local.

Le explicamos que la madera estaba todavía erguida sobre sus raíces en la selva de Quevedo, y nosotros estábamos en el techo del continente, sin poder bajar hasta ella. Le pedimos al agregado militar una de dos cosas: o que nos prestara un avión y dos paracaídas, o un jeep con un chófer conocedor del camino.

De momento, el agregado militar se quedó sin habla ante nuestra desenvoltura; luego sacudió la cabeza con resignación y dijo sonriendo:

—Bien, ya que no me dejan una tercera solución, prefiero la segunda.

A las cinco y cuarto de la mañana siguiente se detenía un jeep a la puerta de nuestro hotel y de él saltaba un capitán de ingenieros ecuatoriano, que se puso a nuestras órdenes. Sus instrucciones eran llevarnos en el jeep hasta Quevedo, hubiera o no hubiera barro. El jeep fue cargado con latas de gasolina, puesto que no íbamos a encontrar surtidores de ella por el camino, ni siquiera huellas de otros coches. Nuestro nuevo amigo, el capitán Agurto Alexis Álvarez, iba armado hasta los dientes con cuchillos y armas de fuego, en vista de los informes sobre los bandidos. Habíamos llegado al país en pacífico viaje de negocios, dispuestos a comprar madera al contado junto a la costa, y así todo nuestro equipo a bordo del jeep consistía en un saco

de latas de conservas y un par de cosas más que habíamos comprado apresuradamente: una cámara fotográfica de segunda mano y pantalones caqui a prueba de desgarros para cada uno. Además, el cónsul general había insistido en que tomáramos su enorme revólver con munición abundante, para exterminar todo lo que se cruzara en nuestro camino. El jeep se abrió paso zumbando por las callejuelas desiertas, donde la luna se reflejaba pálidamente en las encaladas paredes de adobe, hasta que salimos al campo, donde empezamos a correr hacia el sur, a tremenda velocidad, en un buen camino de arena a través de la región montañosa.

El camino era bueno, a lo largo de la cordillera, hasta la ciudad de Latacunga, donde las casas sin ventanas de los indios se apiñan alrededor de una enjabelgada iglesia rural, en una plaza con palmeras. Aquí viramos para tomar un camino de herradura que ondulaba y se retorcía en dirección al oeste, sobre valles y colinas, hacia los Andes. Llegamos a un mundo con el que jamás habíamos soñado. Era el verdadero mundo de los indios montañeses, al este del sol y al oeste de la luna, fuera del tiempo y del espacio. Durante todo el viaje no vimos un carruaje ni una rueda. El tránsito consistía en pastores de cabras, con las piernas desnudas y ponchos de alegres colores, que llevaban hacia delante desordenados rebaños de llamas, de patas tiesas y aire de dignidad. De vez en cuando pasaban también por el camino familias enteras de indios. El padre solía ir delante, montado en una mula, mientras su diminuta mujer trotaba detrás con toda su colección de sombreros sobre la cabeza y el hijo más pequeño a la espalda; y al mismo tiempo que corría, iba haciendo girar el huso entre sus dedos, hilando lana. Burros y mulas avanzaban pesadamente, tambaleándose bajo sus cargas de leña, carrizos y cerámica.

A medida que adelantábamos iba disminuyendo el número de indios que hablaban español y pronto los conocimientos lingüísticos de Agurto se volvieron tan inútiles como los nuestros. Aquí y allá, en las montañas, se veía un racimo de chozas; cada vez había menos hechas de barro y más eran, en cambio, las de caña con techos de paja seca. Tanto las chozas como la gente, morena y de cara arrugada, parecían haber surgido de la tierra misma, efecto de la calcinante acción del sol sobre las pétreas

murallas de los Andes. Formaban parte de las rocas, de las vertientes guijarrosas y de los abismos profundos, lo mismo que la hierba que crece en las laderas. Pobres en bienes y pequeños de estatura, los indios de las montañas tienen la férrea dureza de los animales salvajes y la alegría pueril de los pueblos primitivos, que cuanto menos pueden hablar, más pueden reír. Todos los que veíamos al pasar levantaban hacia nosotros sus caras radiantes, mostrándonos sus dientes blancos como la nieve. No había nada allí que indicara que el hombre blanco hubiera ganado o perdido un céntimo en estas regiones. Ni carteles de anuncios ni señales en los caminos, y si una lata de estaño o un pedazo de papel caían del jeep al lado del camino, lo recogían inmediatamente como un artículo de valor para su uso doméstico.

Seguíamos subiendo por las laderas batidas por el sol, sin árboles ni maleza, y bajando por áridos valles de arena y cactos, hasta que por fin nos encaramos a las crestas más altas, donde la nieve cubría los picos y el viento frío azotaba con tanta fuerza, que tuvimos que disminuir la velocidad para no congelarnos, cubiertos sólo con nuestras camisas y anhelando el calor de la selva.

En largos trechos, teníamos que tomar campo a través, entre las montañas, salvando cerros pedregosos o laderas tapizadas de hierba menuda, en busca del interrumpido camino. Pero cuando llegamos a la vertiente occidental, donde la muralla de los Andes desciende bruscamente hacia las tierras bajas, el camino de herradura estaba tallado en la roca como una repisa, y alrededor nuestro no veíamos sino peñascos escarpados y profundas gargantas. Habíamos puesto toda nuestra confianza en el amigo Agurto, quien, aferrado al volante, viraba cada vez que nos acercábamos demasiado al precipicio. De pronto, nos alcanzó una violenta racha de viento; habíamos llegado a la última cresta de los Andes, donde la montaña cae bruscamente en una serie de precipicios hasta la selva baja, en un abismo sin fondo a cuatro mil metros debajo de nosotros. Pero quedamos defraudados en nuestra esperanza de obtener un vertiginoso panorama del verde mar de la selva, pues, apenas llegamos al borde, espesos bancos de nubes nos envolvieron, como si fuera el vapor de una caldera de brujas. Ahora nuestro camino descendía sin obstáculos hacia el abismo; siempre hacia abajo, en pronun-

ciadas curvas, a lo largo de gargantas, peñascos y riscos escarpados, mientras el aire se volvía más y más húmedo y caliente, y cada vez más lleno de la pesada y soporífera atmósfera de invernadero que se levantaba desde el mundo de la selva, allá en el fondo. Entonces comenzó la lluvia; suavemente primero, después en torrentes que sonaban sobre el jeep como un redoble de tambor y, pronto, por donde volviéramos los ojos, veíamos el agua de color chocolate corriendo entre las rocas. Nosotros bajábamos también casi como un torrente, dejando atrás las áridas llanuras del altiplano, dirigiéndonos hacia otro mundo, donde las piedras, el barro y la arcilla de la pendiente eran suaves y lozanos de musgo y césped. Aparecieron las hojas; al poco tiempo eran ya hojas gigantes, que pendían como verdes paraguas goteantes a los lados del camino; después vinieron los primeros y debiluchos puestos avanzados de la arboleda de la selva, con sus franjas y velos de musgo y plantas trepadoras que colgaban de ellos; gorgoteos y chapoteos por todas partes. Al mismo tiempo que la pendiente se iba haciendo más suave, la selva avanzaba rápidamente como un ejército de gigantes verdes, que iban tragándose al pequeño jeep a medida que se abría paso por la pista de agua y lodo. Estábamos en la selva; el aire era húmedo, caliente y pesado, con un olor penetrante de vegetación tropical.

Había caído ya la noche, cuando llegamos a un grupo de cabañas que se levantaban en una colina. Goteando agua tibia, bajamos del jeep para pasar una noche bajo techado. Las hordas de pulgas que nos atacaron en la cabaña murieron ahogadas en la lluvia del día siguiente. Con el jeep lleno de bananas y otras frutas tropicales, seguimos bajando a través de la pendiente selva, en un descenso interminable. Cuando creíamos haber llegado al fondo mismo del infierno verde, el sendero nos conducía más y más hacia abajo; el barro hacía cada vez más difícil el avance del jeep, pero no nos detuvo y los ladrones, si los había, se mantuvieron a una imprecisa distancia. Sólo interrumpimos nuestra marcha al hallarnos bruscamente frente a un ancho río de agua barrosa que cruzaba la selva. Nos quedamos súbitamente plantados, incapaces de seguir por la margen del río, ni arriba ni abajo. En un claro se levantaba una cabaña, donde unos indios mestizos estaban estirando con estacas una piel de

Los expedicionarios (de izquierda a derecha): Knut Haugland, Bengt Danielsson, el autor, Erik Hesselberg, Torstein Raaby y Herman Watzinger.

Los nueve grandes troncos fueron amarrados con cabos de cáñamo. En la construcción de la balsa no se empleó ni un solo clavo ni elemento metálico alguno.

La Kon-Tiki, casi terminada, en el puerto de Callao.

A mitad de camino, a más de 2.000 millas de la tierra más próxima al Este o al Oeste, Hesselberg, encaramado en una caja, está tomando la altura del Sol.

jaguar en una pared soleada, mientras perros y gallinas chapoteaban alrededor y se divertían entre almendras de cacao puestas a secar al sol. Cuando el jeep llegó dando saltos y tumbos, el lugar pareció cobrar vida y algunos nativos que hablaban español nos informaron que aquel río era el Palenque y que Quevedo quedaba justamente al otro lado. Allí no había puente y el agua del río era veloz y profunda, pero ellos se manifestaron dispuestos a llevarnos en balsa a nosotros y al jeep. El extraño artefacto estaba allí, en la orilla; grandes y retorcidos troncos, del grosor de nuestros brazos, estaban amarrados con fibras vegetales y bambúes para formar una endeble balsa, dos veces más larga y ancha que el jeep. Poniendo una tabla debajo de cada rueda y con el corazón en la boca, llevamos el jeep sobre los troncos, y aun cuando la mayor parte de éstos casi desaparecían debajo del agua barrosa, nos sostuvieron al jeep, a nosotros tres y a los cuatro hombres de color chocolate y medio desnudos, que con sus largas pértigas nos empujaban hacia el centro de la corriente.

—¿Balsa? —preguntamos a un tiempo Herman y yo.

—Balsa —asintió uno de ellos, dando un irrespetuoso puntapié a los troncos.

Nos tomó la corriente llevándonos río abajo, mientras los hombres, asidos a sus largos palos, los apoyaban en los sitios precisos para mantener un curso constante en diagonal, hasta alcanzar el remanso del otro lado. Éste fue nuestro primer encuentro con el árbol de balsa y nuestro primer viaje en una embarcación de esta clase. La balsa fue llevada con toda seguridad hasta la otra orilla, y llegamos triunfantes en el jeep a Quevedo.

La ciudad consistía en dos hileras de casas de madera alquitranada formando una especie de calle, con buitres inmóviles sobre los techos de palmas. Los habitantes dejaron todo lo que pudieran estar haciendo y, negros y blancos, jóvenes y viejos, salieron en enjambres por puertas y ventanas para recibir el jeep. Una amenazante y locuaz marea humana se arremolinó alrededor del jeep, y mientras Agurto hacía desesperadas maniobras con el volante, nosotros manteníamos una vigilante custodia sobre nuestros tesoros. De pronto, se produjó un reventón y el jeep quedó cojo. Habíamos llegado a Quevedo y teníamos que resignarnos al abrazo de bienvenida.

La plantación de don Federico quedaba a poca distancia, río abajo; cuando el jeep llegó dando tumbos hasta el lugar, a través de un sendero bordeado de árboles de mango, con Agurto, Herman y yo, aquel enjuto y anciano habitante de la selva salió a recibirnos apresuradamente, acompañado de su sobrino Angelo, un pequeño muchacho que compartía su vida solitaria. Le dimos los mensajes de don Gustavo, y pronto el jeep se quedó solo en el patio, bajo la fresca ducha tropical que caía sobre la selva. Hubo comida de fiesta aquella noche en el bungalow de don Federico; cochinillos y pollos jugosos crepitaban en una hoguera, mientras nosotros, sentados alrededor de una fuente llena de fruta tropical, explicábamos el motivo de nuestra venida. El torrencial aguacero nos enviaba desde fuera rachas de aire cálido y perfumado de flores y tierra mojada, a través de la tela metálica de la ventana.

Don Federico estaba contento como un chiquillo. Sí, por supuesto, desde pequeño que conocía las balsas. Cincuenta años atrás, cuando vivía a orillas del mar, los indios del Perú acostumbraban todavía venir en grandes balsas a lo largo de la costa para vender pescado en Guayaquil. Podían cargar hasta un par de toneladas de pescado seco en una cabaña de bambú que construían en el centro de la balsa o traían a bordo a sus mujeres e hijos, perros y gallinas. Pero esos enormes troncos que ellos usaban entonces para construir sus embarcaciones, sería muy difícil conseguirlos ahora en la estación de lluvias, porque las inundaciones y el barro hacían imposible el viaje, ni aun a caballo, hasta la plantación de balsa, allá en la floresta. Sin embargo, don Federico haría cuanto estuviera en su mano; a lo mejor había todavía algunos árboles aislados no lejos del bungalow, y nosotros no necesitábamos muchos.

Ya avanzada la tarde, cesó la lluvia por un rato y fuimos a dar un paseo bajo los árboles de mango que rodeaban el bungalow. Don Federico tenía todas las variedades de orquídeas silvestres del mundo, en macetones hechos de cocos cortados por la mitad y colgados de las ramas. Estas raras plantas, a diferencia de las cultivadas, exhalan un maravilloso perfume y Herman estaba tratando de meter la nariz en una de ellas, cuando una especie de anguila, larga y brillante, emergió de entre las hojas sobre su cabeza; restalló un trallazo del látigo de Angelo, y

una serpiente cayó al suelo retorciéndose; un segundo después, el muchacho la tenía pegada al suelo con una horquilla de madera sobre el cuello, al mismo tiempo que le machacaba la cabeza.

—Mortal —dijo Angelo, mostrándonos los dos ponzoñosos colmillos encorvados para probar lo que decía.

Después de esto, por todas partes creíamos ver culebras venenosas acechando entre el follaje, y nos metimos en casa, con el trofeo de Angelo colgando sin vida de un bastón. Herman se sentó para despellejar el monstruo verde, mientras don Federico nos iba contando fantásticas historias de serpientes venenosas y boas constrictors del diámetro de un plato.

De pronto, observamos en la pared la sombra de dos enormes escorpiones, del tamaño de unas langostas. Se precipitaban uno contra otro, en una lucha a muerte con sus tenacillas; llevaban la parte trasera levantada en alto, con la curva y ponzoñosa lanceta de la cola lista para asestar el golpe mortal. Era un espectáculo horrible, y hasta que no movimos la lámpara de aceite, no nos dimos cuenta de que estábamos viendo la sombra agrandada de dos escorpiones corrientes, del tamaño de un dedo, que estaban luchando en el borde de la mesa.

—Dejadlos hacer —dijo don Federico riendo—, uno va a matar al otro, y necesitamos el sobreviviente en la casa para que aleje a las cucarachas. Ustedes procuren mantener el mosquitero bien ajustado alrededor de la cama, y sacudir sus ropas antes de ponérselas; así no les pasará nada. Yo he sido a menudo mordido por escorpiones y todavía no estoy muerto —añadió el viejo riéndose.

Dormí bien, pero despertaba pensando en bichos venenosos cada vez que una lagartija o un murciélago lanzaba un chillido o daba arañazos demasiado cerca de mi almohada. A la mañana siguiente nos levantamos temprano para ir en busca de árboles de balsa.

—Mejor será que sacudamos nuestra ropa —dijo Agurto, y al tiempo que hablaba, un escorpión saltaba de la manga de su camisa y desaparecía por una rendija del piso.

Poco después de la salida del sol, envió don Federico sus hombres a caballo en todas direcciones, para buscar árboles de balsa accesibles a lo largo de los senderos. Nuestro propio grupo cons-

taba de don Federico, Herman y yo, y muy pronto llegamos a un claro donde había un viejo árbol gigante que don Federico conocía. Sobresalía de todos los otros del alrededor y su tronco era de casi un metro de diámetro. Al estilo polinesio, bautizamos el árbol antes de tocarlo; le pusimos el nombre de «Ku», en honor de una deidad polinesia de origen americano. Luego empezamos a blandir el hacha y clavarla en el tronco, acompañados por el eco de la selva, que repetía nuestros golpes. Pero golpear el tronco jugoso de un árbol de balsa es como tratar de cortar un corcho con un cuchillo mellado; el hacha no hacía sino rebotar, y muy pronto Herman tuvo que relevarme. El hacha cambiaba de manos una y otra vez, mientras las astillas volaban y el sudor nos chorreaba con el ejercicio y el calor de la selva.

Ya avanzado el día, «Ku» se mantenía todavía erguido, como un gallo parado sobre una pata, estremeciéndose bajo nuestros golpes; al cabo de poco se tambaleó y derrumbóse pesadamente sobre la arboleda colindante, arrastrando en su caída grandes ramas y árboles pequeños. Habíamos quitado las ramas del tronco y estábamos principiando a sacar la corteza en zigzag al estilo indio, cuando Herman repentinamente soltó el hacha y dio un salto en el aire como en una danza guerrera polinesia, apretándose una pierna con la mano; de entre el pantalón cayó al suelo una reluciente hormiga, grande como un escorpión, con un largo punzón en la cola; su cráneo debía ser duro como la tenaza de una langosta, pues fue casi imposible machacarlo con el tacón en el suelo.

—Un kongo —explicó, apenado, don Federico—. Es un mal bicho, peor que un escorpión, pero no es peligroso para un hombre sano.

Herman estuvo dolorido varios días, aunque ello no le impidió galopar con nosotros por la selva en busca de más árboles gigantes. De tiempo en tiempo, oíamos un crujido, seguido de un estrépito y un sordo batacazo en alguna parte de la jungla. Don Federico hacía con la cabeza un gesto de satisfacción; eso quería decir que sus mestizos habían derribado un nuevo coloso para nuestra balsa. En una semana siguieron a Ku: Kane, Kama, Ilo, Mauri, Ra, Rangi, Papa, Taranga, Kura, Kukara y Hiti, doce enormes troncos de balsa, todos bautizados en honor

de las legendarias figuras polinesias cuyos nombres habían cruzado el mar, junto con Tiki, desde las costas del Perú. Los troncos, brillantes de savia, fueron arrastrados a través de la selva, primero con caballos, y al final con el tractor de don Federico, que los llevó hasta la orilla del río frente al bungalow. Esos troncos llenos de savia distaban mucho de tener la ligereza del corcho; pesarían por lo menos una tonelada cada uno, y esperábamos con gran ansiedad ver cómo iban a flotar en el agua. Los hicimos rodar uno a uno hasta la orilla y allí les amarramos al extremo una fuerte cuerda de plantas trepadoras, para que no fueran a desaparecer corriente abajo, al echarlos al río; luego los conducimos uno a uno hasta el agua. Después de un sonoro chapuzón, quedaron allí girando a uno y otro lado, con la mitad del tronco fuera de la superficie, y manteniéndose firmes cuando caminábamos sobre ellos. Amarramos todos los troncos juntos con las fuertes lianas que cuelgan de las copas de los árboles, formando dos balsas provisionales, una que halaba a la otra. Después cargamos ambas con todas las cañas de bambú y lianas que podíamos necesitar más tarde y Herman y yo subimos a bordo con dos de esos hombres salidos de misteriosos cruces y con los cuales no teníamos lenguaje común.

Al cortar las amarras fuimos cogidos por el remolino de las aguas y llevados río abajo a buena velocidad. La última visión que tuvimos a través de la llovizna, al momento de doblar el primer saliente de la orilla, fue la de nuestros excelentes amigos que, de pie en el extremo de la punta frente al bungalow, nos hacían adiós con las manos. Entonces nos metimos en el pequeño cobertizo de hojas verdes de banana y dejamos la dirección de la balsa al cuidado de los dos morenos expertos que se habían colocado uno a proa y otro a popa, cada uno sosteniendo un gran remo; con elegante facilidad mantenían la balsa en lo más rápido de la corriente, y nosotros íbamos danzando río abajo, en un curso muy sinuoso entre árboles sumergidos y bancos de arena.

La selva se levantaba como una sólida muralla a lo largo de ambas orillas, y loros, papagayos y otras aves de brillantes plumajes salían de entre el denso follaje a nuestro paso. Una o dos veces un cocodrilo se escabulló dentro de la corriente, perdiéndose de vista bajo el agua fangosa. Pronto vimos un monstruo

mucho más notable: era una iguana o lagartija gigante, del tamaño de un cocodrilo, pero con mucha garganta y el dorso dentado. Permanecía echada en la orilla arcillosa, como si hubiera estado durmiendo desde tiempos prehistóricos, y no se movió cuando pasamos junto a ella. Los remeros nos hicieron señales de no dispararle. Unos minutos después vimos un ejemplar más pequeño, de un metro de largo; huía a lo largo de una gruesa rama, que en ese momento quedaba sobre la balsa; corrió solamente hasta sentirse segura, y luego se quedó quieta luciendo sus brillantes colores azul y verde, mientras nos miraba con fríos ojos de serpiente. Más tarde pasamos un montecillo revestido de helechos, en cuya parte superior estaba la mayor de todas las iguanas; era como la silueta de un dragón chino tallado en piedra, tal como la veíamos, inmóvil contra el cielo, con el pecho y la cabeza levantados. Alzó apenas la cabeza cuando bordeamos el montecillo para desaparecer entre la selva.

Más adelante sentimos olor a humo y cruzamos ante varias cabañas con techos de paja que se levantaban en los claros a lo largo del margen. A nuestro paso en la balsa éramos objeto de una gran atención por parte de unos individuos de aspecto siniestro: una desagradable mezcla de indio, negro y español. Sus embarcaciones, grandes canoas de troncos ahuecados, estaban varadas en lo alto de la orilla.

Cuando llegó la hora de la comida, relevamos a nuestros amigos en las espadillas, mientras ellos freían pescado y pan de fruta sobre una pequeña hoguera regulada con greda húmeda. Entraban también en el menú de a bordo pollo asado, huevos y frutas tropicales; comimos, dejando que los grandes troncos nos llevaran por sí mismos a buena velocidad, selva a través, río abajo hacia el mar. ¿Qué podían importarnos ahora la lluvia y las inundaciones? Cuanto más lloviera, más rápida sería la corriente.

Al descender la noche sobre el río, arrancó en las orillas una orquesta ensordecedora: sapos y ranas, grillos y mosquitos, croaban, chirriaban o zumbaban en prolongada polifonía. Una y otra vez el penetrante maullido del gato salvaje se dejaba oír entre la oscuridad, seguido del temeroso grito de los pájaros que echaban a volar, huyendo de los nocturnos bandoleros de la selva. Una o dos veces vimos el resplandor de una hoguera en una ca-

baña indígena y sentimos el rumor de sus voces y el ladrido de los perros cuando pasábamos deslizándonos en la noche. Pero la mayor parte del tiempo estábamos solos con la orquesta de la selva bajo las estrellas, hasta que el cansancio y la lluvia nos llevaron dentro de la caseta de hojas de plátano y nos echamos a dormir con las pistolas listas en sus fundas.

Cuanto más descendíamos, más numerosas se hacían las chozas y plantaciones indígenas, y muy pronto aparecieron aldeas completas en las orillas; el tráfico se hacía aquí en canoas dirigidas con largas perchas de madera, y aquí y allá veíamos pequeñas balsas cargadas de racimos de plátanos verdes en dirección a los mercados.

En la confluencia del Palenque con el río Guayas, el agua había subido tan alto que el vaporcito de ruedas que hace el servicio entre Guayaquil y Vinces tenía gran trabajo para hacer la travesía. Para salvar un tiempo precioso, Herman y yo tomamos unas hamacas a bordo del vaporcito y con éste atravesamos las tierras bajas, densamente pobladas aquí, hasta la costa. Nuestros morenos amigos deberían seguir solos, arrastrados por la corriente ellos y los troncos.

En Guayaquil, Herman y yo nos separamos. Él se quedó en la desembocadura del Guayas para detener los troncos de balsa cuando llegaran a deriva de las aguas. Luego debía cargarlos en un barco de cabotaje con destino al Perú, donde habría de dirigir la construcción de la balsa, haciendo de ella una copia fiel de las antiguas embarcaciones de los indios. Yo, por mi parte, tomé el avión de línea a Lima, la capital del Perú, para buscar un sitio apropiado para la construcción de la balsa.

El avión ascendió a gran altura a lo largo de la costa del Pacífico, teniendo a un lado las áridas montañas del Perú y al otro, muy abajo, el océano centelleante. Era aquí donde debíamos hacernos a la mar en la balsa. Visto desde esta altura, el mar parecía sin fin. Mar y cielo se confundían, al extremo de un indefinible horizonte, lejos, muy lejos, hacia occidente, y yo no podía apartar de mí el pensamiento de que, aún más allá de ese horizonte, centenares de llanuras marinas como ésta se curvaban sobre un quinto de la circunferencia del globo, antes de que apareciera de nuevo tierra firme, en Polinesia. Traté de adelantar mis sensaciones unas cuantas semanas, y me imaginé estar flo-

tando a la deriva en una diminuta balsa por la extensión inmensa que veía a mis pies, pero al instante rechacé este pensamiento, pues producía en mi estómago la misma desagradable impresión de cuando uno se dispone a saltar en paracaídas.

Llegado a Lima, tomé el tranvía que va al Callao para buscar el sitio que necesitaba. Me di cuenta inmediatamente de que toda la bahía estaba atestada de navíos, grúas y tinglados, con sus depósitos de aduana, oficinas del puerto y todo lo demás. Si existía alguna playa abierta más allá, estaría a tal punto llena de bañistas, que los curiosos se llevarían la balsa a pedacitos tan pronto volviéramos la espalda. Callao era el puerto más importante en un país de siete millones de habitantes, entre blancos y oscuros. Los tiempos habían cambiado para los constructores de balsas en el Perú, aún más que en el Ecuador, y no vi sino una posibilidad: penetrar dentro de las altas paredes de hormigón que rodeaban la Estación Naval, donde hombres armados montaban guardia detrás de las puertas de hierro y nos dirigían sospechosas y amenazadoras miradas a mí y a otras personas no autorizadas que holgazaneaban junto a los muros. ¡Lo seguros que estaríamos si pudiéramos colarnos dentro!

En Wáshington había conocido al agregado naval peruano y tenía de él una carta de presentación por lo que pudiera servirme. Con ella me presenté al día siguiente en el Ministerio de Marina y solicité audiencia del ministro, que era el capitán de navío don Manuel Nieto. El ministro recibía por la mañana, en un elegante salón Imperio del Ministerio, deslumbrante de espejos y dorados. Al cabo de un rato entró en persona al salón, vistiendo uniforme de la Marina: un hombre bajo y robusto, de severidad napoleónica, directo y conciso en sus palabras. Me preguntó el porqué de mi visita y yo se lo dije. Pretendía un permiso para construir una balsa dentro de la Estación Naval.

—Joven —me dijo el ministro, tamborileando inquieto con los dedos—, usted ha entrado por la ventana, en lugar de hacerlo por la puerta. Tendré mucho gusto en ayudarle, pero la autorización debe venirme del Ministerio de Relaciones Exteriores. Yo no puedo permitir extranjeros dentro del área naval, ni permitirles como si tal cosa el uso de nuestras instalaciones. Solicítelo al Ministerio de Relaciones Exteriores por escrito, y buena suerte.

Pensé con aprensión en los papeles circulando de mano en mano y desvaneciéndose en el aire. Felices los días de Kon-Tiki, cuando las instancias eran un obstáculo desconocido.

Ver al ministro de Relaciones Exteriores en persona era mucho más difícil. Noruega no tenía Legación local en el Perú y, por consiguiente, nuestro servicial cónsul general, Bahr, no pudo llevarme más allá de los consejeros del Ministerio. Estaba ya temiendo que no pudiera pasar de allá, cuando se me ocurrió que ahora quizás era el momento de usar la carta del doctor Cohen al Presidente de la República. Por intermedio de su ayudante solicité una audiencia a S. E. el doctor José L. Bustamante y Rivero, Presidente del Perú. Uno o dos días más tarde se me citó al palacio presidencial a las doce en punto.

Lima es una ciudad moderna, con más de medio millón de habitantes, extendida en una verde llanura al pie de desiertas montañas. Por su arquitectura, y no menos por sus jardines y plantaciones, es seguramente una de las más bellas capitales del mundo. Tiene un poco de la moderna California y de la Riviera, salpicada de la antigua arquitectura española. El palacio presidencial queda en el centro de la ciudad y está fuertemente guardado por centinelas armados, con uniformes de brillantes colores. Una audiencia en el Perú es un asunto serio, y pocas son las personas que han visto al Presidente, a no ser en la pantalla. Soldados con brillantes correajes me escoltaron escaleras arriba, hasta el final de un largo corredor; aquí tomaron mi nombre, que fue registrado por tres funcionarios civiles, y me hicieron pasar por una colosal puerta de roble a una habitación amueblada con una larga mesa y varias filas de sillas. Me recibió un hombre vestido de blanco, quien me invitó a sentarme y desapareció en seguida. Un momento después se abrió una ancha puerta y me hicieron pasar a una sala mucho más elegante que la anterior, donde un imponente personaje en impecable uniforme blanco avanzó hacia mí.

«¡El Presidente!», pensé, cuadrándome. Pero no, el hombre del uniforme con ribetes dorados me indicó una silla antigua, de recto respaldar, y desapareció. Hacía apenas un minuto que estaba sentado en el borde de mi silla, cuando se abrió otra puerta y un sirviente me saludó con una inclinación y me llevó a un gran salón dorado, con muebles también dorados y decoración es-

pléndida; el individuo desapareció tan rápidamente como había aparecido y yo me quedé sentado en un antiguo sofá, teniendo a la vista una cadena de salas vacías, cuyas puertas estaban abiertas. Tal era el silencio, que pude oír a alguien que tosía quedamente varios cuartos más allá. Entonces sentí que se aproximaban unos pasos firmes y me levanté de un salto y, un tanto vacilante, saludé a otro imponente personaje de uniforme. Pero no, tampoco era él; eso sí, le entendí lo bastante para comprender que el Presidente me enviaba sus saludos y me comunicaba que estaría libre muy pronto, cuando terminara el Consejo de Ministros. Diez minutos más tarde, otros pasos firmes volvieron a romper el silencio y esta vez un hombre con cordones de Estado Mayor y charreteras entró en la habitación. Me levanté de un salto y saludé profundamente; el hombre saludó más profundamente aún, y guiándome a través de varias habitaciones, me hizo subir por una escalinata cubierta de espesas alfombras. Luego me dejó en un pequeño cuartito en el que había una silla y un sofá tapizados de cuero. Entró después un caballero vestido de blanco y yo esperé resignadamente para ver adónde pensaba llevarme; pero esta vez no me llevaron a ninguna parte; me saludó muy cortés y amablemente y permaneció de pie. Era el presidente Bustamante y Rivero.

A pesar de que el Presidente sabía dos veces más inglés que yo español, sucedió que después de habernos saludado mutuamente y de haberme invitado a sentarme con un gesto, nuestro común vocabulario estaba ya agotado. Los gestos y señales sirven de mucho, pero no tanto como para conseguir permiso para construir una balsa en la Estación Naval del Perú. De lo único que me enteré es que el Presidente no había entendido sino a medias lo que le estaba diciendo; y él se dio cuenta mucho mejor todavía, pues en un momento dado desapareció y regresó acompañado de su ministro del Aire. El ministro, general Revoredo, era un hombre de movimientos ágiles y muy afable, vestía uniforme de la Fuerza Aérea y hablaba un inglés espléndido, con acento americano.

Pedí excusas por el equívoco y le dije que yo no solicitaba acceso a ningún campo de aviación, sino a la Estación Naval. El general se rió y me explicó que había sido llamado simplemente como intérprete. Poco a poco, la teoría fue traducida al

Presidente, quien escuchaba con gran atención y me hacía rápidas preguntas por intermedio del general Revoredo.

Al fin dijo:

—Nos interesa mucho esta expedición, ya que se trata de probar que las islas del Pacífico han sido descubiertas desde el Perú. Si podemos hacer algo por vosotros, decídnoslo.

Pedí entonces un sitio donde pudiéramos construir la balsa dentro del área naval, el libre acceso a la maestranza, un lugar para guardar nuestro equipo y facilidades para traerlo al país, permiso para usar el dique seco y utilizar personal naval para ayudarnos en nuestro trabajo; y finalmente un remolcador que nos sacara de la costa cuando principiáramos el viaje.

—¿Qué es lo que está pidiendo? —preguntó el Presidente con tanto interés, que hasta yo le entendí.

—No mucho —dijo Revoredo mirándome y guiñando un ojo, y tras breve explicación el Presidente asintió, satisfecho, con un movimiento de cabeza como signo de aprobación.

Antes de que terminara esta entrevista, Revoredo prometió que el ministro de Relaciones Exteriores recibiría órdenes del Presidente personalmente, y que el ministro de Marina, capitán de navío Nieto, daría amplias facilidades para que recibiéramos toda la ayuda que la expedición pudiera necesitar.

—Que Dios los lleve con bien —dijo Revoredo riéndose y moviendo la cabeza. Entró un ayudante y me escoltó hasta donde estaba esperando el guía que debía acompañarme a la puerta de salida en el piso bajo.

Ese día los diarios de Lima publicaron un párrafo sobre la expedición noruega que iba a salir en balsa desde el Perú; al mismo tiempo anunciaban que una expedición científica sueco-finlandesa había terminado sus estudios entre los indios de la selva en las regiones del Amazonas. Dos de los miembros suecos de la expedición amazónica habían venido río arriba en canoa hasta el Perú y acababan de llegar a Lima. Uno era Bengt Danielsson, de la Universidad de Uppsala, quien iba ahora a estudiar a los indios de las altas serranías del Perú.

Recorté el artículo y estaba sentado en el hotel escribiéndole a Herman sobre el lugar donde íbamos a construir la balsa, cuando fui interrumpido por unos golpes en la puerta. Entró un individuo alto, quemado por el sol y vestido con ropas tropicales;

cuando se quitó el casco blanco, parecía como si su barba, que semejaba una llamarada rojiza, le hubiera quemado la cara y chamuscado el cabello. Este individuo venía de tierras salvajes, pero, indudablemente, su lugar era más bien una sala de conferencias.

«Bengt Danielsson», pensé yo.

—Bengt Danielsson —dijo el sujeto, presentándose.

«Ha oído algo sobre la balsa», pensé, y le invité a sentarse.

—Acabo de oír algo sobre sus planes —dijo el sueco.

«Y ahora viene a echarme abajo la teoría, porque él es un etnólogo», pensé.

—Y ahora he venido a preguntarle si puedo ir con ustedes en la balsa —dijo el sueco apaciblemente—. Estoy interesado en la teoría de la migración.

Yo no sabía nada de aquel hombre, excepto que era un investigador y que acababa de llegar de las profundidades de la selva. Pero un sueco solitario que tenga ánimos para ir en una balsa con cinco noruegos no puede ser muy remilgado, y la verdad es que ni siquiera su imponente barba bastaba a ocultar su plácida bondad y su natural buen humor.

Bengt vino, pues, a ser el sexto miembro de la tripulación, ya que la plaza estaba aún vacante y era el único de nosotros que hablaba español.

Cuando, unos días después, el avión de pasajeros en que me dirigía hacia el norte llenaba con su ronco zumbido el cielo peruano, volví a bajar con respeto los ojos hacia ese infinito mar azul, que parecía colgado del firmamento mismo. Muy pronto, los seis estaríamos apiñados, todos juntos, como microbios en un artefacto insignificante, allá donde había tanta agua que parecía como si se desbordara todo a lo largo del horizonte occidental. Íbamos a conquistar un mundo desolado, sin que pudiéramos alejarnos más que unos cuantos pasos uno de otro. De momento, empero, había algo más de un codo de distancia entre nosotros: Herman estaba en el Ecuador esperando la madera; Knut Haugland y Torstein Raaby acababan de llegar por aire a Nueva York; Erik Hesselberg iba a bordo de un barco que venía de Oslo a Panamá; yo volaba en avión hacia Wáshington, y Bengt estaba en el hotel de Lima esperando la llegada de los otros, listo para empezar.

Ninguno de estos hombres se había conocido antes y todos eran de tipo diferente. Siendo esto así, seguramente pasaríamos algunas semanas en la balsa, antes de cansarnos unos a otros con nuestras historias. Ni un cielo tormentoso con baja presión, ni los vientos huracanados habrían sido más amenazadores para nosotros que el peligro de una tormenta psíquica entre seis hombres encerrados juntos durante meses en una balsa a la deriva. En tales circunstancias, un buen chiste podía ser tan valioso como un chaleco salvavidas.

En Wáshington el tiempo era todavía de invierno, frío y nevoso. Estábamos en febrero. Björn había atacado el problema de la radio y logrado interesar a la Liga Norteamericana de Radio Amateur para estar a la escucha de los informes de la balsa. Knut y Torstein preparaban la transmisión, la cual debería ser hecha parte con transmisores de onda corta, especialmente construidos para nosotros, y parte con pequeños equipos fabricados durante la guerra para misiones de sabotaje. Había miles de cosas que preparar, grandes y pequeñas, si queríamos cumplir con todo lo que teníamos planeado para el viaje.

Y seguían creciendo las pilas de papel en los archivadores. Documentos militares y civiles, blancos, amarillos y azules; en inglés, español, francés y noruego. ¡Hasta un viaje en balsa tiene que consumirle medio árbol a la industria papelera, en nuestra práctica edad! Leyes y reglamentaciones nos amarraban las manos en todas partes y teníamos que deshacer un nudo después de otro, indefinidamente.

—Yo juraría que esta correspondencia pesa diez kilos —dijo un día Knut desesperadamente, doblado sobre la máquina de escribir.

—Trece —dijo Torstein—. Ya la he pesado.

Mi madre debió tener una clara idea de las dramáticas condiciones en que vivíamos durante la preparación, pues me escribió una vez:

«Y solamente desearía saber que ya todos los seis estáis a salvo en la balsa.»

Un día llegó un cablegrama urgente de Lima. Herman había sido cogido por una ola mientras se bañaba y arrojado a la playa malamente herido con el cuello dislocado. Estaba en tratamiento en un hospital de Lima.

Torstein Raaby fue enviado inmediatamente a Lima en avión, acompañado de Gerda Vold, la popular secretaria en Londres de los paracaidistas saboteadores noruegos durante la guerra, quien estaba a la sazón ayudándonos en Wáshington. Encontraron mejor a Herman; le habían colgado durante media hora de una banda alrededor de la cabeza, mientras los cirujanos le enderezaban la vértebra atlas hasta devolverle su posición normal en el cuello. Las radiografías mostraban que esta vértebra estaba fracturada y había girado fuera de su posición.

La espléndida constitución física de Herman y el apropiado tratamiento que recibió le habían salvado la vida, y muy pronto volvió a su trabajo en la Estación Naval, donde había principiado a armar la balsa, aun cuando estaba tieso y reumático, y se podían ver todavía las grandes equimosis producidas por el golpe. Tuvo que permanecer en manos de los médicos durante varias semanas y era dudoso para muchos que pudiera hacer el viaje con nosotros. Él no lo puso nunca en duda, a pesar de la rudeza del primer abrazo del Pacífico.

En aquellos días llegó Erik de Panamá, Knut y yo de Wáshington, y así quedamos reunidos todos en Lima, nuestro punto de partida.

En la Estación Naval yacían los grandes árboles de balsa, procedentes de la selva de Quevedo. Era realmente una visión emocionante. Troncos recién cortados, amarillentas cañas de bambú, carrizos y hojas verdes de banana, todo, todo estaba amontonado; eran nuestros materiales de construcción, entre amenazantes filas de submarinos y destructores. Seis hombres blancos del Norte y veinte marineros peruanos con sangre inca en las venas blandían hachas y machetes, tiraban de los cabos y hacían nudos, mientras elegantes oficiales de Marina, en uniformes azules y oro, miraban con asombro a estos pálidos extranjeros y los primitivos materiales de construcción que habían aparecido de súbito, precisamente dentro de su Estación Naval.

Por primera vez en cientos de años se estaba construyendo una balsa en la bahía del Callao. En estas aguas costeñas, donde, según las leyendas, los primeros incas aprendieron de la raza ya desaparecida de Kon-Tiki el arte de navegar en tales embarcaciones, a los indios de ahora les estaba vedado construir tales

balsas, por mandato de hombres de nuestra raza. Navegar en balsas abiertas podía costar vidas humanas. Los descendientes de los incas habían evolucionado al compás de los tiempos; como nosotros, llevan pantalones planchados y están protegidos por los cañones de sus barcos. El bambú y la balsa pertenecen a otros tiempos; también aquí la vida sigue su marcha adelante, hacia la coraza y el acero.

El ultramoderno Arsenal Naval nos dio una ayuda maravillosa. Con Bengt como intérprete y Herman como ingeniero jefe, teníamos carta blanca en los talleres de carpintería y en la maestranza, y disponíamos también de la mitad de un almacén para guardar nuestros materiales y equipo, y un pequeño dique flotante desde el cual fue puesta la madera en el agua cuando principió la construcción.

Se escogieron nueve de los más gruesos troncos para formar la balsa propiamente dicha. A fin de evitar que los cabos se aflojaran y dejaran deslizar los troncos, se hicieron en éstos ranuras profundas; así la balsa formaría un todo compacto. No se utilizó ni una sola espiga metálica, clavo o alambre en la construcción. Se pusieron primero los nueve troncos libremente en el agua, unos junto a otros, para que tomaran su posición natural de flotación antes de amarrarlos. El más largo de todos, de unos quince metros, fue colocado en el centro, de manera que sobresalía bastante de los otros por ambos extremos. A ambos lados se fueron colocando simétricamente los demás, de longitud decreciente, de manera que los costados de la balsa tenían sólo diez metros y el centro avanzaba como un arado de punta roma. La parte posterior de la balsa fue cortada en línea recta, con excepción de los tres troncos centrales, que salían de esta línea; en ellos se aseguró transversalmente un corto y macizo bloque de balsa, con el fin de sostener los toletes para la larga espadilla.

Cuando los nueve troncos estuvieron bien asegurados formando un todo, con cabos de cáñamo separados que tenían cuatro centímetros de mena, se amarraron de través otros troncos más livianos también de balsa, con separación de un metro entre cada uno.

La balsa misma estaba ya, pues, terminada, con todos los troncos laboriosamente amarrados con unos trescientos trozos

de cabo de distintas longitudes, cada uno firmemente anudado. Encima se extendió un puente o cubierta de cañas de bambú hendidas a lo largo y sujetas en tiras separadas, sobre la cual se puso una estera flexible de caña. En el eje longitudinal de la balsa, pero más cerca de la popa, levantamos una pequeña caseta abierta de cañas de bambú, cuyas paredes o mamparos eran también de tiras de bambú entretejidas, y el techo de tablillas de bambú con hojas de plátano imbricadas unas sobre otras como tejas. Delante de la caseta levantamos dos mástiles, uno a cada banda; éstos eran de «mangle», madera dura como el hierro, y fueron colocados con la inclinación necesaria para que se unieran en la parte superior, donde fueron amarrados fuertemente. Para sostener la gran vela rectangular se puso una verga hecha de dos cañas de bambú atadas juntas para darle doble resistencia.

Los nueve grandes troncos, sobre los que íbamos a viajar en el inmenso mar, fueron aguzados en la punta al estilo indígena, para que se deslizaran mejor en el agua, y además se pusieron en ángulo dos tablones muy bajos en la proa para que sirvieran de rompeolas.

En varios sitios, donde los troncos dejaban grandes rendijas, encajamos sólidas tablas de abeto, de tal forma que uno de los cantos penetraba en el agua debajo de la balsa; cinco en total. Estas tablas se colocaron esparcidas sin sistema y penetraban metro y medio dentro del agua; tenían cuatro centímetros de espesor por sesenta de ancho. Para mantenerlas firmemente en su sitio, fueron aseguradas con cuñas y cabos y servían como pequeñas quillas paralelas u orzas de deriva.

En todas las balsas del tiempo de los incas, mucho antes del descubrimiento de América, se usaban orzas de deriva de este tipo, y tenían por objeto prevenir la deriva lateral de las chatas embarcaciones por la acción del viento o del mar. Nosotros no pusimos baranda ni otra clase de protección alrededor de la balsa, pero colocamos a lo largo de cada costado un delgado tronco de balsa para que sirviera de apoyo a los pies.

Toda la construcción fue una copia fiel de las antiguas embarcaciones del Perú y el Ecuador, con excepción de los tablones rompeolas colocados en la proa, los cuales demostraron ser completamente innecesarios. Terminada la balsa, podíamos, por supuesto, arreglar a nuestro gusto los detalles de a bordo, siempre

que no repercutieran sobre el movimiento o cualidades de la embarcación.

Sabíamos que esta balsa iba a ser todo nuestro mundo durante el tiempo que durara el viaje y que, por consiguiente, el más pequeño detalle crecería en dimensiones e importancia a medida que las semanas pasaran.

Por esta razón, le dimos a la cubierta la mayor variación que pudimos. Las tiras de bambú no cubrían toda la cubierta, sino que formaban solamente el piso delante de la caseta y la banda de estribor donde el mamparo de ésta estaba abierto. La banda de babor era una especie de depósito, lleno de cajas y aparejos, donde se había dejado sólo un callejón para poder caminar. En el extremo de proa, y también a popa, desde el mamparo popel de la caseta, los nueve troncos gigantes no estaban cubiertos, de manera que cuando dábamos la vuelta a la caseta bajábamos desde «el puente», constituido por un amarillento tejido de bambú cubierto con una estera, a los grises troncos redondos, y de allí se volvía a subir sobre los montones de carga a babor; desde luego, no se daban muchos pasos, pero el efecto psicológico de la irregularidad nos daba variación y compensaba nuestra limitada libertad de movimiento. Arriba, en el punto en que se unían los mástiles, colocamos una plataforma de madera, a fin de tener un puesto de vigía para cuando avistáramos tierra, y además poder trepar durante el viaje y contemplar el mar desde un ángulo distinto.

Cuando la balsa comenzó a tomar su forma, flotando entre los barcos de guerra, dorada y fresca con sus cañas de bambú y las verdes hojas del techo, el propio ministro de Marina vino a inspeccionar nuestro trabajo. Nos sentíamos inmensamente orgullosos de nuestra embarcación, tal como allí se veía, un pequeño y ufano recuerdo del tiempo de los incas, entre los severos barcos de guerra. Pero el ministro de Marina se quedó horrorizado de lo que vio, y fui llamado a la oficina de la Estación para firmar un papel librando a la Marina de toda responsabilidad por lo que habíamos construido en sus arsenales, y otro papel diciendo al Capitán de Puerto que si yo abandonaba la bahía con gente y carga a bordo, era enteramente bajo mi responsabilidad y propio riesgo.

Más tarde, cierto número de técnicos navales y diplomáticos

extranjeros fueron admitidos en la Estación Naval para ver la balsa. Estos visitantes no estuvieron más alentadores que el ministro, y unos días después fui llamado por el embajador de una de las grandes potencias.

—¿Tiene parientes vivos? —me preguntó.

Y cuando le contesté en sentido afirmativo, clavó sus ojos en los míos y me dijo con voz grave y llena de negros presagios:

—Su padre y su madre van a estar profundamente apesadumbrados cuando sepan su muerte.

Despojándose de su carácter oficial, me aconsejó que abandonara el proyecto cuando todavía era tiempo. Un almirante que había inspeccionado la balsa le había dicho que no llegaríamos nunca con vida. En primer lugar, las dimensiones de la balsa estaban mal calculadas. Era tan pequeña, que naufragaría con mar gruesa; al mismo tiempo, era lo bastante larga para ser levantada entre las crestas de dos olas a la vez y, con la balsa llena de hombres y carga, los frágiles troncos no resistirían la tensión y se quebrarían. Peor aún, el más importante exportador de balsa en el Perú le había dicho que los porosos troncos flotarían solamente un cuarto de la distancia a través del mar, antes de que estuvieran lo suficiente impregnados de agua para desaparecer bajo nuestros pies.

Esto sonaba mal, pero como nos manteníamos en nuestros trece, nos regalaron una Biblia para que la lleváramos en el viaje. Bien considerado, era muy poco el aliento recibido de todos los expertos que habían visto la balsa. Tormentas y quizás huracanes nos barrerían de la cubierta y destruirían la baja y abierta embarcación, la cual simplemente flotaría dando círculos a la deriva, empujada por el viento y el mar. Aun en una marejadilla normal, estaríamos continuamente salpicados de agua salada, que no sólo nos despellejaría las piernas, sino que estropearía cuanto lleváramos a bordo. Si hubiéramos sumado todo lo que los expertos señalaban como defecto capital en la construcción misma, habríamos llegado a la conclusión de que no existía un pedazo de cabo, ni un nudo, ni una medida, ni una sola pieza de madera en toda la balsa, que no fuese bastante a causar nuestro naufragio. Se hicieron grandes apuestas sobre cuántos días duraría la balsa, y un impertinente agregado naval apostó todo el *whisky* que la

tripulación pudiera tomar en todo el resto de su existencia, si llegaba con vida a una isla del Pacífico.

Pero lo peor de todo fue cuando un barco noruego entró en el puerto y nosotros llevamos al capitán y uno o dos de sus más curtidos lobos de mar a la Estación Naval. Estábamos ansiosos de observar sus reacciones sobre el terreno. Nuestro desencanto fue grande cuando todos coincidieron en que la proa roma y sin perfil de nuestra tosca embarcación no podría aprovechar el empuje del viento en la vela. El capitán sostenía además que, aun en el caso de que pudiéramos mantenernos a flote, la balsa tardaría un año o dos en hacer la travesía, a merced de la corriente de Humboldt. El contramaestre miró nuestras amarras y movió la cabeza. No había solución: la balsa no aguantaría más de una quincena, hasta que se rompieran todos y cada uno de los cabos, pues en el mar los grandes troncos se moverían continuamente de arriba abajo, rozándose unos contra otros. De no usar cables de acero o cadenas, lo mejor era dejarlo.

Éstos eran argumentos difíciles de acallar. Con que sólo uno de ellos resultara cierto, no teníamos probabilidad alguna de éxito.

Siento decir que muchas veces me pregunté si sabíamos efectivamente lo que estábamos haciendo. No podía contradecir una a una las advertencias, puesto que no era hombre de mar. Pero en reserva tenía un triunfo en la mano, uno solo, en el cual estaba fundado todo el viaje: sabía en el fondo de mi corazón que una civilización prehistórica se había extendido desde el Perú hasta las islas del Pacífico, en una época en que balsas como la nuestra eran las únicas embarcaciones existentes en esta costa. Y yo saqué la consecuencia general de que si quinientos años después de Cristo la madera de balsa había flotado y los cabos resistido para Kon-Tiki, éstos harían lo mismo para nosotros, si ciegamente hacíamos de nuestra embarcación una copia exacta de las suyas. Bengt y Herman eran los que más perfectamente se habían compenetrado con la teoría, pero todos tenían una profunda fe en ella y, mientras los expertos se lamentaban, todos los muchachos tomaban las cosas con calma y se daban la gran vida en Lima. Sólo hubo una noche en que Torstein me preguntó ansiosamente si estaba seguro de que las corrientes oceánicas iban en la dirección que creíamos. Salíamos del cine, en donde

habíamos visto en la pantalla a Dorothy Lamour con una faldita de paja, bailando entre palmeras y muchachas «hula», en una encantadora isla de los mares del Sur.

—Allá es donde debemos ir —decía Torstein—. Y lo sentiré por ti, si las corrientes no nos llevan a donde dices que nos han de llevar.

Al aproximarse el día de nuestra partida, fuimos a la oficina de pasaportes para obtener el permiso de salida del país; Bengt se colocó delante de la fila como intérprete.

—¿Cómo se llama? —le preguntó un pequeño y ceremonioso empleado mirando desconfiadamente por encima de sus anteojos la gran barba de Bengt.

—Bengt Emmerik Danielsson —contestó respetuosamente Bengt.

—¿En qué barco llegó al Perú?

—Verá usted —explicó Bengt inclinándose sobre el asustado escribiente—, yo no he venido en barco, sino en canoa.

El hombre miró a Bengt con mudo asombro y puso «canoa» en un espacio en blanco del formulario.

—Y ¿en qué barco va a salir del Perú?

—Bueno, el caso es... —dijo Bengt cortésmente—. No voy a salir del Perú en barco, sino en balsa.

—¡Qué me va usted a contar! —gritó el empleado con cólera, y tiró de la máquina la hoja de papel—. ¿Tiene la bondad de contestar correctamente a mis preguntas?

Pocos días antes de partir cargamos en la balsa agua, provisiones y equipo. Llevamos provisiones para seis hombres durante cuatro meses, en la forma de cajas compactas de cartón, conteniendo raciones militares. Herman tuvo la idea de calentar asfalto y cubrir con una capa impermeable cada caja por separado; después las rociamos de arena a fin de que no se pegaran unas a otras, estibándolas luego bajo la cubierta de bambú, donde las cajas llenaron el espacio entre las nueve vigas transversales que servían de soporte a la cubierta.

En una cristalina fuente de la montaña llenamos cincuenta y seis latas pequeñas, con una cabida total de mil litros de agua potable. Las acondicionamos también entre las vigas transversales, de manera que el agua del mar las humedeciera continuamente. Sobre el puente aseguramos el resto del equipo, en el

que estaban incluidas grandes canastas llenas de fruta, raíces y cocos.

Knut y Torstein eligieron un rincón de la caseta para el aparato de radio y en el interior de la choza, entre las vigas transversales, acondicionamos ocho cajas. Dos estaban reservadas para los instrumentos científicos y películas; las otras seis fueron adjudicadas a cada uno de nosotros, con la advertencia de que cada hombre sólo podía llevar consigo los efectos personales que le cupieran en su caja. Como Erik había llevado varios paquetes de papel de dibujo y una guitarra, su caja estaba tan llena que tuvo que guardar los calcetines en la de Torstein. Se necesitaron cuatro marineros para trasladar la caja de Bengt a bordo; sólo se llevaba libros, pero había conseguido meter setenta y tres obras de sociología y etnología. Como toque final, extendimos esteras de caña y nuestros colchones de paja sobre las cajas, con lo cual quedó todo listo para la partida.

Primero, la balsa fue remolcada fuera de la Estación Naval y se la hizo navegar un poco por la bahía, para comprobar si la carga estaba bien estibada; después, se llevó al Yacht Club del Callao, donde los invitados y otras personas interesadas habían de asistir a la ceremonia del bautizo, fijada para la víspera de la partida. El 27 de abril de 1947 se izó la bandera noruega. A lo largo de una driza que iba hasta el mástil, ondeaban las de los países extranjeros que habían dado un apoyo efectivo a la empresa. El muelle estaba atestado de gente que quería presenciar el bautizo de la extravagante embarcación. Tanto el color como los rasgos fisonómicos decían bien a las claras que los remotos antepasados de muchos de los concurrentes habían navegado a lo largo de la costa en balsas. Pero había también descendientes de los antiguos españoles, a la cabeza de los cuales estaban los representantes de la Marina y del Gobierno peruanos. Había además los embajadores de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, China, Argentina y Cuba, el ex gobernador de las colonias británicas en el Pacífico, los ministros de Suecia y Bélgica y nuestros amigos de la pequeña colonia noruega, presididos por el cónsul general Bahr. Había también enjambres de reporteros, fotógrafos y operadores de cine. En realidad, lo único que faltaba era una banda de música con un gran bombo. En ese momento, sólo una cosa se nos aparecía perfectamente clara:

si la balsa se hacía pedazos fuera de la bahía, nos iríamos a Polinesia cada uno montado en un tronco, antes que volver cabizbajos al Perú.

Gerda Vold, la secretaria de la expedición y agente de enlace en tierra firme, era la encargada de bautizar la balsa con leche de coco, tanto para estar en armonía con la Edad de Piedra, como porque la botella de champaña destinada a la ceremonia había sido puesta por error en la caja de Torstein. Después que nuestros amigos intérpretes hubieron explicado a la concurrencia, en inglés y español, que se le ponía a la balsa el nombre de «Kon-Tiki» en honor del gran antepasado de los incas —el Rey-Sol que mil quinientos años atrás se había esfumado de las costas del Perú en dirección al oeste, para reaparecer en Polinesia—, Gerda Vold efectuó el bautizo. Estrelló el coco (previamente roto) tan fuertemente contra la proa, que leche y semillas salpicaron el pelo de todos los que estaban reverentemente alrededor. Entonces se izó la verga de bambú que sostenía la vela, en cuyo centro se veía la cabeza barbada de Kon-Tiki pintada en rojo por nuestro artista Erik. El dibujo era copia fiel de la cabeza del Rey-Sol labrada en piedra roja en una estatua de la arruinada ciudad de Tiahuanaco.

—¡Ah, señor Danielsson! —exclamó entusiasmado el capataz de nuestros obreros, al ver la barbuda cara en la vela.

Durante dos meses había estado llamando a Bengt Kon-Tiki desde una vez que le enseñamos la barbuda efigie de Kon-Tiki en un pedazo de papel. Ahora se había dado cuenta al fin de que Danielsson era el verdadero nombre de Bengt.

Antes de salir tuvimos todos una audiencia de despedida con el Presidente de la República, y después hicimos un viaje a las negras montañas, para saturarnos de roca y piedra antes de entrar en el océano infinito. Mientras estuvimos trabajando en la balsa en la costa, vivíamos en una pensión en un bosquecillo de palmeras en las afueras de Lima e íbamos y veníamos del Callao en un automóvil del Ministerio del Aire con chófer privado, que Gerda había conseguido nos prestaran. Pues bien, ese día le dijimos al chófer que nos llevara a las montañas, lo más lejos que en un día se pudiera ir; y así nos fuimos arriba, por caminos desiertos, bordeando antiguos canales de irrigación del tiempo de los incas, hasta que alcanzamos una altura de vérti-

go, a más de cuatro mil metros sobre el mástil de la balsa. Allí devoramos con los ojos rocas y montañas, picos nevados y hierba verde, tratando de hartarnos con la visión de la imponente masa montañosa de los Andes, que se extendía hasta el infinito ante nosotros. Tratamos así de convencernos de que estábamos ya ahítos de piedra y tierra sólida, y que queríamos embarcarnos y conocer el mar.

Capítulo IV

A TRAVÉS DEL PACÍFICO. I

Una salida dramática — Nos remolcan mar afuera — Se levanta el viento — Luchando con las olas — La vida en la corriente de Humboldt — Un avión no consigue encontrarnos — Los troncos absorben agua — Madera contra cabos — Peces voladores para la comida — Un extraño compañero de cama — Un «pez culebra» hace un desatino — Ojos en el mar — Cuento de fantasmas marinos — Encontramos el pez mayor del mundo — Cacería de tortugas de mar

Había alboroto en la bahía del Callao el día que la «Kon-Tiki» debía ser remolcada mar afuera. El Ministro de Marina había ordenado que el remolcador «Guardián Ríos» nos remolcara fuera de la bahía hasta la zona despejada de tráfico, donde antaño solían los indios apostarse a pescar desde sus balsas. Los periódicos habían publicado la noticia bajo grandes titulares rojos y negros, y desde las primeras horas de la mañana del 28 de abril los muelles estaban atestados de gente.

A los seis de la balsa nos quedaban por despachar las mil cosas que surgen a última hora y, cuando llegué al muelle, solamente Herman estaba allí montando guardia a bordo. Intencionadamente detuve el automóvil muy lejos y anduve a pie toda la longitud del muelle para estirar bien las piernas por última vez, hasta sabe Dios cuándo. Salté a bordo de la balsa, que estaba hecha un caos de racimos de plátanos, canastas de fruta y sacos embarcados a última hora y que debían ser estibados y amarrados tan pronto se pudiera establecer un poco de orden. En medio de esta confusión, Herman estaba sentado resignada-

mente, sosteniendo en la mano una jaula con un loro que un alma hermana de Lima le había regalado como presente de despedida.

—Cuídame el loro un minuto —me dijo Herman—; quiero ir a tierra a tomar un último vaso de cerveza. El remolcador tardará horas en venir.

Apenas había desaparecido entre la multitud del muelle, cuando la gente comenzó a señalar y a saludar con las manos, y doblando la punta del rompeolas apareció a toda velocidad el remolcador «Guardián Ríos». Echó el ancla al otro lado de un bosque de mástiles que bloqueaba su camino hasta la «Kon-Tiki» y destacó una gran lancha a motor para que nos remolcara entre los barquitos de vela del Yacht Club. Iba atestada de marineros, oficiales y fotógrafos y, entre gritos de mando y el chasquido de las cámaras cinematográficas, se amarró un grueso cabo a la proa de la balsa.

—*Un momento* —grité con desesperación desde donde estaba sentado con el loro—. Es pronto todavía; tenemos que esperar a los otros, los *expedicionarios* —les explicaba, señalando la ciudad.

Pero nadie entendía; los oficiales se limitaban a sonreír cortésmente y el amarre del cable a nuestra proa fue ejecutado con rapidez más que ejemplar. Yo desamarré el cable y lo eché fuera de la balsa, con toda clase de signos y gesticulaciones. El loro aprovechó la confusión para abrir con el pico la cerradura de la jaula y cuando volví ya estaba contoneándose alegremente en la cubierta de bambú; traté de cogerlo, pero me chilló rudamente en español y trepó sobre los racimos de bananas. Con un ojo en los marineros que trataban de amarrar un cable a la proa de la balsa, me lancé a una persecución desenfrenada; el loro, dando chillidos, se había metido en la caseta, donde al fin lo acorralé y logré asirlo de una pata, a pesar de sus aleteos. Cuando salí de la caseta para enjaular de nuevo mi aleteante trofeo, los marineros que estaban en tierra habían soltado las amarras de la balsa y me quedé danzando en completo desamparo, a merced del ir y venir de las olas amortiguadas que pasaban sobre el rompeolas. En mi desesperación cogí un remo y traté inútilmente de evitar un violento encontronazo contra las defensas del muelle. Luego el remolcador arrancó, y con

un brusco tirón la «Kon-Tiki» dio comienzo a su largo viaje.

Mi único compañero a bordo era, pues, un loro que sólo hablaba español y que me miraba enfurruñado desde su jaula. La gente en el muelle aplaudía y hacía señales de despedida y los operadores de cine casi se caen al agua en su afán de no perderse el menor detalle de la dramática partida de la expedición. Solo y desesperado, estaba de pie en la balsa, buscando con la vista a mis perdidos compañeros, pero no vino ninguno. Así llegamos junto al costado del «Guardián Ríos», que estaba echando humo, listo para levar anclas y zarpar. En un abrir y cerrar de ojos me encaramé por la escala de gato y armé tal barullo en la cubierta que se aplazó la partida y se destacó un bote al muelle. Estuvo fuera un buen rato y al cabo regresó con un cargamento de hermosas *señoritas*, pero sin uno solo de los desaparecidos de la «Kon-Tiki». Nada tenía que objetar a la nueva compañía, sino que me ayudaba bien poco a solventar mis problemas, y mientras un enjambre de encantadoras *señoritas* se esparcía por la balsa, el bote volvió al muelle, en un nuevo intento de dar con *los expedicionarios noruegos*.

Entre tanto, Erik y Bengt venían tan campantes muelle abajo, con los brazos llenos de revistas y otras chucherías. Se toparon con la multitud, que estaba ya de vuelta, y finalmente fueron detenidos ante un cordón de policía por un cortés oficial que les informó de que ya no quedaba nada por ver. Bengt contestó al oficial, con un airoso gesto de su cigarro, que ellos no venían a ver; ellos eran de los que iban en la balsa.

—No se molesten —contestó el policía con aire indulgente—. La «Kon-Tiki» salió hace una hora.

—¡Imposible! —gritó Erik, mostrando un paquete—; aquí está la linterna.

—Y aquí está el piloto —añadió Bengt—; y yo soy el mayordomo.

Pudieron abrirse camino, pero ni rastro de la balsa. Trotaron desesperadamente arriba y abajo del muelle, donde encontraron el resto de la banda, que estaba también buscando ansiosamente la desaparecida embarcación. Luego avistaron el bote que se acercaba en su busca, y así al fin nos reunimos los seis, y pronto hervía la espuma alrededor de la balsa, mientras el «Guardián Ríos» nos remolcaba mar adentro.

Era ya muy entrada la tarde cuando zarpamos al fin, y el «Guardián Ríos» no nos había de soltar hasta la madrugada siguiente, salvada ya la zona de tráfico costero. En cuanto doblamos la punta del malecón nos topamos con un poco de marejada de proa, y los barquitos que nos acompañaban regresaron uno a uno; solamente unos cuantos yates grandes salieron de la bahía para ver cómo iban las cosas allá fuera.

La «Kon-Tiki» seguía al remolcador como un chivo colérico tirando de una cuerda, y metía su ancha proa en la mar, de modo que el agua barría la cubierta. Esto no parecía muy prometedor, ya que aquí el mar era manso comparado con lo que nos esperaba más adelante. En el centro de la bahía se rompió el cabo de remolque y el extremo amarrado a la balsa se fue hundiendo tranquilamente, mientras el remolcador se alejaba con rapidez. A fin de pescar el cabo hundido, en tanto que los yates avanzaban para dar aviso y detener al remolcador, nos precipitamos a los costados de la balsa. Medusas del tamaño de un perol y que picaban como ortigas pasaban flotando al compás de las olas a lo largo de la balsa, cubriendo los cabos con una capa resbaladiza y punzante de gelatina. Estábamos echados de manera que cuando la balsa escoraba del lado opuesto, estirábamos los brazos hacia la superficie del agua sin conseguir otra cosa que tocar el cable roto con la punta de los dedos, y cuando la balsa volvía a escorarse de nuestra banda, quedábamos todos con la cabeza sumergida, mientras el agua salada y las enormes medusas se derramaban sobre nuestras espaldas. Luego, todo era escupir y maldecir y sacarnos fibras gelatinosas del pelo, pero cuando regresó el remolcador, ya habíamos conseguido izar el cable y lo teníamos listo para amarrarlo nuevamente.

Cuando nos disponíamos a dar el cable al remolcador, quedamos de repente bajo la popa saliente de éste, en grave peligro de ser aplastados contra ella por el empuje del agua; soltamos todo lo que teníamos en las manos y con cañas de bambú y remos empujamos todos a una vez para despegarnos antes de que fuera demasiado tarde. Pero no había manera de maniobrar; cuando estábamos en el seno de una ola, no llegábamos al techo de hierro que quedaba sobre nosotros, y cuando el agua volvía a subir, el «Guardián Ríos» hundía toda la popa y nos habría destrozado sin remedio si la balsa era atraída por la succión.

En la cubierta del remolcador todo era correr y gritar, hasta que al fin la hélice vino a quedar a nuestro costado y nos ayudó en el último segundo a escapar del remolino. La proa de la balsa había sufrido unos cuantos topetazos y se llegó a torcer un tanto, pero esto se fue rectificando por sí mismo.

—Cuando un asunto comienza tan mal, no puede menos que terminar bien —dijo Herman—. ¡Si no acaba pronto este remolque, nos va a hacer pedazos la balsa!

El remolque siguió durante toda la noche, a poca velocidad, y con sólo uno o dos percances ligeros. Hacía rato ya que se habían despedido los yates y las últimas luces de la costa habían desaparecido por la popa; sólo unas pocas luces de barcos nos pasaron en la oscuridad. Dividimos la noche en cuartos de guardia para vigilar el cabo de remolque y todos tuvimos tiempo de echar un buen sueñecito. Al amanecer del día siguiente, una espesa capa de calima cubría la costa del Perú, mientras hacia occidente se veía un cielo azul y brillante. El mar se agitaba suavemente en largas olas de ancho lomo, coronadas de pequeñas crestas de espuma, y nuestras ropas, los troncos y todo lo que tocábamos estaba empapado de rocío. Hacía frío y el agua verdosa a nuestro alrededor tenía una temperatura sorprendentemente baja para una latitud de doce grados sur.

Estábamos en la corriente de Humboldt, que trae sus frías masas de agua del Antártico y baña toda la costa del Perú, hasta que se desvía al oeste y se adentra en el océano justamente al sur de la línea ecuatorial. Fue en este mismo lugar donde Pizarro, Zárate y los demás conquistadores españoles vieron por la primera vez las grandes balsas a vela que usaban los indios en tiempo de los incas, quienes acostumbraban salir a 50 ó 60 millas para pescar atunes y delfines en esta misma corriente de Humboldt. Todo el día hay aquí viento de la costa, pero en la noche, el viento viene de alta mar y esto ayudaba a las balsas a regresar a puerto.

Con la primera luz de la mañana vimos al «Guardián Ríos» muy cerca de nosotros, y teniendo cuidado de mantenernos a prudente distancia de su popa, lanzamos nuestro bote de caucho, que flotaba como una pelota de fútbol y se apartó bailando sobre las olas; íbamos a bordo Erik, Bengt y yo y, al llegar al «Guardián Ríos», trepamos a cubierta por la escala de gato. Sir-

viendo Bengt de intérprete, hicimos que nos marcaran en una carta nuestra posición exacta. Estábamos a 50 millas de la costa, al noroeste del Callao, y se nos aconsejó que lleváramos luces durante algunas noches, a fin de no correr el riesgo de ser hundidos por los barcos costeros. Más adentro no encontraríamos ni un solo buque, porque ninguna línea de navegación cruzaba esta parte del Pacífico.

Nos despedimos ceremoniosamente de todos los de a bordo; nos siguieron muchas extrañas miradas mientras bajábamos por la escala de gato hasta el botecillo y nos dirigíamos hacia la «Kon-Tiki» dando tumbos sobre las olas. Entonces desamarramos el cabo de remolque y nuestra balsa se quedó sola. Los treinta y cinco hombres a bordo del «Guardián Ríos» se agolparon a la borda, saludando hasta que se perdieron de vista, y los seis de la «Kon-Tiki», sentados sobre cajas, seguimos con los ojos al remolcador. Sólo cuando la negra columna de humo se hubo perdido en el horizonte, sacudimos la cabeza y nos miramos unos a otros.

—Adiós, adiós —decía Torstein—; ahora, muchachos, a poner el motor en marcha.

Nos reímos y observamos el viento. Era más bien una suave brisa, que del sur había cambiado al sudeste. Izamos, pues, la verga, con la gran vela cuadra, la cual quedó colgante y floja, dándole a la cara de Kon-Tiki una apariencia arrugada y descontenta.

—Esto no le gusta al viejo —dijo Erik—. Había brisas más frescas cuando era joven.

—Diría que perdemos terreno —observó Herman al tiempo que arrojaba un pedacito de madera de balsa al agua por la proa.

—Uno, dos, tres... treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno.

El pedacito de madera flotaba inmóvil al lado de la balsa; apenas si se había movido la mitad de la eslora de ésta.

—Habrá que acostumbrarse —dijo Torstein en tono optimista.

—Espero que no demos marcha atrás con la brisa nocturna —comentó Bengt—. Fue muy divertida la despedida en el Callao, pero un recibimiento, ahora, preferiría ahorrármelo.

En este momento el pedacito de madera había llegado al final de la balsa. Todos lanzamos gritos de entusiasmo y comenzamos a estibar y asegurar todas las cosas que habían sido llevadas a bordo a última hora. Bengt montó una cocinilla «Primus» en el fondo de una caja vacía y poco después estábamos todos regalándonos con cacao caliente y galletas, y abriendo cada uno un agujero en un coco fresco. Los plátanos no estaban aún bien maduros.

—Se está bien aquí, en cierto sentido —dijo Erik, con una risita. Iba de un lado para otro con unos pantalones de piel de carnero y un enorme sombrero americano y llevando el loro en el hombro—. Sólo hay una cosa que no me gusta —añadió—: todas estas contracorrientes poco conocidas, que a lo mejor nos echan contra las rocas de la costa, si seguimos quietos aquí como hasta ahora.

Consideramos la posibilidad de remar, pero decidimos esperar el viento.

Y vino el viento; sopló del sudeste, suave y permanente; pronto la vela se hinchó y se combó como un pecho turgente, con la cara de Kon-Tiki rebosando acometividad. La balsa comenzó a moverse. «¡Al oeste!», gritamos con entusiasmo, y cobramos velas y cabos. La espadilla fue puesta al agua y comenzó a operar el turno de guardia. Desde proa tiramos bolas de papel y pedacitos de madera al agua y nos apostamos a popa, atentos a nuestros relojes.

—Uno, dos, tres... dieciocho, diecinueve... ¡Ahora!

Los papeles y pedazos de madera rebasaron la espadilla y pronto quedaron danzando en el agua como perlas engarzadas en un hilo. Adelantábamos metro a metro. La «Kon-Tiki» no hendía el agua, como los rápidos navíos de proa afilada; roma y ancha, pesada y sólida, avanzaba lentamente sobre las olas. No tenía prisa, pero una vez que había adquirido impulso, seguía adelante con energía y sin desmayo.

Por el momento, el dispositivo de dirección era nuestro problema más grande. La balsa había sido construida tal como describían los españoles, pero no existía un ser viviente en nuestros tiempos que nos pudiera dar un curso superior de navegación en una balsa india. El problema había sido discutido con los expertos en tierra, pero con mediocres resultados. Sabían de

esto casi tan poco como nosotros. A medida que el viento del sudeste incrementaba su fuerza, era necesario mantener la balsa a un rumbo tal, que la vela fuera henchida de popa. Si la balsa viraba demasiado de costado al viento, la vela se volvía súbitamente y daba con violencia contra la carga, la tripulación y la caseta, a la vez que la embarcación giraba completamente y seguía avanzando con la popa por delante. Era una lucha tremenda; tres hombres forcejeando con la vela y los otros tres aferrados a la larga espadilla, tratando de mantener la proa en su dirección correcta. Y en cuanto se conseguía hacerle dar vuelta, el remero timonel tenía que poner mucho cuidado para que no volviera a repetirse la cosa un minuto más tarde.

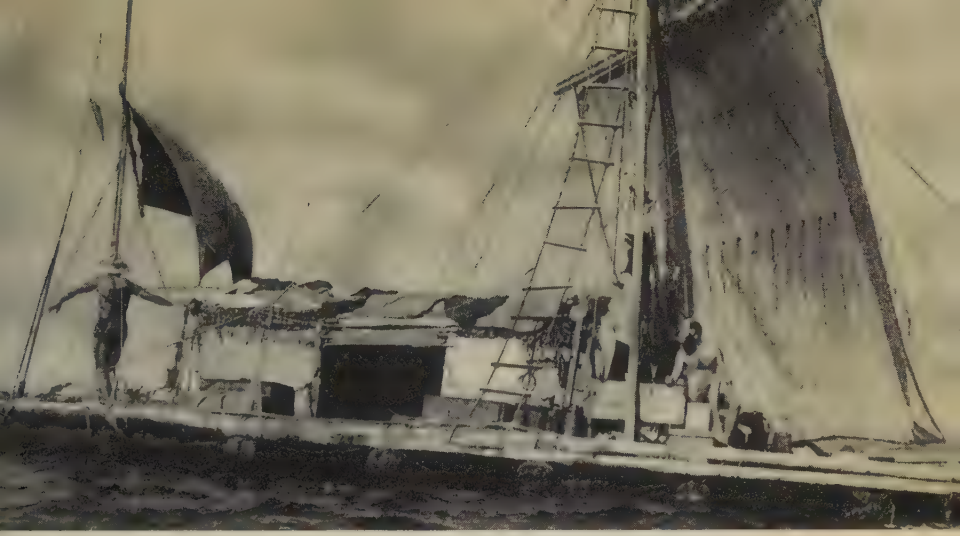
La espadilla, que tenía seis metros de largo, descansaba suelta entre dos toletes puestos sobre un gran bloque de madera. Era el mismo remo que nuestros amigos indígenas habían utilizado cuando traíamos la madera por el río Palenque, en el Ecuador. El largo palo de mangle era fuerte como el acero, pero tan pesado que se habría ido al fondo, de haber caído al agua; al extremo de esta enorme vara había una ancha pala de abeto, sujeta con cabos. Cuando el mar golpeaba contra el remo, demandaba toda nuestra energía mantenerlo en posición y teníamos los dedos cansados por el convulsivo esfuerzo que debíamos hacer continuamente para darle vuelta y mantener la pala derecha en el agua. Este último problema lo resolvimos amarrando un travesaño en la empuñadura del remo, de modo que tuviéramos una especie de palanca para darle vuelta. Mientras tanto, el viento arreciaba.

Ya avanzada la tarde, el viento alisio comenzó a soplar con toda su fuerza, levantando una mar gruesa que nos barría por la popa. Por primera vez nos dimos cuenta de que ahora nos las habíamos con el mar auténtico; la cosa iba terriblemente en serio y estábamos incomunicados del todo. El desenlace dependía ahora enteramente de las condiciones marineras que tuviera la balsa en el mar abierto. Sabíamos que en adelante ya no nos alcanzaría ningún viento hacia la costa, ni tendríamos posibilidad de regreso. Estábamos en la zona de los alisios, que cada día nos llevarían más y más lejos mar adentro. El único partido posible era ir avante a toda vela; si intentábamos volver a puerto,

sólo conseguiríamos adentrarnos más en la corriente, navegando hacia atrás. Sólo había un rumbo posible, esto es, navegar a favor del viento con la proa apuntando al ocaso. Después de todo, éste era el objeto de nuestro viaje, seguir al sol en su curso, como creíamos que Kon-Tiki y los antiguos adoradores del sol habían hecho cuando fueron arrojados de las costas del Perú.

Tuvimos una sensación de triunfo y alivio al ver cómo la balsa de madera se levantaba sobre la amenazadora cresta de las primeras olas que avanzaban espumeantes hacia nosotros. Pero le era imposible al timonel mantener derecha la espadilla cuando el rugiente mar la levantaba fuera de los toletes o la hacía girar a una banda llevándose al remero como un pelele. Ni aun dos hombres a la vez podían mantener la espadilla derecha cuando se levantaba el mar y caía desde atrás sobre ellos. Concebimos la idea de fijar dos cabos desde la pala del remo hasta los costados de la balsa y con otros cabos mantener la espadilla dentro de los toletes; de este modo le limitábamos la libertad de movimiento y podía desafiar los mares más bravos si es que nosotros mismos lográbamos mantenernos en la balsa.

Al hacerse más profundos los senos de las olas, se hizo evidente que habíamos entrado en la zona más veloz de la corriente de Humboldt. Esta marejada era, sin duda alguna, producida por una corriente y no simplemente por el viento. El agua que nos rodeaba era verde y fría; las dentadas montañas del Perú habían desaparecido entre los bancos de nubes detrás de nosotros. Cuando la oscuridad cayó sobre las aguas, principió nuestro primer encuentro contra los elementos. Todavía no estábamos seguros del mar; no sabíamos aún si se iba a mostrar como amigo o enemigo, en la íntima proximidad que nosotros mismos habíamos buscado con él. Cuando, engullidos por las tinieblas, oímos cómo el ruido general del mar se apagaba súbitamente, dominado por el silbido de una ola que venía contra nosotros, y vimos acercarse una blanca cresta a la altura del techo de la caseta, nos aferramos desesperadamente, esperando sentir las enormes masas de agua estrellarse sobre nosotros y sobre la balsa. Pero cada vez se producía la misma sorpresa y la misma sensación de alivio. La «Kon-Tiki» levantaba tranquilamente la popa hacia el cielo sin sufrir mayor trastorno, mien-



Con brisa ligera bajo el sol tropical.

Cómo se iza un tiburón asido por la cola.

Una vez el tiburón sobre cubierta, lo mejor es mantenerse a prudente distancia, hasta que cesen las dentelladas

tras las enormes masas de agua rodaban a sus costados; en seguida volvíamos a caer en las depresiones de las olas y esperábamos la próxima arremetida. Las olas mayores venían en sucesión de dos o tres, con una larga serie de otras más pequeñas entre ellas. Cuando dos grandes venían una muy cerca de la otra, la segunda barría la cubierta de popa, pues ésta estaba todavía en el aire por la acción de la primera. En consecuencia, se estableció como ley infrangible que los hombres de guardia en la espadilla debían estar atados por la cintura con un cabo, cuyo otro extremo estaba amarrado a la balsa, pues ésta carecía de amuradas. Su misión era mantener la vela henchida y la popa orientada al viento y al mar.

Habíamos fijado una vieja aguja náutica en una caja a popa, para que Erik pudiera controlar el rumbo y calcular nuestra posición y velocidad. Por lo pronto, dudábamos del lugar donde estábamos, pues el cielo permanecía cubierto y el horizonte no era sino un caos de olas espumantes. Dos hombres a la vez hacían el turno de guardia en la espadilla y, sentados lado a lado, tenían que aunar todas sus fuerzas para dominar los brincos del remo, mientras los demás tratábamos de echar un pequeño sueño dentro de la abierta caseta. Cuando venía una ola verdaderamente grande, los hombres del timón dejaban el gobierno a merced de los cabos y saltaban a asirse a una de las vigas de bambú del techo, mientras las masas de agua tronaban sobre ellos desde popa y desaparecían por entre los troncos o sobre los costados de la balsa. Luego, a empuñar la espadilla otra vez, antes de que la balsa pudiera dar una vuelta y la vela flameara. Pues si la mar cogía a la balsa bajo cierto ángulo, las olas podían entrar fácilmente dentro de la caseta; en cambio, cuando venían en popa, desaparecían rápidamente entre los troncos y rara vez alcanzaban el mamparo posterior. Los troncos redondos de popa dejaban pasar el agua como los dientes de un tenedor. Evidentemente, ahí estaba la ventaja de la balsa: cuanto más aberturas, mejor; por las hendiduras del piso, el agua salía fuera, pero nunca entraba.

Hacia medianoche vimos las luces de un barco que pasaba en dirección al norte; a las tres pasó otro, con el mismo rumbo. Hicimos señales con nuestra lamparilla de parafina y los saludamos con los destellos de una linterna eléctrica, pero no nos

vieron y las luces desaparecieron lentamente en la oscuridad hacia el norte. Difícilmente podían sospechar sus tripulantes que una auténtica balsa incaica flotaba a dos pasos de ellos, danzando entre las olas. Y tampoco sospechábamos nosotros que éste había de ser el último barco y el último rastro de seres humanos que habíamos de ver, hasta llegar al otro lado del océano.

Prendidos de dos en dos como moscas a la espadilla en la oscuridad, sentíamos la fresca agua marina fluir de nuestros cabellos, mientras aquélla nos golpeaba sin piedad en el pecho y la espalda y nos dejaba las manos acalambradas con el esfuerzo de asirla. Nos dimos un buen entrenamiento aquellos primeros días con sus noches; de inexpertos bisoños nos convertimos en lobos de mar. Durante las veinticuatro horas, cada hombre, en sucesión ininterrumpida, pasaba dos horas en el timón y tres de descanso. Dispusimos que cada hora un hombre fresco reemplazara al timonel que llevaba ya dos horas.

Cada músculo del cuerpo estaba a la tensión máxima con el continuado esfuerzo para aguantar el rumbo. Cuando uno se cansaba de empujar la espadilla, se cambiaba a la otra banda para cobrar de ella, y cuando los brazos y el pecho estaban ya adoloridos de empujar y cobrar, nos volvíamos de espaldas para repartir los cardenales por todo el cuerpo. Cuando al fin venía el relevo, nos arrastrábamos medio atontados a la caseta de bambú, nos amarrábamos un cabo a las piernas y caíamos en un profundo sueño con las ropas empapadas de agua y sal, sin tener tiempo de meternos en los sacos de dormir impermeables. Casi instantáneamente venía un brutal tirón del cabo; habían pasado tres horas y tenía uno que ir otra vez y relevár a otro de los hombres en la espadilla.

La segunda noche fue peor aún; el mar se embraveció en lugar de calmarse. Dos horas de lucha con la espadilla resultó demasiado; en la segunda mitad de su guardia, un hombre estaba ya inutilizado, y el mar nos dominaba arrojándonos de un lado a otro, mientras el agua caía a torrentes sobre la balsa. Entonces cambiamos los turnos y fijamos una hora de trabajo y hora y media de descanso. Así pasaron las primeras sesenta horas, en una lucha continua contra el torbellino de las olas que se nos venían encima, una tras otra, incesantemente. Olas altas y olas bajas,

olas redondas y olas puntiagudas, olas oblicuas y olas sobre la cresta de otras olas.

El que más sufría de nosotros era Knut. Le eximimos de las guardias, pero, en compensación, pasaba el tiempo haciendo sacrificios a Neptuno y sufriendo largas horas de agonía en un rincón de la caseta. El loro lo pasaba enfurruñado en su jaula, colgándose del pico y aleteando cada vez que la balsa daba un cabeceo inesperado y el mar se estrellaba contra el mamparo de la caseta desde la popa. De todos modos, la «Kon-Tiki» no tenía un balanceo excesivo; cogía la mar con más estabilidad que cualquier embarcación de las mismas dimensiones, pero era imposible predecir qué inclinación tomaría la cubierta cada vez, y nunca llegamos a aprender el arte de movernos sobre la balsa con soltura, pues tan pronto cabeceaba como balanceaba.

La tercera noche calmó el mar un tanto, aun cuando todavía el viento soplaba fuerte. Hacia las cuatro de la madrugada llegó, a través de la oscuridad, un inesperado diluvio de espuma que hizo virar la balsa en redondo, antes de que los hombres de la espadilla se dieran cuenta de nada. La vela batió contra la caseta, amenazando hacerla pedazos, a la vez que destrozarse a sí misma. La tripulación en masa tuvo que ir a cubierta para asegurar la carga y cobrar velas y cabos en la esperanza de recobrar la posición correcta y hacer que la vela se hinchara como es debido. Pero la balsa no quiso enderezarse; se empeñaba en ir de popa, sin atender a razones. El resultado de todo nuestro tirar, empujar y remar fue que por poco caen al agua dos hombres, de resultas de un golpe de la vela en la oscuridad. La mar había calmado de un modo apreciable. Tiesos y adoloridos, con manos llagadas y soñolientos ojos, no valíamos un puñado de lentejas. Mejor era preservar nuestras energías por si el tiempo nos deparaba un trance aún peor. Nadie podía preverlo. De modo que recogimos la vela y la arrollamos a la verga; la «Kon-Tiki» quedó flotando a la deriva sobre las olas, lo mismo que un corcho. Volvimos a ajustar todas las amarras de a bordo y los seis nos metimos apretujados en la pequeña caseta y dormimos como momias en una lata de sardinas.

Poco podíamos sospechar que acabábamos de pasar la peor lucha de todo el viaje para mantener el rumbo. Hasta muy

adentro del océano no descubrimos la simple e ingeniosa manera con que los incas dirigían sus balsas.

Nos despertamos ya bien avanzado el día y aun gracias a los silbos y chillidos que daba el loro saltando arriba y abajo de su percha. Afuera, el mar estaba todavía movido, pero ya en largas ondulaciones y no tan salvaje y confuso como el día anterior. Lo primero que vimos fue el sol dando en la amarilla cubierta de bambú y prestando al mar que nos rodeaba un aspecto brillante y amistoso. ¿Qué nos importaba que las olas espumasen y se alzasen como montes, mientras nos dejaran en paz en nuestra balsa? ¿Qué nos importaba que se elevaran justo ante nuestras narices, pues sabíamos que en un segundo la balsa treparía sobre la cresta y aplanaría como una apisonadora su filo espumoso, mientras la enorme y amenazante montaña de agua no hacía sino levantarnos en el aire, mugiendo y gorgoteando bajo el piso? Los viejos maestros del Perú sabían muy bien lo que se hacían cuando evitaban los cascos huecos, expuestos a llenarse de agua, o un navío tan largo que no pudiera tomar las olas una a una. Una apisonadora de corcho, he aquí lo que venía a ser una balsa.

Erik tomó nuestra posición a mediodía y encontró que, debido a nuestro andar a la vela, nos habíamos desviado muchísimo hacia el norte, a lo largo de la costa. Todavía estábamos dentro de la corriente de Humboldt, a cien millas de tierra. El gran interrogante era si iríamos a caer en los traicioneros remolinos al sur de las islas Galápagos. Las consecuencias hubieran podido ser fatales porque, una vez allí, acaso fuéramos barridos en cualquier dirección por las fortísimas corrientes oceánicas que van hacia la costa de América Central. Pero si las cosas iban según nuestros cálculos, la corriente principal nos haría girar al oeste, antes de alcanzar la latitud de las Galápagos. El viento continuaba soplando directamente del sudeste. Volvimos a izar la vela, giramos la popa hacia la corriente y restablecimos nuestros turnos en el timón.

Knut se había repuesto ya de los tormentos del mareo y en compañía de Torstein se encaramó a la plataforma del mástil, donde ambos se pusieron a experimentar con misteriosas antenas de radio que lanzaban al aire por medio de globos y cometas. De pronto, uno de ellos desde el rincón de la radio gritó que po-

día oír la emisora naval de Lima, que nos estaba llamando. Nos anunciaban que el avión del embajador norteamericano había despegado desde la costa para darnos una última despedida y ver qué aspecto teníamos en el mar. Poco después logramos contacto con el operador de radio del avión y de repente se entabló una inesperada conversación en noruego con nuestra secretaria, Gerda Vold, que iba a bordo del aparato. Dimos nuestra posición con la exactitud que nos era posible y estuvimos unas horas emitiendo señales. La voz en el éter se volvía más fuerte o más débil según que el ARMY-119 se acercara o alejara en los círculos que describía buscándonos. Pero nosotros no llegamos a oír nunca el rugir de sus motores ni a ver el avión. No era tan fácil encontrar la chata balsa entre las ondulaciones del mar, y nuestro propio campo visual era muy limitado. Finalmente, el avión tuvo que abandonar la búsqueda y regresar a la costa; fue la última vez que alguien trató de buscarnos.

El mar volvió a embravecerse en los días que siguieron, pero las olas pasaban silbando desde el sudeste a intervalos iguales y el gobierno resultaba más fácil. Cogimos la mar y el viento a una cuarta por babor, de manera que el timonel recibía menos olas encima y la balsa avanzaba de un modo más estable y sin tendencia a girar. Pero observábamos con ansiedad que el alisio sudeste y la corriente de Humboldt nos estaban día tras día empujando de través, en dirección a las contracorrientes que rodean las islas Galápagos. Y tan rápido era nuestro curso hacia el noroeste, que el promedio de velocidad en aquellos días era de 55 a 60 millas marinas, con un record de 71 millas.

—¿Qué tal se está en las Galápagos? —preguntó un día Knut con cautela, mirando la carta donde un rosario de puntos iba indicando nuestra posición diaria, y parecía un dedo apuntando siniestramente hacia las malditas islas.

—Regular —le contesté—. Dicen que el inca Tupac Yupanki navegó desde el Ecuador a las islas Galápagos poco antes del tiempo de Colón, pero ni él ni ningún otro indígena se estableció allí, porque no había agua.

—*Okey!* —dijo Knut—. Mejor será, pues, que no vayamos. Espero que sea así, por lo menos.

Estábamos ya tan acostumbrados a ver danzar el mar alrededor nuestro, que ya ni le hacíamos ningún caso. ¿Qué podía

importarnos estar bailando un poco con mil brazas de agua debajo de nosotros, mientras los seis tripulantes y la balsa estuviéramos siempre encima? El punto negro era que aquí surgía la segunda pregunta: ¿Por cuánto tiempo podíamos contar con estar encima? Era fácil ver que los troncos de balsa absorbían agua. La viga transversal de popa estaba peor que las otras; en ésta podíamos meter nuestro dedo entero presionándolo en la madera remojada hasta que brotaba el agua. Sin decir nada, rompí un pedacito de esta madera encharcada y lo tiré al mar; se hundió lentamente bajo la superficie y se fue desvaneciendo en la profundidad. Más tarde vi a dos o tres de los muchachos hacer lo mismo, cuando creían no ser observados. Se quedaban reverentemente de pie, viendo cómo el pedacito de madera saturada se hundía lentamente en el agua verdosa. A la salida habíamos marcado la línea de flotación, pero en un mar movido era imposible apreciar el calado, pues un momento los troncos salían enteramente fuera del agua y un segundo después se sumergían del todo. Pero metiendo un cuchillo en el tronco, veíamos con alegría que, a una profundidad de tres o cuatro centímetros, la madera estaba seca. Calculamos, pues, que de continuar el agua impregnando la madera a ese paso, la balsa comenzaría a quedar justo bajo la superficie al tiempo en que era de esperar estuviéramos acercándonos a tierra firme. Pero también confiábamos en que la savia interior actuara como impregnante y detuviera la absorción.

Había luego otra amenaza que preocupaba un tanto nuestra mente durante las primeras semanas. ¡Los cabos! De día estábamos tan ocupados que apenas pensábamos en ellos; pero cuando caía la noche y nos acostábamos en el piso de la caseta, teníamos más tiempo para pensar, sentir y oír. Allí tendidos, cada uno en su colchón de paja, podíamos percibir el tejido de caña palpitar bajo nosotros al compás de los troncos. Además de los movimientos de la balsa entera, cada tronco tenía también un movimiento propio; cuando se levantaba uno, bajaba el otro con un suave movimiento de pálpito. No se movían mucho, pero sí lo bastante para dar la sensación de que estábamos acostados sobre la espalda de un gran animal que estuviera respirando, y preferíamos echarnos a lo largo de un solo tronco. Las dos primeras noches fueron las peores, pero estábamos demasiado ago-

tados para preocuparnos de ello. Después, los cabos se hincharon un poco en el agua y mantuvieron los troncos más tranquilos.

De todas maneras, no había a bordo una sola superficie plana que estuviera quieta en relación con su contorno; como los cimientos se movían hacia abajo y hacia arriba y de lado en todas las junturas, todo se movía con ellos. La cubierta de bambú, el doble mástil, los cuatro mamparos tejidos de la caseta y el techo de tabletas cubierto de hojas, todo estaba sólo amarrado con cabos, y se retorcía y levantaba en direcciones opuestas. Era casi imperceptible, pero innegable. Si una esquina se levantaba, la otra bajaba; y si la mitad del techo inclinaba sus tabletas hacia delante, la otra mitad arrastraba las suyas hacia atrás. Y si mirábamos al exterior a través del mamparo abierto, veíamos aún más vida y movimiento, pues allí el cielo giraba lentamente en un círculo, mientras el mar se levantaba hacia él.

Los cabos aguantaban toda la presión. Podíamos oírlos toda la noche, crujiendo y gimiendo, chirriando y rozando. Formaban como un solo coro de quejidos que nos rodeara en las tinieblas, cada cabo con su nota propia, según su grosor y tensión. Como rutina diaria, cada mañana hacíamos una cuidadosa inspección de todos los cabos. Metíamos incluso la cabeza en el agua, por sobre el borde de la balsa, mientras dos hombres nos sostenían de los tobillos, para ver si estaban bien las amarras del fondo.

Pero los cabos aguantaron. Una quincena, habían dicho los peritos; a los quince días se habrían gastado todos ellos. Mas, a despecho de esta unanimidad de opiniones, no habíamos observado hasta entonces el menor signo de desgaste. Hasta que estuvimos muy adentro del mar no descubrimos la explicación: la madera de balsa era tan blanda, que los cabos se abrían camino en ella, desgastándola poco a poco y quedando así protegidos, en lugar de ser ellos desgastados por la madera.

Después de una semana más o menos, el mar se hizo más tranquilo y notamos que su color se tornaba de verde en azul. Principiamos también a hacer rumbo oeste-noroeste en lugar del noroeste que llevábamos, y lo hicimos como el primer indicio de que habíamos salido de la corriente costera y de que había esperanza de ser llevados mar adentro.

Desde el primer día que nos quedamos solos en el mar notamos la presencia de peces alrededor de la balsa, pero estábamos

demasiado ocupados con el gobernalle para pensar en pescar. El segundo día entramos justamente en un espeso banco de sardinas y poco tiempo después apareció un tiburón azul de dos metros y medio de largo, el cual se dio vuelta mostrando su panza blanca al rozar la popa donde Herman y Bengt estaban con las piernas desnudas metidas en el agua manejando la espadilla; estuvo nadando un rato alrededor, pero desapareció cuando ya teníamos a punto el arpón de mano.

Al día siguiente recibimos la visita de atunes, bonitos y dorados (1), y cuando un gran pez volador se estrelló a bordo, lo usamos como cebo y cogimos inmediatamente dos grandes dorados (o delfines), de doce a veinte kilos cada uno. Éste fue nuestro alimento por unos cuantos días. Durante la guardia en el timón podíamos ver muchos peces que ni siquiera conocíamos, y un día dimos con un majal de marsopas que parecía sin fin. Los negros lomos subían y bajaban muy cerca unos de otros, junto al costado de la balsa, y se los podía ver brincando sobre la superficie hasta donde alcanzaba la vista desde el mástil. Cuanto más nos acercábamos al ecuador y nos alejábamos de la costa, más numerosos se hacían los peces voladores. Cuando al fin llegamos al agua azul, donde el mar ondea majestuosamente, soleado y sereno, rizado por rachas de viento, los veíamos brillar como una nube de proyectiles disparados desde el agua y volando en línea recta hasta que se agotaba su capacidad de vuelo y desaparecían debajo de la superficie. Si de noche sacábamos afuera la lamparilla de parafina, los peces voladores eran atraídos por la luz y, grandes y pequeños, se disparaban sobre la balsa. A menudo daban contra la caseta de bambú o contra la vela y caían paralizados en cubierta. Incapaces de reemprender el vuelo, pues sólo nadando pueden tomar impulso, se quedaban allí retorciéndose desesperadamente; parecían arenques de grandes ojos y largas aletas ventrales. A veces oíamos una verdadera explosión de malas palabras procedente de un hombre en cubierta: era que un frío pez volador topó con él impetuosamente y le abofeteaba. Llegaban siempre a gran velocidad, con el hocico levantado, y si daban de lleno en la cara dejaban una desagradable sensación de

(1) El autor se refiere a la especie de delfinápteros de cabeza achatada y carentes de aleta dorsal. *(N. del T.)*

quemadura y hormigueo. Sin embargo, este ataque no provocado era rápidamente olvidado por la parte ofendida, pues, con todos sus inconvenientes, vivíamos en un país marítimo encantado, en el cual deliciosos platos de pescado llegaban a la mesa servidos desde el cielo. Acostumbrábamos freírlos para el desayuno, y fuera el pescado, el cocinero o nuestro apetito, el hecho es que nos sabían a truchitas fritas, una vez quitadas las escamas.

El primer deber del cocinero, cuando se levantaba por la mañana, era salir a cubierta y recolectar todos los peces voladores que hubieran caído a bordo en el curso de la noche. Había por lo regular media docena o más, y una mañana encontramos veintisiete, gorditos y relucientes. Knut se enfadó mucho una vez porque, estando con la sartén en funciones, un pez se estrelló en su mano en lugar de caer directamente en la hirviente manteca.

Torstein no quedó plenamente convencido de nuestra intimidad con los vecinos del mar hasta que se despertó una mañana y encontró una sardina en su almohada. Había tan poco espacio en la caseta, que Torstein tenía que echarse con la cabeza en la puerta, y si alguien inadvertidamente le ponía el pie en la cara al salir en la noche, el culpable recibía un mordisco en la pierna. Tomó la sardina por la cola y confidencialmente le confesó que todas las sardinas contaban con su más profunda simpatía. Nos dimos por aludidos y a la noche siguiente encogimos las piernas para que Torstein tuviera más sitio; pero luego le sucedió una cosa que le obligó a buscar acomodo sobre los utensilios de cocina, junto al rincón de la radio.

Fue algunas noches después. Estaba la noche negra y el cielo nublado, y Torstein había colocado la linterna de parafina cerca de su cabeza, para que los de guardia pudieran ver dónde pisaban cuando pasaran por encima de su cuerpo. Alrededor de las cuatro, la brusca caída de la lámpara y el tacto de algo frío y húmedo que coleteaba junto a sus orejas despertó a Torstein. «Pez volador», pensó, y empezó a palpar en la oscuridad para arrojarlo fuera; pero sus manos dieron con algo largo y mojado que se enroscaba como una serpiente y lo soltó como si se hubiera quemado. El invisible visitante se escurrió y se fue a donde estaba Herman, mientras Torstein trataba de volver a encender la lámpara. Herman se sobresaltó también y la baraúnda me hizo

despertar pensando en los pulpos que salían por la noche en estas aguas.

Cuando conseguimos encender la lámpara, Herman estaba sentado triunfante, teniendo cogido del pescuezo un pez largo que se retorcía como una anguila. Medía más de un metro de largo y era delgado como una culebra, con unos estúpidos ojos negros y un hocico largo con una voraz mandíbula llena de largos y afilados dientes. Éstos eran cortantes como cuchillos y podían doblarse hacia el paladar para dejar paso a lo que se tragaba. Bajo la presión de la mano de Herman, arrojó de repente del estómago un pez blanco con unos grandes ojos; tendría quince centímetros de largo; inmediatamente después salió otro igual de la boca del rapaz. Éstos eran claramente dos peces de aguas profundas, destrozados por los dientes del pez culebra. La piel del pez culebra era muy delgada, de color azul violeta en el lomo y azul acero en la parte inferior, y se le desprendía a pedazos cuando se le cogía.

Con todo este barullo conseguimos que al fin hasta Bengt se despertara, y le pusimos el largo pez bajo las narices, alumbrándoselo con la lámpara; se sentó medio dormido en su saco y dijo solemnemente:

—No; peces como ése no existen.

Tras lo cual se volvió de un lado y quedó otra vez profundamente dormido.

Bengt no andaba tan equivocado; más tarde supimos que los seis sentados alrededor de la lámpara habíamos sido los primeros en ver este pez vivo; sólo algunos esqueletos de un pez semejante han sido encontrados en las costas de Sudamérica y las islas Galápagos. Los ictiólogos le llamaron *Gempylus* y supusieron que vivía a grandes profundidades, ya que nadie había visto uno con vida. Pero si realmente vive a grandes profundidades, debe de ser sólo durante el día, cuando la luz del sol ciega sus grandes ojos. En las noches oscuras, el *Gempylus* se remonta, por encima incluso de la superficie; los de la balsa podíamos atestiguarlo.

Una semana después de que el extraño bicho había aterrizado en el saco de dormir de Torstein, tuvimos otra visita. Esta vez también fue a las cuatro de la mañana, cuando la luna nueva acababa de ponerse y no había más luz que la de las estre-

llas. La balsa iba navegando sin tropiezos, y al terminar mi guardia di una vuelta alrededor para comprobar que todo estaba en orden para el nuevo turno. Llevaba un cabo amarrado a la cintura, como era de rigor en las guardias, y estaba caminando cuidadosamente, lámpara en mano, a lo largo del tronco exterior para bordear el mástil. Inesperadamente, alguien tiró del cabo y lo sacudió hasta casi hacerme perder el equilibrio. Tuve un rapto de furia, pues el tronco estaba húmedo y resbaladizo, y volví la cara con indignación, al mismo tiempo que alumbraba con la linterna, pero no vi ni un alma. En seguida vino un nuevo tirón del cabo y entonces percibí algo brillante que se retorcía en el suelo: era un nuevo *Gempylus*, que esta vez había cogido el cabo con sus afilados dientes tan profundamente, que le rompí varios antes de poder liberarlo. Presumo que la luz de la linterna, al reflejar sobre el blanco seno del cabo, había hecho nacer en nuestro visitante de las profundidades la esperanza de obtener un bocado particularmente largo y sabroso con sólo dar un brinco. Terminó sus días en una garrafa de formalina.

El mar contiene muchas sorpresas para quien tiene el piso al nivel de su superficie y va navegando lenta y silenciosamente. Un cazador que se abra camino a través de la maleza en la floresta, puede regresar y decir que no se ve ninguna pieza. Otro, en cambio, si se sienta a esperar en un tronco, es posible que pronto comience a oír rumores y crujidos de hojas y ramas, y a ver asomarse ojos curiosos. Así es también el mar. Generalmente lo cruzamos con rugientes motores y golpes de pistón, levantando olas de espuma con la proa. Luego regresamos diciendo que no hay nada que ver en el océano.

No pasaba un solo día mientras flotábamos en la superficie del océano sin que fuéramos visitados por entrometidos huéspedes, que serpenteaban y ondulaban alrededor nuestro, y unos cuantos de ellos, como dorados y peces pilotos, se nos hicieron tan familiares, que acompañaban nuestra balsa en su travesía, manteniéndose día y noche junto a nosotros.

Cuando había caído la noche y las estrellas centelleaban en el oscuro cielo tropical, surgía alrededor nuestro una fosforescencia que rivalizaba con las estrellas, y partículas luminosas de plancton tomaban una tan viva apariencia de brasas ardientes, que involuntariamente retirábamos las piernas del agua cuando

aquellas brillantes esferas eran lanzadas junto a nuestros pies en la popa de la balsa. Al cogerlas vimos que eran una especie de camarones pequeños y brillantes. Más de una vez, en tales noches, tuvimos una sensación de pánico cuando de pronto dos ojos redondos y resplandecientes emergían del mar y nos miraban con extraña e hipnótica fijeza —el Viejo del Mar en persona no hubiera mirado de otro modo—. Los visitantes eran a menudo grandes pulpos, que subían y se quedaban flotando en la superficie con sus diabólicos ojos verdes brillando como dos trozos de fósforo en la noche. Pero otras veces los ojos resplandecientes eran de peces abisales, que sólo salían en la oscuridad y se quedaban allí absortos, fascinados por la luz de la linterna. Varias veces, cuando el mar estaba en calma, el agua negra alrededor de la balsa se poblaba súbitamente de redondas cabezas de casi un metro de diámetro, que se quedaban quietas mirándonos con sus grandes ojos fosforescentes. Otras noches, grandes bolas de luz de más de un metro de diámetro se hacían visibles dentro del agua, centelleando a intervalos como lámparas eléctricas que se encendieran y apagaran alternativamente.

Gradualmente nos fuimos acostumbrando a tener bajo el piso estas criaturas subterráneas, o mejor dicho, submarinas; sin embargo, siempre quedábamos sorprendidos cuando aparecía una nueva especie. Hacia las dos de la madrugada, en una noche nublada, en que el timonel apenas distinguía la negrura del agua de la negrura del cielo, su atención fue atraída por una débil claridad bajo el agua, que lentamente fue tomando la forma de un gran animal. Era imposible decir si su cuerpo estaba cubierto de plancton luminoso o si el propio animal tenía una superficie fosforescente, pero el tenue resplandor en el agua oscura daba a la fantástica criatura perfiles imprecisos y ondulantes; unas veces era redonda, otras oval o triangular, y de pronto se dividió en dos partes que nadaban sueltas de un lado a otro por debajo de la balsa. Al final había tres de estos enormes fantasmas describiendo lentos círculos a nuestro alrededor.

Eran verdaderos monstruos, pues solamente la parte visible debía tener de ocho a diez metros de largo, y, atraídos por el espectáculo, todos nos reunimos rápidamente en cubierta para seguir la danza de los fantasmas. Siguieron hora tras hora el rumbo de la balsa. Misteriosos y callados, nuestros brillantes

compañeros se mantenían a una buena profundidad, la mayor parte del tiempo por la banda de estribor, donde estaba la linterna, aun cuando a menudo aparecían justamente debajo de la balsa o pasaban a la banda de babor. El resplandor de la luz en sus lomos nos revelaba que eran mayores que elefantes, pero no eran ballenas porque nunca salieron a la superficie para respirar. ¿Eran rayas gigantes que cambiaban de forma al girar sobre sus costados? No reaccionaban en absoluto cuando bajábamos la lámpara a flor de agua para incitarlos a subir a fin de poder identificarlos. Y como hacen todos los duendes y fantasmas, desaparecieron en las profundidades cuando comenzó a romper la aurora.

Nunca logramos una explicación satisfactoria de la visita nocturna de estos tres monstruos luminosos, a menos que la solución deba buscarse en otra visita que tuvimos treinta y seis horas más tarde, en pleno mediodía. Fue el 24 de mayo, y estábamos derivando lentamente en un mar tranquilo, exactamente a los 95° oeste y 7° sur. Era alrededor de las doce y acabábamos de arrojar al mar los intestinos de dos grandes dorados que habíamos pescado temprano, en la mañana; estaba yo tomando un baño en la cara de proa, echado en el agua pero siempre vigilante y asido a un cabo, cuando vi un gran pez de unos dos metros de largo y de color pardo que venía nadando curiosamente hacia mí en el agua cristalina. Subí de un salto al borde de la balsa y me senté bajo el ardiente sol, mirando como el animal pasaba tranquilamente al lado mío, cuando oí un grito, un alarido casi, lanzado por Knut, que estaba sentado a popa detrás de la caseta.

—¡Tiburón! —gritó, quebrándosele la voz en una nota de falsete, y como casi a diario teníamos tiburones rondando junto a nosotros sin producirnos mayor sensación, todos nos dimos cuenta de que algo extraordinario ocurría, y corrimos a popa en socorro de Knut.

Knut había estado en cuclillas lavando sus pantalones en el agua del mar y, de pronto, al levantar la vista se dio de frente con la cara más enorme y más fea que ninguno de nosotros hubiera visto jamás en su vida. Era la cabeza de un verdadero monstruo marino, tan grande y tan horrenda, que si el mismo Viejo del Mar hubiese subido en persona a la superficie, no nos hubiera hecho mayor impresión. Era una cabeza ancha y chata como la

de una rana gigantesca, con dos ojuelos a los lados y una mandíbula de sapo, de metro y medio de ancho, con largos belfos colgando de los extremos. A la cabeza seguía un cuerpo enorme, terminado en una cola larga y delgada con una puntiaguda aleta vertical, que se mantenía erecta y demostraba que el monstruo no era ninguna especie de cetáceo. El cuerpo parecía de color pardo bajo el agua, pero, lo mismo que la cabeza, estaba cubierto de una gran cantidad de manchitas blancas.

El monstruo se acercaba por la popa, con un nadar lento y perezoso; enseñaba los dientes como un bulldog y ondulaba suavemente la cola. La enorme y redonda aleta dorsal se proyectaba claramente fuera del agua y a veces también la de la cola, y cuando estaba en el seno de una ola, el agua le caía sobre el lomo como en un arrecife sumergido. Frente a las enormes mandíbulas nadaban en formación de abanico un enjambre de peces pilotos rayados como cebras, y grandes peces rémora y otros parásitos se mantenían firmemente pegados al enorme cuerpo y viajaban con él, de modo que el conjunto parecía una curiosa colección zoológica reunida alrededor de una especie de arrecife flotante.

Teníamos un dorado de doce kilos sujeto por seis de nuestros mayores anzuelos en la cara de popa como cebo de tiburones y, al divisarlo, el enjambre de peces pilotos se disparó hacia él, lo husmearon sin tocarlo y regresaron a toda prisa hacia su amo y señor, el rey del mar. Éste, como si fuera un monstruo mecánico, puso en marcha sus máquinas y se deslizó suavemente hacia el delfín, una miserable bagatela ante sus mandíbulas. Tiramos del delfín para subirlo y el monstruo lo siguió lentamente, hasta el costado de la balsa. No abrió la boca, sino que dejó simplemente que el dorado topara contra ella, como si no valiera la pena de abrir la enorme puerta para tan insignificante piltrafa. Cuando el gigante se acercó más a la balsa, rozó su lomo contra la pesada espadilla, que estaba alzada sobre la superficie, y entonces tuvimos oportunidad de estudiar al monstruo a corta distancia, tan próximo a nosotros que pensé si todos nos habíamos vuelto locos, pues reíamos a carcajadas estúpidamente, sobreexcitados con la fantástica visión que teníamos delante. El mismo Walt Disney, con todo el poder de su imaginación, no podría haber creado un monstruo marino más espeluznante que el que

así de repente había aparecido al lado de la balsa con sus terribles mandíbulas.

El animal era un tiburón ballena, el tipo mayor de tiburón y el más grande de los peces hasta hoy conocidos. Es extremadamente raro, pero de vez en cuando se ven algunos ejemplares en los mares tropicales. El tiburón ballena tiene un promedio de diecisiete metros de largo y, según los zoólogos, pesa unos quince mil kilos. Se dice que los ejemplares mayores llegan a tener una longitud de veintiuno a veintidós metros. Uno de estos «bebés», que fue arponeado, tenía un hígado que pesaba trescientos kilos y una colección de tres mil dientes en cada mandíbula.

Nuestro visitante era tan enorme que, cuando comenzó a nadar en círculos alrededor y por debajo de la balsa, su cabeza aparecía a una banda mientras la totalidad de su cola quedaba todavía a la otra. Tan increíblemente grotesco, inerte y estúpido parecía cuando se le miraba de frente, que no podíamos menos que soltar estruendosas carcajadas, aun cuando nos dábamos cuenta de que su cola tenía fuerza suficiente para hacer pedazos los troncos y los cabos si se le ocurría atacarnos. Una y otra vez estuvo describiendo círculos más y más estrechos y pasando por debajo de la balsa, mientras todos nosotros no podíamos hacer otra cosa que esperar y ver qué pasaba. Cuando aparecía por la popa nadaba suave y tranquilamente bajo la espadilla y la levantaba en el aire, y el remo resbalaba sobre el lomo del gigante.

Nos distribuimos por la cubierta con los arpones a punto, pero éstos parecían mondadientes en relación con la enormidad de la bestia con la que teníamos que vernos. No había indicio de que el tiburón ballena pensara en abandonarnos; continuaba dando círculos alrededor y nos seguía como un perro fiel, junto a la balsa. Ninguno de nosotros había pasado nunca, ni sospechado que jamás pudiera pasar, por una experiencia semejante; la aventura entera, con aquel monstruo marino nadando detrás y debajo de la balsa, nos parecía tan absolutamente irreal, que nos era imposible tomarla en serio.

En realidad, el tiburón ballena estuvo dándonos vueltas durante una hora escasa, pero a nosotros nos parecía que la visita había durado todo el día. Finalmente, Erik, que estaba apostado en una aleta con un arpón de mano de dos metros y medio, no pudo dominar su excitación y, envalentonado por impruden-

tes gritos, levantó el arpón sobre su cabeza; cuando la bestia vino deslizándose hacia él y su enorme cabezota quedaba en la aleta de la balsa, Erik lanzó el arpón con toda su fuerza de gigante, directamente hacia abajo entre sus piernas, clavándolo profundamente en la cartilaginosa cabeza del tiburón ballena. Pasaron uno o dos segundos antes de que el gigante comprendiera claramente lo que sucedía. Entonces, en un instante, aquel plácido idiota se transformó en una montaña de músculos de acero.

Oímos el silbido del cabo del arpón que escapaba rozando el borde de la balsa y vimos una cascada de agua cuando el gigante sumergió la cabeza y se precipitó hacia las profundidades; los tres hombres que estaban más cerca fueron arrojados de cabeza, y dos de ellos sufrieron el latigazo del cabo y quemaduras cuando éste voló en el aire. El grueso cabo, lo bastante fuerte para sostener un bote, estaba amarrado a uno de los lados de la balsa, pero se rompió instantáneamente como si fuera un pedazo de bramante; en unos pocos segundos apareció en la superficie la caña del arpón roto, a unos doscientos metros de distancia. Una muchedumbre de aterrorizados peces pilotos se lanzó en un desesperado intento de juntarse a su antiguo amo y señor. Esperamos largo rato a que la enorme bestia regresara como un submarino enfurecido, pero jamás volvimos a saber de ella.

Estábamos ahora en la corriente subecuatorial y moviéndonos rumbo al oeste, cuatrocientas millas al sur de las Galápagos. Ya no existía, pues, el peligro de derivar hacia las corrientes de estas islas y el único contacto que tuvimos con el archipiélago fue el saludo de grandes tortugas marinas que, sin duda, se habían apartado mar adentro desde las islas. Un día vimos una tortuga que chapoteaba y forcejeaba, con la cabeza y una gran aleta fuera de la superficie. Cuando la levantó una ola, vimos debajo de ella unos destellos verdes, azules y oro, y descubrimos entonces que estaba empeñada en una lucha de vida o muerte con unos dorados. Por lo visto, en la lucha había un solo contendiente; consistía en que doce o quince dorados de grandes cabezas y brillantes colores atacaban el cuello y aletas de la tortuga, aparentemente tratando de cansarla, pues la tortuga no podía permanecer durante días enteros con la cabeza y remos retirados dentro de la concha.

Cuando la tortuga vio la balsa, se sumergió y comenzó a na-

Una buena captura de tiburones, atunes y bonitos.

Espléndida pesca de un atún de aletas doradas. Un solo ejemplar sería suficiente para abastecer una flotilla de balsas.

Raaby con un pez culebra (Gempylus), **el primero que fue visto jamás.**

dar directamente hacia nosotros perseguida siempre por sus resplandecientes enemigos. Llegó muy cerca de uno de los costados, mostrando señales de que deseaba subir, pero desistió cuando se dio cuenta de que el lugar estaba ya ocupado. De tener más práctica, podíamos haberla capturado sin dificultad, empleando cabos cuando el gran caparazón flotaba quietamente al lado de la balsa. Pero perdimos el tiempo en mirar y cuando al fin tuvimos el lazo listo, ya la gigantesca tortuga había rebasado nuestra proa. Lanzamos al agua el pequeño bote de caucho, y Herman, Bengt y Torstein salieron en persecución de la tortuga. El botecito era una cáscara de nuez, no mucho mayor que la concha que nadaba a su frente. Bengt, como mayordomo, saboreaba ya en su imaginación platos de carne en variedad infinita, y las más deliciosas sopas de tortuga. Pero cuanto más remaban, más aprisa se les escabullía la tortuga debajo de la superficie, y no habían avanzado ni cien metros cuando desapareció súbitamente sin dejar rastro. De todas maneras, sin darse cuenta, habían hecho una buena acción. Pues cuando el pequeño y amarillo bote regresaba a la balsa bailando sobre el agua, tenía a su alcance a toda la jauría de brillantes dorados. Daban vueltas alrededor de la nueva tortuga y los más atrevidos atacaban los remos cuando se hundían en el agua como aletas; entre tanto, la pacífica tortuga escapaba con éxito de todos sus innobles perseguidores.

Capítulo V

A MEDIO CAMINO

La vida cotidiana y sus experiencias — Agua potable para tripulantes de balsas — Batatas y calabazas revelan un secreto — Cocos y cangrejos — «Johannes» — Navegando en una sopa de pescado — Plancton — Fosforescencia comestible — Tratos con ballenas — Hormigas y lapas — Nuestros peces mimados — El dorado como compañero — Pesca de tiburones — La «Kon-Tiki» se convierte en monstruo marino — Peces pilotos y rémoras heredados de los tiburones — Pulpos voladores — Visitantes desconocidos — La canasta buzo — Con los atunes y bonitos en su propio elemento — Un arrecife apócrifo — Las orzas de deriva solucionan un enigma — A medio camino

Pasaban las semanas. No veíamos la menor señal ni de barco ni de desperdicios flotantes que pudieran indicarnos la existencia de otros seres humanos en el mundo. El mar entero era nuestro y, con todas las puertas del horizonte abiertas, verdadera paz y libertad descendía sobre nosotros desde el firmamento.

Era como si el fresco sabor salado del aire y la pureza azul que nos rodeaba nos hubieran lavado el cuerpo y el alma. Allí en la balsa, todos los problemas del hombre civilizado nos parecían falsos e ilusorios, simples productos de una mente pervertida. Sólo importaban los elementos. Y los elementos parecían ignorar la pequeña balsa. O quizá la aceptaban como un objeto natural, que no rompía la armonía del mar, sino que se adaptaba a las corrientes y al océano como los peces y los pájaros. En lugar

de enemigos temibles, siempre a punto de sumergirnos en espuma, los elementos se habían vuelto amigos seguros, que prestaban a nuestro curso un apoyo firme y constante. Mientras el viento y las olas nos empujaban avante, la corriente nos tiraba también por debajo hacia nuestra meta.

Si un día cualquiera un barco se hubiera cruzado con nosotros en alta mar, nos habría encontrado meciéndonos suavemente arriba y abajo sobre un mar de largas ondulaciones, cubierto de ricitos espumosos, mientras los alisios mantenían la vela anaranjada combada siempre hacia Polinesia.

Sus tripulantes habrían visto en la popa de la balsa un hombre casi sin ropas, barbudo y tostado por el sol, o luchando desesperadamente con un largo remo, o, en tiempo de calma, sentado tranquilamente en una caja, cabeceando bajo el ardiente sol y manteniendo perezosamente el remo con los pies.

Y si aquel hombre no era Bengt, se le habría encontrado a éste echado boca abajo en la puerta de la caseta leyendo uno de sus setenta y tres libros de sociología. Además, Bengt había sido nombrado mayordomo y era responsable del reparto de nuestras raciones diarias. Herman podía estar en cualquier parte, a cualquiera hora del día, bien a lo alto del mástil con sus instrumentos meteorológicos, o bajo la balsa con anteojos de buzo inspeccionando las orzas de deriva, o a remolque sobre el bote de caucho, ocupado con balones y curiosos aparatos de medición. Él era nuestro jefe técnico, encargado de las observaciones hidrológicas y meteorológicas.

Knut y Torstein estaban siempre ocupados con sus remojadas pilas secas, o soldando hierros y conductores. Todo su entrenamiento de cuando la guerra era poco para mantener en marcha la pequeña emisora, siempre húmeda y salpicada, pues estaba sólo a treinta centímetros del agua.

Todas las noches se turnaban para enviar al éter nuestros informes y observaciones meteorológicas, las cuales eran recibidas por esporádicos aficionados a la radio, quienes, a su vez, las transmitían al Instituto Meteorológico de Wáshington y a otros interesados.

Erik solía estar sentado, remendando velas y empalmando cabos, o tallando en madera y dibujando hombres barbudos y peces extraños. Cada mediodía tomaba el sextante y se subía a

una caja para mirar el sol y calcular cuánto nos habíamos movido desde el día anterior.

En cuanto a mí, estaba suficientemente ocupado con llevar el diario de a bordo, hacer los informes, recoger plancton, pescar y filmar. Cada hombre tenía su propia esfera de responsabilidad, y nadie se inmiscuía en el trabajo de los otros. Las labores enfadosas, como timón y cocina, eran divididas entre todos por igual. Cada tripulante tenía dos horas de día y dos de noche de guardia en la espadilla y el servicio de cocina se repartía según un turno diario. Había pocas leyes y reglamentos a bordo, con excepción de que la guardia de noche debía hacerse con un cabo atado a la cintura, que el cabo salvavidas estuviera siempre en un sitio determinado, que todas las comidas se tomaran fuera de la caseta y que «el lugar apropiado» era sólo al extremo de popa de los troncos. Si había que tomar una decisión importante, se convocaba un «pow-wow» al estilo indio, y se discutía el asunto antes de acordar nada.

Un día ordinario a bordo de la «Kon-Tiki» se inauguraba con una sacudida al cocinero, propinada por el último hombre de la guardia nocturna; aquél se levantaba, soñoliento, salía a la cubierta llena de rocío y hacía la cosecha de peces voladores. En lugar de comer el pescado crudo, según recetas peruanas y polinesias, los freíamos en una pequeña cocinilla «Primus» colocada al fondo de una caja que estaba fuertemente amarrada a la cubierta, fuera de la puerta de la caseta. Esta caja era nuestra cocina. Aquí se estaba a cubierto del viento alisio del sudeste, que soplaba regularmente contra el otro costado. Solamente cuando el viento y el mar agitaban la llama del «Primus» podía ésta prender fuego a la caja, como sucedió una vez que el cocinero se quedó dormido y toda la caja se convirtió en una antorcha y propagó el fuego hasta el mamparo de la caseta; pero fue dominado prestamente cuando el humo penetró en la caseta, porque, después de todo, no teníamos que ir nunca muy lejos para encontrar agua a bordo de la «Kon-Tiki».

El agradable olorcillo del pescado frito lograba rara vez despertar a los roncadores dentro de la caseta, de manera que el cocinero tenía que pincharlos con un tenedor o cantar: «¡Listo el desayuno!», con voz tan desafinada que nadie soportaba el escucharle por mucho tiempo. Si no había aletas de tiburón

cerca de la balsa, principiaba el día con una rápida zambullida en el Pacífico, seguida del desayuno al aire libre al borde de la balsa.

La comida a bordo era irreprochable. Los menús se dividían en dos experimentos: uno dedicado al intendente del siglo veinte, y otro dedicado a Kon-Tiki y al siglo quinto. Torstein y Bengt se sometían al primero y restringían su dieta a los paquetes de provisiones especiales que habíamos colocado bajo la cubierta de bambú en el espacio dejado entre los troncos transversales. La verdad es que ni el pescado ni los mariscos habían sido nunca platos de su preferencia. Con unas semanas de intervalo desamarrábamos los cabos que afirmaban la cubierta de bambú, sacábamos nuevas provisiones y las acondicionábamos delante de la caseta. La gruesa capa de asfalto con que bañamos las cajas de cartón resistió muy bien, mientras que las latas herméticamente selladas que estaban cerca de ellas se estropearon por infiltración del agua salada que continuamente bañaba todas nuestras provisiones.

En su viaje original, Kon-Tiki no tenía asfalto ni latas herméticamente cerradas. Sin embargo, no tuvo problemas alimenticios. En aquellos días, lo mismo que ahora, los aprovisionamientos consistían en lo que los viajeros llevaban consigo de tierra y lo que pudieran obtener durante el viaje. Es de presumir que cuando Kon-Tiki salió de la costa del Perú, después de su derrota a orillas del lago Titicaca, debió tener en la mente uno de los dos objetivos siguientes: como representante espiritual del Sol ante un pueblo que sólo adoraba a éste, es muy probable que se aventurara a ir directamente mar afuera para seguir el Sol en su diario viaje a occidente, con la esperanza de encontrar un nuevo y más pacífico país. Su otra alternativa era remontar con sus balsas la costa de Sudamérica para desembarcar más al norte y fundar un nuevo reino fuera del alcance de sus perseguidores. Al apartarse de los peligros de la rocosa costa y de las tribus hostiles que la ocupaban, debió de caer, como nosotros, bajo la influencia de los vientos alisios del sudeste y de la corriente de Humboldt, y ya en poder de los elementos, derivaría en el mismo gran semicírculo orientado a poniente.

Cualesquiera que fueran los planes de estos adoradores del

Sol cuando huyeron de su tierra nativa, sin duda debieron proveerse de vituallas para el viaje. La base de su primitiva dieta consistía en carne seca, pescado y batatas. Cuando los tripulantes de balsas navegaban a lo largo de las desiertas costas del Perú llevaban consigo grandes cantidades de agua. En lugar de vasijas de cerámica, usaban enormes calabazas, resistentes a sacudidas y a golpes, o bien gruesas cañas de bambú, más cómodas aún de llevar en sus chatas embarcaciones. Para ello, perforaban todos los nudos de las cañas y las llenaban por un pequeño agujero hecho en una de las extremidades, el cual tapaban después con un tarugo o con pez o resina. Treinta o cuarenta de estas gruesas cañas de bambú podían ser amarradas a lo largo de la balsa debajo del piso, donde se conservaban a la sombra, continuamente refrescadas por el agua del mar a una temperatura de 26 ó 27 grados centígrados en la corriente ecuatorial. Un depósito de esta clase podía contener el doble de agua de la que nosotros consumimos en todo el viaje y podía llevarse aún más con sólo amarrar más cañas de bambú debajo de la balsa, que irían en el agua, sin ocupar espacio ni añadir peso a la embarcación.

A los dos meses notamos que el agua se nos ponía rancia y de mal sabor, pero para entonces ya estábamos fuera de la primera zona del Pacífico, en la cual apenas llueve, y habíamos llegado a regiones de grandes chubascos, que mantenían nuestra reserva de agua. Se entregaba diariamente a cada hombre un buen litro de agua fresca, y no siempre lo consumía. Aun en el caso de que nuestros predecesores hubieran salido de tierra con provisiones insuficientes, habrían podido componérselas bastante bien mientras flotaban en la corriente marina, donde abunda el pescado. Ni un solo día durante todo el viaje faltaron peces nadando junto a la balsa, al alcance de la mano. Raro fue el día en que no vinieran a bordo un cierto número de peces voladores, por propia iniciativa. Sucedió incluso que hermosos bonitos, deliciosos al paladar, subieron a la balsa con las grandes masas de agua que entraban por la popa y se quedaron allí moviéndose convulsivamente cuando el agua se escurría entre los troncos como a través de un cedazo. Era, pues, imposible morirse de hambre.

Los antiguos navegantes indígenas ya practicaban lo que mu-

chos náufragos descubrieron durante la última guerra y que consiste en chupar la linfa del pescado crudo para calmar la sed. También se pueden obtener jugos retorciendo pedazos de pescado crudo en un lienzo o, si el pescado es grande, basta abrirle unos cuantos agujeros en un costado, que rápidamente se llenan de jugo procedente de las glándulas linfáticas del animal. No sabe bien, desde luego, si se tiene algo mejor que beber, pero la proporción de sal es tan pequeña, que la sed queda calmada.

Reducíamos enormemente la necesidad de beber agua si tomábamos un baño y nos echábamos sin secarnos a la sombra en la caseta. Si algún tiburón estaba patrullando majestuosamente junto a la balsa, impidiéndonos así dar una zambullida en el mar, con sólo tenderse sobre los troncos de popa asiéndose con manos y pies de los cabos, se gozaba de un magnífico baño de agua cristalina del Pacífico, que caía sobre uno con segundos de intervalo.

Cuando se está atormentado por la sed en un clima cálido, se supone generalmente que el cuerpo necesita agua y esto puede conducir a hacer inmoderadas incursiones en la ración de agua, sin beneficio de ninguna clase. En días verdaderamente calurosos en los trópicos, puede uno hartar de agua el estómago y quedar con la misma sed que antes. No es líquido lo que necesita el cuerpo, sino, paradójicamente, sal. Las raciones especiales que teníamos a bordo incluían tabletas de sal, para ser tomadas regularmente en los días de calor excepcional, porque la transpiración elimina la sal del organismo. Experimentamos días así cuando calmaba el viento y un sol abrasador caía sin piedad sobre la balsa. Hubiéramos podido engullir toda el agua de nuestro depósito, hasta que nuestros estómagos se sublevaran, y, sin embargo, las gargantas hubieran seguido pidiendo más. En tales días, añadíamos de 20 a 40 por ciento de agua salada de mar a nuestra ración de agua fresca y encontramos con gran sorpresa que esta mezcla salobre calmaba la sed. Desde luego, nos quedaba por mucho tiempo en la boca el sabor del agua salada, pero nunca nos sentimos mal; por añadidura, nuestra reserva quedaba considerablemente aumentada.

Una mañana durante el desayuno, una ola salpicó nuestra sopa de avena y esto nos enseñó fortuitamente que el sabor

de la avena disimula en gran parte el desagradable gusto del agua de mar.

Los viejos polinesios habían conservado algunas curiosas tradiciones, según las cuales sus primitivos antepasados, cuando cruzaron el océano, traían consigo hojas de una cierta planta que masticaban para calmar la sed. Otro efecto de la masticación de tales hojas era que, en caso de necesidad, podían beber agua de mar sin sentirse mal. Tales plantas no existen en los mares del Sur, por lo que debían de proceder del país originario. Los historiadores polinesios insistían con tal porfía en estas afirmaciones, que los investigadores modernos las tomaron en cuenta y llegaron a la conclusión de que la única planta conocida que produce tal efecto es la coca, que sólo crece en el Perú y Bolivia. Esta misma planta, que contiene cocaína, era usada en el Perú prehistórico tanto por los incas como por sus desaparecidos antecesores, como demuestran hallazgos hechos en las tumbas de ambas razas. En las fatigantes jornadas por las altas montañas y en los viajes por mar, llevaban grandes cantidades de estas hojas y las masticaban días enteros para calmar los tormentos de la sed y del cansancio. Y al cabo de un tiempo relativamente corto, la masticación de hojas de coca permite incluso beber agua de mar con cierta inmunidad.

Nosotros no probamos las hojas de coca a bordo de la «Kon-Tiki», pero llevábamos en la parte proel de la cubierta grandes canastas de mimbre llenas de otras plantas que habían dejado una huella más profunda en las islas polinésicas. Las canastas estaban amarradas al mamparo de sotavento de la caseta y con el tiempo vimos aparecer tallos amarillos y hojas verdes que fueron creciendo y abriéndose paso a través del tejido de mimbre. Era como un pequeño jardín tropical a bordo de la balsa. Cuando los primeros europeos llegaron a las islas del Pacífico, encontraron grandes plantaciones de batatas en la isla de Pascua, en Hawaii y en Nueva Zelanda, y la misma planta era cultivada en las demás islas, pero siempre dentro del área polinesia. En cambio, era absolutamente desconocida en las partes más a occidente. La batata era uno de los más importantes cultivos en estas remotas islas, donde, por lo demás, la gente vive sobre todo de pescado, y muchas de las leyendas polinesias se refieren a esta planta. Según la tradición, esta planta fue traída

nada menos que por el mismo Kon-Tiki cuando vino con su mujer, Pani, desde la tierra de sus antepasados, donde la batata era un artículo alimenticio muy importante. Las leyendas de Nueva Zelanda cuentan que la batata fue llevada allí por mar en embarcaciones que no eran canoas, sino «maderos amarrados unos a otros con cuerdas».

Ahora bien, como es sabido, América era la única parte del mundo donde crecía la batata antes de su descubrimiento por los europeos, y el «camote», como se le llama hoy en el Perú, que Kon-Tiki se llevó a las islas, *Ipomaea Batatas*, es exactamente de la misma especie que la cultivada por los indios peruanos desde tiempo inmemorial. Una de las más importantes vituallas, tanto de los navegantes polinésicos como de los indígenas del Perú, era la batata secada al sol. En las islas del Mar del Sur, esta planta sólo crece si es objeto de grandes cuidados y no puede resistir el agua de mar; es, pues, ocioso tratar de explicar su amplia distribución en esas islas desparramadas, diciendo que estas batatas dulces pueden haber sido arrastradas por las corrientes marítimas a través de cuatro mil millas desde el Perú. Este intento de desvirtuar un dato tan importante es particularmente fútil desde el momento que los filólogos han señalado que en todas las islas polinésicas, desparramadas en un área tan extensa, el nombre del «camote» es «kumara», y «kumara» es justamente el nombre con que los antiguos indios del Perú conocían la batata. El nombre siguió, pues, a la planta a través del mar.

Otra importante planta cultivada en Polinesia, y que nosotros llevábamos a bordo de la «Kon-Tiki», era la calabaza vinatera, *Lagenaria vulgaris*. Tan importante como la fruta misma es la corteza, que los polinesios secan al fuego y utilizan después para contener agua. Esta típica planta de huerta, que tampoco puede propagarse por sí misma en estado silvestre a través del mar, los antiguos polinesios la tenían en común con los indígenas del Perú. En las tumbas prehistóricas de los desiertos costeros del Perú se han encontrado grandes calabazas convertidas en depósitos de agua y, muchos cientos de años antes de que los primeros habitantes llegaran a las islas del Pacífico, ya en el Perú las usaba la población pesquera. El nombre que los polinesios dan a esta calabaza es «kimi», que volvemos a encontrar entre

los indios de Centroamérica, donde la civilización peruana tenía sus raíces.

Además de unas cuantas frutas tropicales, que consumimos unas semanas antes de que se estropearan, llevábamos a bordo una tercera planta que, junto con la batata, ha desempeñado un papel de primer orden en la historia del Pacífico. Eran doscientos cocos, que nos daban a la vez ejercicio para los dientes y bebida refrescante. Muchas de estas grandes nueces comenzaron a germinar, y cuando sólo hacía diez semanas que estábamos en el mar, teníamos media docena de palmeritas de medio metro de alto que ya habían abierto sus tallos rematados de anchas y verdes hojas. La palmera cocotera crecía antes del tiempo de Colón en el istmo de Panamá y en la América del Sur. El cronista Oviedo cuenta que se encontraba en grandes cantidades a lo largo de la costa del Perú cuando llegaron los españoles. En aquella época, hacía ya mucho que existía en las islas del Pacífico. Los botánicos no han determinado aún con certeza la dirección en que se propagó en el Pacífico, pero una cosa es segura, y es que el coco, a pesar de su recia corteza, no puede viajar a través del océano sin ayuda del hombre. Los cocos que teníamos en canastas en la cubierta permanecieron comestibles y capaces de germinar durante todo el viaje a la Polinesia. Pero habíamos puesto otros tantos entre las provisiones especiales, debajo de la cubierta, bañados por las olas. Todos hasta el último fueron estropeados por el agua del mar. Y no hay coco que en el océano pueda flotar y correr más ligero que lo que se mueve una balsa con el viento en popa. Eran los ojos del coco los que dejaban penetrar el agua, echando a perder en seguida toda la nuez. Por otra parte, la fauna que en el océano tiene a su cargo el servicio de limpieza pone buen cuidado en que nada comestible pueda viajar de un lado a otro del globo.

A miles de millas de toda isla o continente encontramos petreles y otros pájaros capaces de dormir en el mar. Algunas veces, en los días tranquilos, pasábamos cerca de una blanca pluma de ave que flotaba en el agua; si nos aproximábamos y la mirábamos con atención, veíamos que la pequeña pluma llevaba a bordo dos o tres pasajeros viajando tranquilamente a favor del viento. Cuando la «Kon-Tiki» la rebasaba, los pasajeros se daban cuenta de que éste era un vehículo más ligero y espacio-

so que la pluma; entonces apretaban a correr, andando de costado sobre la superficie, y se subían a la balsa, abandonando la pluma a su suerte. Muy pronto la «Kon-Tiki» estuvo repleta de polizontes. Eran pequeños cangrejos pelágicos. Del tamaño de la uña de un dedo, y algunas veces bastante más talluditos, constituían verdaderas golosinas para los goliats que vivíamos en la balsa, cuando lográbamos atraparlos.

Los pequeños cangrejos eran la policía de la superficie del mar y no andaban remisos cuando veían algo comestible a su alcance. Si alguna vez el cocinero no se fijaba en un pez volador que había caído entre los troncos, al día siguiente estaba cubierto por ocho o diez pequeños cangrejos que se daban el gran festín sirviéndose de sus tenacillas. La mayor parte de las veces huían, atemorizados ante nuestra presencia, pero en la popa, en un pequeño agujero del aparejo de gobierno, vivía un cangrejo bastante manso, al cual bautizamos con el nombre de «Johannes».

Como el loro, que era el entretenimiento de todos, el cangrejo «Johannes» entró a formar parte de la comunidad de a bordo. Si el timonel, en un día de sol, mientras gobernaba la balsa sentado de espaldas a la caseta, no tenía la compañía de «Johannes», se sentía muy solo allá en el ancho mar azul. Mientras los demás cangrejitos se escurrían furtivamente y se dedicaban al pillaje, como las cucarachas de un barco cualquiera, «Johannes» permanecía sentado a sus anchas a la puerta de su alojamiento con los ojos muy abiertos, esperando el cambio de guardia. No había nadie, al ir a hacer el relevo, que no llevara un pedacito de galleta o de pescado para «Johannes», y no había más que inclinarse delante de su agujero, para que saliera inmediatamente a la puerta y abriera sus tenacillas. Tomaba los mendrugos de nuestros dedos y corría a su guarida, donde se instalaba como un chiquillo llenándose la boca con ambas manos.

Los cangrejos se prendían como moscas a los cocos impregnados, los cuales al fermentar reventaban, y comían también el plancton que las olas arrojaban sobre la balsa. Éste, compuesto de los más pequeños organismos del mar, era buen alimento aun para nosotros, los gigantes de la balsa, cuando aprendimos la manera de coger una cantidad apreciable para hacer un buen bocado.

Es evidente que debe haber sustancias muy nutritivas en ese casi invisible plancton que va flotando con las corrientes marinas en cantidades infinitas. Aves y peces que no comen plancton se alimentan de otros peces y animales que sí lo comen, no importa lo grandes que puedan ser ellos mismos. «Plancton» es el nombre general de miles de especies de pequeños organismos, visibles e invisibles, que flotan muy cerca de la superficie del mar. Algunos son plantas (fitoplancton) y otros son pequeñísimos animales vivos y huevos de peces (zooplancton). El plancton animal vive del plancton vegetal y éste, a su vez, vive del amoníaco, nitratos y nitritos que se forman del plancton animal muerto. Y mientras que ellos viven recíprocamente uno de otro, todos juntos constituyen alimento para todo lo que se mueve sobre la superficie del mar y debajo de ella. Lo que no pueden ofrecer en tamaño, lo ofrecen en cantidad.

En aguas ricas en plancton, hay miles de estos pequeños organismos en un solo vaso. Más de una persona ha perecido de hambre en el mar por no haber encontrado peces bastante grandes para ser arponeados o cogidos con red o anzuelo. En estos casos ha sucedido a menudo que los náufragos han estado flotando sobre una verdadera sopa diluida de pescado. Si además de redes y anzuelos hubieran tenido un colador para filtrar la sopa sobre la que estaban flotando, habrían encontrado una base nutritiva, el plancton. Quizás algún día en lo futuro piensen los hombres en cosechar plancton del mar, como se cosecha hoy grano de la tierra. Un granito solo de trigo no tiene valor, pero en grandes cantidades es alimento.

El biólogo marino doctor A. D. Bajkov nos sugirió la idea y nos envió una manga a la medida de los seres que íbamos a cazar. La «manga» era una tela de seda, con casi mil intersticios por centímetro cuadrado; tenía la forma de un gran embudo, con la boca cosida a un aro de acero de cincuenta centímetros de diámetro, y la remolcábamos detrás de la balsa. Como en cualquier clase de pesca, el resultado variaba según el tiempo y el lugar. A medida que el mar se volvía más caliente en nuestro avance hacia el oeste, iban disminuyendo las capturas y siempre alcanzamos los mejores resultados por la noche, porque parece que muchas especies se sumergen más cuando brilla el sol.

De no haber tenido otra manera de matar el tiempo a bordo

de la balsa, hubiera sido entretenimiento bastante al estar echados con las narices en la manga. No por el olor, que es detestable, ni porque la vista fuera apetitosa, pues aparecía como un horrible revoltijo, sino porque si extendíamos el plancton en una tabla y examinábamos a simple vista cada uno de esos bichejos por separado, teníamos ante nosotros las más fantásticas variedades de formas y colores.

La mayor parte eran pequeñísimos crustáceos en forma de camarones (copépodos) o huevos de pescado que flotaban en la superficie; pero había también larvas de peces y moluscos, curiosos cangrejos miniatura de todos los colores, medusillas y una variedad infinita de pequeños seres que podían haber sido sacados de la «Fantasía» de Walt Disney. Algunos parecían veteados en todas direcciones, fantasmillas recortados en papel celofán, mientras que otros semejaban pequeñísimos pajarillos de pico rojizo, con conchas duras en lugar de plumas. No había fin para la extravagante inventiva de la naturaleza en el mundo del plancton. Cualquier pintor surrealista se hubiera dado aquí por vencido.

En el punto en que la corriente de Humboldt vira hacia el oeste, al sur de la línea ecuatorial, podíamos sacar de la manga varias libras de puré de plancton en pocas horas. El plancton salía como un pastel, con capas de distintos colores: pardo, rojo, gris y verde, según los diferentes campos que habíamos atravesado. De noche, cuando había fosforescencia, era como tirar de un saco de centelleantes alhajas. Pero cuando las sacábamos, este tesoro de piratas se convertía en pequeños y brillantes camarones, cangrejos y larvas fosforescentes de pescado, que brillaban en la oscuridad como un montón de brasas. Cuando poníamos en una vasija el blando mejunje, se extendía como un manjar mágico compuesto de pequeñas luciérnagas. Nuestra cosecha nocturna era tan repugnante de cerca como linda y atractiva había sido de lejos. Pero aunque oliera mal, tenía en cambio un sabor muy agradable, si uno tenía el valor de meterse en la boca una buena cucharada de fósforo. Si la cucharada contenía camarones enanos, sabía a pasta de camarones, langosta o cangrejos, y si consistía sobre todo en huevos de peces profundos, sabía a caviar y a veces a ostras.

El plancton vegetal no comestible era, o tan pequeño que se

filtraba con el agua a través del tejido de la manga, o tan grande que podíamos cogerlo con los dedos. Los «pelos en la sopa» eran colenteratos gelatinosos, como bolas de vidrio, y medusillas de uno a dos centímetros de largo; esto era amargo y teníamos que separarlo. Todo lo demás podía comerse, o tal como venía, o cocido en agua dulce en forma de puré o sopa. Desde luego sobre gustos no hay disputa; dos de los tripulantes opinaban que el plancton sabía deliciosamente, otros dos lo consideraban pasable, y para los dos restantes, la simple vista del manjar era más que suficiente. Desde el punto de vista nutritivo está el mismo nivel que las especies grandes de mariscos y, bien condimentado y preparado, puede ser ciertamente un plato de primera clase para los que gustan de una dieta marinera.

El hecho de que la ballena azul o rorcual, el animal mayor del mundo, viva de plancton, demuestra que estos organismos infinitamente pequeños contienen muchísimas calorías. Nuestro método de coger plancton con la manga, devorada a menudo por peces hambrientos, nos parecía lamentablemente primitivo, cuando sentados en la balsa veíamos pasar una ballena proyectando al aire cascadas de agua mientras iba filtrando plancton entre sus barbas de celuloide. Hasta que un día perdimos el artefacto entero en el mar.

—¿Por qué vosotros, los comedores de plancton, no hacéis como ella? —nos decían despectivamente un día Bengt y Torstein señalando una ballena que pasaba echando agua—. Es lo más sencillo del mundo: os llenáis la boca de agua y la arrojáis por los mostachos.

Desde un barco yo había visto ballenas a distancia y las expuestas disecadas en los museos, pero nunca había sentido hacia el gigantesco caparazón lo que uno siente habitualmente por los animales de sangre caliente, como, por ejemplo, ante un caballo o un elefante. Cierto que, desde el punto de vista biológico, había tenido que aceptar a la ballena como un mamífero genuino, pero en esencia y desde todos los puntos de vista, para mí era simplemente un enorme pez de sangre fría. Pero sentíamos una impresión muy distinta cuando las grandes ballenas venían velozmente hacia la balsa y pasaban a nuestro costado.

Un día que, como de costumbre, estábamos comiendo al

borde de la balsa, tan cerca del agua que sólo teníamos que inclinarnos atrás para lavar los platos, tuvimos un sobresalto cuando de pronto algo detrás nuestro lanzó un fuerte resoplido como de un caballo nadando, y vimos una gran ballena que surgió del agua y se quedó mirándonos, tan cerca que pudimos distinguir la superficie brillante de los agujeros por donde soplaba. Era tan raro oír el ruido de una respiración en el mar, donde todas las criaturas vivas se mueven ondulando silenciosamente, sin pulmones, estremeciendo sus branquias, que sentimos una gran simpatía por nuestra vieja y lejana parienta, la ballena, que como nosotros había ido a extraviarse en alta mar. Al contrario del frío tiburón ballena, que ni siquiera tenía el sentido común de sacar su cabeza de sapo para respirar el aire fresco, aquí teníamos la visita de algo que nos recordaba un jovial y bien alimentado hipopótamo en un jardín zoológico, y que efectivamente respiraba —esto es lo que mejor impresión me hacía— antes de volver a sumergirse y desaparecer bajo el agua.

Las ballenas nos visitaron muchas veces. La mayoría eran pequeños cetáceos y ballenas dentadas que hacían cabriolas junto a nosotros y aparecían en grandes majales; pero de vez en cuando surgían también grandes cachalotes y otras ballenas gigantes, solas o en grupos pequeños. Algunas veces pasaban como barcos en el horizonte, lanzando aquí y allá surtidores de agua, pero otras se venían directamente hacia nosotros. La primera vez que una ballena grande desvió su curso para dirigirse hacia la balsa en actitud agresiva, nos preparamos para afrontar una peligrosa colisión. A medida que se acercaba podíamos oír sus resoplidos y su pesada y larga respiración cada vez que sacaba la cabeza del agua. Era un animal enorme, de piel gruesa y desgarbado, que se abría camino pesadamente en el agua, tan poco pez como pájaro es un murciélago. Venía directamente contra el costado de babor, donde estábamos reunidos al borde de la balsa, y al mismo tiempo uno de nuestros hombres, apostado en el mástil, nos gritó que otras siete u ocho venían en la misma dirección.

La enorme, lustrosa y negra frente de la primera ballena no estaba a más de dos metros de nosotros, cuando se hundió debajo de la superficie y entonces pudimos ver trasladarse con

lentitud el inmenso cuerpo negro azulado bajo la balsa, justamente debajo de nuestros pies. Se quedó allí quieta por un tiempo, oscura e inmóvil, y conteníamos la respiración cuando mirábamos su gigantesco lomo curvado; era un mamífero bastante más grande que la «Kon-Tiki». Luego se hundió lentamente en el agua azul y desapareció de nuestra vista. Entre tanto, el grupo entero estaba ya muy cerca de nosotros, pero no prestaron ninguna atención a la balsa. Las ballenas que abusan de su fuerza gigantesca y hunden de un coletazo los barcos balleneros es probablemente porque han sido atacadas. Toda aquella mañana estuvimos oyendo ruidos de succión y resoplidos junto a nosotros en los sitios más inesperados, pero sin que ni siquiera tocaran la balsa. Parecían divertirse mucho, retozando libremente al sol, y hacia el mediodía, como obedeciendo a una consigna, se hundieron todas y desaparecieron.

No eran sólo ballenas lo que podíamos ver debajo de la balsa. Si levantábamos el petate sobre el cual dormíamos y nos poníamos a observar por algún tiempo el agua cristalina a través de los espacios abiertos entre los troncos, podíamos ver pasar una aleta lateral o de cola, y una y otra vez veíamos pasar el pez entero. Si las aberturas hubieran sido unas pulgadas más anchas, habríamos podido acostarnos confortablemente en la cama y, con un cordel y un anzuelo, pescar debajo de los colchones.

Los peces más adictos a la balsa eran los dorados y los peces pilotos. Desde el momento en que el primer dorado se nos juntó en la corriente, a la altura del Callao, no pasó un solo día durante todo el viaje en que no tuviéramos grandes ejemplares coleando alrededor. ¿Qué los atraía a la balsa? No lo sabíamos; tal vez sintieran el mágico atractivo de poder nadar a la sombra de un techo movible, o quizás encontraban su sustento en nuestro huertecillo de algas y crustáceos, que colgaban como guirnaldas de los troncos y la espadilla. Nuestro jardín comenzó con una delgada capa verde y lisa, pero a poco los manojos de algas crecieron con asombrosa rapidez, dando a la «Kon-Tiki» el aspecto de un barbudo dios del mar, mientras se balanceaba entre las olas. Dentro de las verdes plantas marinas tenían su paraíso un enjambre de diminutos pececillos y nuestros polizones, los cangrejos.

Un tiburón ballena, el pez mayor que se conoce.

Una ballena al alcance de la mano.

Tensando un obenque.

En cierto momento, las hormigas amenazaron con hacerse las dueñas a bordo. Habíamos visto algunas en los troncos, pequeñas y negras; cuando nos hicimos a la mar y la humedad comenzó a penetrar la madera, se refugiaron en nuestros sacos de dormir. Luego se esparcieron por todas partes y nos mordían y atormentaban hasta el punto de que creímos que nos iban a echar de la balsa. Pero, gradualmente, a medida que la humedad iba en aumento, se dieron cuenta de que no era éste su elemento y al término del viaje sólo había alguna que otra. Las que mejor lo pasaban en la balsa, además de los cangrejos, eran las lapas, de un tamaño entre tres y cinco centímetros; crecían a centenares, especialmente a la banda de sotavento, y al tiempo que echábamos las mayores a la olla para la sopa, subían nuevas larvas y comenzaban a crecer. Las lapas tenían un sabor fresco y delicado. También probamos las algas, a guisa de ensalada; se podían comer, pero valían menos. Nunca vimos a los dorados pacer en nuestro jardín, pero estaban constantemente volviendo hacia arriba sus panzas brillantes y nadando bajo los troncos.

El dorado es un pez tropical de vivos colores llamado también delfín, aunque no debe ser confundido con el pequeño cetáceo dentado al que se da también este nombre. Los dorados tienen por lo regular de un metro a metro y medio de largo, y son muy achatados de los lados; además tienen el cuello y la cabeza enormes. Cobramos uno que medía metro y medio y tenía una cabeza de treinta y cinco centímetros de alto. El dorado tiene un color precioso; en el agua se le ve con destellos verde azulado, como una moscarda, con resplandecientes aletas de un amarillo dorado. Pero si subíamos uno a bordo, observábamos a veces un extraño fenómeno. Cuando moría, iba cambiando lentamente de color tornándose gris plateado, con manchas negras, y finalmente tomaba un color blanco plateado uniforme. Esto duraba de cuatro a cinco minutos, y en seguida volvían a aparecer gradualmente sus colores originales. Aun en el agua el dorado puede cambiar de color ocasionalmente, como un camaleón, y a menudo vimos «una nueva especie» de color cobre brillante que, ya a corta distancia, resultaba ser nuestro viejo compañero, el dorado.

Su alta frente le da la apariencia de un bulldog con la cabeza aplastada por los lados, y va siempre cortando la superficie

del agua cuando este pez de presa se lanza como un torpedo detrás de un banco fugitivo de peces voladores. Si está de buen humor, se inclina sobre uno de los costados, nada a gran velocidad, pega un gran salto en el aire y cae de plano como una tortilla en la sartén, levantando con el golpe una columna de agua. No bien vuelve a sumergirse, cuando da otro salto y otro, y otros más sobre las olas. Pero cuando está colérico, como por ejemplo cuando lo subíamos a la balsa, entonces muerde furiosamente. Torstein estuvo cojeando largo tiempo con una venda en el dedo gordo del pie, por haberlo dejado vagar por la boca de un dorado, el cual aprovechó la oportunidad para cerrar las mandíbulas y morder un poco más fuerte que de costumbre. Cuando regresamos a nuestro país, oímos decir que los dorados atacan y devoran a los bañistas. Esto no era un cumplido para nosotros, que nos habíamos bañado todos los días entre ellos sin haberles despertado ningún interés; pero de todas maneras, son unas formidables bestias de presa, pues encontramos calamares y peces voladores enteros en su interior.

El pez volador era el alimento favorito de los doràdos; si algo chocaba contra la superficie del agua, se lanzaban ciegamente sobre ello, con la esperanza de que fuera un pez volador. Ocurrió más de una mañana que, al salir de la caseta medio dormidos aún y meter un cepillo de dientes en el agua, nos despertaba de veras el salto de un dorado de quince kilogramos que se disparaba como un relámpago desde debajo de la balsa a husmear el cepillo, para su desencanto. Otras veces a la hora del desayuno, un dorado daba uno de sus alegres saltos laterales, y nos empapaba espaldas y comida con el agua que levantaba al caer.

Un día, durante la cena, Torstein hizo realidad la más increíble historia de pesca. De pronto, dejó el tenedor y metió la mano en el agua; antes de que nos diéramos cuenta de lo que sucedía, un gran dorado estaba dando tumbos sobre la balsa entre nosotros. Torstein había cogido el extremo de un hilo de pescar que en ese momento pasaba lentamente al alcance de su mano, y en cuyo extremo estaba un desconcertado dorado que unos cuantos días antes había roto el bramante con que Erik estaba pescando. No pasaba día que no tuviéramos seis o siete dorados describiendo círculos alrededor y debajo de la balsa.

En los días malos solía haber solamente dos o tres, pero al día siguiente había a lo mejor treinta o cuarenta. Normalmente, bastaba advertir al cocinero con veinte minutos de anticipación, si deseábamos pescado fresco en la comida; entonces éste amarraba un hilo a un pedazo de caña de bambú y ponía en el anzuelo medio pez volador. En un segundo estaba allí el dorado, cortando la superficie con su cabezota, a la caza del volador, y con otros dos o tres a la zaga. Era un pez espléndido para divertirse, y cuando se le comía recién cogido, su carne tersa era deliciosa al paladar, algo como una mezcla de bacalao y salmón. Nos duraba dos días y era todo lo que necesitábamos, pues en el mar había pescado de sobra.

Con los peces pilotos trabamos conocimiento en otra forma. Los tiburones los traían y nos los dejaban adoptar después que les dábamos muerte. Hacía pocos días que navegábamos cuando nos visitó el primer tiburón y a poco la presencia de éstos era una diaria visión. Algunas veces se acercaban sólo para inspeccionar la balsa y seguían su marcha en busca de presa después de darnos una o dos vueltas; pero más a menudo tomaban posición en nuestra estela, justamente detrás de la espadilla, y allí se quedaban sin hacer el menor ruido, iban suavemente de babor a estribor y daban de cuando en cuando un ligero coletazo para mantener su velocidad a tono con el plácido avance de la balsa. El cuerpo gris azulado del tiburón parecía siempre pardo a la luz del sol debajo del agua, y se movía verticalmente al compás de las olas, sacando siempre fuera su amenazadora aleta dorsal. Si la mar estaba movida, el tiburón era levantado a mucho más de nuestro propio nivel y entonces teníamos una visión directa del costado del animal, como en una vitrina, mientras nadaba majestuosamente a nuestro encuentro, con su bulliciosa comitiva de peces pilotos delante de sus mandíbulas. Por unos cuantos segundos parecía como si ambos, el tiburón y sus rayados compañeros, fueran a subir a bordo, hasta que la balsa escoraba graciosamente a sotavento, subía sobre la cresta de la ola y descendía por el otro lado.

Al principio sentíamos un gran respeto por los tiburones, a causa de su reputación y de su aspecto alarmante. Se adivinaba una incontenible energía en su cuerpo aerodinámico, consistente en un enorme haz de músculos de acero, y una expresión de des-

piadada avidez en su ancha y achatada cabeza, con dos pequeños ojos de gato y unas enormes mandíbulas capaces de tragarse una pelota de fútbol. Cuando el timonel gritaba: «¡Tiburón a babor!» o «¡Tiburón a estribor!», solíamos salir en busca de los arpones de mano o garfios, y nos estacionábamos a lo largo del borde de la balsa; el tiburón, por lo general, se deslizaba alrededor con la aleta dorsal muy cerca de los troncos. Nuestro respeto por ellos aumentó cuando vimos que los garfios se doblaban como taliarines al tratar de clavarlos en su coraza de papel de lija, y cuando vimos que las lanzas de los arpones se rompían en el curso de la batalla. Todo lo que conseguíamos al atravesar los cartílagos o músculos de los bichos era una lucha agotadora, durante la cual el agua parecía hervir junto a la balsa, hasta que el tiburón se escapaba dejando una mancha de aceite que flotaba y se extendía sobre la superficie.

Para ahorrar el último arpón, amarramos juntos un puñado de nuestros más grandes anzuelos y los escondimos dentro del cuerpo de un delfín entero. Echábamos al agua esta carnaza, tomando la precaución de multiplicar los hilos de acero y amarrarlos a nuestro propio cabo salvavidas. Lenta y seguramente se acercaba el tiburón y, al sacar el hocico fuera del agua, abría la media luna de sus grandes mandíbulas y, cerrándolas de un golpe, se tragaba el delfín entero. Y allí quedaba cogido el tiburón. Se producía una lucha, en la cual el agua se volvía blanca de espuma con los coletazos, pero nosotros teníamos el cabo firmemente y remolcábamos el enorme bicho, a pesar de su resistencia, hasta los troncos de popa, donde se quedaba esperando lo que pudiera venir, mostrándonos de cuando en cuando, como para atemorizarnos, las sierras paralelas de sus dientes. Aprovechábamos entonces una ola para tirar y subirlo sobre los troncos de popa, resbaladizos de plantas marinas, y, tras amarrarle una cuerda alrededor de la cola, nos manteníamos a distancia prudencial hasta que terminara su danza guerrera.

En el cartílago del primer tiburón que cogimos de esta manera encontramos la cabeza de uno de nuestros arpones y creímos al principio que ésta era la razón de la relativa debilidad de su espíritu combativo. Pero luego pescamos tiburón tras tiburón de la misma manera y siempre con la misma facilidad. Aunque pudiera tirar y brincar, y por agotadora que fuera la lucha con

él, la verdad es que se volvía manso y abatido y jamás hizo un uso pleno de su fuerza gigantesca, si nos las componíamos para asir el cabo firmemente, sin dejarle ganar ni un centímetro en este tira y afloja.

Los tiburones que cobramos a bordo tenían generalmente de dos a tres metros y medio de largo, y los había azules (tintoreras) y de color castaño. Estos últimos tenían su acerada masa de músculos cubierta por una piel a través de la cual no podíamos meter un cuchillo afilado, a menos que lo claváramos con toda nuestra fuerza, y a veces ni aun así. La piel de la panza era tan impenetrable como la del dorso, y el único punto vulnerable era, a cada lado, la región detrás de la cabeza donde se abren las hendiduras de las branquias.

Cuando izábamos un tiburón, encontrábamos siempre negras y viscosas rémoras, fuertemente adheridas a su cuerpo. Por medio de un disco-ventosa oval, situado en la parte superior de su chata cabeza, se pegaban tan fuertemente, que no podíamos sacarlas tirándoles de la cola. Eso sí, ellas podían por propia voluntad abandonar el sitio y pegarse a otro en un segundo. Si se cansaban de estar adheridas al cuerpo de su amo, cuando éste no mostraba señales de querer retornar al mar, pegaban un salto y desaparecían entre las grietas de cubierta para ir nadando en busca de otro tiburón. Si la rémora no encuentra uno a mano, se pega por lo pronto a un pez cualquiera. No tiene sino cinco centímetros de largo, aun cuando hay ejemplares de treinta o más. Ensayamos un viejo truco que los indígenas utilizan cuando han tenido la suerte de coger una rémora viva, y que consiste en amarrar un bramante a la cola de ésta y echarla al agua; entonces, la rémora trata de adherirse al primer pez que encuentra, y lo hace con tal firmeza que un pescador con suerte puede cobrar los dos peces a la vez tirando de la cola de la rémora. En esto no fuimos afortunados; cada vez que dejamos escapar una rémora con un cordel atado a la cola, ella no hacía sino pegarse a uno de los troncos, en la creencia de que había encontrado un tiburón de tamaño extraordinario. Y allí se quedaba, por fuerte que tiráramos del cordel. Poco a poco fuimos adquiriendo un cierto número de estas rémoras que se pegaron obstinadamente al costado de la balsa, entre las conchas de los moluscos, e hicieron con nosotros la travesía del Pacífico. Pero la rémora es estúpida

y fea, y nunca fue un huésped tan agradable como su vivaz compañero, el pez piloto. Éste es pequeño, en forma de cigarro y rayado como una cebra, y nada rápidamente en grupos delante del hocico del tiburón. El nombre le viene de que antes se creía que pilotaba a su medio ciego amigo, el tiburón, en sus andanzas por el mar. En realidad, van simplemente acompañando a éste, que no necesita ayuda y puede actuar independientemente, alimentándose de lo que cae dentro de su propio campo visual. El pez piloto acompaña a su amo y señor hasta el último segundo. Pero como no puede pegarse a su piel como la rémora, se quedaba completamente aturdido cuando su amo desaparecía súbitamente en el aire y no regresaba. Entonces, los peces pilotos se quedaban vagando desconcertados, y después de una extensa búsqueda, regresaban siempre a la popa de la balsa, por donde el tiburón había desaparecido. A medida que pasaba el tiempo y no regresaba éste, se veían en la precisión de buscar otro amo. Y ninguno tenían tan a mano como la «Kon-Tiki».

Si, tendidos sobre la borda, metíamos la cabeza en el agua limpia y cristalina, veíamos nuestra embarcación como la panza de un monstruo marino, con la espadilla haciendo de cola y las orzas de deriva como romas aletas; entre ellas nadaban todos nuestros peces pilotos adoptivos, unos al lado de otros, sin hacer el menor caso de la burbujeante cabeza humana, con excepción de uno o dos que se salían de la fila para inspeccionar la nariz, regresando seguidamente con graciosa ondulación a recobrar su puesto en las filas de osados nadadores.

Nuestros peces pilotos patrullaban en dos destacamentos; la mayor parte entre las orzas de deriva, los otros en una elegante formación en abanico delante de la proa. De cuando en cuando se deslizaban rápidamente para coger una piltrafa comestible que pasaba, y después de las comidas, cuando lavábamos nuestros platos junto a la balsa, era como si hubiéramos vaciado entre los desperdicios una caja de cigarros listados. No quedaba una sola migaja que no examinaran y, mientras no fuera vegetal, se lo comían todo. Este curioso pececillo se acogía bajo nuestras alas protectoras con tan infantil confianza, que nosotros, como los tiburones, sentíamos hacia ellos un sentimiento de protectora paternidad. Se hicieron, pues, los mimados de la «Kon-Tiki» y se declaró tabú poner las manos sobre un pez piloto.

Teníamos entre nuestro séquito de peces pilotos algunos que estaban evidentemente en la infancia, pues apenas llegaban a los tres centímetros de largo, mientras la mayor parte tenían quince. Cuando el tiburón ballena escapó a la velocidad del rayo, después que Erik le metió el arpón en el cráneo, algunos de sus peces pilotos viejos se pasaron al vencedor; éstos medían hasta sesenta centímetros de largo. Después de una sucesión de victorias, la «Kon-Tiki» tenía una comitiva de cuarenta o cincuenta, y a muchos de ellos les gustaba tanto nuestro lento avance y nuestros desperdicios, que nos siguieron durante miles de millas en el océano.

Pero de vez en cuando se producía alguna defección. Un día que estaba yo en la espadilla, vi de pronto que el mar se ponía a hervir hacia el sur y observé un inmenso majal de dorados que venían veloces como torpedos de plata. Esta vez no iban, como de costumbre, chapoteando plácidamente sobre el costado, sino que se acercaban corriendo a una desenfrenada velocidad, más por el aire que por el agua. Las ondas azules se habían convertido en blanca espuma bajo el torbellino de los fugitivos y detrás de ellos se podía ver la espalda negra de un tiburón rasgando el agua en un curso zigzagueante como un bote de carrera. Los desesperados delfines venían disparados dentro y fuera del agua directamente contra la balsa; aquí se sumergieron, mientras que un centenar, uniéndose en apretada formación, se desviaron hacia el este, convirtiendo todo el mar detrás de nosotros en una brillante masa de colores. La lustrosa espalda que iba detrás de ellos se levantó casi hasta la superficie, se zambulló bajo la balsa en una elegante curva y salió por atrás en persecución de los dorados; era un enorme y endiablado sujeto, una tintorera que parecía tener seis metros de largo. Cuando desapareció, se habían ido también algunos de nuestros peces pilotos; habían encontrado para ir de campaña un héroe más atrevido.

El animal acuático contra el cual los marinos expertos nos habían recomendado estar más en guardia era el pulpo, porque podía trepar a la balsa. La «National Geographic Society» de Wáshington nos había mostrado informes y dramáticas fotografías al magnesio de un área que parece ser su preferida en la corriente de Humboldt, donde por la noche monstruosos pulpos salen a la superficie. Se decía que eran tan voraces, que si uno

de ellos se tragaba un pedazo de carne adherido a un anzuelo y no podía moverse, venía otro y comenzaba a comerse a su congénere cautivo. Tenían tentáculos que podían dar cuenta de un gran tiburón o dejar tremendas marcas en las más corpulentas ballenas, y un terrible pico, como el de las águilas, escondido entre sus tentáculos. Se nos había advertido que durante la noche flotan en la oscuridad con ojos fosforescentes, y que sus tentáculos son tan grandes que podían alcanzar a todos los rincones de la balsa, caso de que no se les ocurriera subir a bordo. Desde luego, no nos hacía la menor gracia pensar en la posibilidad de sentir unos brazos fríos alrededor del cuello y ser arrastrados en la noche fuera de nuestros sacos de dormir. Para prevenir semejante contingencia, nos proveímos de machetes, uno para cada uno; así podríamos corresponder al abrazo de los ondulantes tentáculos. Creo que nada fue tan desagradable para nosotros cuando partimos, como esta advertencia; especialmente cuando los expertos del mar en el Perú nos insistieron sobre lo mismo y señalaron en nuestra carta náutica cuál era el sitio peor, justamente en plena corriente de Humboldt.

Por mucho tiempo no vimos signo alguno de pulpos, ni a bordo ni en el mar. Pero una mañana recibimos la primera advertencia de que debían de estar por aquellas aguas. Cuando salió el sol, nos encontramos con la progenie de un pulpo a bordo, no más grande que un gato. Había subido a cubierta sin necesidad de ayuda durante la noche y lo encontramos muerto con los tentáculos enroscados en los bambúes, fuera de la puerta de la caseta. Sobre el tejido de bambú había desparramado un líquido espeso, negro como tinta, que había formado una charca al lado del cuerpo del animal. Escribimos una o dos páginas en nuestro libro de diario con tinta de cefalópodo, que era parecida a la tinta china, y en seguida arrojamos el pequeño bebé al mar para deleite de los dorados.

Como es natural, vimos en este pequeño incidente el heraldo de mayores visitantes nocturnos. Si este bebé había podido subir a bordo, su hambriento progenitor podría, sin duda, hacer lo mismo. Nuestros antepasados debieron haber sentido lo mismo que nosotros cuando, sentados en sus barcos vikingos, pensaban en el Viejo del Mar. Pero la experiencia siguiente nos dejó completamente perplejos: una mañana encontramos otro pequeño pulpito

sobre el techo de hojas de plátano de nuestra caseta. Esto nos intrigó muchísimo, pues no podía haber subido hasta allí desde el momento en que las únicas marcas de tinta estaban alrededor del cuerpo del animal, justamente en el centro del techo, formando un anillo negro. No podía haber sido arrojado o dejado caer por un pájaro marino, porque estaba intacto, sin huellas de picotazos. Llegamos, pues, a la conclusión de que había sido arrojado hasta allí por una ola, aun cuando ninguno de los hombres de la guardia nocturna recordaba ninguna tan grande. Y a medida que pasaban las noches, seguimos encontrando regularmente jóvenes cefalópodos a bordo, el menor de ellos del tamaño del dedo mayor.

Fue cosa habitual encontrar por la mañana uno o dos pulpitos entre los peces voladores de cubierta, aun cuando el mar hubiera estado en calma durante la noche. Eran tiernos ejemplares de la endemoniada clase que tiene ocho largos tentáculos, cubiertos de ventosas, y dos más largos aún armados de garfios en la extremidad. Pero los grandes ejemplares jamás dieron señal de querer subir a bordo. Vimos el brillo de ojos fosforescentes flotando en la superficie en las noches oscuras, y sólo una vez nos llamó la atención ver el mar como si estuviera hirviendo, mientras algo semejante a una gran rueda emergía dando vueltas en el aire, a la vez que algunos de nuestros dorados trataban de escapar saltando en el espacio. Pero ¿por qué los grandes no vinieron nunca a bordo, mientras era ya habitual la nocturna visita de los pequeños? He aquí un enigma cuya solución no hallamos sino dos meses más tarde —dos meses ricos en experiencias— y cuando ya habíamos salido de la peligrosa área de los pulpos.

Seguían llegando pequeños pulpos a bordo; una soleada mañana vimos un brillante banco de no pudimos distinguir qué, que se disparaba fuera del agua y volaba por el aire como enormes gotas de lluvia, mientras el mar hervía por un grupo de dorados que iba en su persecución. Al principio supusimos que se trataba de peces voladores, de los cuales ya conocíamos tres especies distintas a bordo. Pero cuando se fueron acercando y algunos pasaron sobre la balsa a una altura de uno o dos metros, uno acertó a dar en el pecho de Bengt, para caer de plano en cubierta. Era un pulpito. Nuestro asombro no tuvo límites. Lo pusimos dentro de un balde de hule lleno de agua y siguió tratando de saltar hacia la superficie, pero en el reducido espacio del balde sólo podía

desarrollar velocidad suficiente para sacar medio cuerpo fuera del agua.

Es un hecho conocido que los cefalópodos nadan ordinariamente como los aviones cohete, según el principio de la propulsión a chorro. Chupan el agua con gran fuerza por un tubo situado a lo largo de su cuerpo y la disparan luego bruscamente hacia atrás, dando saltos enormes. Con todos los tentáculos plegados en un haz sobre su cabeza, toma el perfil de un pez. Tiene a los lados dos dobleces de piel carnosa, usados ordinariamente para tomar dirección y nadar suavemente en el agua. Nuestra experiencia nos enseñó, pues, que los indefensos pulpitos, que son el alimento favorito de muchas especies de grandes peces, pueden escapar de sus perseguidores brincando en el aire en la misma forma que los peces voladores. Mucho antes de que el ingenio humano hubiera atinado con la idea, ya los pulpos usaban la propulsión a chorro. Chupan el agua del mar a través de su cuerpo hasta que alcanzan velocidades tremendas, y entonces se gobiernan formando ángulo con la superficie y extienden como alas sus repliegues laterales. Como los peces voladores, hacen un vuelo planeado sobre las olas, hasta donde puede llevarlos su velocidad inicial. Después de esta experiencia, cuando comenzamos a poner atención, los vimos a menudo saltar cuarenta o cincuenta metros en grupos de dos o tres. El hecho de que los cefalópodos puedan «volar» ha sido una novedad para todos los ictiólogos que hemos encontrado después del viaje.

Como huésped de los indígenas en el Pacífico, he comido con frecuencia pulpos y calamares; saben como una mezcla de langosta y gutapercha; pero a bordo de la «Kon-Tiki» sólo los comíamos como último recurso. Cuando los obteníamos gratis en la cubierta misma, los cambiábamos por algo mejor. Hacíamos el canje tirando el pulpo con un anzuelo dentro y lo sacábamos con un gran pescado prendido convulsivamente al extremo del cordel. Hasta los atunes y bonitos gustan de los pulpitos, y aquéllos ocupaban el lugar preferido en nuestro menú.

Pero no fueron sólo animales conocidos lo que encontramos en el curso de nuestro viaje a la deriva sobre la superficie del mar. El diario de a bordo contiene muchas anotaciones de este tipo:

«Mayo 11. — Hoy un gran animal marino salió dos veces a

flor de agua, junto a nosotros, mientras estábamos comiendo al borde de la balsa; hizo un tremendo chapoteo y desapareció. No tenemos idea de lo que era.»

«Junio 6. — Herman vio un grueso pez de color oscuro con la panza blanca; tenía el cuerpo muy ancho, la cola delgada y una especie de púas. Saltó francamente fuera del agua varias veces por la banda de estribor.

«Junio 16. — Avistamos un curioso pez por la banda de babor. Tenía dos metros de largo y una envergadura máxima de treinta centímetros; hocico largo, delgado y oscuro, gran aleta dorsal cerca de la cabeza y otra menor en medio del dorso; aleta caudal como una gruesa hoz. Se mantuvo a poca profundidad y nadaba a veces retorciendo el cuerpo como una anguila. Se sumergió cuando Herman y yo fuimos en el bote de caucho llevando un arpón de mano. Volvió a salir más tarde, pero desapareció en seguida.»

«Al día siguiente. — Erik estaba sentado en el mástil a mediodía, cuando vio de treinta a cuarenta peces oscuros, largos y delgados, de la misma clase que el de la víspera. Hoy venían a gran velocidad por el costado de babor y desaparecieron hacia popa como una gran sombra oscura en el mar.»

«Junio 18. — Knut observó un pez con aspecto de culebra, delgado y de cerca de un metro de largo, que se mantenía vertical, subiendo y bajando en el agua debajo de la superficie; después desapareció en las profundidades con movimientos de serpiente.»

En varias ocasiones pasamos deslizándonos sobre grandes masas oscuras, grandes como el piso de una habitación, que permanecían inmóviles debajo de la superficie del agua como un arrecife escondido. Presumimos que fuera la raya gigante, de siniestra reputación, pero nunca se movió ni llegamos lo bastante cerca para poder observar claramente su forma.

Con semejante compañía en el mar, el tiempo no pasaba nunca lento. Lo malo era cuando debíamos descender nosotros mismos bajo el agua, para inspeccionar las amarras del fondo de la balsa. Un día, uno de los tablones usados como orza de deriva se aflojó y deslizó bajo la balsa, donde quedó sostenido por los cabos, pero sin que pudiéramos cogerlo desde arriba. Herman y Knut eran los mejores buceadores. Herman nadó dos veces bajo

la balsa y permaneció allí entre los dorados y peces piloto tirando y empujando el tablón. Acababa de salir por segunda vez y estaba sentado al borde de la balsa recobrando la respiración, cuando avistamos un tiburón de ocho pies a no más de tres metros de sus piernas; venía directamente del fondo en dirección a ellas. Quizá fuimos injustos al juzgar sus intenciones, pero pensamos mal y le clavamos un arpón en la cabeza. El tiburón se sintió agraviado y, después de dar unos cuantos saltos, huyó dejando una sábana de aceite en la superficie. Mientras tanto, el tablón seguía allá abajo, sin poder repararlo.

Entonces fue cuando Erik concibió la idea de fabricar una canasta de inmersión. No teníamos mucha materia prima de que echar mano, pero sí bambúes, cabos y una canasta ordinaria en la que habíamos traídos cocos. Alargamos la canasta hacia arriva con bambúes y un tejido de cabos, y metidos en este artefacto nos sumergíamos a lo largo de la balsa. De esta forma nuestras tentadoras piernas se escondían en la canasta y, aun cuando el tejido de cabos de la parte superior sólo tenía sobre nosotros como sobre los peces un efecto psicológico, podíamos en caso de urgencia escondernos dentro de la canasta en un segundo, si veíamos, por ejemplo, que algo nos acometía con hostiles intenciones, mientras los de a bordo nos sacaban del agua.

Esta canasta de inmersión no sólo era útil, sino que en seguida se convirtió en una entretenidísima diversión para los tripulantes. Nos dio, por lo pronto, una oportunidad magnífica para estudiar el acuario que teníamos en el piso inferior.

Cuando el mar estaba en calma, rodando en ondas suaves, nos metíamos en la canasta uno por uno y nos sumergíamos por el tiempo que pudiéramos contener la respiración. La luz sufría allí abajo una curiosa mudanza, exenta de sombras. En cuanto nuestros ojos estaban debajo de la superficie, la luz no parecía tener una dirección determinada, como en nuestro mundo sobre el agua. La refracción venía tanto de arriba como de abajo; el sol ya no brillaba en un lugar determinado, sino que estaba presente en todas partes. Si mirábamos hacia arriba, al fondo de la balsa, todo estaba brillantemente iluminado y se veían los nueve grandes troncos y los cabos que los sujetaban bañados por una luz mágica, con los destellos de las verdes algas centelleando por todos los lados y a lo largo de la espadilla. Los peces pilotos na-

daban en perfecta formación, como cebras pisciformes, y los grandes dorados daban vueltas alrededor con rápidos movimientos, siempre alerta y vigilantes en busca de presa. Aquí y allá daba la luz contra la madera rojiza de las orzas, que se proyectaban hacia abajo saliendo de una grieta; en ellas habían sentado sus reales algunas colonias de blancas y pacíficas lapas que movían rítmicamente sus amarillentas branquias rayadas, en busca de oxígeno y alimentos. Si algo se les acercaba demasiado, cerraban rápidamente sus conchas, bordeadas de color amarillo rojizo, y atrancaban la puerta hasta que sentían que había pasado el peligro.

La luz allá abajo era maravillosamente clara y calmante, para los que en cubierta estábamos bajo la constante caricia del sol tropical. Hasta cuando mirábamos hacia las profundidades sin fondo del mar, donde hay una noche eterna, aquella negrura parecía tornarse en un azul claro y brillante por la reflexión de los rayos solares. Con gran sorpresa, vimos peces muy a lo hondo en aquella claridad azul y limpia, cuando sólo estábamos justamente debajo de la superficie. Podían haber sido bonitos y otras especies diferentes que no podíamos clasificar por la profundidad a que nadaban. Algunas veces estaban reunidos en inmensos bancos y nos preguntábamos si toda la corriente estaría tapizada de peces o si los que veíamos se habrían reunido intencionadamente para hacerle compañía a la «Kon-Tiki» por unos cuantos días.

Lo que más nos divertía era bajar en la canasta cuando los grandes atunes de aletas doradas nos hacían una visita. A veces venían junto a la balsa en grandes grupos, pero más a menudo aparecían solamente dos o tres juntos y nadaban a nuestro alrededor en tranquilos círculos durante dos o tres días, a no ser que tuviéramos la oportunidad de atraerlos hasta nuestros anzuelos. Vistos desde la balsa, su apariencia era la de grandes y pesados peces oscuros sin ningún adorno distintivo, pero si nos acercábamos a ellos en su propio elemento, cambiaban espontáneamente tanto de color como de forma. El cambio era tan sorprendente, que muchas veces teníamos que subir a la superficie y mirarlos otra vez desde arriba para cerciorarnos de si era o no el mismo pez que habíamos estado mirando dentro del agua. Estos grandes sujetos no nos prestaban nunca la menor aten-

ción y continuaban imperturbablemente sus majestuosas maniobras; allá abajo adquirían una maravillosa elegancia de forma, como no la vimos jamás en ningún otro pez, y su color tomaba reflejos metálicos con jaspes de un pálido violeta. Poderosos torpedos de brillante plata y acero, de proporciones perfectas y formas perfiladas, sólo tenían que mover levemente una o dos de sus aletas para deslizar sus setenta o cien kilogramos con la gracia y elegancia más consumadas.

A medida que entrábamos en un más íntimo contacto con el mar y sus pobladores se nos iba volviendo menos extraño y nos sentíamos más como en nuestra casa. Aprendimos a respetar a los pueblos primitivos que vivían en estrecho contacto con el Pacífico y que, por consiguiente, lo conocían desde un punto de vista diferente del nuestro. Cierto que nosotros hemos calculado su contenido en sal y dado nombres latinos a atunes y delfines, cosa que nuestros antepasados no habían hecho. Pero, con todo, es casi seguro que la idea que los pueblos primitivos se formaban del mar era mucho más verdadera que la nuestra.

No había muchos puntos de referencia aquí en el mar; olas y peces, el sol y las estrellas iban y venían. Se daba por supuesto que no había tierra de ninguna clase en las 4.200 millas que separan el Perú de las islas del Pacífico. Nos quedamos, pues, grandemente sorprendidos cuando llegamos a los 100° oeste y descubrimos que había un arrecife señalado en la carta náutica del Pacífico, justamente frente a nosotros en el rumbo que íbamos siguiendo. Estaba marcado con un pequeño círculo y, como la carta había sido publicada el mismo año, buscamos la referencia en el «Derrotero de América del Sur» (Sailing Directions for South America). Leímos entonces: «Se ha informado en 1906, y después en 1926, que existen arrecifes a 600 millas al sudoeste de las islas Galápagos en la latitud 6° 42′ S., y longitud 99° 43′ O. En 1927 pasó un vapor a una milla al oeste de esta posición, pero no vio señales de rompientes, y en 1934 pasó otro a una milla al sur y tampoco vio ninguna señal de arrecifes. La motonave «Cowrie» en 1935 no encontró fondo a 160 brazas en esta posición.»

De acuerdo con la carta, este sitio estaba todavía considerado como dudoso para la navegación a vapor, pero como para un buque de gran calado un bajío representa un riesgo mucho

mayor que para una balsa, decidimos dirigirnos directamente hacia el punto marcado en la carta y ver lo que encontrábamos. El arrecife estaba señalado un poco más al norte del rumbo que creíamos estar siguiendo, de manera que metimos la espadilla a estribor, y orientamos la vela cuadra de tal forma que la proa apuntara más o menos al norte y así cogíamos la mar y el viento de estribor. Sucedió entonces, que recibimos un poco más de Pacífico en nuestros sacos de dormir de lo que estábamos acostumbrados, debido a que el tiempo comenzó de pronto a refrescar considerablemente. Eso sí, vimos con gran satisfacción que la «Kon-Tiki» podía ser maniobrada con seguridad y firmeza a un gran ángulo con el viento, siempre que éste viniera por nuestra aleta. De no ser así, la vela giraba y empezaba de nuevo la endemoniada tarea de recobrar el gobierno de la balsa.

Durante dos días y dos noches gobernamos al rumbo nornoroeste, pero la marejada aumentó tanto que perdimos la cuenta, pues los vientos alisios comenzaron a fluctuar entre el este y sudeste, mas siempre éramos llevados como un corcho, arriba y abajo, con todas las olas rompiendo sobre nosotros. Manteníamos constante vigilancia desde el palo, y cuando rodábamos encima de las crestas, el horizonte se agrandaba considerablemente. Las crestas de las olas llegaban a dos metros de altura sobre el nivel del techo de la caseta y, si venían dos muy juntas, se levantaban aún más alto al empujarse una a otra y lanzaban al aire una sibilante torre de agua que podía caernos de las más inesperadas direcciones.

Cuando llegó la noche, cerramos la puerta de la caseta con cajas de provisiones, pero de todas maneras resultó un descanso muy húmedo. Habíamos apenas conciliado el sueño cuando sentimos el primer choque en el mamparo de la caseta, y mientras mil chorrors de agua penetraban como una fuente a través del enrejado, un torrente de espuma rodaba sobre las provisiones y sobre nosotros.

—Llama al lampista —oí que decía una voz soñolienta, a la vez que nos encogíamos para dejar al agua más espacio para escurrirse a través del enrejado del piso. El lampista no vino y aquella noche nos dimos una serie de duchas sin movernos de la cama. Durante la guardia de Herman subió a bordo involuntariamente un dorado.

Al día siguiente el mar estaba menos perturbado, debido a que el alisio había decidido soplar del este durante un tiempo. Nos relevábamos uno detrás de otro en el puesto de vigía del mástil, pues esperábamos poder alcanzar, avanzada la tarde, el punto que queríamos. Aquel día notamos más vida que de costumbre en el mar; quizá fue solamente porque pusimos mayor atención que de ordinario.

Poco antes de mediodía vimos un gran pez espada aproximándose a poca profundidad; las dos agudas aletas que salían fuera del agua estaban a dos metros de distancia una de otra y la espada parecía casi tan larga como el cuerpo. El pez espada viró cerca del timonel y desapareció entre las crestas de las olas. Mientras tomábamos un almuerzo bastante salado y húmedo a mediodía, vimos en lo alto de una ola la cabeza, aletas extendidas y caparazón de una gran tortuga de mar que pasó justamente ante nuestras narices. Cuando detrás de esa ola vinieron otras dos, la tortuga desapareció tan de repente como había aparecido. Esta vez observamos también las brillantes panzas blancoverdosas de los dorados, girando en el agua debajo del acorazado reptil. El área era excepcionalmente rica en diminutos peces voladores de unos tres centímetros de largo, que volaban en grandes grupos y a menudo caían a bordo. También notamos solitarias gaviotas y éramos visitados regularmente por pájaros fragata, que evolucionaban sobre nosotros, con sus colas ahorquilladas, como golondrinas gigantes. Los pájaros fragata están considerados generalmente como indicio de que hay tierra cercana, y a bordo creció el optimismo.

«Quizás haya un arrecife o un banco de arena», pensábamos algunos.

Y el más optimista decía:

—Supongamos que encontremos una islita, con su manto de verde hierba (no sería imposible, con la poca gente que ha pasado por aquí); entonces habremos descubierto una nueva tierra: ¡la isla «Kon-Tiki»!

Desde las doce en adelante, Erik se volvió cada vez más diligente, encaramándose sobre la caja de la cocina y pestañeando a través de su sextante. A las 6,20 de la tarde nos dio la posición: latitud, 6° 42′ S.; longitud, 99° 42′ O. Estábamos, pues, a una milla marina al este del arrecife señalado en la carta. Se arrió

En pleno viaje y con fuerte brisa.

La popa de la Kon-Tiki vista desde el palo.

Buen ejemplar de dorado.

la verga de bambú y se enrolló la vela en la cubierta. El viento era justamente del este y nos llevaría lentamente al lugar. Cuando el sol descendió en el mar, salió la luna llena y brilló en todo su esplendor, alumbrando la superficie del mar, que ondulaba en negro y plata de un lado a otro del horizonte. La visibilidad desde el mástil era buena. Vimos crestas blancas por todas partes en líneas largas, pero ninguna rompiente regular que nos indicara la presencia de un arrecife o un banco. Nadie quería entrar en la caseta y todos estábamos mirando ansiosamente; en lo alto del mástil había dos o tres hombres a la vez.

Al pasar por el centro del área marcada hacíamos continuos sondeos. Habíamos amarrado todos los escandallos que teníamos a bordo al extremo de un cabo de seda de 54 hilos y más de 500 brazas de longitud, de manera que aun cuando el plomo quedara a un ángulo muy oblicuo por la deriva de la balsa, siempre se sumergiría por lo menos a unas cuatrocientas brazas. No tocamos fondo ni al este, ni al centro, ni al oeste del lugar. Dimos, pues, una última mirada de inspección sobre la superficie del mar y cuando nos hubimos asegurado bien de que podíamos llamar esa zona «explorada» y libre de bajos de toda clase, volvimos a izar nuestra vela y a guarnir la espadilla en su sitio de costumbre, de manera que el viento viniera otra vez por nuestra aleta de babor.

Y así seguimos avante, con la balsa en su libre derrota natural. Las olas iban y venían como antes, filtrándose entre las junturas de los troncos de popa. Ahora podíamos comer y dormir secos, aun cuando las ondulaciones del mar a nuestro rededor crecieron en furia por varios días, mientras los alisios vacilaban entre el este y el sudeste.

En este pequeño viaje de navegación hacia el apócrifo arrecife aprendimos mucho sobre la efectividad de las orzas de deriva actuando como quilla, y cuando más adelante Herman y Knut descendieron debajo de la balsa juntos y recuperaron la quinta orza, aprendimos aún más sobre estas curiosas tablas; algo que nadie ha entendido desde que los indios mismos abandonaron este olvidado deporte. Si las tablas hacían de quilla y permitían a la balsa avanzar a un ángulo con el viento, a esto se llamaba simplemente navegar. Ahora bien, cuando los antiguos

españoles declararon que los indios en cierta medida «gobernaban» sus balsas en el mar con «unos tablones que metían por entre las rendijas de los maderos», esto sonó a cosa incomprensible, y lo era tanto para nosotros como para todos los que han querido ahondar el problema. En efecto, como los tablones eran simplemente encajados entre las hendiduras, no podían ser movidos a las bandas como un timón.

Un día descubrimos el secreto de la siguiente manera: el viento era constante y el mar había calmado nuevamente, de manera que la «Kon-Tiki» había estado siguiendo un rumbo uniforme durante un par de días, sin necesidad de actuar en la espadilla, que estaba fija sobre sus amarras. Metimos el tablón recuperado en una hendidura de popa, y en un segundo la «Kon-Tiki» alteró su rumbo varios grados de oeste a noroeste, y siguió tranquilamente y sin variación en su nueva derrota. Si cobrábamos del tablón otra vez, la balsa volvía a su primitivo rumbo, pero si lo sacábamos a medias, la balsa hacía sólo la mitad de su giro. Con izar o arriar los tablones, podíamos efectuar cambios de rumbo y mantenerlo estable sin necesidad de tocar la espadilla.

Tal era, pues, el ingenioso sistema de los incas. Habían ideado un simple sistema de balanza, en el cual la presión del viento en la vela hacía del mástil el pivote o fiel; los dos brazos eran la balsa a proa del mástil y la balsa a popa de éste. Si la superficie total de las orzas de popa era mayor, la proa giraba con el viento; pero si era mayor la superficie de las orzas de proa, era la popa la que giraba con el viento. Los tablones más próximos al mástil tenían, por supuesto, un efecto menor, por la relación entre el brazo de palanca y la fuerza. Si el viento venía exactamente en popa, las orzas dejaban de ser efectivas y entonces era imposible mantener la balsa a un rumbo fijo sin maniobrar continuamente la espadilla. Si la balsa permanecía así orientada, resultaba demasiado grande para cabalgar libremente sobre las olas. Y como la puerta de la caseta y el sitio donde hacíamos nuestras comidas estaban a estribor, siempre recibíamos la mar a bordo por la aleta de babor.

Podíamos ciertamente haber proseguido nuestro viaje haciendo que el hombre de guardia permaneciera izando y arriando una de las orzas, en lugar de cobrar uno u otro de los cabos (va-

rones) de la espadilla, pero nos habíamos acostumbrado ya tanto a ésta, que preferimos hacer un rumbo general con las orzas y efectuar las correcciones con la espadilla.

Lo que faltaba del viaje era tan invisible a nuestros ojos como el bajo o arrecife que solamente existía en la carta. Estábamos en el cuadragesimoquinto día de permanencia en el mar; habíamos avanzado desde el grado 78 de longitud al 108, y esto significaba que nos hallábamos justamente a la mitad de la distancia entre Sudamérica y la primera isla enfrente. Había, pues, más de dos mil millas marinas entre nosotros y el Perú hacia el este, y la misma distancia hasta Polinesia por el oeste. La tierra más cercana en cualquier dirección eran las islas Galápagos al estenordeste, y la isla de Pascua al sur, ambas a más de quinientas millas de distancia en el océano infinito. No habíamos visto un barco ni lo vimos luego, pues íbamos fuera de todas las derrotas seguidas por el tráfico ordinario del Pacífico.

Pero en realidad no sentíamos lo enorme de estas distancias, porque el horizonte se deslizaba con nosotros sin que pudiéramos notarlo al movernos, y nuestro pequeño mundo flotante era siempre el mismo. Un círculo lanzado contra la bóveda del cielo, teniendo la balsa como centro, mientras las mismas estrellas rodaban sobre nosotros noche tras noche.

Capítulo VI

A TRAVÉS DEL PACÍFICO. II

Una extraña embarcación — Lejos en el bote de caucho — Progresando sin obstáculos — Faltan puntos de referencia — Flotando en una cabaña de bambú — A la longitud de la isla de Pascua — El misterio de la isla de Pascua — Los gigantes de piedra — Pelucas de piedra roja — «Orejas largas» — Tiki construye un puente — Toponimia sugestiva — Cazando tiburones con las manos — El loro — LI-2-B llamando — Navegando con las estrellas — Tres grandes olas — Una tormenta — Baño de sangre en el mar, baño de sangre a bordo — Hombre al agua — Otra tormenta — La «Kon-Tiki», maltrecha — Mensajeros de Polinesia

Cuando el mar no estaba muy movido, salíamos en el pequeño bote de caucho para tomar fotografías. Nunca olvidaré la primera vez que, viendo el mar tan tranquilo, dos hombres sintieron ganas de remar y echaron al agua aquel diminuto botecillo inflado como un globo. Apenas se habían alejado de la balsa, cuando soltaron los remos y ambos estallaron en grandes carcajadas. Y mientras las ondulaciones del mar los subían y bajaban haciéndolos desaparecer y reaparecer sucesivamente, se reían tan escandalosamente cada vez que nos veían, que sus voces resonaban en el desolado Pacífico. Los que estábamos en la balsa nos miramos unos a otros con cierta confusión, no viendo nada cómico fuera de nuestras barbas hirsutas; pero como los del bote ya debían haberse acostumbrado a verlas, empezó a apuntar en nosotros la sospecha de si se habrían vuelto locos de repente. Tal vez una insolación. Convulsos por la risa,

aquellos dos hombres apenas podían volver a trepar a bordo de la «Kon-Tiki», y cuando subieron, nos rogaron con lágrimas que les corrían por las barbas, que saliéramos en el bote y viéramos con nuestros propios ojos.

Dos de nosotros saltamos dentro del movedizo artefacto de goma, y fuimos cogidos por una ola que nos levantó y nos arrojó a distancia. Inmediatamente, nos dejamos caer de espaldas sobre el bote, desternillándonos de risa. Tuvimos que regresar a la balsa a toda prisa para calmar a los otros dos que todavía no habían estado fuera y que seguramente pensaban que esto ya era un caso de locura colectiva. Éramos nosotros mismos y nuestra orgullosa embarcación, vista por primera vez a distancia, lo que nos producía aquella impresión de algo absurdo e irremediable. Aún no habíamos tenido oportunidad de contemplar nuestra propia facha en alta mar. Los troncos de madera desaparecían detrás de las menores olas, y todo lo que se veía era, a lo sumo, la caseta con su ancha puerta abierta y su techo erizado de hojas, flotando abandonada en el inmenso mar. Era exactamente como el granero de una vieja granja noruega, que hubiera ido a extraviarse en el mar y derivara al empuje de las olas; un destartalado granero, lleno de atezados y barbudos piratas. Si alguien nos hubiera venido al alcance remando en una bañera, no nos hubiera excitado mayor hilaridad. Hasta las olas de mediano tamaño parecían subir hasta la mitad de la caseta y querer entrar, sin que nada las pudiera detener, por la puerta abierta de par en par, donde estaban aquellos sujetos barbudos y boquiabiertos. Pero inmediatamente, la desvencijada embarcación volvía a subir a la superficie, con los vagabundos echados allí tan secos, peludos e intactos como antes. Si llegaba una ola grande, entonces desaparecían la caseta, la vela y todo el mástil detrás de la montaña de agua; pero al momento siguiente allí volvía a surgir la cabaña con todos sus vagabundos. Vista desde fuera, la situación parecía peligrosísima, y no nos podíamos explicar cómo las cosas habían ido tan bien a bordo de la grotesca embarcación.

Cuando pocos días después salimos a remar para darnos un nuevo panzón de risa a costa nuestra, por poco sufrimos un desastre. El viento y el mar estaban más alborotados de lo que habíamos supuesto y la «Kon-Tiki» se abría camino mucho más

rápidamente de lo que creíamos. Cuando nos dimos cuenta de que nuestras vidas estaban en juego, los que íbamos en el botecito empezamos a remar desesperadamente, en un angustioso intento de alcanzar la inmaniobrable balsa, que no podía parar, ni esperar, ni dar la vuelta y regresar. Aun cuando los muchachos a bordo de la «Kon-Tiki» arriaron la vela, el viento clavó sus garras en la caseta de bambú con tanta fuerza, que la balsa seguía hacia el oeste tan rápidamente como alcanzábamos a remar detrás de ella en el movedizo botecillo con sus remos de juguete. Sólo un pensamiento había en la cabeza de cada hombre: ¡no separarnos! Aquellos minutos que pasaron, lentos como siglos, fueron horribles; nuestro desesperado remar nos llevó por fin hasta la fugitiva balsa y trepamos a bordo, donde otra vez estuvimos todos juntos en el hogar común.

Desde aquel día quedó estrictamente prohibido salir en el bote de caucho sin llevar antes un largo cabo amarrado a la popa de la balsa, de manera que los que quedaban a bordo pudieran cobrar de él en caso necesario. No volvimos a alejarnos mucho de la balsa desde aquel día, excepto cuando el viento era débil y el Pacífico se curvaba en suaves ondulaciones. Pero sólo encontramos estas condiciones cuando la balsa estaba a la mitad del camino a Polinesia y el todopoderoso océano se arqueaba alrededor del globo hacia todos los rumbos de la rosa. Entonces podíamos abandonar con seguridad la «Kon-Tiki» y remar en el espacio azul entre el cielo y el mar.

Cuando veíamos la silueta de nuestra embarcación volverse más y más pequeña en la distancia y encogerse nuestra gran vela hasta quedar como un vago cuadrado negro en el horizonte, descendía a veces hasta nosotros una profunda sensación de soledad. El mar se esfumaba a lo lejos, confundiendo en la distancia su azul con el del cielo, dándonos la impresión de que estábamos suspendidos en el espacio infinito. Todo nuestro mundo era azul y estaba vacío, sin más punto fijo que el sol tropical dorado y caliente, tostando desde arriba nuestras espaldas. Luego, la vela de la lejana balsa solitaria nos atraía como un norte magnético en el horizonte. Remábamos de regreso y subíamos a bordo con la dulce ansiedad del retorno al hogar, a nuestro propio mundo, nuestro firme y seguro suelo. Dentro de la caseta había sombra acogedora y se aspiraba el perfume del bambú y de las marchitas

hojas de palmera. Desde allí, a través del mamparo abierto nos era servida en grandes dosis la soleada y azul pureza del exterior. Y así vivíamos acostumbrados por un tiempo a ese ambiente, hasta que nos volvía a tentar la clara inmensidad de fuera y salíamos nuevamente.

Era notable el efecto psicológico que ejercía en nuestra mente la endeble caseta de bambú. Medía dos metros y medio por cuatro y medio, y para disminuir la presión del viento y del mar la habíamos construido con el techo muy bajo, de manera que no podíamos estar de pie en el interior. La armazón de los mamparos y el techo era de fuertes cañas de bambú, amarradas y aseguradas sólidamente, y los mamparos eran de cañas partidas y entretejidas. Las barras verdes y amarillas, con franjas de follaje colgando del techo, eran un reposo para nuestros ojos, como nunca hubiera sido la blancura de un camarote, y a pesar de que el mamparo de estribor estaba abierto en un tercio de su longitud y de que techo y mamparos dejaban pasar rayos de sol y de luna, este primitivo cubil nos daba una sensación de seguridad mayor que la que hubieran podido darnos en las mismas circunstancias los blancos mamparos de acero y las cerradas escotillas de los grandes vapores.

Tratamos de encontrar una explicación a este hecho curioso y llegamos a la siguiente conclusión: nuestra conciencia estaba absolutamente inhabituada a asociar una choza de bambú cubierta de hojas de palma y plátano, con un viaje marítimo. No había una armonía natural entre el rodar imponente del océano y la cabañita tejida de palma que danzaba sobre el mar. Por consiguiente, o bien la cabañita parecía enteramente fuera de lugar entre las olas, o éstas eran del todo incongruentes alrededor de la cabañita. Mientras permanecíamos a bordo, la cabaña de bambú y su sabor a selva eran plena realidad, y la agitación del mar parecía más bien ilusoria. Pero desde el botecito de caucho, las olas y la cabañita cambiaban sus papeles.

El hecho de que los troncos de balsa cabalgaran siempre sobre el mar como una gaviota y dejaran que el agua escapara por los intersticios a popa si una ola rompía a bordo, nos daba una inconmovible confianza en la parte seca del centro de la balsa, donde estaba la caseta. Cuanto más se prolongaba el viaje, más seguros nos sentíamos en nuestra tranquila guarida, y mirábamos

pasar las enormes olas con sus grandes crestas blancas ante nuestra puerta, como si se tratara de una película impresionante, pero sin peligro ninguno para nosotros. Aun cuando la pared abierta estuviera sin protección alguna, sólo a metro y medio del borde de la balsa y a no más de cincuenta centímetros sobre la superficie del agua, una vez que nos metíamos dentro nos sentíamos como a muchas millas lejos del océano, en una vivienda en la selva, a resguardo de los peligros del mar. Allí podíamos echarnos de espaldas y mirar el curioso techo que se retorcía como ramas al impulso del viento, y gozar del selvático olor a madera tierna, cañas y hojas marchitas.

Algunas veces salíamos también en el botecillo de goma para vernos de noche. Se levantaban por todas partes olas negras como montañas de carbón y una centelleante miríada de estrellas tropicales arrancaba un desmayado reflejo del plancton en el agua. El mundo era simple: estrellas en la oscuridad. Que fuera el año 1947 antes o después de Cristo, pronto careció de significado alguno. Vivíamos y nos sentíamos vivir con vigilante intensidad. Nos dábamos cuenta de que para los hombres anteriores a la época de la técnica, la vida había sido también plena e intensa; en realidad, más llena y más rica en muchos aspectos que la vida del hombre moderno. En cierta forma, el tiempo y la evolución habían cesado de existir; todo lo que hoy era real e importante, lo había sido antes y seguiría siéndolo después. Estábamos sumergidos en la absoluta medida común de la historia, oscuridad sin fin e ininterrumpida bajo un enjambre de estrellas.

Frente a nosotros, en la noche, la «Kon-Tiki» se levantaba sobre las olas y volvía a caer tras las negras masas de agua que se interponían como montañas entre él y nosotros. La luz de la luna creaba una atmósfera fantástica alrededor de la balsa: largos y brillantes troncos orlados de algas, el perfil cuadrado y negrísimo de una vela viking, una endeble choza de bambú con la luz amarillenta de una lámpara de parafina en su mamparo posterior; el conjunto evocaba una ilustración de cuento de hadas, más que una cruda realidad. De vez en cuando, la balsa desaparecía completamente detrás de las negras olas; luego surgía otra vez y destacaba su nítida silueta contra las estrellas, mientras un agua centelleante chorreaba de los troncos.

Cuando mirábamos en éxtasis la atmósfera que rodeaba la

balsa solitaria, podíamos ver también con los ojos de la mente una flotilla completa de balsas iguales, desparramadas en formación en abanico más allá del horizonte para aumentar la posibilidad de encontrar tierra, en la época en que los primeros hombres se abrieron camino a través de este mar, poco antes de que llegaran los españoles. El inca Tupak Yupanki, que había puesto bajo su férula tanto el Perú como el Ecuador, salió a alta mar con una escuadra de balsas y muchos miles de hombres, para buscar las islas que los rumores decían existir allá en el Pacífico. Encontró dos islas, que algunos creen fueron las Galápagos, y, después de ocho meses de ausencia, él y sus numerosos remeros consiguieron regresar al Ecuador. Kon-Tiki y sus adeptos habían salido ciertamente en una formación igual, varios cientos de años antes que ellos, pero habiendo descubierto las islas de la Polinesia, no tenían motivo para emprender el trabajoso regreso.

Al saltar de nuevo a bordo de la balsa, nos sentábamos con frecuencia en círculo alrededor de la lámpara en cubierta y se hablaba de los antiguos marineros del Perú que habían pasado las mismas experiencias mil quinientos años antes que nosotros. La lámpara proyectaba sobre la vela sombras enormes de hombres barbudos, y pensábamos en los hombres blancos con barbas que podíamos seguir en la mitología y arquitectura desde Méjico a la América Central, y desde allí al área noroeste de Sudamérica hasta el Perú. Aquí desaparecía esta misteriosa civilización, como por el golpe de una vara mágica, antes de la llegada de los incas, y reaparecía con la misma brusquedad en las solitarias islas del oeste a las que nos estábamos aproximando. ¿Eran acaso los errantes maestros hombres de otra temprana civilización que en tiempos lejanos habían llegado a través del Atlántico, por el mismo sencillo procedimiento, empujados por las corrientes oceánicas y los vientos alisios desde el área de las islas Canarias hasta el golfo de Méjico? Ésta era, en verdad, una distancia más corta que la que estábamos cubriendo, y nosotros ya habíamos dejado de creer en el mar como un factor de aislamiento.

Muchos investigadores han sostenido con razones de peso que las grandes civilizaciones indias, desde los aztecas en Méjico hasta los incas en el Perú, fueron inspiradas por súbitos impulsos llegados del este, de allende los mares, mientras los indios americanos, en general, serían pueblos de pescadores y cazadores asiáti-

cos que, en el curso de veinte mil años o más, se escurrieron desde Siberia hasta América. Choca ciertamente que no existan huellas de un desarrollo gradual entre las avanzadas civilizaciones que se extendieron un tiempo desde Méjico hasta el Perú. Cuanto más profundamente excavan los arqueólogos, más elevada es la cultura que encuentran, hasta que llegan a un punto en el cual se ve claramente que las viejas civilizaciones han surgido sin cimiento alguno en medio de culturas primitivas.

Y las civilizaciones se han levantado allí donde llegan las corrientes del Atlántico, en medio de las regiones desiertas y selváticas de Centroamérica y Sudamérica, en lugar de hacerlo en las áreas más templadas, donde, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, existen condiciones más favorables para su desarrollo.

Lo mismo encontramos en las islas de los mares del Sur. La isla más cercana al Perú, la de Pascua, es la que puede exhibir huellas más profundas de civilización, aun cuando la insignificante islita es seca y estéril y también, de todas las del Pacífico, la más alejada de Asia.

Cuando completamos la mitad de nuestro viaje, habíamos navegado justamente la distancia que hay del Perú a la isla de Pascua, y teníamos esta isla legendaria exactamente al sur de nosotros. Habíamos zarpado en un punto cualquiera de la costa central del Perú, tratando de reproducir el curso medio de una balsa que se hace a la mar. De haberlo hecho mucho más lejos al sur, más cerca de la arruinada ciudad de Kon-Tiki, El Tiahuanaco, habríamos tenido el mismo viento, pero una corriente mucho más débil, y ambos nos hubieran empujado en dirección a la isla de Pascua.

Cuando pasamos los 110 grados oeste, estábamos dentro del área oceánica de la Polinesia, puesto que la isla de Pascua, que forma parte de ella, quedaba más cerca del Perú de lo que estábamos nosotros. Habíamos llegado, pues, a la altura de la primera avanzada de las islas del Mar del Sur, el centro de la más vieja civilización isleña. Y cuando al atardecer nuestro resplandeciente guía, el sol, bajaba del cielo y desaparecía allende el mar por occidente, con todo su espectro de colores, los suaves alisios infundían vida a las historias sobre el extraño misterio de la isla de Pascua. Mientras en la noche el cielo estrellado abolía

todo concepto de tiempo, reaparecían en la vela las barbudas cabezas de gigantes.

Muy lejos hacia el sur, en la isla de Pascua, estaban erectas otras cabezas aún más gigantescas talladas en piedra, con facciones de hombre blanco y mandíbulas barbadas, meditando sobre los secretos de los siglos.

Así estaban ellas cuando los primeros europeos descubrieron las islas en 1722, y así habían estado antes, veintidós generaciones polinesias atrás, cuando, según las tradiciones indígenas, los habitantes actuales desembarcaron de sus grandes canoas y exterminaron a todos los adultos de la misteriosa civilización que encontraron en la isla. Desde entonces, las colosales cabezas de piedra de la isla de Pascua se han convertido en uno de los más elocuentes símbolos de los insolubles problemas de la antigüedad. Aquí y allá, en las laderas sin árboles de la isla, las enormes figuras se levantan hacia el cielo; colosos de piedra espléndidamente tallados en figura humana y erigidos en un solo bloque, alto como un edificio corriente de tres o cuatro pisos. ¿Cómo han podido esos hombres antiguos tallar, transportar y erigir semejantes colosos? Como si el problema no fuera bastante difícil, habían logrado además colocar en equilibrio sobre algunas de las cabezas a doce metros del suelo, inmensos bloques de piedra roja que les servían de adorno, como pelucas colosales. ¿Qué significaba todo ello? ¿Qué conocimientos mecánicos tenían los desaparecidos arquitectos, que habían dominado problemas difíciles aun para los ingenieros del presente?

Si combinamos todas las piezas, quizá, después de todo, no sea tan insoluble el misterio de la isla de Pascua, visto contra el telón de fondo de los navegantes en balsas procedentes del Perú. La vieja civilización ha dejado en esta isla huellas que la acción del tiempo no ha sido capaz de destruir.

La isla de Pascua es la cumbre de un antiguo volcán extinto. Caminos pavimentados, construidos por los antiguos habitantes civilizados, conducen a bien preservados sitios de desembarco en la playa, y muestran que el nivel del agua alrededor de la isla era entonces exactamente el mismo que ahora. Esta isla no es, pues, el resto de un continente hundido, sino una islita desolada que era tan pequeña y solitaria como hoy cuando fue el centro cultural del Pacífico.

En el centro de esta isla, en forma de cuña, está uno de los cráteres de su apagado volcán, y en el fondo de este cráter están los sorprendentes talleres y canteras de estos artistas y arquitectos. Están exactamente tal como los dejaron los viejos artistas, cientos de años atrás, cuando acudieron apresuradamente a la extremidad oriental de la isla donde, según la tradición, se trabó la batalla en la cual los invasores aniquilaron hasta el último de los isleños adultos. Y la súbita interrupción del trabajo de los artistas da una idea bien clara de lo que era un día ordinario de labor en las canteras de la isla de Pascua.

Las hachas de piedra de los escultores, duras como el pedernal, yacen tiradas en los lugares mismos de trabajo, y muestran que este pueblo civilizado era tan ignorante del uso del hierro como lo eran los escultores de Kon-Tiki cuando fueron arrojados del Perú, dejando detrás de ellos gigantescas estatuas de piedra similares a éstas en la meseta de los Andes. En ambos lugares pueden encontrarse las canteras donde el legendario pueblo de hombres blancos y barbudos cortaba bloques de diez o más metros de largo con primitivas herramientas de piedra aún más dura. Y en ambos sitios, los gigantescos bloques, de muchas toneladas de peso, eran transportados a muchos kilómetros de distancia por terreno quebrado, hasta los lugares donde debían ser erigidos ya como figuras humanas, ya para formar terrazas y murallas ciclópeas.

Muchas figuras enormes y sin terminar están todavía donde fueron comenzadas, en sus nichos en la pared del cráter de la isla de Pascua, y muestran en diferentes etapas cómo se hacía el trabajo. La figura humana mayor, que estaba ya casi terminada cuando los escultores tuvieron que huir, tenía 22 metros de largo; si hubiera sido concluida y levantada, la cabeza de este coloso de piedra habría estado al nivel de un edificio de ocho pisos. Cada figura estaba esculpida en un solo bloque de piedra y los nichos de trabajo para los escultores muestran que no laboraban muchos hombres al mismo tiempo alrededor de las estatuas. Echadas de espaldas, con los brazos doblados y las manos colocadas sobre el abdomen, exactamente como los colosos de piedra en Sudamérica, las figuras de la isla de Pascua eran terminadas hasta sus menores detalles antes de ser sacadas del taller y transportadas a los sitios que se les había destinado en diferentes lugares de

la isla. En la última etapa, dentro de la cantera, el gigante estaba adherido a la roca sólo por una delgada cresta o arista bajo la espalda; al final, ésta era también cortada, mientras el coloso reposaba sobre grandes piedras. Muchas de estas figuras eran arrastradas al fondo del cráter y erigidas allí mismo, pero cierto número de los mayores colosos eran subidos por la pared del cráter y desde allí transportados a muchos kilómetros de distancia, sobre un terreno difícil, antes de ser erigidos en una plataforma de piedra y de serles puesta sobre las cabezas una colosal piedra volcánica de color rojizo. El transporte podría parecer por sí mismo un misterio, pero su realidad es innegable, como también que los desaparecidos arquitectos del Perú dejaron en las montañas de los Andes colosos de piedra de tamaño igual, lo que demuestra que eran expertos consumados en esta técnica. Aunque los monolitos son mayores y más numerosos en la isla de Pascua y los escultores lograron adquirir en ella un estilo individual, la misma desaparecida civilización levantó gigantescas estatuas similares en figura humana en muchas de las islas del Pacífico más cercanas a América, y en todas partes los monolitos eran llevados al lugar de su emplazamiento desde canteras lejanas. He oído leyendas en las Marquesas sobre la forma en que eran manipuladas las piedras gigantes, y como se corresponden exactamente con las historias indígenas sobre el transporte de los pilares de piedra del enorme portal de Tongatabu, puede colegirse que el mismo pueblo empleaba idéntico método con las columnas en la isla de Pascua.

El trabajo de los escultores en los nichos les llevaba mucho tiempo, pero sólo eran necesarios algunos expertos. En cambio, el transporte de la estatua una vez terminada era ejecutado con mayor rapidez, pero requería grandes cantidades de gente. La pequeña isla de Pascua era entonces rica en pescado y totalmente cultivada, con grandes plantaciones de batatas peruanas, y los peritos creen que la pequeña isla, en los días de su mayor auge, pudo mantener una población de siete a ocho mil habitantes. Se calcula que se necesitaban alrededor de mil hombres para subir las estatuas desde el cráter por la empinada pendiente hasta el borde, y solamente quinientos para transportarlas por el campo.

Hacían cables fuertes y duraderos trenzando cortezas y fibras

vegetales; usando armazones de madera, la multitud tiraba de los colosos haciéndolos rodar sobre troncos y piedras que lubricaban con raíces de taro. Es bien conocida la maestría de estos antiguos pueblos en la manufactura de cuerdas y cables en las islas de los mares del Sur y más aún en el Perú, donde los primeros europeos encontraron puentes colgantes de más de cien metros, tendidos sobre torrentes y precipicios por medio de cables trenzados, del grosor de la cintura de un hombre.

Cuando los colosos de piedra habían llegado a su emplazamiento y debían ser erigidos, se presentaba el segundo problema. La multitud construía un plano inclinado provisional de piedra y arena, y tiraba del gigante por el lado de pendiente más suave, con las piernas por delante. Cuando la estatua había llegado a la parte alta, donde terminaba el suave plano inclinado y principiaba el otro casi vertical, hacíase descender el monolito sobre el borde o arista que separaba ambos planos, de modo que los pies cayeran dentro de un agujero previamente hecho. Como todo este dispositivo quedaba intacto y la cabeza rozaba con su parte posterior la cumbre del plano inclinado, rodaban hacia arriba un cilindro adicional de piedra, que colocaban sobre la cabeza de la estatua, y sólo entonces quitaban la rampa. Algunos planos inclinados como el descrito se encuentran todavía listos para su uso en diferentes lugares de la isla de Pascua, esperando las figuras que nunca llegaron. La técnica era admirable, pero de ninguna manera misteriosa, si dejamos de subestimar la inteligencia de los hombres de aquellos tiempos y pensamos en la cantidad de tiempo y el inmenso potencial humano de que disponían.

Pero ¿para qué hacían estas estatuas? ¿Y por qué era necesario ir a canteras que quedaban a siete kilómetros de distancia de los talleres del cráter, a fin de encontrar una clase especial de piedra roja para ponerla sobre las cabezas de las figuras? Tanto en Sudamérica como en las islas Marquesas, toda la figura era a menudo de esta piedra roja, y los indígenas iban a grandes distancias para conseguirla. Tanto en el Perú como en la Polinesia era un rasgo muy importante el tocado rojo para personas de alto rango.

Veamos primero a quién representan las estatuas. Cuando los primeros europeos visitaron la isla, vieron misteriosos «hombres

blancos» en las playas y, contrariamente a lo que ocurre en esta clase de pueblos, encontraron hombres con luengas barbas; eran los descendientes de mujeres y niños que pertenecían a la primera raza de la isla y que habían sido respetados por los invasores. Los indígenas mismos declaran que algunos de sus antepasados eran blancos y que otros eran morenos. Calculaban con toda precisión que estos últimos habían emigrado de otras islas de la Polinesia unas veintidós generaciones antes, mientras que los primeros habían venido de oriente en grandes barcas hacía cosa de unas cincuenta y siete generaciones, es decir, de cuatrocientos a quinientos años después de Cristo. A la raza que había venido desde oriente la llamaban los «orejas largas», porque se alargaban artificialmente las orejas colgando de los lóbulos pesados aretes hasta hacerlas llegar a los hombros. Éstos fueron los misteriosos «orejas largas» que fueron asesinados cuando los «orejas cortas» vinieron a la isla. Ahora bien, todas las figuras de piedra de la isla de Pascua tienen las orejas alargadas hasta los hombros, como las tenían los escultores mismos. Es más, las leyendas de los incas en el Perú dicen que el Rey-Sol, Kon-Tiki, gobernaba un pueblo blanco con barbas que era llamado por los incas «orejones», porque tenían las orejas artificialmente alargadas hasta llegarles a los hombros. Los incas insistían mucho en que habían sido los «orejones» de Kon-Tiki los que erigieron los abandonados colosos en las montañas de los Andes, antes de ser exterminados o arrojados por los incas mismos en la batalla empeñada en una isla del lago Titicaca.

Resumiendo: los «orejones» de Kon-Tiki desaparecieron del Perú hacia occidente con amplísima experiencia en el trabajo de esculpir colosales estatuas de piedra, y fue de oriente de donde llegaron a la isla de Pascua los «orejas largas» blancos de Tiki, que eran a su vez expertos en el mismo arte, el cual aplicaron inmediatamente con absoluta perfección, pues no se encuentra en la isla de Pascua ni el menor rastro de una evolución que culmine en las obras maestras encontradas allí.

Hay a menudo un parecido mayor entre las estatuas de piedra de Sudamérica y las de ciertas islas de los mares del Sur, que el que existe entre los monolitos de las diferentes islas de esta zona comparados unos con otros. En las islas Marquesas y en Tahití, tales monolitos eran conocidos bajo el nombre genérico

de Tiki, y representaban antepasados venerados en la historia de las islas, a quines se había conferido el rango de dioses después de su muerte. Aquí reside, indudablemente, la explicación de los curiosos sombreros de piedra roja en los monolitos de la isla de Pascua. Como se ha dicho, en la época de las exploraciones europeas existían esparcidos en todas las islas de la Polinesia individuos y familias enteras de cabello rojizo y piel clara, y los isleños mismos declaraban que eran éstos los que descendían de la primera raza blanca de las islas. En ciertas islas se celebraban festivales religiosos, en los cuales los participantes se pintaban la piel de color blanco y los cabellos de rojo, a fin de parecerse a sus antepasados. En las ceremonias anuales en la isla de Pascua, la persona que encabeza el festival se corta completamente el cabello para poder pintarse de rojo la cabeza. Y los colosales tocados de piedra roja de las gigantescas estatuas de la isla de Pascua estaban labradas en la forma típica del estilo local de peinado, con un moño redondo en la parte superior, exactamente como el tradicional moño llevado por los hombres en el centro de la cabeza. Las estatuas de la isla de Pascua tienen las orejas largas porque los escultores mismos las tenían alargadas. Les ponían pelucas de una piedra roja especial porque ellos mismos tenían cabellos rojos. Les tallaban la barba proyectada en punta porque los escultores mismos usaban barba. Tenían la fisonomía típica de la raza blanca, con una nariz recta y afilada, y labios delgados, porque los escultores no pertenecían a la raza indonesia. Y cuando construían las estatuas con grandes cabezas y piernas pequeñas, con las manos puestas sobre el abdomen, era precisamente porque así estaban acostumbrados a hacerlas en Sudamérica. El único adorno ostentado por las figuras de la isla de Pascua es un cinturón que no falta nunca, tallado alrededor de la cintura. El mismo cinturón simbólico se encuentra en todas las estatuas de las antiguas ruinas de la ciudad de Kon-Tiki en el lago Titicaca. Es el emblema legendario del dios-sol, el cinturón del arco iris. Había un mito en la isla de Mangareva, según el cual el dios-sol se había quitado su cinturón mágico, que era el arco iris, y había bajado del cielo a Mangareva para poblar la isla con sus niños de piel blanca. El sol era considerado el más antiguo antepasado en todas estas islas, como lo era en el Perú.

Acostumbrábamos sentarnos en cubierta bajo el cielo estre-

Watzinger midiendo por última vez al día la velocidad del viento.

El piloto al timón. Cada dos horas nos turnábamos todos en la espadilla.

Hesselberg cantando acompañándose de guitarra.

Bajo la barbuda faz de Kon-Tiki. La cabeza pintada en la vela fue copiada de una antigua escultura de Kon-Tiki.

llado y repetir la extraña historia de la isla de Pascua, aun cuando nuestra propia balsa nos llevaba directamente al corazón de la Polinesia, de manera que no veríamos de esta isla remota sino su nombre en la carta. Pero esta isla está tan llena de vestigios del oriente, que hasta su nombre es significativo.

La «isla de Pascua» aparece denominada así en la carta porque un afortunado holandés «la descubrió» un Domingo de Pascua, y hemos olvidado que los indígenas mismos que ya vivían allí tenían nombres más significativos e instructivos para su tierra. Esta isla tiene no menos de tres nombres en la lengua polinesia.

Uno de ellos es «Te-pito-te-Henua», que significa «ombligo de las islas». Este sugestivo nombre la coloca claramente en una posición especial en relación con las otras islas más occidentales y, según los polinesios, es la más antigua designación de la isla de Pascua. En el lado oriental de la isla, cerca del tradicional sitio de desembarco de los primeros «orejones», hay una esfera de piedra cuidadosamente labrada, a la que le llaman «ombligo dorado» y es, a su vez, considerada como el ombligo de la isla de Pascua misma. Cuando la poética imaginación de los primitivos polinesios hizo labrar este ombligo de la isla en su costa oriental y seleccionaron la isla más cercana al Perú como el ombligo de las miríadas de islas más a occidente, esto tenía una significación simbólica. Y cuando consideramos que la tradición polinesia se refiere al descubrimiento de las islas como a su «nacimiento», entonces esto es ya más que una sugestión de que la isla de Pascua era considerada como el ombligo simbólico de las islas, es decir, el eslabón de enlace entre ellas y la tierra madre original.

El segundo nombre de la isla de Pascua es «Rapa-Nui», que quiere decir «Gran Rapa». «Rapa-Iti», o «Pequeña Rapa», es otra isla del mismo tamaño que está situada muy lejos al oeste de la isla de Pascua. Ahora bien, es una costumbre muy natural de todos los pueblos llamar a su tierra original «Gran...», y a la que se descubre o habita posteriormente, «Pequeña...» o «Nueva...», aun cuando los lugares sean del mismo tamaño; y en «Pequeña Rapa» los nativos han mantenido muy correctamente la tradición de que los primeros habitantes de la isla vinieron de la «Gran Rapa», isla de Pascua, que es hacia oriente la más cercana a Amé-

rica. Esto parece, pues, señalar directamente una inmigración original venida de oriente.

El tercero y último nombre de esta isla llave es «Mata-Kite-Rani», o sea «El ojo (que) mira (hacia) el cielo». A primera vista, esto es un tanto enigmático, puesto que la isla de Pascua es relativamente baja y no mira al cielo más que otras islas más altas, como por ejemplo Tahití, las Marquesas, Hawaii. Pero «Rani», cielo, tiene un doble significado para los polinesios; es también el viejo país original de sus antepasados, la tierra santa del dios-sol, el reino de las montañas abandonado por Tiki, y es muy significativo que ellos hayan llamado justamente a la isla más oriental entre todos los millares de islas en el océano, «El ojo que mira hacia el cielo». Y es aún más sorprendente saber que el nombre «Mata-Rani», que significa en polinesio «el ojo del cielo», es también el nombre de un antiguo lugar en el Perú, que está en la costa del Pacífico opuesto a la isla de Pascua y justamente al pie de la arruinada ciudad de Kon-Tiki en la altiplanicie de los Andes.

La fascinante isla de Pascua nos proporcionaba muchos temas de conversación mientras estábamos sentados en cubierta bajo el cielo estrellado, sintiéndonos copartícipes de toda la prehistórica aventura. Parecía como si, desde los días de Tiki, no hubiéramos hecho sino flotar en el mar bajo el sol y las estrellas buscando tierra.

Ya no teníamos el mismo respeto por las olas y el mar. Las conocíamos y sabíamos sus relaciones con nosotros en la balsa. Hasta el tiburón había entrado a formar parte de nuestra vida diaria; también lo conocíamos a él y sus reacciones. Ya no pensábamos en el arpón de mano y ni siquiera nos movíamos del borde de la balsa cuando un tiburón pasaba a nuestro lado. Al contrario, sentíamos el deseo de cogerlo con la mano de la aleta dorsal mientras se deslizaba imperturbable al costado de los troncos, y esto se convirtió finalmente en una nueva forma de deporte: la brega con un tiburón sin necesidad de cordel de pescar.

Principiamos muy modestamente. Cogíamos con demasiada facilidad más dorados de los que podíamos comer. Para mantener una forma popular de diversión sin desperdiciar alimento, comenzamos una cómica pesca sin anzuelo, que nos entretenía

tanto a nosotros como a los dorados. Amarrábamos a un cordel los peces voladores que no necesitábamos y lo arrastrábamos por la superficie del agua; los dorados venían como disparados, cogían el cebo y comenzábamos a tirar cada uno de nuestro lado, en un bonito número de circo; si un dorado abandonaba la presa, venía otro a sustituirlo. Nosotros nos divertíamos y los dorados, al final, se llevaban el pescado.

Entonces comenzamos el mismo juego con los tiburones. Poníamos en el extremo del cordel un gran pedazo de pescado o un saco con desperdicios de comida. En lugar de darse la vuelta sobre el dorso como acostumbran, venían con el hocico en alto, fuera del agua, con las mandíbulas abiertas, nadando directamente hacia la carnaza. No podíamos resistir la tentación de tirar del cordel en el momento en que el tiburón iba a cerrar la tremenda bocaza, y entonces el engañado bicho nadaba con una indecible expresión de estúpida paciencia y abría otra vez las mandíbulas detrás de los desperdicios que saltaban fuera de la bocaza cada vez que intentaba tragárselos. La cosa terminaba con el tiburón viniéndose directamente a los troncos y saltando como un perro pedigüeño que implorara la comida que nosotros manteníamos tentadoramente sobre su nariz. Era como dar de comer a un hipopótamo con la boca abierta en un jardín zoológico, y un buen día a fines de julio, a los tres meses de estar a bordo de la balsa, hicimos la siguiente anotación en nuestro diario:

«Hemos hecho amistad con el tiburón que nos ha seguido hoy. A la hora de la cena le dimos de comer desperdicios, que pusimos dentro de su bocaza abierta. Hacía el efecto de un perro mitad bravo y mitad amigo cuando nadaba a nuestro lado. No se puede negar que los tiburones pueden parecer agradables y de buen natural, mientras no se meta uno dentro de sus mandíbulas. Por lo menos encontramos divertido tenerlos alrededor, excepto cuando estamos bañándonos.»

Un día, teníamos una bolsa con comida para los tiburones atada con un cabo a una caña de bambú, y estábamos listos para la diversión, pero vino una ola y se la llevó. La caña estaba flotando a unos doscientos metros de la popa, cuando súbitamente se puso vertical y vino corriendo por sí misma detrás de la balsa como si intentara regresar a su sitio nuevamente. Cuando la caña

de pescar llegó así, levantada, junto a nosotros, vimos un tiburón de tres metros nadando debajo de ella, y que sostenía la caña hacia arriba como un periscopio. El tiburón se había tragado la bolsa de comida sin cortar el hilo, y la caña, después de pasarnos lentamente, desapareció hacia delante. Pero si bien es verdad que gradualmente fuimos mirando al tiburón con otros ojos, también es cierto que nunca desapareció nuestro respeto por las cinco o seis hileras de dientes afilados como navajas que llevan emboscados en sus enormes mandíbulas.

Un día, Knut tuvo una involuntaria sesión de natación junto a un tiburón. A nadie le era permitido nadar lejos de la balsa, tanto por el rápido avance de ésta como por el peligro de los tiburones. Pero un día en que el mar estaba extremadamente tranquilo y en que habíamos subido a bordo todos los tiburones que nos habían seguido, se dio permiso para un rápido chapuzón. Knut se zambulló y recorrió una buena distancia antes de salir a la superficie para regresar; en aquel momento vimos desde el mástil un sombra mayor que él que desde la profundidad ascendía directamente hacia el nadador. Le gritamos advirtiéndoselo, con la mayor calma que pudimos, para no asustarlo, y Knut se dirigió a toda prisa hacia el costado de la balsa. Pero la sombra de abajo pertenecía a un nadador mejor que venía a gran velocidad desde las profundidades, ganando ventaja sobre Knut. Ambos llegaron a la balsa al mismo tiempo. Ya Knut estaba trepando, cuando un tiburón de dos metros pasó deslizándose bajo su estómago y se detuvo cerca de la balsa. Le tiramos una apetitosa cabeza de dorado, en agradecimiento por no haber mordido.

Generalmente es el olfato y no la vista lo que excita la voracidad del tiburón. Si, para ponerlos a prueba, nos sentábamos con las piernas en el agua, nadaban hacia nosotros hasta un metro de distancia y luego daban la vuelta tranquilamente y sin tocarnos. Pero si el agua tenía el menor rastro de sangre, como cuando habíamos estado limpiado pescado, aparecían rápidamente las grandes aletas dorsales y su juntaban desde largas distancias como enormes moscardas. Si tirábamos al agua entrañas de tiburones que habíamos pescado, los del agua parecían enloquecidos y se lanzaban ciegamente, poseídos de verdadera furia. Devoraban salvajemente el hígado de sus propios congé-

neres y, si entonces metíamos un pie en el agua, se tiraban como cohetes y aun llegaban a hincar el diente en los troncos, en el sitio donde había estado la supuesta comida. Hay tiburones y tiburones, pues estos animales están completamente a merced de sus propias emociones.

La última etapa en nuestras relaciones con los tiburones fue que comenzamos a tirarles de la cola. Tirar de la cola de los animales es generalmente considerado como una forma inferior de deporte, pero eso debe ser porque nadie lo ha probado con un tiburón. Éste es, en verdad, un deporte lleno de emociones.

Para asir la cola de un tiburón, teníamos que ofrecerle antes un buen bocado. Para alcanzarlo, no tenía inconveniente en sacar la cabeza un buen trozo fuera del agua. De ordinario, les servíamos la comida en una bolsa que pendía de una caña. Pues servir de comer a un tiburón directamente con la mano, sólo se encuentra divertido la primera vez. Cuando se da de comer a perros u osos domesticados, éstos meten los dientes en la carne y la rasgan hasta sacar un pedazo o llevarse toda la presa; pero si uno toma un dorado grande y lo coloca a una prudente distancia de la cabeza de un tiburón, éste avanza, saca la cabeza, y de un golpe cierra la mandíbula, y uno se queda sentado con un pedacito de cola en la mano antes de haber sentido el menor tirón. Habíamos experimentado lo difícil que era cortar un dorado en dos con nuestros cuchillos; pero un tiburón, en la fracción de un segundo, deslizando rápidamente a un lado sus triangulares dientes de sierra, corta la espina dorsal y todo el resto como si fuera una máquina de cortar embutidos.

Cuando el tiburón daba la vuelta lentamente para volverse a sumergir, sacaba la cola ondulante sobre la superficie y era fácil cogerla. La piel de este animal es áspera al tacto como papel de lija y en la parte más alta de la cola tiene una muesca que parece haber sido especialmente hecha para poderla asir. Si llegábamos a asirla de allí fuertemente, no había forma de que se escapara. Entonces teníamos que dar un tirón antes de que reaccionara el animal y ver de sacar lo más que pudiéramos de la cola, apretándola contra los troncos. Por uno o dos segundos el bicho parecía no darse cuenta de nada, pero luego comenzaba a forcejar y retorcerse por su parte delantera, sin grandes ánimos,

pues parece que sin la ayuda de la cola el tiburón no puede realizar ningún gran esfuerzo. Las demás aletas sirven sólo para el equilibrio y la dirección.

Después de unos cuantos brincos desesperados, durante los cuales habíamos de mantener bien agarrada la cola, el desconcertado tiburón quedaba de súbito abatido y apático, hasta aparecer paralizado del todo cuando el flotante estómago le descendía hacia la cabeza. Cuando el tiburón se había quedado quieto y colgaba yerto, como si dijéramos aguardando los acontecimientos, venía el momento de subirlo, empleando toda nuestra energía. Rara vez conseguíamos sacar más de la mitad del pesado bicho fuera del agua, pero entonces el tiburón parecía despertar y hacía el resto del trabajo por sí mismo. Con violentas sacudidas giraba la cabeza y la levantaba sobre los troncos, y entonces teníamos que tirar con toda nuestra fuerza y saltar muy lejos de su alcance, y esto a toda prisa si queríamos salvar nuestras piernas. Porque en esos momentos el animal estaba de muy mal talante. Dando violentas sacudidas y retorciéndose en furiosos saltos, azotaba la cubierta y la pared de la caseta moviendo la cola como un mazo de herrero. Ahora ya no economizaba la fuerza de sus músculos de acero. Las enormes mandíbulas permanecían totalmente abiertas y las filas de dientes se abrían y cerraban en el aire al acecho de lo que pudieran coger. Ocurría algunas veces que esta terrible danza terminaba cuando el tiburón, más o menos voluntariamente, se caía de la balsa, desapareciendo para siempre después de su vergonzosa humillación, pero era más frecuente que se quedara dando sacudidas a la ventura sobre los troncos de popa, hasta que lográbamos amarrarle un cabo a la raíz de la cola o hasta que cesaba de rechinar sus endemoniados dientes para siempre.

El loro se ponía en el colmo de la excitación cuando subíamos un tiburón a la balsa. Salía apresuradamente de la caseta y trepaba frenético por el mamparo, hasta que encontraba un sitio seguro en el techo de hojas de palma para mirar desde allí los acontecimientos, meneando la cabeza, aleteando de un lado a otro y chillando sin cesar. Se había convertido desde el principio en un excelente marinero y estaba siempre rebosante de buen humor y alegría. Reconocíamos en él al séptimo miembro de la expedición: seis hombres y un loro verde. El cangre-

jo «Johannes», después de todo, tenía que contentarse con ser mirado como un comparsa de sangre fría. Por la noche, el loro trepaba hasta su jaula, suspendida del techo de la caseta, pero durante el día vagaba por la cubierta o se lo pasaba colgado de los cabos del aparejo, haciendo los más fascinantes ejercicios de acrobacia.

Empezamos el viaje poniendo tensores en los estayes del mástil, pero como desgastaban los cabos, los reemplazamos por simples nudos corredizos. Cuando los estayes dieron de sí por la acción del sol y el viento, toda la tripulación tuvo que acudir a tensar el mástil, a fin de evitar que la madera de mangle, pesada como el hierro, no se inclinara hasta cortar los cabos y cayera. Pero en el momento más crítico, cuando estábamos halando y empujando, el loro comenzó a gritar con voz estridente en su más puro noruego: «¡Cobra! ¡Cobra! ¡Jo, jo, jo, ja, ja, ja!», y se reía hasta desgañitarse de su propia gracia, dando a la vez vueltas entre los estayes. Naturalmente, todos reíamos a carcajadas, contagiados de la alegría del séptimo miembro de la tripulación.

Al principio, el loro era uno de los quebraderos de cabeza de los radiotelegrafistas. Estaban a lo mejor sentados en su rincón, felizmente absortos en sus mágicos auriculares, y quizás en contacto con un aficionado de Oklahoma. De pronto, los auriculares se quedaban mudos y no percibían el menor sonido por más que ajustaran alambres y dieran vueltas a los mandos. Seguro que el loro se había entretenido en partir con el pico el alambre de la antena. Esta diversión fue especialmente popular en los primeros días, en que la antena era lanzada al aire con un globo. Pero un día el loro cayó enfermo de cuidado y permaneció durante dos días en su jaula abatido y sin querer probar alimento, a la vez que en sus deyecciones resplandecían dorados pedacitos de alambre de la antena. Entonces los radiotelegrafistas se arrepintieron de sus palabras coléricas y el loro de sus travesuras, y en adelante Torstein y Knut fueron sus amigos preferidos y el pájaro ya no quiso dormir sino en el rincón de la radio. La lengua nativa del loro era el español cuando llegó a la balsa, pero Bengt decía que poco a poco su español iba tomando acento noruego mucho antes aún de que comenzara a imitar las interjecciones favoritas de Torstein en noruego de pura sangre.

Gozamos del buen humor y de los brillantes colores del loro durante dos meses, hasta que un día entró por la popa una gran ola a bordo, mientras estaba bajando del mástil por un estay. Cuando descubrimos que nuestro compañero había saltado por la borda, era demasiado tarde. No vimos el accidente y la «Kon-Tiki» no podía pararse ni dar la vuelta; nada de lo que cayera por la borda tenía probabilidad de ser rescatado, como nos lo habían demostrado numerosas experiencias.

La pérdida del loro tuvo un efecto depresivo en nuestros espíritus la primera noche; sabíamos que podía pasar lo mismo con cualquiera de nosotros durante una solitaria noche de guardia. Hicimos aún más rigurosa la reglamentación de seguridad, pusimos en uso nuevos cabos salvavidas para la guardia nocturna y procuramos asustarnos unos a otros, diciéndonos que no debíamos creernos seguros porque las cosas hubieran ido tan bien hasta entonces. Un paso descuidado, un movimiento impensado o un traspié podían enviarnos a donde fue el loro, aun a plena luz del día.

Habíamos observado varias veces las grandes conchas blancas de los huevos de pulpo, que flotaban como huevos de avestruz o cráneos redondos en las ondas azules. En una sola ocasión vimos un cefalópodo ondulando debajo de los huevos. Veíamos estas bolas de nieve flotando al mismo nivel que nosotros y pensamos al principio que sería cosa sencilla remar en el bote de caucho y cogerla. Lo mismo pensamos cuando se rompió el cabo de la manga de recoger plancton, y ésta se quedó atrás flotando en nuestra estela. Cada vez que lanzamos el botecillo con un cabo amarrado para ir a donde estaba el objeto, vimos con sorpresa que el viento y el mar mantenían el botecillo fuera de la estela y que el cabo que lo unía a la «Kon-Tiki» tenía un efecto tan violento de freno en el agua, que nunca podíamos remar directamente hacia un punto dejado atrás. Llegábamos a unos pocos metros del objeto que queríamos recoger, pero entonces el cabo entero estaba ya fuera del agua y la «Kon-Tiki» nos remolcaba hacia el oeste. «Una vez al agua, siempre en el agua», era una lección que fue inculcándose gradualmente con tremenda evidencia en nuestras conciencias. Si queríamos seguir unidos a bordo, deberíamos permanecer juntos hasta que la «Kon-Tiki» metiera la proa en tierra al otro lado del mar.

El loro dejó un gran vacío en el rincón de la radio, pero cuando el sol tropical brilló sobre el Pacífico al día siguiente, el duelo fue de corta duración. En los días subsiguientes pescamos muchos tiburones y constantemente encontrábamos negros y curvados picos de loro, o así lo creíamos nosotros, entre las cabezas de atún y otras curiosidades, al abrir las panzas de los tiburones. Pero después de cuidadoso examen, lo que creímos podía ser el pico del loro no era sino restos de pulpos.

Los radiotelegrafistas habían tenido desde el primer día que llegaron a bordo una ruda labor en su rincón de trabajo. El primer día, en la corriente de Humboldt, el agua salpicaba hasta las cajas de las baterías, de manera que tuvieron que cubrir con lonas el delicado rincón, para salvar lo que se pudiera de la acción destructora del mar embravecido. Luego se les presentó el problema de levantar una antena suficientemente larga en la pequeña balsa. Trataron de hacerlo con una cometa, pero al primer golpe de viento ésta se precipitaba al agua y desaparecía en la cresta de una ola; entonces trataron de elevarla por medio de un globo, pero el sol tropical terminó por hacer agujeros en éste y se hundió igualmente en el mar; después vinieron las travesuras del loro y, sobre todo, estuvimos quince días en la corriente de Humboldt antes de poder salir de la zona muerta de los Andes, en la cual la onda corta estaba tan muda y sin vida como una lata de sardinas vacía.

Pero una noche repentinamente se dejó sentir la onda corta, cuando la señal de llamada de Torstein fue captada por un aficionado fortuito de Los Ángeles, que con su transmisor estaba tratando de establecer contacto con otro aficionado en Suecia. El hombre preguntaba qué clase de aparato teníamos, y cuando obtuvo una respuesta satisfactoria le preguntó a Torstein quién era y dónde vivía. Al decirle Torstein que su casa era una caseta de bambú a bordo de una balsa en el Pacífico, hubo una serie de ruidos extraños que no cesaron hasta que Torstein le dio más amplios detalles. Cuando nuestro aéreo comunicante se hubo recobrado de su asombro, nos dijo que se llamaba Hal, que su mujer se llamaba Anna, que ella era sueca de nacimiento y que haría saber a nuestras familias que estábamos vivos y bien.

Fue extraño para nosotros pensar aquella noche en que un

hombre totalmente desconocido llamado Hal, un remoto operador de cine, allá muy lejos, en el torbellino de la ciudad de Los Ángeles, era la única persona en el mundo, después de nosotros, que sabía dónde estábamos y que estábamos bien. Desde aquel momento, Hal, alias Harold Kempel, y su amigo Frank Cuevas se turnaban todas las noches para tratar de escuchar señales de la balsa, y Herman recibió radiogramas llenos de agradecimiento del jefe del Servicio Meteorológico de los Estados Unidos por sus dos informes diarios en clave de un área de la cual no se recibían datos sino muy rara vez, y de la que no existen estadísticas. Más tarde, Knut y Torstein establecieron contacto casi diariamente con otros aficionados y éstos pasaban nuestros saludos a Noruega por intermedio de un aficionado llamado Egil Berg, de Notodden.

Sólo durante unos días, cuando estábamos justamente en medio del océano, entró demasiada agua salada en el rincón de la radio y la estación dejó de trabajar totalmente. Los operadores iban de cabeza, día y noche, con soldadores y tornillos, mientras nuestros distantes amigos daban ya la balsa por perdida. Pero una noche, la señal LI-2-B fue nuevamente lanzada al éter y en un instante el rincón de la radio estaba zumbando como un nido de avispas, cuando varios centenares de aficionados echaron mano a sus manipuladores para contestar nuestra señal.

En realidad, uno siempre recibía la sensación de sentarse en un nido de avispas, si entraba en el dominio de los radiotelegrafistas. El lugar estaba húmedo por el agua salada que en todas partes se abría caminó hacia arriba entre la armazón de madera, y a pesar de la plancha de caucho en que se sentaba el operador, se recibían choques eléctricos tanto en las partes posteriores como en la punta de los dedos si se tocaba el manipulador. Y si uno de los profanos trataba de robar un lápiz del bien surtido rincón, o se le ponía de punta el cabello o comenzaban a saltar chispas de la punta del lápiz. Solamente Torstein, Knut y el loro podían moverse impunemente en aquel rincón y terminamos por poner una plancha de cartón para indicar la zona de peligro al resto de los tripulantes.

Una noche, ya muy tarde, Knut estaba trasteando a la luz de la lámpara y, de pronto, sacudiéndome de una pierna, me dijo

que había estado hablando con un aficionado que vivía justamente en las afueras de Oslo, llamado Christian Amundsen. Esto era casi un record para aficionados, porque el pequeño transmisor que teníamos a bordo, con sus 13.990 kilociclos por segundo, no podía producir más de 6 vatios, más o menos la fuerza de una linterna eléctrica. Estábamos a 2 de agosto y ya habíamos navegado más de 60 grados alrededor de la tierra, de manera que Oslo quedaba al otro lado del globo. El rey Haakon iba a cumplir 75 años al día siguiente y le enviamos un mensaje de felicitación directamente desde la balsa. Al día siguiente, cuando Christian se puso otra vez en contacto, nos envió un mensaje de respuesta del Rey deseándonos buena suerte y éxito en todo el viaje.

Otro episodio que recuerdo por su contraste con nuestra vida en la balsa es el siguiente: teníamos dos cámaras fotográficas a bordo y Erik llevaba consigo un paquete con materiales para revelar fotografías en el viaje, a fin de que pudiéramos repetir las instantáneas de objetos o episodios que no hubieran salido bien. Después de la visita del tiburón ballena, ya no pudo contenerse por más tiempo y una noche mezcló cuidadosamente los compuestos químicos con agua, en proporciones exactas de acuerdo con las instrucciones, y reveló dos películas. Los negativos parecían fotografías transmitidas por radio; no se veía sino manchas oscuras y arrugas. La película estaba echada a perder. Telegrafiamos a nuestros amigos pidiéndoles consejo, y nuestro mensaje fue recibido por un aficionado de Hollywood. Éste telefoneó a un laboratorio y poco después nos llamó y nos dijo que nuestro revelador estaba demasiado caliente; no debíamos usar agua a más de 15 grados si no queríamos que se arrugara el negativo.

Le agradecimos el consejo y nos cercioramos de que la más baja temperatura que teníamos en la vecindad era la de la corriente oceánica misma, o sea 26 grados. Ahora bien, Herman era ingeniero especializado en refrigeración y le dije en broma que bajara la temperatura del agua a 15 grados. Me pidió autorización para usar la botellita de ácido fénico que pertenecía al botecito de caucho, el cual ya teníamos permanentemente inflado, y después de manipular en una tetera que cubrió con un saco de dormir y un jersey de lana, se formó como por arte de birli-

birloque nieve en la poblada barba de Herman, quien nos mostró un gran trozo de hielo en la tetera.

Erik reveló nuevamente, esta vez con espléndidos resultados. Aun cuando la magia de las palabras llevadas a través del éter por la onda corta era un lujo desconocido en la época de Kon-Tiki, las ondas largas del océano debajo de nosotros eran las mismas y llevaban lentamente nuestra balsa hacia el oeste como lo habían hecho entonces, mil quinientos años atrás.

El tiempo se puso más desigual, con lluvias y chubascos aquí y allá, cuando entramos en el área más próxima a las islas de Polinesia, y los vientos alisios cambiaron su dirección. Habían estado soplando segura y constantemente del sudeste, hasta que estuvimos bien adentro de la corriente ecuatorial; entonces fueron virando más y más hacia el este. Alcanzamos nuestra posición más septentrional el 10 de junio, con una latitud de 6° 19′ sur. Estábamos tan cerca del ecuador que parecía como si fuéramos a pasar al norte de las islas del archipiélago de las Marquesas más cercanas a la línea ecuatorial, y seguir en el inmenso mar sin encontrar tierra, pero entonces el viento alisio cambió aún más de este a nordeste y nos llevó, iniciando una curva, hacia la latitud del mundo de las islas.

Sucedía a veces que el viento y el mar permanecían sin cambios durante días enteros y entonces nos olvidábamos totalmente del orden establecido para turnarnos, excepto por la noche, cuando el hombre de guardia estaba solo en cubierta. Pues cuando el viento y el mar eran estables, amarrábamos la espadilla y la vela de la «Kon-Tiki» permanecía inflada sin necesitar para nada nuestra atención. En noches así, el hombre de guardia podía sentarse a la puerta de la caseta y mirar tranquilamente las estrellas. Si las constelaciones cambiaban de posición en el cielo, debía ir y comprobar si era la espadilla o el viento lo que había cambiado.

Es increíble lo fácil que era gobernar la balsa por las estrellas, después de haberlas visto durante semanas enteras marchando por la bóveda del cielo. Cierto que no había gran cosa más que ver en la noche. Nosotros sabíamos dónde teníamos que buscar las diferentes constelaciones, noche tras noche, y cuando íbamos hacia la línea ecuatorial, la Osa Mayor se levantó tan claramente sobre el horizonte del norte que llegamos a temer la aparición

de la estrella polar, que se hace visible cuando uno viene del sur y cruza el ecuador. Pero en cuanto sopló el alisio del nordeste, la Osa Mayor volvió a sumergirse.

Los viejos polinesios eran grandes navegantes. Se orientaban de día por el sol y de noche por las estrellas. Su conocimiento de los cuerpos celestes era sorprendente. Sabían que la tierra era redonda y tenían nombres para cosas tan abstrusas como la línea ecuatorial, los trópicos de Cáncer y Capricornio. En Hawaii recortaban cartas del océano en cortezas de calabazas redondas y en otras islas hacían mapas detallados con ramas tejidas, a las que pegaban conchas para indicar las islas y algunas ramitas más pequeñas para indicar la dirección de determinadas corrientes. Los polinesios conocían cinco planetas, a los que ellos llamaban estrellas errantes, y las distinguían de las fijas, para las cuales tenían más de doscientos nombres. Un buen navegante en la antigua Polinesia sabía perfectamente en qué parte del cielo debían levantarse las diferentes constelaciones y dónde estarían a diferentes horas de la noche, en las distintas épocas del año. Sabían también qué estrellas culminaban sobre las diferentes islas, y había casos en que éstas recibían el nombre de la estrella que se levantaba sobre ella noche tras noche y año tras año.

Además de saber que el cielo estrellado se mueve de este a oeste como una gigantesca brújula luminosa, sabían que las diferentes estrellas colocadas justamente sobre sus cabezas les mostraban siempre cuán al norte o cuán al sur se encontraban. Cuando los polinesios hubieron explorado y sometido el área de su dominio presente, que es toda la parte de mar más cercana a América, mantuvieron tráfico entre algunas islas durante varias generaciones. Tradiciones históricas cuentan que cuando los jefes de Tahití visitaban Hawaii, que queda a más de dos mil millas al norte, y varios grados hacia el oeste, los remeros apuntaban primero hacia el norte guiándose por el sol y las estrellas, hasta que las estrellas del cenit les indicaban que habían alcanzado la latitud de Hawaii; entonces viraban en ángulo recto y apuntaban al oeste, hasta que llegaban lo bastante cerca para poder seguir guiándose por los pájaros y las nubes.

¿De dónde habían obtenido los polinesios sus vastísimos conocimientos astronómicos y su calendario, que estaba calculado con asombrosa exactitud? Ciertamente no de los pueblos de Me-

lanesia o Malaya allá en el oeste, sino de la misma desaparecida civilización de los «hombres blancos y barbudos», que habían enseñado a los aztecas, mayas e incas su inmensa cultura en América, que habían desarrollado un calendario curiosamente similar y un igual conocimiento astronómico, que en aquel tiempo no tenía su parejo ni en la misma Europa. En Polinesia como en el Perú, el año natural estaba calculado de modo que principiaba el día en que la constelación de las Pléyades aparece por primera vez en el horizonte, y en ambas regiones esta constelación era considerada como la patrona de la agricultura.

En el Perú, donde el continente, por decirlo así, se precipita hacia el Pacífico, se levantan aun hoy en las arenas del desierto las ruinas de un observatorio astronómico de mucha antigüedad; una reliquia de la misma misteriosa civilización que tallaba colosos de piedra, erigía pirámides, cultivaba batatas y calabazas y principiaba su año con el orto de las Pléyades. Kon-Tiki conocía bien las estrellas el día que se lanzó al océano Pacífico.

El 2 de julio, nuestro vigía nocturno ya no pudo estudiar en calma el cielo estrellado. Teníamos viento fuerte y mar picada, después de varios días de brisa moderada del nordeste. Ya avanzada la noche tuvimos una luna brillante y un viento espléndido para la vela. Medimos nuestra velocidad contando los segundos que tardaba en pasar una astilla arrojada al agua en la parte de proa, astilla que dimos en llamar «ficha», y encontramos que estábamos estableciendo un record de velocidad.

Nuestro promedio de velocidad era de doce a dieciocho «fichas», para usar la jerga corriente a bordo, pero esa noche estuvimos durante algún tiempo a sólo seis «fichas» y la fosforescencia brillaba como nunca en la estela que dejábamos.

Cuatro hombres estaban roncando acostados mientras Torstein manipulaba la llave Morse y yo estaba de guardia en la espadilla. Un poco antes de la medianoche, vi de pronto una ola de aspecto desacostumbrado que venía rompiendo a popa y que se extendía a todo lo largo de mi campo visual; detrás de ésta pude ver aquí y allá las crestas espumantes de otras dos grandes olas que venían detrás pisando los talones a la primera. De no haber ya pasado el lugar, habría creído que lo que estaba vien-

do era la rompiente sobre un banco peligroso. Los advertí con un grito, cuando la primera ola vino como un inmenso muro barriendo el mar detrás de nosotros, y goberné al mismo tiempo la balsa para hacer frente a lo que venía.

Cuando nos alcanzó, la balsa levantó la popa, escorando, y se encaramó sobre el lomo de la ola que acababa de romper, rugiendo e hirviendo a todo lo largo de la cresta. Cabalgamos por entre el torbellino de la bullente espuma que caía a ambas bandas de la balsa, mientras el lomo de la ola pasaba debajo de nosotros. En ese momento la proa se levantó en el aire y resbalamos con la popa hacia abajo en una profunda depresión. Inmediatamente después llegó la siguiente muralla de agua levantándonos en un segundo con gran violencia, y al llegar a la cresta las masas de agua rompieron sobre la popa. El resultado fue que la balsa giró presentando de lleno su costado a las olas, y fue imposible volverla a rumbo con la suficiente rapidez. Llegó la tercera ola, que se erigió entre franjas de espuma como una muralla centelleante que principiaba ya a derrumbarse justamente antes de llegar a nosotros. Cuando cayó, no pude hacer otra cosa sino asirme con toda mi fuerza al saliente de una viga de bambú del techo de la caseta; allí contuve la respiración mientras sentía que éramos arrojados hacia el cielo y todo lo que estaba a mi alrededor era arrastrado entre turbulentos remolinos de espuma. En un segundo, nosotros y la «Kon-Tiki» estábamos otra vez a flote sobre el agua, deslizándonos suavemente en la pendiente posterior de una montaña líquida. Luego, el mar volvió a su estado normal. Las tres grandes olas, altas como murallas, corrían hacia delante, y a popa, a la luz de la luna, vi una hilera de cocos que flotaban danzando en la superficie.

La última ola le dio a la caseta un golpe tan violento, que Torstein fue arrojado de cabeza contra el rincón de la radio y todos se despertaron asustados con el ruido, mientras el agua chorreaba entre los troncos y a través del mamparo. En el costado de babor de la cubierta de proa, el tejido de bambú había sido levantado, quedando como un pequeño cráter, y la canasta de inmersión fue aplastada contra la popa; todo lo demás estaba como antes. Nunca pudimos explicarnos satisfactoriamente de dónde vinieron aquellas tres grandes olas, a menos que fueran

producidas por movimientos del fondo submarino, que no son raros en estas regiones.

Dos días más tarde tuvimos nuestra primera tormenta. Principió con el total decaimiento del viento alisio y con el reemplazo de las blancas nubes que corrían como plumas llevadas por los alisios en el cielo, por la súbita invasión de un banco negro de nubes, que vino acumulándose sobre el horizonte desde el sur. Entonces llegaron rachas de viento de las más inesperadas direcciones, de manera que era imposible para el hombre de guardia aguantar el rumbo. Tan pronto como poníamos nuestra popa orientada a la nueva dirección del viento para que la vela se inflara tiesa y segura, venía otra racha de dirección diferente, encogiendo el orgulloso seno de la vela y haciéndola girar y flamear con peligro para la tripulación y la carga. De pronto, el viento comenzó a soplar de la dirección de donde venía el mal tiempo, y mientras las negras nubes rodaban sobre nosotros, la brisa fue convirtiéndose en un fortísimo ventarrón que creció hasta volverse casi un huracán.

En el curso de un tiempo increíblemente corto, las olas llegaron por todas partes a tener cinco metros de alto, a la vez que crestas aisladas zumbaban a siete u ocho metros sobre los senos del mar, de manera que las teníamos al nivel del mástil cuando la balsa estaba al fondo de las depresiones. Todos los tripulantes tuvieron que acudir a cubierta, agachados previsoramente, mientras el viento sacudía las paredes de bambú y silbaba y aullaba en todo el aparejo.

Para proteger el aparato de radio extendimos lonas sobre el mamparo de popa y costado de babor de la caseta. Se aseguró toda la carga suelta y arriamos la vela colocándola, enrollada, sobre la cubierta. Cuando el cielo se cubrió completamente, el mar se volvió negro y amenazador y por donde se volviera la vista no se veían sino crestas blancas de las olas que reventaban. Largas franjas de espuma muerta quedaban como estrías en el ancho lomo de las grandes olas, y en todos los lugares donde las cimas de las olas se habían reventado y hundido se veían manchas verdes, como heridas, espumando largo tiempo sobre el azulnegro del mar. Las crestas volaban en el momento de romperse y caían sobre la superficie como una ducha de sal. Cuando la lluvia tropical comenzó a caer sobre nosotros en chubascos casi horizon-

Cocinábamos en un «Primus» metido en una caja, y comíamos al borde de la balsa, fuera de la caseta.

Interior de la caseta de bambú, a resguardo del sol y del viento. De izquierda a derecha: Watzinger, Haugland, Raaby, Danielsson y el autor.

Raaby en el rincón de la radio, tras un mamparo de cartón decorado por Danielsson.

Hesselberg calculaba diariamente nuestra posición y trazábamos el rumbo en la carta del Pacífico.

tales y barrió la superficie del mar, invisible para nuestros ojos, el agua que corría sobre nuestras cabezas y espaldas tenía sabor salobre, mientras dábamos traspiés por la cubierta, desnudos y friolentos, vigilando que todo a bordo estuviera en orden para capear el temporal.

Cuando la tormenta empezó a cernerse sobre el horizonte, eran visibles en nuestras caras la ansiedad y la tensión de la espera. Pero cuando estuvo ya sobre nosotros con toda su fuerza y vimos que la «Kon-Tiki» se lo tomaba todo con despreocupación y buen humor, la tormenta se convirtió para nosotros en una nueva y excitante forma de deporte y gozábamos con la furia desencadenada a todo nuestro alrededor. La balsa dominaba con facilidad increíble la marejada, levantándose sola sobre la cumbre de las grandes olas como un corcho, mientras todo el peso del agua enfurecida estaba siempre unos cuantos centímetros más abajo. El mar tiene mucho de común con las montañas en un tiempo así; era como estar en despoblado en una tormenta, en lo más alto de unas montañas grises y desnudas. Aun cuando estábamos en el mismo corazón de los trópicos, mientras tras la balsa se deslizaba hacia arriba y hacia abajo en la humeante desolación del mar, nos imaginábamos siempre estar esquiando por las pendientes de las colinas entre masas de nieve y aristas de piedra. El entonces timonel tenía que mantener los ojos muy abiertos en semejante tiempo. Cuando pasaban las más escarpadas olas por la parte proel de la balsa, la parte popel de los troncos quedaba en el aire, pero un segundo después volvía a caer para levantarse de nuevo con la ola siguiente. Cada vez las olas venían tan cerca una de otra, que la de atrás nos alcanzaba cuando la otra todavía estaba manteniendo nuestra proa en el aire; entonces las compactas sábanas de agua se desplomaban sobre el hombre de guardia en un terrorífico torbellino, pero un instante después la popa estaba otra vez en alto y la inundación desaparecía como entre los dientes de un tenedor.

Nosotros habíamos calculado que de ordinario, en un mar tranquilo, donde, por lo general, pasan siete segundos entre una y otra de las olas más altas, embarcábamos doscientas toneladas de agua por la popa cada veinticuatro horas, pero esto apenas se podía notar porque se escurría entre las piernas del timonel

y desaparecía enteramente otra vez entre los troncos. Pero en una fuerte tormenta como ésta, caían a bordo más de diez mil toneladas de agua en nuestra popa cada veinticuatro horas, considerando que cada cinco segundos la carga variaba desde unos cuantos galones a dos o tres metros cúbicos y a veces mucho más. A menudo las olas estallaban a bordo con estruendo ensordecedor, de manera que el timonel estaba con el agua hasta la cintura y sentía como si estuviera abriéndose paso contra la corriente de un río torrencial. La balsa parecía quedarse temblando por un momento, pero la tremenda carga que gravitaba sobre su popa desaparecía nuevamente en grandes cascadas.

Herman pasaba todo el tiempo fuera con su anemómetro, midiendo las ráfagas huracanadas, las cuales duraron veinticuatro horas. Después fueron decayendo gradualmente hasta convertirse en una fuerte brisa, con chubascos por todas partes que continuaban manteniendo el mar como si hirviera alrededor de nosotros; mientras tanto seguíamos avanzando hacia el oeste con buen viento en la vela. Para obtener mediciones precisas del viento entre aquellas montañas de agua, Herman tenía que subir, cuando podía, al tembloroso mástil, donde hacía esfuerzos inauditos por mantenerse allí.

Cuando el tiempo moderó, vimos como si todos los grandes peces que nos rodeaban sufrieran un paroxismo de furor. El agua de alrededor estaba llena de tiburones, atunes, dorados y algunos aturdidos bonitos; todos retorciéndose por debajo de la balsa y en las olas cercanas. Era una lucha incesante a vida o muerte. Los dorsos de los grandes peces se arqueaban sobre el agua y se precipitaban como cohetes, unos a la caza de los otros, por pares, y el agua cerca de nosotros fue repetidamente teñida de sangre espesa. Los combatientes eran principalmente atunes y dorados y éstos venían en grandes bandadas que se movían más vivaz y rápidamente que de costumbre. Los atunes eran los atacantes; a menudo un pez de ochenta a cien kilos daba un salto en el aire llevando en la boca la sangrienta cabeza de un dorado. Pero aun cuando algunos dorados aislados escapaban llevando detrás de sí a un atún en furiosa persecución, el grueso del banco de dorados no cedía terreno, a pesar de que se veía a algunos con grandes heridas en el pescuezo. Una y otra vez los tiburones parecían también ciegos de rabia, y los vimos alcanzar y lu-

char con grandes atunes, los cuales encontraban en el tiburón un enemigo superior.

No se veía ni uno solo de los pacíficos peces pilotos. O habían sido devorados por los furiosos atunes, o se hallaban escondidos en los huecos bajo la balsa, o habían escapado del campo de batalla. Desde luego, no nos atrevimos a meter la cabeza dentro del agua para ver.

Tuve una desagradable sorpresa, y no pude dejar de reírme más tarde de mi completo atolondramiento, cuando me hallaba a popa obedeciendo a una exigencia de la naturaleza. Estábamos ya acostumbrados a sufrir pequeñas mojaduras en el retrete, pero parecía contrario a toda razonable probabilidad que pasara algo más, cuando inesperadamente recibí un golpe atrás, con algo grande, frío y muy pesado que subió a pegarme, como si fuera la cabeza de un tiburón. Al instante, subí rápido por el estay del palo con la sensación de llevar un tiburón colgado de mis partes traseras, antes de que pudiera reponerme del susto. Herman, que, sentado a la espadilla, se doblaba de risa, pudo decirme al fin que un gran atún me había dado un golpe de costado en mis desnudeces con algo así como ochenta kilos de pescado. Más tarde, cuando Herman y después Torstein estaban de guardia, el mismo pez trató de saltar varias veces por la popa con las olas, y dos veces el enorme bicho estuvo ya sobre los troncos de popa, pero cada vez consiguió escaparse antes de que le echáramos el guante, por lo resbaladizo de su cuerpo.

Después de esto, un atontado bonito subió a la balsa con una ola y con éste y un atún cogido la víspera decidimos ponernos a pescar, para poner orden en el sanguinario caos que nos rodeaba.

Nuestro diario dice:

«Primero enganchamos un tiburón de dos metros que subimos a bordo. Tan pronto como volvimos a echar el anzuelo, se lo tragó un tiburón de dos metros y medio, al que también izamos. Cuando volvimos a echar el cebo, cogimos un nuevo tiburón de dos metros, pero apenas lo habíamos izado hasta el borde de la balsa, se escapó. Volvimos a largar el anzuelo y un tiburón de dos metros y medio nos dio una ruda batalla; teníamos ya la cabeza sobre los troncos, cuando los cuatro alambres de acero se cortaron y el animal desapareció en las profundidades. Nuevo anzuelo afuera y subimos otro tiburón del mismo tamaño.

En aquel momento era peligroso seguir pescando en los resbalosos troncos de popa porque los tres tiburones, mucho tiempo después de que los creíamos muertos, continuaban de cuando en cuando levantando las cabezas y mordiendo en el aire. Arrastramos los tiburones por la cola y los llevamos hacia proa, colocándolos en cubierta, y poco tiempo después cogimos un gran atún, el cual nos dio una pelea más fuerte que la que había dado cualquiera de los tiburones que estaban a bordo. Era tan pesado y gordo, que ninguno de nosotros pudo levantarlo de la cola.

»El mar seguía lleno de lomos furiosos. Pescamos otro tiburón, que se escapó cuando lo estábamos subiendo, y en seguida cogimos otro de dos metros, que logramos meter a bordo, y después otro más pequeño. Luego cogimos uno de dos metros, y cuando el anzuelo volvió al mar, cobramos otro de dos metros y medio.»

Por donde fuéramos de la cubierta encontrábamos grandes tiburones obstruyendo el camino, azotando aquélla convulsivamente con la cola y dando contra la caseta al volverse para morder en el aire. Cansados y agotados como estábamos ya al ponernos a pescar después de aquellas noches de tormenta, nos quedamos como atontados sin saber cuáles estaban muertos, cuáles podían moverse en convulsiones y morder al acercarnos a ellos y cuáles estaban aún perfectamente vivos y al acecho de un descuido nuestro, con sus verdes ojos de gato. Cuando tuvimos a bordo nueve grandes tiburones echados en todas direcciones, estábamos tan cansados de tirar de los pesados cables y luchas con las contorsiones de las fieras, que abandonamos la pesca después de cinco largas horas de faena.

Al día siguiente había menos dorados y atunes, pero tantos tiburones como antes. Principiamos a pescar y a subirlos a bordo, pero nos detuvimos pronto, porque advertimos que la sangre fresca que corría fuera de la balsa no hacía sino atraer más y más tiburones. Los tiramos, pues, todos al mar y lavamos la cubierta, limpiándola completamente de sangre. Las esteras de bambú estaban destrozadas por los dientes y la áspera piel de los tiburones, de manera, pues, que tiramos al agua las más destruidas y ensangrentadas y las reemplazamos con otras nuevas de bambú amarillo dorado, de las que teníamos algunos rollos amarrados a la cubierta proel.

Por varias tardes, cuando nos retirábamos, veíamos en nuestra imaginación voraces mandíbulas abiertas y teníamos metido en las narices el olor a sangre y carne de tiburón. Hubiéramos podido comer tiburón, pues sabe a merluza si se le quita el amoníaco sumergiendo la carne veinticuatro horas en agua de mar, pero bonito y atún eran infinitamente mejores.

Aquel día, por primera vez, oí decir a uno de los compañeros que sería muy agradable poderse estirar a su gusto en el verde césped de una isla llena de palmeras; empezaba a estar harto de no ver otra cosa que pescado y mar gruesa.

El tiempo había calmado otra vez, pero ya no fue nunca tan constante ni de confiar como antes. Violentas e imprevisibles rachas de viento traían esporádicamente consigo grandes chubascos que veíamos llegar con alegría, pues una buena parte de nuestra provisión de agua había principiado a corromperse y sabía a repugnante agua de pantano. En lo fuerte del chaparrón, recogíamos agua del techo de la caseta y nos parábamos desnudos en cubierta para darnos el lujo de lavar con agua dulce la sal de nuestros cuerpos.

Los peces pilotos habían vuelto nuevamente y nadaban en los sitios de costumbre, pero no habríamos podido decir si eran los mismos que habían regresado después de la sangrienta batalla o si eran nuevos adeptos que se nos pegaron en el calor del combate.

El 21 de julio volvió a amainar el viento por completo. Había una opresión y una absoluta quietud en la atmósfera, y por experiencias anteriores sabíamos muy bien a qué atenernos.

Tras unas violentas rachas del este, oeste y sur, el viento refrescó y se convirtió en una constante brisa del sur, donde negros y amenazadores nubarrones volvían a amontonarse rápidamente sobre el horizonte. Herman estaba todo el tiempo fuera, midiendo con su anemómetro hasta 18 metros y más por segundo. De pronto, el saco de dormir de Torstein cayó al agua, y lo que pasó en los segundos siguientes se necesita mucho menos tiempo en hacerlo que en decirlo. Herman trató de coger el saco, dio un paso en falso y cayó al agua. Oímos un ahogado grito pidiendo ayuda entre el ruido de las olas y vimos su cabeza y un brazo que hacía señales al mismo tiempo que junto a él ondulaba un vago objeto de color verde. Herman estaba luchando por

su vida, tratando de regresar a la balsa a través de una gran ola que lo había arrastrado de la banda de babor. Torstein, que estaba en la espadilla, y yo, a proa, fuimos los primeros en darnos cuenta del accidente y nos quedamos helados de terror. Gritamos: «¡Hombre al agua!» con toda la fuerza de nuestros pulmones, al mismo tiempo que corríamos al salvavidas más cercano. Los otros no habían oído el grito de Herman por el ruido del mar, pero en un abrir y cerrar de ojos había movimiento y baraúnda en cubierta. Herman era un excelente nadador y aunque nosotros nos dimos cuenta en seguida de que su vida estaba en juego, teníamos la esperanza de que se las compondría para regresar al costado de la balsa antes de que fuera demasiado tarde.

Torstein, que estaba más cerca, cogió el tambor de bambú donde estaba el cabo que usábamos para el botecito salvavidas y fue ésta la única vez en todo el viaje en que el cabo se atascó al desenrollarlo. Todo pasó en unos segundos. En ese momento, Herman estaba ya al mismo nivel de la popa de la balsa, pero a unos cuantos metros fuera, y su última esperanza era nadar hacia la pala de la espadilla y asirse de ella. Al fallarle el extremo de los troncos, se dirigió a la espadilla, pero tampoco la pudo alcanzar y se quedó allí, justamente donde la experiencia nos había enseñado que no podíamos recuperar nada de lo que allí cayera. Mientras Bengt y yo lanzamos el bote, Knut y Erik tiraron el salvavidas; éste estaba siempre listo, colgado en una esquina del techo de la caseta y amarrado a un cabo largo. Esta vez, el viento era tan fuerte, que cuando lo lanzamos, de un soplo lo devolvió a bordo. Después de unos cuantos lanzamientos sin éxito alguno, Herman estaba ya bastante lejos de la espadilla, nadando desesperadamente para mantenerse a la velocidad de la balsa, pero la distancia se agrandaba con cada racha. Él se daba cuenta de que la separación iría inexorablemente en aumento, pero puso una débil esperanza en el botecillo, que ya habíamos lanzado al mar. Sin el cabo que actuaba como un freno, hubiera quizá sido posible llevar el bote de caucho hasta el nadador, pero ¿cómo regresaría el botecito hasta la «Kon-Tiki»? Éste ya era otro cantar. Sin embargo, tres hombres en un bote de caucho tienen alguna posibilidad de salvarse; un hombre al agua no tiene ninguna.

De pronto, vimos a Knut tirarse de cabeza al agua. Llevaba el chaleco salvavidas en una mano y se mantenía así muy bien a flote. Cada vez que la cabeza de Herman aparecía en una ola, desaparecía la de Knut, y cuando aparecía éste, desaparecía el otro, pero llegó un momento en que vimos las dos cabezas a la vez; habían nadado el uno hacia el otro y ambos estaban ahora sostenidos por el salvavidas. Knut hizo señales con el brazo y como ya habíamos subido el bote, los cuatro nos asimos al cabo del salvavidas y comenzamos a halar desesperadamente de él, con los ojos fijos en un gran objeto oscuro que era visible justamente detrás de ellos. Esta misma bestia misteriosa que levantaba un enorme triángulo verde negruzco fuera de la superficie, sobre la cresta de las olas, fue causa de que casi le diera un síncope a Knut cuando lo vio, al ir al encuentro de Herman. Sólo éste sabía que el triángulo no pertenecía ni a un tiburón ni a ningún otro monstruo marino: era la esquina inflada del saco impermeable de dormir que había sido causa del accidente. Este saco no permaneció mucho tiempo a flote después que hubieron subido los dos hombres sanos y salvos a la balsa. Sea lo que fuere lo que tiró del saco y lo sumergió súbitamente en las profundidades, se había perdido por poco una presa mucho mejor.

—Menos mal que no estaba yo dentro —dijo Torstein aferrándose a la espadilla junto a la cual se escapó el saco.

Por lo demás, no hubo muchos chistes aquella noche. Durante mucho tiempo después, todos notábamos un escalofrío por el cuerpo entero cuando recordábamos los trágicos momentos vividos aquella tarde. Pero esos escalofríos eran mitigados por el pensamiento, lleno de gratitud, de que todavía estábamos juntos los seis a bordo.

La misma noche, Herman y los demás nos superamos en decirle a Knut frases agradables, llenas de agradecimiento.

En realidad, no tuvimos mucho tiempo para pensar en lo que acababa de suceder, pues a medida que el cielo se ennegrecía sobre nuestras cabezas, las rachas de viento crecían en intensidad, y antes de que llegara la noche teníamos una nueva tormenta encima. Acordamos poner el cinturón salvavidas a popa, firme a un largo cabo, de manera que pudiéramos tener algo detrás de la espadilla hacia donde nadar, si uno de nosotros volvía de nuevo a caer en medio de un chubasco. Al venir la noche, se vol-

vió todo negro, ocultando la balsa y el mar. Danzando salvajemente hacia arriba, abajo y a las bandas, no oíamos en la oscuridad sino el ruido de la tormenta ululando en los mástiles y la jarcia, mientras el viento huracanado presionaba con fuerza aplastante sobre los elásticos mamparos de la caseta, hasta el punto que temimos la arrancara de cuajo. Afortunadamente, estaba cubierta con lonas y bien amarrada. Sentíamos la «Kon-Tiki» meciéndose con las olas espumantes, mientras los troncos se movían arriba y abajo al compás del oleaje como las teclas de un instrumento musical. Cada vez nos sorprendíamos de que no aparecieran surtidores de agua a través de las anchas rendijas del piso, pero éstas sólo actuaban como fuelles por los cuales subía y bajaba un aire húmedo.

Durante cinco días consecutivos, el tiempo varió entre tormenta furiosa y moderado temporal; el mar parecía como excavado en profundos valles llenos del vapor de las olas grisazulado, las cuales parecían tener el lomo achatado bajo las embestidas del viento. Al quinto día, el cielo se abrió para dejarnos ver retazos de azul, y la siniestra capa de negros nubarrones empezó a dar paso al cielo claro, victorioso al final. Habíamos salido del temporal con la espadilla aplastada y la vela rasgada; los tablones de las orzas se habían medio desprendido y golpeaban entre los troncos como palancas de hierro, pues todos los cabos que las tenían ajustadas bajo el agua se habían aflojado. Sólo nosotros y la carga estábamos sin novedad.

Después de las dos tormentas, la «Kon-Tiki» se había debilitado en sus articulaciones. La tensión sufrida sobre el empinado lomo de las olas había estirado todos los cabos, y el trabajo continuo de los troncos había hecho penetrar aquéllos dentro de la suave madera de balsa. Dimos gracias a la Providencia de haber seguido la costumbre de los incas y no haber usado cables de alambre, los cuales habrían aserrado los troncos como palillos de fósforos durante la tormenta. Y si hubiéramos usado madera de balsa seca como yesca desde el principio, la balsa habría naufragado haría mucho tiempo, desapareciendo bajo nuestros pies encharcada por el agua del mar. Era la savia dentro de los troncos frescos lo que actuaba como impregnación e impedía que se metiera el agua en la porosa madera de balsa.

Los cabos se habían aflojado tanto, que era peligroso meter

el pie entre dos troncos, pues podía ser aplastado con un movimiento violento de éstos. A proa y a popa, donde no había piso de bambú, teníamos que doblar las rodillas cuando estábamos de pie con las piernas separadas entre dos troncos. Los troncos de la popa eran resbalosos como cáscaras de plátano, debido al musgo y algas, y aunque el roce de los pies había abierto un sendero a través de ese verdor y habíamos puesto una ancha tabla donde el hombre de guardia pudiera tenerse, no era fácil conservar el equilibrio cuando una ola grande alcanzaba la balsa. Al costado de babor, uno de los nueve gigantes golpeaba contra los travesaños con un sonido sordo, de día y de noche. Surgieron también nuevos y alarmantes crujidos de los cabos que unían por su parte superior a los dos mástiles; en efecto, los pies de éstos trabajaban independientemente el uno del otro, pues descansaban en dos troncos distintos. Ajustamos la espadilla con largas láminas de mangle bien amarradas, y con Erik y Bengt como maestros veleros, la «Kon-Tiki» levantó nuevamente la cabeza e infló el pecho en una ancha comba hacia Polinesia, mientras la espadilla danzaba detrás en un mar que el magnífico tiempo había hecho suave y apacible. Pero los tablones de las orzas nunca volvieron a ser lo que fueron; ya no tomaban la presión del agua con toda su fuerza, sino que cedían, colgando flojos debajo de la balsa. Era inútil también tratar de inspeccionar los cabos del fondo de la balsa, porque estaban completamente cubiertos de plantas marinas. Al levantar la cubierta de bambú, sólo encontramos rotos tres de los cabos principales, y esto fue debido a que habían estado expuestos a la continua fricción de la carga que los aprisionaba. Era evidente que los troncos habían absorbido una gran cantidad de agua, pero la carga también se había aliviado, y una cosa compensaba la otra. Teníamos ya consumida la mayor parte de nuestras provisiones y del agua potable, así como también casi todas las pilas secas de la radio.

Sin embargo, después de la última tormenta, era evidente que podríamos seguir juntos y flotar perfectamente durante la corta distancia que nos separaba de las islas frente a nosotros. Ahora bien, el otro gran problema era cómo iba a terminar el viaje.

La «Kon-Tiki» iría inexorablemente hacia occidente hasta que su proa tocara roca sólida o algún objeto que detuviera final-

mente su deriva. Nuestro viaje no terminaría hasta que todos desembarcáramos sanos y salvos en una de las numerosas islas de la Polinesia que teníamos por delante.

Cuando pasamos la última tormenta, era totalmente incierto dónde iría a parar la balsa; estábamos a igual distancia de las islas Marquesas y del archipiélago de Tuamotu, y en tal posición, que podíamos fácilmente pasar entre los dos grupos de islas sin siquiera poder echarle una mirada a alguna de ellas. La más cercana de las Marquesas quedaba a trescientas millas al noroeste, y la más próxima del grupo de Tuamotu, a trescientas millas al sudoeste, y el viento y la corriente eran inciertos, con una dirección general hacia el oeste, es decir, hacia el amplio portillo abierto entre los dos archipiélagos.

La isla más próxima hacia el noroeste era nada menos que Fatu Hiva, la montañosa islita cubierta de selva donde yo había vivido en una cabaña construida sobre pilares en la playa y donde había oído al viejo contarme vívidas historias del héroe ancestral Tiki. Si la «Kon-Tiki» llegaba a esa misma playa, yo iba a encontrar allí muchos conocidos, aunque era difícil que entre ellos estuviera el viejo. Debía de haber partido hacía mucho tiempo, con la esperanza de volverse a juntar con Tiki. Si la balsa hacía rumbo hacia la cadena de montañas de las islas Marquesas, yo sabía que las pocas que constituyen el grupo estaban muy separadas y que el mar rompía continuamente contra los acantilados verticales, y que tendríamos que estar con los ojos muy abiertos para dirigirnos a la entrada de uno de los pocos valles que siempre terminan en pequeñas playas.

Si, al contrario, se dirigía hacia los arrecifes de coral del grupo de Tuamotu, allí las numerosas islas quedan muy cerca unas de otras y cubren una gran extensión del mar, pero este grupo es también conocido como el «archipiélago bajo» o «peligroso», porque toda la formación ha crecido enteramente sobre pólipos de coral y consiste en traidores arrecifes sumergidos y atolones cubiertos de palmeras, que se levantan sólo dos o tres metros sobre la superficie del mar. Peligrosos arrecifes en forma de anillos se extienden como protección alrededor de cada atolón y son una amenaza para la navegación en toda esa área. Pero aunque los atolones de Tuamotu estén formados de pólipos de coral y las islas Marquesas sean restos de volcanes extintos, ambos gru-

pos están habitados por la misma raza polinesia y las familias reales en ambos miran a Tiki como su antepasado original.

El 3 de julio, cuando todavía estábamos a mil millas de la Polinesia, la Naturaleza misma se encargó de decirnos, como lo había hecho en su época con los primitivos navegantes de las balsas del Perú, que frente a nosotros había realmente tierra, en alguna parte del mar. Hasta que estuvimos a mil millas fuera de la costa del Perú, notamos la presencia de pequeños grupos de pájaros «fragata». Éstos desaparecieron más o menos a los cien grados oeste, y luego ya no vimos sino pequeños petreles, que viven en el mar. Pero el 3 de julio, los pájaros «fragata» reaparecieron a los 125° oeste y desde entonces en adelante encontramos pequeños grupos, ya fuera volando muy alto en el cielo, o deslizándose al ras de las crestas de las olas, donde cazaban peces voladores cuando saltaban al aire escapando de los dorados. Como estas aves no venían de América detrás de nosotros, probablemente tenían sus nidos en otras tierras de enfrente.

El 16 de julio, la Naturaleza se traicionó aún más claramente. Aquel día cobramos un tiburón de tres metros, que arrojó del estómago una enorme estrella de mar aún no digerida, que evidentemente había sido engullida en alguna costa cercana a estos mares.

Exactamente al día siguiente tuvimos el primer visitante que venía sin duda de las islas de la Polinesia.

Fue un gran momento a bordo el de avistar dos grandes pájaros marinos en el horizonte; eran dos bubias que venían del oeste y descendieron muy bajo, volando sobre nuestro mástil. Tenían una envergadura de metro y medio y dieron varias vueltas a nuestro alrededor; luego plegaron las alas y se posaron sobre el mar a nuestro lado. Unos dorados se dirigieron apresuradamente hacia el lugar e hicieron un reconocimiento inquisitivo, pero ninguna parte atacó a la otra. Éstos eran los primeros mensajeros vivos que vinieron a darnos la bienvenida desde la Polinesia. No regresaron a sus lejanas viviendas por la noche, sino que descansaron en el mar, y después de medianoche los sentíamos aún dando vueltas sobre el mástil, lanzando roncos chillidos.

Los peces voladores que caían a bordo eran ahora de una especie mucho mayor. Los reconocí por haberlos visto antes en expediciones de pesca con los indígenas de Fatu Hiva. Durante

tres días y tres noches nos dirigimos directamente hacia Fatu Hiva, pero surgió entonces un fuerte viento del nordeste y nos empujó hacia el sudoeste en dirección a los atolones de Tuamotu. Habíamos sido empujados fuera de la corriente subecuatorial, y las otras corrientes oceánicas ya no podían inspirarnos confianza. Un día estaban allí, otro desaparecían; ellas podían correr como ríos invisibles, ramificándose sobre el ancho mar. Si las corrientes eran rápidas, descendía la temperatura alrededor de un grado y el mar se volvía más picado. Conocíamos cada día su dirección y su fuerza por la diferencia entre las previsiones de Erik y la medición posterior de la posición real.

En la antesala de Polinesia, el viento nos abandonó, dejándonos al cuidado de un pequeño brazo de la corriente, que con gran alarma nuestra tenía su curso en dirección al Antártico. El viento nunca amainó del todo; jamás dejamos de notarlo durante todo el viaje; cuando era muy débil, dábamos cuanta lona se podía encontrar para recoger el menor soplo. No hubo un solo día en que nos moviéramos hacia atrás, en dirección a América, y la singladura menor fue de nueve millas, en tanto que nuestro promedio de travesía fue de cuarenta y dos millas y media por día.

Los vientos alisios, después de todo, no iban a tener la descortesía de fallarnos en el último tramo. Comparecieron de nuevo a su puesto y empujaron y ayudaron a la destartalada balsa, que estaba preparando su entrada a una nueva y extraña parte del mundo.

Cada día que pasaba venían mayores bandadas de aves marinas, que parecían dar vueltas sin rumbo en todas direcciones. Una tarde, cuando el sol estaba ya para hundirse en el mar, notamos que las aves habían recibido un ímpetu violento. Volaban hacia el oeste, sin poner atención ni a nosotros ni a los peces voladores debajo de ellas. Desde la parte alta del másil podíamos ver, a medida que se aproximaban, que todas iban volando exactamente al mismo rumbo. Quizás ellas veían desde allá arriba algo que nosotros no podíamos vislumbrar. Quizá volaban por instinto; en cualquier caso, iban con un plan: directamente al hogar, a la isla más cercana, a la isla donde nacieron.

Metimos la espadilla a una banda e hicimos un rumbo exacto al que habían seguido las aves al desaparecer. Aun después

de oscurecido oíamos los gritos de los rezagados volando sobre nosotros bajo el cielo estrellado, exactamente al mismo rumbo que ahora estábamos siguiendo. Era una noche maravillosa; la luna estaba casi llena, por tercera vez en el curso del viaje de la «Kon-Tiki».

Al día siguiente, las aves fueron aún más numerosas, pero ya no necesitábamos esperar el anochecer para encontrar nuestro camino. Esta vez habíamos descubierto una curiosa nube estacionaria sobre el horizonte. Las otras nubes eran pequeñas como plumas o vellones de lana que aparecían por el sur y pasaban sobre la bóveda del cielo llevadas por los alisios hasta desaparecer por occidente. Así había yo aprendido a distinguir las nubes empujadas por los alisios en Fatu Hiva y así las habíamos visto sobre nosotros noche y día a bordo de la «Kon-Tiki». Pero aquella nube solitaria en el horizonte hacia el sudoeste no se movía; se levantaba simplemente como una inmóvil columna de humo, mientras las de los alisios pasaban cerca. *Cumulunimbus* se llama en latín este tipo de nubes. Los polinesios no sabían esto, pero sí que debajo de estas nubes hay tierra. Porque cuando el sol tropical tuesta la arena, se crea una columna de aire caliente que sube y hace que el vapor contenido se condense arriba, en una capa más fría de la atmósfera.

Arrumbamos hacia la nube hasta que desapareció con la caída del sol. El viento era fresco y, con la espadilla bien ajustada, la «Kon-Tiki» seguía su rumbo sin ayuda, como tantas veces había hecho con buen tiempo. El trabajo del timonel era ahora estar arriba en la plataforma del mástil, ya brillante por el uso, y otear el horizonte por si avistaba el menor indicio de tierra.

Toda aquella noche hubo en el cielo una gritería ensordecedora, procedente de los pájaros que volaban sobre nosotros.

La luna estaba casi en su pleno.

Capítulo VII

HACIA LAS ISLAS DEL MAR DEL SUR

Primera vista de tierra — Pasamos de largo ante Puka Puka — Día de fiesta frente a los arrecifes de Angatau — En el umbral del Paraíso — Los primeros indígenas — La «Kon-Tiki» toma nueva tripulación — Knut va a tierra con permiso — Una batalla perdida — Derivamos de nuevo a alta mar — En aguas peligrosas — De Takume a Raroia — Entrando en la caldera infernal — A merced de los rompientes — Restos de un naufragio — Arrojados a la costa sobre un arrecife de coral — Encontramos una isla desierta

En la noche anterior al 30 de julio, una nueva y extraña atmósfera reinaba a bordo de la «Kon-Tiki». Quizás era el clamor ensordecedor de todas las aves marinas que, volando sobre nosotros, nos indicaban que algo nuevo se estaba preparando. Los chillidos de los pájaros ponían una nota de excitación y de ambiente terreno, después del monótono crujir del aparejo, único sonido que durante tres meses nos había acompañado, sobrepuesto al eterno rumor del mar. La luna parecía mayor y más redonda que nunca, al deslizarse por sobre el puesto de vigía del mástil. En nuestra fantasía la veíamos reflejar copas de palmeras y encendidos idilios; no era su luz tan dorada cuando sólo iluminaba los fríos peces en alta mar.

A las seis bajó Bengt del mástil, despertó a Herman y le pasó el turno; cuando éste trepó al crujiente e inclinado mástil, ya había comenzado a romper el día; diez minutos después ya estaba otra vez bajando por la escala de gato y comenzó a sacudirme de una pierna.

—¡Ven y échale una mirada a tu isla!

Tenía la cara radiante y me levanté de un salto, seguido de Bengt, que todavía no se había acostado. Subimos uno detrás del otro lo más alto que pudimos, hasta el sitio en que se cruzaban los palos. Había muchos pájaros alrededor de nosotros y se reflejaba sobre el mar un desmayado velo azul violeta, como una última reliquia de la noche que partía. Hacia oriente, por todo el horizonte había comenzado a extenderse un resplandor rojizo y más allá, hacia el sudeste, se iba formando gradualmente un fondo rojo sangriento sobre el que se destacaba débil una desmayada sombra, como una breve raya de lápiz azul trazada sobre la línea del horizonte.

—¡Tierra...! ¡Una isla!

La devoramos ansiosamente con los ojos y despertamos a los otros, que salieron dando traspiés y mirando en todas direcciones, como si pensaran que ya nuestra proa iba a embarrancar en una playa. Chillones pájaros marinos formaban como un puente en el cielo en dirección a la isla distante, que se levantaba nítida contra el horizonte a medida que se agrandaba el rojizo telón de fondo y se volvía dorado con la salida del sol y la llegada de la plena luz del día. Nuestro primer pensamiento fue que la isla no estaba donde debía, y como ésta no podía haberse movido, la balsa había sido seguramente cogida por una corriente de dirección norte en el transcurso de la noche. No teníamos más que echar una mirada al mar para advertir inmediatamente, por el rumbo de las olas, de que en la negrura de la noche habíamos perdido nuestra oportunidad.

Desde el sitio en que nos encontrábamos, el viento no nos permitiría arrumbar la balsa hacia la isla. El área entera del archipiélago de Tuamotu estaba llena de fuertes corrientes locales que se retorcían en todas direcciones al chocar contra tierra; y muchas cambiaban de rumbo al encontrarse con las poderosas corrientes ocasionadas por la marea al entrar en las lagunas y salir de ellas, pasando sobre los arrecifes que las circundan.

Maniobramos con la espadilla, aunque sabíamos que era inútil. A las seis y media se levantó el sol sobre el mar y trepó directamente hacia el cenit, como hace en los trópicos. La isla quedaba a unas cuantas millas de distancia y tenía la apariencia de una baja franja de arbolado que se arrastraba a lo largo del ho-

rizonte. Los árboles estaban apretujados muy juntos, detrás de una estrecha playa de color claro, tan baja, que desaparecía a intervalos detrás de las olas. Según los cálculos de Erik, esta isla era Puka Puka, el puesto más avanzado del grupo de las Tuamotu. El «Derrotero de las islas del Pacífico, 1940», nuestras dos diferentes cartas y las observaciones de Erik daban en total cuatro posiciones distintas para esta isla, pero como no había otras en toda la vecindad, no cabía duda de que la que estábamos viendo era Puka Puka.

No hubo a bordo ningún exagerado estallido de entusiasmo. Después que se hubo metido la espadilla y orientado la vela, todos formamos un grupo silencioso, encaramados en el mástil o parados en la cubierta, mirando hacia la tierra que se había levantado de pronto en el centro de este mar infinito y soberano. Al fin teníamos una prueba tangible de que durante todos estos meses nos habíamos movido realmente; no habíamos estado balanceándonos en el centro del mismo eterno horizonte circular. A nosotros nos parecía como si la isla fuera móvil y hubiera entrado de pronto en el círculo vacío del mar azul, en cuyo centro teníamos nuestro domicilio permanente; era como si la isla estuviera derivando lentamente hacia el este, dentro de nuestro propio dominio. Nos embargaba una cálida y tranquila satisfacción, por haber efectivamente alcanzado la Polinesia, mezclada con una vaga y momentánea desilusión por tener que rendirnos a nuestra impotencia y limitarnos a mirar la isla, que aparecía allí como un espejismo, mientras seguíamos nuestra eterna peregrinación sobre el mar hacia occidente.

Poco después de la salida del sol se levantó una espesa columna de humo sobre las copas de los árboles a la izquierda del centro de la isla. La seguimos con los ojos y pensamos que los indígenas estaban levantándose y preparando su desayuno. No sabíamos entonces que los puestos de observación de los isleños nos habían descubierto y estaban haciendo señales para invitarnos a desembarcar. A eso de las siete nos alcanzó un vago perfume de madera quemada de «borao», que cosquilleaba nuestras saladas narices. Esto despertó en mí inmediatamente dormidos recuerdos de las hogueras en las playas de Fatu Hiva. Media hora más tarde nos llegó el franco olor de madera verde y de selva. La isla había empezado a encogerse y quedaba muy

Haugland, aguantado por los pies, inspecciona los cabos que sujetan los troncos principales.

Un pájaro es el primer embajador de la Polinesia.

Montañas de agua avanzaban hacia la Kon-Tiki.

La Kon-Tiki **embarrancada en el arrecife Raroia. Allí quedó durante varios días, empujada por las olas cada vez más adentro.**

a popa, y por eso recibíamos apagadas rachas de brisa desde ella. Durante un cuarto de hora, Herman y yo estuvimos subidos al mástil aspirando el tibio aroma de follaje y verdor. ¡Esto era Polinesia! Un rico y delicioso perfume de tierra seca, después de noventa y tres días de sal, danzando entre las olas. Bengt estaba roncando otra vez dentro de su saco de dormir. Erik y Torstein meditaban, echados de espaldas dentro de la caseta, y Knut entraba y salía olfateando el perfume de las hojas verdes y escribía notas en su diario.

A las ocho y treinta, Puka Puka se hundió en el mar hacia popa, pero hasta las once pudimos ver, subidos en el mástil, una pálida raya azul sobre el horizonte hacia el oriente. Después, esto también desapareció y se levantó hacia el cielo un altísimo cumulonimbo que permaneció inmóvil, único indicio que quedaba de Puka Puka. Desaparecieron los pájaros; ellos van con preferencia a barlovento de las islas, para tener el viento a su favor al atardecer, cuando regresan con el buche lleno. Los dorados habían disminuido también notablemente y bajo la balsa no había sino unos cuantos peces pilotos.

Esa noche, Bengt dijo que echaba de menos una mesa y una silla, porque estaba cansado de leer echado, dando vueltas sobre la espalda o sobre la barriga. Por lo demás, se alegraba de que nos hubiese fallado la isla, porque aún le faltaban tres libros por leer. A Torstein le vino de repente el antojo de comer manzanas y yo desperté en la noche sintiendo un delicioso y concreto olor a bistec con cebollas. Pero resultó ser sólo el de una camisa sucia.

Al día siguiente localizamos dos nuevas nubes que se levantaban como el vapor de dos locomotoras en el horizonte. La carta nos mostró que el nombre de las islas que las producían eran Fangahina y Angatau. La nube de Angatau quedaba mucho más favorable a nosotros, dada la dirección en que soplaba el viento, de manera que hicimos rumbo hacia ella; amarramos fuertemente la espadilla y gozamos de la paz y libertad maravillosas del Pacífico. Era tan bella la vida aquel día en la cubierta de la «Kon-Tiki», que nos embebíamos ávidamente de todas las impresiones, con la certeza de que pronto terminaría el viaje, cualquiera que fuera el final que nos aguardara.

Durante tres días y tres noches dirigimos la balsa hacia la

nube de Angatau; el tiempo era espléndido; la espadilla por sí sola mantenía el rumbo y esta vez la corriente no nos hizo ninguna mala pasada. A la cuarta mañana, Torstein relevó a Herman después de la guardia de cuatro a seis, y éste le dijo que creía haber visto el perfil de una isla baja a la luz de la luna. Cuando el sol se levantó poco después, Torstein metió la cabeza dentro de la caseta y gritó:

—¡Tierra a la vista!

Todos nos precipitamos a cubierta, y lo que vimos nos hizo izar todas nuestras banderas. Primero la noruega a popa, después la francesa en la perilla del palo, porque nos dirigíamos hacia una colonia francesa. Luego una colección entera de banderas ondeaban con el fresco viento alisio: la norteamericana, la británica, la peruana y la sueca, además de la bandera del Club de los Exploradores, para que no hubiera duda alguna a bordo de que la «Kon-Tiki» estaba engalanada. Esta vez la situación de la isla era ideal; exactamente en nuestro rumbo y un poco más alejada de lo que había estado Puka Puka cuando cuatro días antes surgió ante nuestros ojos al amanecer. Al levantarse el sol por la popa, pudimos ver un claro destello verde que se alzaba muy alto sobre el turbio cielo de la isla. Era el reflejo de la tranquila laguna verde, en el interior del circular arrecife. Algunos de estos atolones bajos lanzan espejismos de esta clase a una altura de muchos miles de pies, indicando su posición a los primitivos navegantes muchos días antes de que la isla misma sea visible en el horizonte.

Hacia las diez nos hicimos cargo de la espadilla; debíamos decidir ahora hacia qué parte de la isla nos convenía encaminarnos. Podíamos ya distinguir las copas individuales de árboles, y ver las filas de sus troncos brillando al sol y destacándose sobre el fondo sombreado del denso follaje.

Sabíamos que en alguna parte, entre nosotros y la isla, existía un peligroso banco sumergido, al acecho de cualquier cosa que se acercara a la inocente islilla; esos arrecifes quedan justamente debajo del profundo y libre oleaje que viene rodando de oriente, y cuando las enormes masas de agua pierden el equilibrio al pasar sobre el banco, se levantan hacia el cielo para desplomarse atronadores y espumantes sobre el escarpado arrecife de coral. Muchos barcos han sido cogidos en la terrible suc-

ción y han perecido estrellados contra los sumergidos arrecifes del grupo de las Tuamotu.

Desde el mar no podíamos ver nada de esta trampa insidiosa. Continuábamos adelante, siguiendo la dirección de la corriente; veíamos solamente el lomo curvado y brillante de las olas que venían una tras de otra, desapareciendo rumbo a la isla. Tanto los arrecifes como el espumante aquelarre que se desarrollaba sobre ellos, quedaban escondidos detrás de las filas crecientes y continuas de enormes y anchas olas que corrían delante de nosotros. Pero a ambos extremos de la isla, donde se mostraba la playa de perfil, tanto al norte como al sur, veíamos que a unos cientos de metros de tierra el mar era una sola masa blanca e hirviente que saltaba en el aire.

Enmendamos nuestro rumbo de tal modo que rozáramos apenas la caldera infernal, a la altura de la punta sur, esperando que al llegar allí nos sería posible gobernar la balsa a lo largo del atolón, hasta quedar a sotavento de la punta, o bien que, antes de rebasar la isla, daríamos con un lugar lo bastante somero para poder detenernos, con ayuda de un ancla improvisada, y esperar allí a que un cambio de viento nos llevara a sotavento de la isla.

A mediodía pudimos observar con los anteojos que la vegetación de la isla consistía en verdes cocoteros que juntaban sus copas en lo alto, dando sombra a una compacta y lujuriante maleza. En la playa y esparcidos en la arena había grandes bloques de coral. Por lo demás, no había signo de vida, como no fuera unos pájaros blancos que se levantaban de entre los penachos de las palmeras.

A las dos de la tarde nos habíamos acercado tanto, que empezamos a bordear la isla, junto al frontón exterior de los traicioneros arrecifes. A medida que nos acercábamos, percibíamos el rugido de las rompientes como una ininterrumpida catarata contra los arrecifes, y muy pronto su estruendo llegó a ser como el de un interminable tren expreso que corriera paralelo a nosotros, a unos pocos centenares de metros por el costado de estribor. Ya podíamos ver también la blanca nube de agua pulverizada que de vez en cuando saltaba muy arriba en el aire, detrás de los encrespados lomos de las olas, allí donde «el tren» pasaba rugiendo.

Dos hombres a la vez hacían guardia en la espadilla; como ellos quedaban detrás de la caseta, ésta les privaba ver hacia proa. Erik, en su calidad de piloto, estaba de pie sobre la caja de la cocina y daba desde allí órdenes a los hombres que manejaban la pesada espadilla. Nuestro plan era mantenernos tan cerca del peligroso arrecife como fuera prudente. Desde lo alto del mástil ejercíamos una continua vigilancia, en busca de un portillo o abertura en el arrecife por el que pudiéramos escurrirnos con la balsa. La corriente nos estaba llevando a lo largo de toda la longitud del arrecife; hoy jugaba limpio. Los tablones de las orzas, aunque estaban flojos, nos permitían gobernar a unos veinte grados del viento a ambas bandas y éste estaba soplando paralelo al arrecife.

Mientras Erik dirigía nuestro rumbo en zigzag y hacía sus virajes tan cerca del arrecife como era prudente en vista de la succión, Herman y yo salimos en el bote de caucho unidos a la balsa por un largo cabo. Cuando la balsa iba de la vuelta hacia dentro, nosotros borneábamos detrás de ella y llegábamos tan cerca de los atronadores arrecifes, que podíamos ver la muralla verde vidrioso de agua que iba rodando hacia la isla, y veíamos también como, al regolfar las olas, el arrecife quedaba expuesto al aire, recordando una destrozada barricada de hierro oxidado. Hasta donde alcanzaba la vista a lo largo de la costa, no se divisaba ni brecha ni portillo. Erik ajustaba la vela, cazando las escotas de babor y amollando las de estribor, mientras los timoneles maniobraban en el mismo sentido, de modo que la «Kon-Tiki» volvía a poner la proa otra vez hacia fuera, saliendo de la zona de peligro, hasta su próxima virada hacia los arrecifes.

Cada vez que la «Kon-Tiki» se arrimaba a los arrecifes y maniobraba para volver a despegarse de ellos, los del bote estábamos con el alma en un hilo, pues nos acercábamos tanto que sentíamos acelerarse el latido del mar y hacerse más intenso y fiero. Y cada vez nos parecía que Erik había ido demasiado lejos, y que ahora sí que no había esperanza de sacar a la «Kon-Tiki» fuera de la rompiente que nos arrastraba contra los endiablados arrecifes. Pero Erik se despegaba cada vez con una hábil maniobra, y la «Kon-Tiki» volvía a ganar el mar abierto, fuera de las garras de la succión. Todo el tiempo estuvimos deslizándonos

tan cerca de la isla, que distinguíamos todos los detalles de la costa, pero ésta era para nosotros como un paraíso cerrado por la espumante fosa interpuesta entre la balsa y la isla.

Alrededor de las tres se abrió el bosque de palmas en la playa y a través de una ancha brecha pudimos divisar una laguna azul y cristalina. Mas el anillo de arrecifes permanecía tan compacto como siempre, rechinando siniestramente entre la espuma sus dientes de un rojo sangriento. No había paso alguno, y el bosque se volvió a cerrar, mientras nosotros seguíamos afanándonos a lo largo de la isla con el viento a la espalda. Después, la cortina de palmeras se fue adelgazando y nos dio la oportunidad de ver el interior del anillo de coral. Éste consistía en la más bella y brillante laguna de agua salada que imaginarse pueda, como un gran lago silencioso en las montañas, rodeado de palmas ondulantes y con lindas playas para bañistas. La seductora isla, llena de verdes palmas, formaba un amplio y suave anillo de arena alrededor de la hospitalaria laguna, pero había un segundo anillo que rodeaba toda la isla, la herrumbrosa espada que defendía las puertas del Edén.

Todo el día estuvimos navegando en zigzag a lo largo de Angatau, teniendo su belleza al alcance de la mano, casi al otro lado de la puerta de la caseta. El sol caía sobre las palmas y todo era alegría en la paradisíaca isla. Como nuestras maniobras se convirtieron gradualmente en rutina, Erik tomó su guitarra y allí en cubierta, bajo un enorme sombrero peruano, se puso a cantar canciones sentimentales de las islas del Sur, mientras Bengt servía una excelente comida al borde de la balsa. Partimos un viejo coco del Perú y bebimos por los cocos frescos que colgaban de los árboles allá dentro. Toda la atmósfera —la paz sobre el brillante vergel de verdes palmas que se inclinaban hacia nosotros, la paz de los blancos pájaros que volaban sobre los abanicos de los cocoteros, la paz sobre la laguna de cristal, la suave playa de arena, el maligno y rojo arrecife, el rugir del cañón y el redoble de tambores en el aire—, el conjunto entero nos impresionaba de modo abrumador a los seis que habíamos llegado del mar. Una impresión que jamás se borrará de nuestra memoria. Ya no había duda de que habíamos llegado al otro lado; nunca podríamos encontrar una isla del Mar del Sur más genuina. Desembarcáramos o no, habíamos llegado a Po-

linesia; el inmenso mar quedaba detrás de nosotros para siempre.

Este solemne día, a la vista de Angatau, era el nonagésimo séptimo a bordo y, cosa extraña, fueron noventa y siete días los que calculamos en Nueva York como el tiempo mínimo requerido para llegar a la isla más cercana de la Polinesia en condiciones teóricamente ideales.

A las cinco pasamos ante dos cabañas techadas con hojas de palma que se levantaban entre los árboles de la costa, pero no había en ellas humo ni ningún otro signo de vida.

A las cinco y media nos dirigimos otra vez hacia los arrecifes; ya estábamos llegando cerca de la extremidad occidental, y teníamos que dar una última mirada en busca de pasaje antes de que rebasáramos la isla. Estaba ya tan bajo el sol, que nos cegaba cuando mirábamos enfrente de nosotros, y vimos un pequeño arco iris donde el mar rompía contra los arrecifes, unos cuantos cientos de metros más allá de la última punta. Veíamos a la isla ya en silueta. En la playa interior distinguimos un grupo de manchas negras inmóviles. De pronto, una de ellas avanzó lentamente hacia la orilla, a la vez que otras corrían rápidamente hacia el borde del bosque. ¡Eran personas! Dirigimos la balsa tan cerca de los arrecifes como nos atrevimos, y como el viento había caído, pensamos que estábamos en un tris de ponernos a sotavento de la isla. Entonces vimos que lanzaban una canoa y que dos individuos se embarcaban y comenzaban a remar al otro lado de los arrecifes; después de un tiempo viraron hacia fuera y vimos como la mar la levantaba muy alto sobre las olas, en el momento en que se lanzaba por un pasaje en los escollos y se dirigía directamente hacia nosotros.

El paso del anillo de arrecifes estaba, pues, allí, y allí, sin duda, nuestra última esperanza. En aquel momento pudimos ver también toda la aldea extendida entre los troncos de las palmas. Pero ya las sombras se iban alargando.

Los dos hombres de la canoa nos hicieron señas con la mano. Les contestamos con expresivos gestos, y ellos aumentaron su velocidad. Era una canoa polinesia tripulada por dos hombres morenos que vestían camiseta y remaban sentados mirando hacia proa. Naturalmente, teníamos que contar con nuevas dificultades de lenguaje. Yo era el único de los de a bordo que co-

nocía y recordaba algunas palabras aprendidas en las Marquesas durante mi estada en Fatu Hiva, pero el polinesio es un idioma difícil de retener por falta de práctica, allá en nuestros países nórdicos.

Sentimos cierto alivio, sin embargo, cuando la canoa se pegó al costado de la balsa y los dos hombres subieron a bordo, porque uno de ellos, gesticulando con toda la cara y levantando una mano oscura, dijo en inglés:

—¡Buenas noches!

—Buenas nochas —contesté con sorpresa—. ¿Hablas inglés?

El hombre se sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Buenas noches —repetía—. Buenas noches.

Éste era todo su vocabulario en idiomas extranjeros y, desde luego, le llevaba una gran ventaja a su más modesto compañero, que se había quedado detrás y sonreía impresionado con la sabiduría de su amigo.

—¿Angatau? —le pregunté, señalando la isla.

—H'Angatau —dijo moviendo la cabeza afirmativamente.

Erik también la movió con orgullo. Había estado en lo cierto; nos encontrábamos precisamente donde el sol le indicara.

—*Maimai hee iuta* —intenté decirle. Por lo que había aprendido en Fatu Hiva, esto quería decir aproximadamente: «Queremos ir a tierra».

Ambos señalaron inmediatamente hacia el invisible pasaje y metimos la espadilla, resueltos a jugarnos la partida.

En aquel mismo instante, fuertes rachas de viento llegaron desde el interior de la isla. Una pequeña nube de lluvia se extendía sobre la laguna. El viento amenazaba empujarnos fuera del arrecife y vimos que la «Kon-Tiki» no obedecía a la espadilla con el ángulo suficiente para acertar con el portillo de los arrecifes. Tratamos entonces de encontrar fondo, pero el cabo del ancla no era bastante largo. Debíamos entonces echar mano de los remos, lo más rápidamente posible, antes de que nos dominara el viento. Arriamos la vela y cada uno de nosotros cogió su remo. Quise darle un remo adicional a cada uno de los indígenas, que estaban en ese momento saboreando los cigarrillos con que les habíamos obsequiado. Los indígenas se limitaron a mover enérgicamente la cabeza señalando el paso con aire perplejo. Les hice señas de que todos debíamos remar y repetía las palabras «Que-

remos ir a tierra». Entonces el más adelantado de los dos se agachó y haciendo el ademán de dar vuelta a una manivela, dijo:

—¡Brrrrrrrrrrr...!

No había duda alguna de que indicaba que hiciéramos arrancar el motor. Creían que estaban en la cubierta de un buque tremendamente cargado. Los llevamos a popa y les mostramos entre los troncos que no teníamos hélice ni rueda de paletas. Quedaron mudos de asombro e inmediatamente empuñaron los remos y comenzamos a remar cuatro hombres a cada banda, sentados en los troncos exteriores. Al mismo tiempo el sol se hundía en el mar detrás de la punta y arreciaban las rachas del interior de la isla. Parecía que no nos movíamos ni un centímetro. De pronto los indígenas pusieron cara asustada, saltaron a su canoa y desaparecieron. Cayó la oscuridad y nos encontramos otra vez solos, remando desesperadamente para no ser llevados nuevamente mar afuera.

Al hacerse de noche sobre la isla, vinieron cuatro canoas danzando desde detrás del arrecife y al poco rato teníamos una multitud de polinesios a bordo, todos deseando estrecharnos la mano y obtener cigarrillos. Con tanta gente a bordo, conocedores del lugar, no había peligro. No nos dejarían volver mar afuera, ni perdernos de vista. ¡Esta noche dormiríamos en tierra!

Amarramos rápidamente cabos de la popa de las canoas a la proa de la «Kon-Tiki» y las cuatro fuertes canoas desplegaron en formación en abanico, como un equipo de perros halando un trineo. Knut saltó al bote de caucho y ocupó un puesto entre las canoas, como otro perro de tiro, mientras el resto de nosotros seguía dando febrilmente a los remos, sentados en los troncos exteriores de la «Kon-Tiki». Así se entabló, por primera vez, una lucha contra el viento del este, que habíamos tenido por tanto tiempo y tan a gusto a la espalda.

La oscuridad era profunda hasta que se levantó la luna y con ella un viento fresco. En tierra, los habitantes de la isla habían recogido maleza y encendido una gran hoguera para mostrarnos la dirección del paso a través de los arrecifes. El estruendo de las rompientes nos rodeaba en la oscuridad, como el rugido incesante de una catarata que crecía más y más fuerte cada vez.

No podíamos ver el equipo que nos estaba remolcando en las canoas de proa, pero les oíamos cantar alegres canciones gue-

rreras en polinesio, con toda la fuerza de sus pulmones. Y cada vez que moría el canto, se oía la voz solitaria de Knut entonando canciones del folklore noruego entre el coro de polinesios. Para completar el caos, los de la balsa comenzamos a cantar: «Como soy tan infeliz, tengo un grano en la nariz...» Y todos, blancos y morenos, se aferraban a los remos entre cantos y risas.

Estábamos rebosantes de optimismo. ¡Noventa y siete días! ¡Habíamos llegado a Polinesia! Habría fiesta en la aldea aquella noche. Los indígenas gritaban y resoplaban de entusiasmo. En Angatau no había sino un desembarco al año, cuando la goleta de Tahití venía a recoger copra. Íbamos, pues, a tener fiesta de veras esta noche, alrededor de la hoguera.

Pero el enfurecido viento soplaba porfiadamente. Remamos hasta que nos dolieron todos los miembros. Manteníamos nuestro terreno, pero el fuego de la hoguera no parecía acercarse y el estruendo de la rompiente era el mismo que antes. Gradualmente cesaron todos los cantos; todo fue aquietándose; estábamos exhaustos de tanto remar; el fuego no se movía, parecía solamente danzar arriba y abajo cuando la balsa caía y se levantaba con las olas. Pasaron tres horas y eran ya las nueve de la noche. Fuimos perdiendo terreno lentamente. Estábamos agotados.

Hicimos comprender a los indígenas que necesitábamos mayor ayuda de tierra y ellos nos explicaron que si bien tenían mucha gente en tierra, sólo poseían, en cambio, aquellas cuatro canoas de mar en toda la isla.

Entonces apareció de entre la oscuridad Knut en el bote de caucho. Tenía una idea; él podía ir remando en el botecillo y traer más gente. Bien apretados, en el bote cabían cinco o seis hombres más. Esto era muy arriesgado, porque Knut no conocía el lugar; no podría «sentir» el camino hacia la abertura del arrecife de coral en aquella oscuridad. Entonces propuso llevar consigo al jefe de los indígenas, que podía señalarle la ruta. A mí no me parecía tampoco muy seguro este plan, porque el hombre no tenía experiencia en maniobrar un tosco bote de caucho a través del estrecho y peligroso pasaje, pero le pedí a Knut que trajera al jefe, quien estaba sentado remando en la oscuridad delante de nosotros, a fin de saber su opinión. Era ya un hecho que no podríamos impedir nuestra lenta deriva hacia el mar abierto.

Knut desapareció en la oscuridad para buscar al jefe. Como pasara mucho tiempo y no regresara, le gritamos que viniera, pero no obtuvimos más respuesta que un cacareo en coro de los polinesios que estaban remando en las canoas. Knut había desaparecido en la oscuridad y entonces comprendimos lo que había sucedido. En aquella baraúnda, ruido y alboroto, Knut, interpretando mal mis instrucciones, se había ido con el jefe hasta la costa. Todos nuestros gritos fueron inútiles, por cuanto en aquel momento Knut no sentía sino el estruendo de la barrera de coral, que apagaba todos los otros ruidos.

Tomamos rápidamente una lámpara Morse y un hombre subió al mástil y comenzó a lanzar incesantemente el siguiente mensaje: «Regresa, regresa».

No regresó nadie.

Como ahora nos faltaban dos hombres, contando el que estaba haciendo señales continuamente en el mástil, nuestra deriva iba en aumento y el resto de nosotros estábamos realmente cansados. Tiramos astillas al agua y vimos que nos movíamos, lenta pero seguramente, en dirección contraria. El fuego en la playa se iba achicando y el ruido de los rompientes se apagaba lentamente; y cuanto más nos alejábamos de la pantalla de palmas, más firmemente nos cogía el eterno viento del este. Bien lo conocíamos; ahora era casi como había sido en alta mar. Lentamente, nos fuimos dando cuenta de que toda esperanza estaba perdida. Volvíamos mar adentro. Pero no debíamos aflojar en nuestro esfuerzo, teníamos que poner un freno a la deriva hasta que volviera Knut. Pasaron cinco, diez minutos, media hora; la hoguera era más y más pequeña y de vez en cuando desaparecía, cuando caíamos en un seno de las olas. Los rompientes se oían apenas, como un murmullo distante. En este momento estaba saliendo la luna y podíamos ver la brillantez de su disco tras las copas de las palmeras en la costa, pero el cielo parecía turbio y medio nublado. Los indígenas comenzaron a murmurar y oímos que cambiaban palabras entre ellos. De pronto observamos que una de las canoas había lanzado el remolque al agua y desaparecido. Los hombres de las otras tres canoas estaban cansados y asustados, y ya no tiraban con toda su fuerza. La «Kon-Tiki» volvía a derivar hacia el mar abierto.

Poco después, las tres amarras restantes se aflojaron y las canoas volvieron al costado de la balsa. Uno de los nativos subió, y con un firme movimiento de cabeza dijo quedamente:

—*Iuta* (a tierra).

Miraba con ansiedad la hoguera, que desaparecía por largos períodos y sólo brillaba de cuando en cuando, como en destellos. Ahora estábamos moviéndonos más ligeros. Ya no se oían los rompientes, sólo el mar mugía como de costumbre y todos los cabos a bordo de la «Kon-Tiki» crujían y gemían.

Abastecimos plenamente de cigarrillos a los indígenas y apresuradamente emborroné una nota para que la llevaran a Knut, si lo encontraban. Decía así:

«Toma dos indígenas en una canoa, remolcando el bote. No REGRESES solo en el bote.»

Confiábamos en que los solícitos isleños estuvieran dispuestos a traer con ellos a Knut, si es que creían prudente hacerse a la mar, pues en caso contrario habría sido locura de Knut aventurarse solo entre las olas para alcanzar la balsa fugitiva.

Los indígenas tomaron el pedazo de papel, saltaron a sus canoas y desaparecieron en la noche. Lo último que oímos fue la voz estridente de nuestro primer amigo que, desde las sombras, nos decía cortésmente:

—¡Buenas noches!

Hubo un murmullo de aprobación de parte de los menos hábiles lingüistas y después todo quedó en silencio, tan libres de todo ruido o sonido como cuando flotábamos a dos mil millas de toda tierra.

Era enteramente inútil que nosotros cuatro intentáramos hacer algo con los remos en mar abierto bajo la tremenda presión del viento, pero continuamos enviando nuestras señales desde el mástil.

Ya no osábamos enviar la señal «Regresa»; nos limitábamos a emitir destellos regulares. La oscuridad era absoluta. La luna aparecía sólo ocasionalmente entre las pequeñas aberturas del banco de nubes. Era seguramente el cumulonimbo de Angatau, que estaba suspendido sobre nosotros.

A las diez de la noche perdimos toda esperanza de volver a Knut; nos sentamos en silencio al borde de la balsa y comenzamos a comer unas galletas a la vez que nos turnábamos para

lanzar destellos desde el mástil, el cual parecía una esquelética proyección contra la débil penumbra, sin la vela con la faz de Kon-Tiki.

Decidimos mantener las señales durante toda la noche, puesto que no sabíamos lo que había sido de Knut, ni dónde estaba. Rechazábamos la idea de que hubiera sido cogido por los rompientes; él siempre caía de pie, ya fuera en aguas profundas o en rompientes; estaba vivo, sin duda alguna. Lo único malo era que lo hubiéramos dejado entre polinesios, fuera de todo contacto, en una isla del Pacífico. Era realmente desconsolador que, después de aquel inmenso viaje, todo lo que hubiéramos logrado fuera acercarnos a una remota isla de los mares del Sur, desembarcar un hombre y seguir otra vez adelante. Apenas los primeros polinesios habían subido a bordo sonriendo, y ya habían tenido que escapar sintiéndose cogidos por la incontenible carrera de la «Kon-Tiki» hacia el oeste. Era para darse a todos los diablos. ¡Y aquella noche los cabos crujían de un modo tan horrible! Nadie daba señales de querer dormir.

Eran las diez y media; Bengt estaba bajando del mástil para ser relevado, cuando de pronto todos tuvimos un sobresalto. Habíamos oído claramente voces en el mar, dentro de la impenetrable oscuridad. Allí estaban otra vez; hablaban en polinesio. Gritamos en la negrura de la noche con toda la fuerza de nuestros pulmones. Ellos contestaron y percibimos la voz de Knut entre las otras. Nos volvimos locos de entusiasmo. Desapareció nuestro cansancio; desapareció la inmensa nube. ¿Qué importaba ahora haber perdido Angatau? Había otras islas en el mar. Ahora los nueve grandes troncos de balsa, tan aficionados a viajar, podrían llevarnos donde quisieran, mientras los seis estuviéramos otra vez juntos a bordo.

Tres canoas emergieron de la oscuridad, flotando en la ondeada superficie, y Knut fue el primero que saltó a la querida y vieja «Kon-Tiki», seguido de seis hombres morenos. No había tiempo para explicaciones; los nativos debían recibir obsequios y reemprender su aventurado regreso a la isla. Sin ver ni luz ni tierra alguna, con sólo unas cuantas estrellas por guía, debían encontrar su rumbo remando contra el viento y el mar hasta que volvieran a ver la hoguera. Los recompensamos ampliamente con provisiones y cigarrillos y otros obsequios, y cada uno nos

estrechó la mano con todo su corazón en un último gesto de amigable despedida.

Se veía claramente que sentían ansiedad por nuestra suerte; señalaban hacia el oeste, indicándonos que estábamos arrumbando en dirección a peligrosos arrecifes; el jefe tenía lágrimas en los ojos y me besaba tiernamente en la mejilla, lo que me hizo dar gracias a la Providencia por haberme dejado crecer la barba. Finalmente saltaron a sus canoas y nosotros, los seis camaradas, nos quedamos en la balsa otra vez solos, pero juntos.

Dejamos que la balsa siguiera sola su destino y escuchamos las aventuras de Knut.

Éste había ido de la mejor buena fe hacia tierra con el jefe a bordo del botecito de caucho. El propio jefe estaba sentado a los remos, enfilando la abertura de los arrecifes, cuando con gran sorpresa vio Knut las señales que se le enviaban desde la «Kon-Tiki», ordenándole regresar; trató de explicar al remero su significado para dar vuelta, pero éste se negó a obedecer. Entonces Knut trató de coger los remos, pero el hombre le apartó las manos y no era aquél un lugar apropiado para pelear, junto a los atronadores arrecifes. Pasaron por la abertura de éstos y se encontraron en un segundo al otro lado y siguieron hasta que el botecillo fue llevado por una ola y depositado en un gran bloque de coral en la isla misma. Una multitud de nativos tomaron el bote y lo arrastraron hacia arriba en la playa y Knut se quedó solo bajo los árboles rodeado de un enjambre de isleños que hablaban una jerga desconocida. Hombres morenos de piernas desnudas, mujeres y niños de todas las edades se agolparon a su rededor, tocando el material de su camisa y pantalones. También ellos usaban destrozadas vestimentas europeas, pero no había ni un solo hombre blanco en la isla.

Knut escogió a los más vivarachos y les explicó que deseaba llevarlos en el bote. Entonces se le acercó un hombre alto y gordo que caminaba contoneándose; Knut supuso que era el jefe, porque llevaba en la cabeza una vieja gorra de uniforme y hablaba con voz alta y llena de autoridad. Todos le abrieron paso. Knut le explicó en noruego y en inglés que necesitaba más hombres antes de que el viento se llevara la balsa. El hombre puso una cara radiante, pero no entendió nada y, a pesar de sus vehementes protestas, Knut fue llevado por una multitud en-

tusiasta y chillona hacia el centro de la aldea. Allí fue recibido por una abigarrada mezcolanza de cerdos, perros y lindas muchachas que venían trayendo fruta fresca. Se veía claramente que los nativos se proponían facilitarle una estada de lo más agradable, pero Knut no estaba dispuesto a dejarse seducir. Él pensaba tristemente en la balsa que estaba desapareciendo hacia occidente. Las intenciones de los indígenas eran clarísimas; deseaban ansiosamente nuestra compañía, y además sabían que a bordo de los buques de los blancos hay siempre muchas cosas buenas. Si podían quedarse con Knut en tierra, nosotros seguramente tendríamos que volver en su busca con nuestra extraña embarcación. Ningún barco dejaría un hombre blanco detrás en una isla tan apartada como Angatau.

Después de algunas curiosas experiencias, Knut se escapó y corrió hacia el bote, rodeado de admiradores de ambos sexos; su lenguaje internacional y gesticulaciones no podían ya dejar de ser comprendidos y se dieron cuenta de que quería y debía regresar esa misma noche a su extraña embarcación, la cual parecía tener mucha prisa en seguir hacia el oeste.

Entonces los nativos intentaron un truco; por señas le dieron a entender que el resto de nosotros estaba ya desembarcando al otro lado de la punta. Knut se quedó unos minutos desconcertado, pero en ese momento se oyeron voces en la playa donde mujeres y niños estaban manteniendo vivo el fuego de la hoguera. Las tres canoas habían regresado y los hombres traían la nota para Knut. Éste se encontraba, pues, en situación desesperada; tenía en las manos instrucciones de no hacerse a la mar solo, y los indígenas se negaban rotundamente a acompañarle.

En ese momento se produjo una ruidosa y acalorada discusión entre todos los indígenas. Los que acababan de regresar y que habían visto la balsa comprendían perfectamente que era inútil retener a Knut en la costa con la esperanza de que todos los otros volvieran en su busca. El resultado fue que las promesas y amenazas de Knut en todos los idiomas indujeron a los tripulantes de tres canoas a acompañarle mar afuera en persecución de la «Kon-Tiki». Se hicieron, pues, a la mar en la noche tropical, remolcando el bote de caucho, mientras los nativos permanecían inmóviles junto a la hoguera agonizante, viendo

como sus nuevos y rubios amigos desaparecían tan rápidamente como llegaron.

Knut y sus acompañantes podían ver las lejanas señales luminosas de la balsa cuando las olas levantaban las canoas. Las largas y finas canoas polinesias, reforzadas con afilados flotadores laterales, cortaban el agua como cuchillos, pero a Knut le pareció una eternidad hasta que sintió al fin bajo sus pies los sólidos troncos redondos de la «Kon-Tiki».

—¿Te divertiste en tierra? —le preguntó Torstein.

—¡Oh...! ¡Teníais que ver las muchachas bailando el *hula*! —dijo Knut bromeando.

Dejamos la vela arriada y la espadilla sobre la balsa; los seis nos metimos en la cabina y dormimos como las piedras de la playa de Angatau.

Durante tres días flotamos en el mar sin ver tierra. Estábamos derivando directamente hacia los terribles arrecifes de Takume y Raroia, los cuales, juntos, bloqueaban cuarenta o cincuenta millas de mar abierto enfrente. Hicimos esfuerzos desesperados para dirigir la balsa hacia el norte y escapar así de los peligrosos obstáculos y las cosas parecían estar yendo bien, cuando una noche el vigía entró apresuradamente en la caseta y nos despertó a todos.

El viento había cambiado y nos impelía a dirigirnos de frente a los arrecifes de Takume. Se había puesto a llover y no teníamos visibilidad alguna. El arrecife no podía estar muy lejos. En plena noche celebramos un consejo de guerra. La cuestión era ahora cómo salvar nuestras vidas. Perdida la esperanza de abrirnos paso al norte, debíamos tratar de doblar el extremo sur. Cazamos la vela y guarnimos la espadilla, y principiamos una peligrosa navegación empujados por el inseguro viento del norte. Si volvía a levantarse viento del este antes de haber rebasado el frontón de las cincuenta millas de arrecifes, seríamos arrojados sin remedio contra las rompientes.

Convinimos en todas las medidas a tomar en caso inminente de naufragio. Deberíamos permanecer a bordo de la «Kon-Tiki» a toda costa. No intentaríamos subir al mástil, de donde podíamos ser sacudidos como fruta podrida, pero sí debíamos aferrarnos a los estayes de éste cuando las olas cayeran sobre nosotros. Dejamos el bote de caucho suelto en cubierta y amarramos a él

un pequeño transmisor de radio en su caja impermeable, una reducida cantidad de provisiones, botellas de agua y equipo médico de urgencia. Todo esto sería arrojado a la playa independientemente de nosotros, caso de que pudiéramos franquear sanos y salvos los arrecifes, pero con las manos vacías. A popa de la «Kon-Tiki» amarramos un larguísimo cabo con un flotador, que también sería arrojado a la costa, con objeto de poder halar de la balsa si ésta quedaba encallada en las rocas. Tomadas estas disposiciones, volvimos a acostarnos y dejamos la vigilancia al timonel bajo la lluvia.

Mientras soplaba el viento del norte nos deslizábamos lenta pero seguramente hacia el sur, a lo largo de la muralla de arrecifes de coral emboscados bajo el horizonte. Pero una tarde el viento amainó y, cuando volvió a levantarse, soplaba del este. Según la posición calculada por Erik, estábamos ya tan al sur que cabía la esperanza de poder rebasar el extremo meridional de los arrecifes de Raroia. Trataríamos, pues, de bordearlo y de refugiarnos a sotavento antes de que el viento nos echara contra los otros bancos de coral que venían después. Cuando cerró la noche, cumplimos cien días a bordo.

Ya muy avanzada la noche, me desperté inquieto y nervioso. Había algo raro en el movimiento de las olas. La «Kon-Tiki» no se movía exactamente en la forma acostumbrada. Nos habíamos vuelto sensibles al menor cambio de ritmo en los troncos. Pensé inmediatamente en la succión de alguna costa cercana y estuve continuamente fuera, en cubierta, y arriba en el mástil. Nada se veía sino el mar. Pero no podía conciliar el sueño. Pasaba el tiempo.

Al amanecer, poco antes de las seis, Torstein bajó a toda prisa del mástil y nos dijo que se podía ver enfrente una larga fila de islotes cubiertos de palmeras. Antes que nada, metimos la espadilla para dirigirnos lo más al sur que pudiéramos. Lo que Torstein había visto debía de ser la cadena de diminutas islas de coral que, como un collar de perlas, se extiende detrás de los arrecifes de Raroia. Seguramente nos había cogido una corriente de dirección norte.

A las siete y media apareció una cadena de islotes cubiertos de palmeras a lo largo de todo el horizonte occidental. La más austral quedaba más o menos frente a nuestra proa y, desde allí,

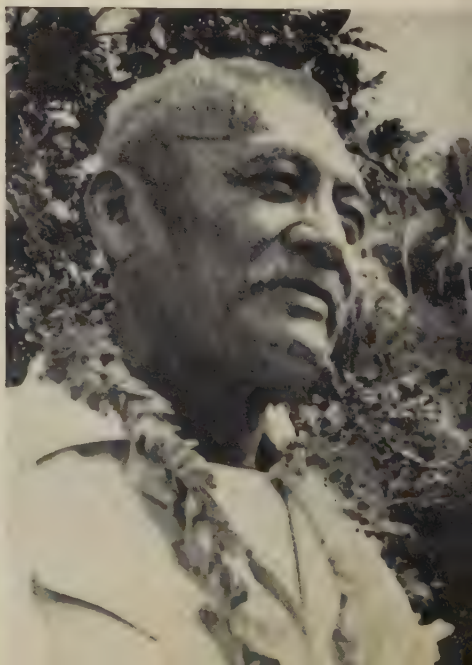
Caos a bordo después de encallar: el mástil roto y la caseta aplastada.

Transportando a la isla los restos del naufragio.

Nuestro primer contacto con los polinesios.

Muchacha polinesia.

Teriieroo.



se podían ver islas y bosquecillos de palmas sobre todo el horizonte de estribor, hasta que desaparecían como puntitos en dirección al norte. La más cercana estaba a cuatro o cinco millas de nosotros.

Una inspección desde el mástil nos mostró que, aun cuando la proa de la «Kon-Tiki» apuntaba hacia el último islote de la cadena, el abatimiento era tan grande que no estábamos avanzando en la dirección a que señalaba nuestra proa, sino que abatíamos diagonalmente y en dirección al arrecife. Con orzas de deriva fijas podríamos haber tenido todavía alguna esperanza de pasar libremente, pero nos estaban siguiendo varios tiburones cerca de la popa, de manera que era imposible meterse debajo de la balsa y ajustar los tablones flojos con cabos nuevos.

Ahora veíamos claramente que no nos quedaban sino unas cuantas horas más a bordo de la «Kon-Tiki». Debíamos aprovecharlas para preparar el inevitable naufragio contra los arrecifes de coral. Se instruyó a cada hombre en lo que tenía que hacer cuando llegara el momento; a cada uno se le fijó su propia y limitada esfera de responsabilidad, para que nada se hiciera atropelladamente y nadie obstruyera el trabajo de los otros cuando llegara la hora en que el valor de cada segundo es inapreciable. La «Kon-Tiki» cabeceaba arriba y abajo, arriba y abajo, mientras el viento nos forzaba inexorablemente hacia delante. No había duda de que allí estaba el torbellino de olas originado por el arrecife; unas avanzaban mientras otras retrocedían después de batir inútilmente la muralla circundante.

Todavía andábamos con toda la vela, en la esperanza de podernos zafar en el último momento. Conforme nos acercábamos, abatiendo de costado, vimos desde el mástil como toda la cadena de islas cubiertas de palmeras estaba conectada con un arrecife de coral, parte sobre el agua y parte bajo la superficie, que se extendía como un dique contra el cual se estrellaban las olas, levantando al cielo turbulentas masas de espuma blanca. El atolón de Raroia tiene forma oval y mide cuarenta kilómetros de diámetro, sin contar los arrecifes adyacentes de Takume. En toda su longitud da cara al mar hacia oriente, de donde veníamos nosotros dando tumbos. El arrecife mismo, extendido sin interrupción de horizonte a horizonte, tiene solamente un paso de algunos centenares de metros y detrás de él hay una

cadena de idílicos islotes rodeando la tranquila laguna interior.

Con los más encontrados sentimientos veíamos el azul del Pacífico brutalmente convertido en un torbellino de espuma frente a nosotros, todo a lo largo del horizonte. Yo sabía lo que nos aguardaba. Había visitado antes el grupo de Tuamotu y había mirado, desde mi seguro puesto en tierra, el imponente espectáculo que se desarrolla hacia oriente cuando el oleaje del Pacífico rompe de súbito contra los arrecifes de coral. Fueron apareciendo gradualmente nuevos arrecifes e islas hacia el sur. Probablemente estábamos frente el centro de la gran muralla coralina.

A bordo de la «Kon-Tiki» se hacían todos los preparativos para el término del viaje. Todo lo que tenía algún valor fue llevado dentro de la caseta y asegurado fuertemente. Los documentos y papeles fueron empaquetados dentro de sacos impermeables, junto con las películas y otras cosas que no resistirían un remojón en agua salada. Toda la caseta de bambú la cubrimos con lonas, y éstas fueron amarradas con cabos sumamente fuertes.

Cuando vimos que había desaparecido la última esperanza, levantamos la cubierta de bambú y cortamos con nuestros machetes los cabos que sostenían las orzas de deriva. Fue faena difícil levantar los tablones, pues estaban cubiertos de una espesa capa de robustas lapas. Con las orzas retiradas, la balsa no tenía más calado que el ancho de los troncos sumergidos y, por consiguiente, seríamos más fácilmente levantados sobre los arrecifes. Sin las orzas y con la vela arriada, quedó la balsa de costado y a merced completa de las olas y del viento.

Amarramos el cabo más largo que teníamos a un ancla improvisada y afirmamos el otro extremo al soporte de babor del palo; así la «Kon-Tiki» entraría en el remolino con la popa avante cuando el ancla fuera lanzada. El ancla consistía en latas de agua vacías que habíamos rellenado con baterías de radio gastadas, chatarra pesada y astillas de mangle que se proyectaban en forma de cruz.

Orden número uno, que fue a la vez la primera y la última: «¡Aferrarse a la balsa!» Sucediera lo que sucediere, debíamos agarrarnos a la balsa y dejar a los nueve grandes troncos que aguantaran la colisión contra el arrecife. Bastante teníamos nosotros

con soportar todo el peso del agua. En caso de saltar al mar, seríamos irremediablemente presa de la tremenda succión que nos lanzaría en uno y otro sentido contra los cortantes arrecifes. El bote de caucho zozobraría con las encrespadas olas o, cargado con el peso de todos nosotros, sería hecho trizas contra las aristas de coral. Pero los troncos de madera, tarde o temprano, serían arrojados a la costa, y nosotros con ellos, con tal que nos mantuviéramos bien agarrados.

En segundo lugar se ordenó a todos los tripulantes que se calzaran los zapatos por primera vez en cien días y tuvieran listos los chalecos salvavidas. Esta última precaución, sin embargo, de poco valía, pues si un hombre caía al agua no iba a morir ahogado, sino destrozado. Tuvimos tiempo también para meternos en el bolsillo nuestros pasaportes y los pocos dólares que nos quedaban. En realidad, no era la falta de tiempo lo que más nos turbaba.

Aquellas horas fueron de terrible ansiedad, durante las cuales íbamos avanzando paso a paso, de costado, contra los arrecifes. Reinaba a bordo una gran calma. Todos íbamos de la caseta a cubierta y viceversa, silenciosos o lacónicos, ocupados en nuestros cometidos. La seriedad de nuestra expresión no dejaba duda de que todos sabíamos lo que nos esperaba y, al mismo tiempo, la falta de nerviosidad demostraba que todos habíamos adquirido gradualmente una inconmovible confianza en la balsa. Si nos había traído a través del mar, nos llevaría también con vida hasta la costa.

Dentro de la caseta había un completo caos de carga y cajas de provisiones, fuertemente aseguradas. A Torstein apenas le quedaba sitio en el rincón, donde mantenía funcionando el transmisor de onda corta. Estábamos ahora a más de cuatro mil millas marinas de nuestra primitiva base del Callao, desde donde la Escuela Naval del Perú había mantenido un constante contacto con nosotros, y más lejos aún de Hal y Frank y los demás aficionados de radio en los Estados Unidos. Pero por una afortunada casualidad, el día anterior nos pusimos en contacto con un inteligente aficionado, que tenía un equipo de radio en Rarotonga, en las islas Cook, y nuestros operadores, contra su costumbre, habían convenido en ponerse en contacto con él a primera hora de la mañana. Durante todo el tiempo que tardamos en acercarnos

más y más al arrecife, Torstein estuvo manipulando la radio y llamando a Rarotonga.

Las anotaciones en el cuaderno de bitácora de la «Kon-Tiki» dicen:

«8,15. Vamos aproximándonos lentamente a tierra. Podemos ver a simple vista los troncos aislados de las palmeras en el interior, por el costado de estribor.

»8,45. El viento ha cambiado en una dirección aún más desfavorable, de manera que no nos queda la menor esperanza de escapar. No hay nerviosidad a bordo, pero sí febriles preparativos en cubierta. Hay algo sobre el arrecife delante de nosotros que parece los restos de un barco de vela, pero quizá no es sino un montón de maderos.

»9,45. El viento nos está llevando directamente hacia la penúltima isla que se ve detrás del arrecife. Ahora el conjunto del banco de coral es visible con toda claridad. Desde aquí parece una muralla pintada con manchas blancas y rojas que apenas sobresale de la superficie, como un cinturón alrededor de todas las islas. A todo lo largo del arrecife se levantan al aire grandes masas de espuma. Bengt está sirviendo una magnífica comida caliente. ¡La última antes de la suprema acción!

»Son los restos de un naufragio lo que se ve sobre el arrecife. Estamos ahora tan cerca que podemos ver la tranquila y brillante laguna detrás de él y los perfiles de otras islas al otro lado de la laguna.»

Apenas se había escrito esto, cuando el sordo estruendo de las olas se acercó otra vez; venía de toda la barrera y llenaba el aire de un trágico redoble de tambores, como preludiando el último acto de la «Kon-Tiki».

«9,50. Ya muy cerca, flotando a lo largo del arrecife. Sólo unos cien metros. Torstein está hablando con el hombre de Rarotonga. Todo listo. Debo cerrar el libro. Todos con la moral muy alta; se presenta difícil, pero ¡venceremos!»

Unos minutos más tarde largamos el ancla y tocó fondo. Como esperábamos, la «Kon-Tiki» viró sobre sí misma y puso su popa hacia los rompientes; nos mantuvo allí durante unos minutos, de inapreciable valor para nosotros, mientras Torstein manipulaba su radio como un loco. Estaba hablando con Rarotonga. Las olas reventaban atronadoramente, lanzando espuma en el

aire, y el mar se levantaba y bajaba con gran furia. Todos los tripulantes estaban trabajando en cubierta, y Torstein había enviado su mensaje. Había dicho que estábamos yendo contra los arrecifes de Raroia y pidió a Rarotonga que estuviera a la escucha cada hora en la misma longitud de onda. Si nosotros permanecíamos en silencio por más de treinta y seis horas, Rarotonga debía hacerlo saber así a la Embajada de Noruega en Wáshington.

Las últimas palabras de Torstein fueron:

«O. K., nos quedan cincuenta metros. Allá vamos. Adiós.»

Entonces cerró la estación, Knut guardó los papeles y ambos salieron a cubierta tan rápidamente como pudieron para juntarse al resto de nosotros, porque se veía a las claras que el ancla estaba cediendo.

Las olas se volvían más y más grandes, con depresiones profundas entre ellas, y sentimos que la balsa era lanzada arriba y abajo, arriba y abajo, cada vez a mayor altura.

Se volvió a dar la orden: «¡Agarrarse; no importa la carga; agarrarse!»

Estábamos ahora tan cerca de la catarata interior, que ya no oíamos el continuo rugido a lo largo de los arrecifes. Ahora sólo percibíamos el estruendo aislado de las olas cada vez que la más cercana se estrellaba contra las rocas.

Todos estaban listos, cada uno prendido al cabo que creía más seguro. Sólo Erik se metió en la caseta en el último momento. Había una parte del programa que aún no había cumplido: no encontraba sus zapatos.

Nadie estaba a popa, pues era allí donde se iba a recibir el primer choque. Tampoco eran seguros los dos estayes que venían desde la parte alta del mástil hasta la popa, porque si el palo caía, podrían quedarse colgando fuera de la balsa sobre el arrecife. Herman, Bengt y Torstein se subieron a unas cajas que habían sido fuertemente amarradas ante el mamparo popel de la caseta, y mientras Herman estaba prendido de los cabos que venían de la cumbre del techo, los otros dos se habían cogido de los cabos que bajaban del mástil y que antes habían servido para izar la vela. Knut y yo escogimos los estayes de proa del palo, porque si el mástil y la caseta y todo lo de a bordo era barrido, pensamos que ese cabo de proa permanecería siempre

dentro de la balsa, ya que ahora las olas nos venían por avante.

Cuando nos dimos cuenta de que las olas ya habían hecho presa de la balsa, cortamos el cabo del ancla y nos quedamos libres. Una ola se levantó debajo de nosotros y sentimos que la «Kon-Tiki» era lanzada al aire. Había llegado el momento supremo; corríamos sobre el lomo de la ola a una velocidad tremenda; nuestra desvencijada balsa crujía y gemía, retemblando bajo nuestros pies. La excitación hacía hervir nuestra sangre. Recuerdo que, no ocurriéndoseme cosa mejor, levanté un brazo y grité: «¡Hurra!», con toda la fuerza de mis pulmones. Esto me producía un cierto alivio y, después de todo, no hacía daño a nadie. Probablemente pensaron los otros que me había vuelto loco, pero todos aprobaron y sonrieron con entusiasmo. Corríamos con las olas que se precipitaban detrás de nosotros. Era el bautismo de fuego de la «Kon-Tiki». ¡Todo saldría bien!

Pero nuestra exaltación se enturbió súbitamente. Una nueva ola creció altísima detrás de nosotros, como una centelleante pared de vidrio verdoso; en el momento en que nos hundíamos, vino enroscándose como una garra gigantesca y en el mismo segundo en que la vi, inmensamente alta sobre mí, sentí un choque violento y quedé sumergido entre torrentes de agua. Sentí la succión en todo mi ser con una fuerza tan inmensa, que tuve que poner todos mis músculos a su máxima tensión y decirme a mí mismo: «¡Agárrate! ¡Agárrate!» Yo creo que en semejantes situaciones de desesperación, cuando el resultado es tan evidente, pueden ser arrancados los brazos antes de que el cerebro consienta en desasirse. Entonces sentí que toda la montaña de agua iba pasando y aflojando de mi cuerpo su garra endemoniada. Cuando toda la montaña había pasado rugiendo después de su ensordecedor estallido, vi a Knut todavía a mi lado, agachado y aferrado a sus cabos. Vista de atrás, la inmensa ola parecía plana y gris; al precipitarse adelante, barrió el techo de la caseta, que emergía del agua, y allí quedaron prendidos los otros tres, aferrados con la misma desesperada energía contra el techo, mientras pasaba la montaña verde.

Estábamos todavía a flote.

En un instante, reaseguré mi posición con brazos y piernas, retorciéndolos en el sólido cabo. Knut se desprendió y con un salto de tigre se juntó a los otros en las cajas, donde la caseta

absorbía la presión. Oí sus voces de ánimo, pero al mismo tiempo vi cómo se levantaba una nueva muralla verde y se acercaba para caernos encima. Les grité previniéndoselo, al mismo tiempo que me encogía y me hacía lo más pequeño posible. En un segundo, todo el infierno estaba otra vez sobre nosotros y la «Kon-Tiki» desaparecía completamente bajo las masas de agua. La ola tiraba y empujaba con toda la fuerza que podía ejercer sobre un pequeño y miserable cuerpo humano. A esta segunda ola siguió una tercera.

En este momento oí un grito de triunfo de Knut, que se había aferrado a la escala de gato:

—¡Mirad la balsa, aguanta!

Después de aquellas tres olas, sólo el doble mástil y la caseta habían sido ligeramente doblados. Tuvimos otra vez una sensación de triunfo sobre los elementos, y el júbilo de la victoria nos dio nuevas fuerzas.

Pero allí atrás venía levantándose una nueva ola, más alta y fiera que las otras, y otra vez les grité advirtiéndoles, al mismo tiempo que trepaba en mi cabo tan alto como pude en mi apresuramiento. Desaparecí de costado dentro de la muralla verde que se levantaba altísima sobre nosotros. Los otros, que estaban delante y me vieron desaparecer, calcularon la altura de la montaña de agua en ocho metros y que la cresta espumante pasaba unos cinco metros sobre la parte verde vidriosa por donde yo había desaparecido. Luego la inmensa ola alcanzó a los demás, y ya no tuvimos todos sino un solo pensamiento: ¡agarrarse, agarrarse, agarrarse!

Esta vez debíamos haber chocado ya contra el arrecife. Yo sentí sólo la tirantez del cabo, que parecía estirarse y aflojarse bruscamente. Pero, desde mi posición, no podía decir si los golpes venían de abajo o de arriba, colgado como estaba. La inmersión entera duró sólo unos segundos, pero demandaba más energía y resistencia de las que habitualmente se tienen en el cuerpo. Hay en el mecanismo humano más reservas de las que residen sólo en los músculos. Yo tenía mi determinación; si había que morir, lo haría en esta posición, como un nudo en el cabo. La ola siguió adelante con un rugido y, cuando hubo pasado, se hizo visible un triste espectáculo: la «Kon-Tiki» había sufrido una total transformación, como al golpe de una vara mágica.

La embarcación que habíamos conocido durante semanas y meses en el mar, ya no era la misma. En unos cuantos segundos, aquel agradable mundo nuestro se había convertido en los despojos de un naufragio.

No vi más que un hombre a bordo además de mí mismo. Estaba pegado al techo de la caseta con los brazos extendidos a ambos lados, y la caseta misma había sido aplastada como un castillo de naipes hacia la popa y costado de estribor. La figura inmóvil era Herman. No había otro signo de vida, mientras tronaba la montaña de agua por encima del arrecife. El brazo de estribor del mástil había sido roto como un fósforo, y la parte superior en su caída había penetrado a través del techo de la caseta en tal forma, que el mástil y toda su jarcia estaban inclinados en un ángulo oblicuo sobre el arrecife, por el costado de estribor. A popa, el lugar donde trabajaba la espadilla había girado en sentido longitudinal, el travesaño estaba roto y la espadilla hecha astillas. Los rompeolas de la proa se habían destrozado como débiles cajas de cigarros y toda la cubierta estaba levantada y arrojada como papel mojado contra el mamparo proel de la caseta, junto con cajas, latas, lonas y toda clase de carga. Por todas partes salían cañas de bambú y cabos, y el efecto general era el del más completo caos.

Sentí correr un escalofrío por todo mi cuerpo. ¿De qué me había servido agarrarme con tal desesperación? Si perdía un solo hombre aquí, a la llegada, todo quedaba perdido y por el momento no había a la vista sino una sola figura humana después del último golpe. En aquel momento apareció la curvada figura de Torstein fuera de la balsa; estaba colgado como un mono de los cabos que pendían de la parte alta del mástil y se las compuso para trepar otra vez a la balsa, donde se abrió paso entre los escombros hasta la caseta. Herman levantó en ese momento la cabeza y me hizo una forzada mueca de aliento, pero no se movió. Yo grité, con la vaga esperanza de localizar a los otros, y oí la tranquila voz de Bengt diciéndome que todos estaban a bordo. Permanecían echados, aferrados a los cabos detrás de la enredada barricada que había formado el duro tejido de lo que fuera cubierta de bambú.

Todo esto había sucedido en el transcurso de unos segundos; la «Kon-Tiki» había salido de la infernal caldera arrastrada por

la resaca, cuando una nueva montaña de agua se vino sobre la balsa. Por última vez grité: «¡Agarraos!», con toda la fuerza de mis pulmones en medio del fragor, y eso fue todo lo que hice. Me aferré a los cabos y desaparecí debajo del agua, que pasó sobre mí en dos o tres segundos interminables. Ya esto era suficiente para mí. Vi los extremos de los troncos golpeando y saltando contra un empinado escalón del arrecife de coral sin que lograran subir sobre él; en seguida volvimos a ser arrastrados por la succión. Vi también a los dos hombres extendidos sobre el techo de la caseta, pero ya nadie volvió a sonreír. Detrás del caos de bambú, oí una calmosa voz que decía: «Esto no marcha».

Yo me sentía igualmente descorazonado. Como la perilla del mástil se inclinaba más y más sobre babor, me encontré de pronto colgado de un cabo flojo fuera de la balsa. Vino la ola siguiente. Cuando hubo pasado, yo estaba muerto de agotamiento y mi solo pensamiento era volver a los troncos y colocarme detrás de la barricada. Al retirarse la resaca, vi por primera vez el rugoso arrecife rojo, desnudo, emboscado debajo de nosotros, y percibí a Torstein de pie, pero agachado, sobre los brillantes corales rojos, asido a un pedazo de cabo que colgaba del mástil. Knut, que estaba a popa, se disponía ya a saltar. Le grité que todos debíamos permanecer en los troncos, y Torstein, que había sido barrido de la balsa por la presión del agua, volvió otra vez a trepar como un gato.

Dos o tres olas más rodaron sobre nosotros con fuerza decreciente y no recuerdo lo que pasó entonces, excepto que el agua parecía hervir fuera y dentro y que yo seguía hundiéndome más y más abajo, hacia el arrecife rojizo sobre el cual íbamos siendo arrojados. Entonces, ya no vi sino crestas de espuma llenas de sal, que se arremolinaban en un torbellino, pero conseguí volver a la balsa, donde todos nos fuimos a la parte posterior de los troncos, que era la que más había montado sobre el arrecife.

Al mismo tiempo, Knut se agachó y saltó al arrecife, cogido al cabo que estaba suelto a popa. Mientras se retiraba la resaca, él vadeó unos treinta metros a la carrera, sentando los pies en terreno firme, con el cabo en la mano, y cuando vino la siguiente ola, llegó hasta él ya muerta y retrocedió desde la parte plana del arrecife en un ancho reflujo.

En ese momento, Erik se arrastró fuera de la maltrecha caseta, calzado con sus zapatos. Como la caseta no había sido barrida al mar por la borda, sino simplemente achatada bajo las lonas, Erik permaneció echado entre las cajas y la carga, y había oído los estampidos de trueno estallar sobre su cabeza, mientras los mamparos de bambú se curvaban hacia dentro.

Bengt había sufrido una ligera contusión cuando cayó el mástil, pero consiguió meterse dentro de la aplastada caseta y se tendió al lado de Erik. Todos debíamos haber hecho lo mismo, de haber sabido con anticipación cuán firmemente resistirían los embates de las olas las incontables amarras y el tejido de bambú adherido a los troncos.

Erik ya estaba listo en el extremo de los troncos y, cuando se retiró la ola, saltó también a tierra. El turno siguiente era de Herman, y luego Bengt. Cada vez era empujada la balsa un poco más y cuando llegó el turno de Torstein y el mío propio, la «Kon-Tiki» estaba ya tan adentro del arrecife, que no había necesidad de abandonarla y nos pusimos a trabajar en el salvamento.

En aquel momento nos encontrábamos a unos veinte metros de aquel endemoniado escalón del arrecife donde se quebraban las olas, unas detrás de otras, en largas líneas de asalto. Los pólipos de coral habían crecido en tal forma, que sólo las crestas de las olas muy altas podían enviarnos una pequeña corriente de agua y pasar a la laguna interior, llena de peces. Aquí dentro estaba el verdadero mundo del coral, exhibiéndose en las más extrañas formas y colores.

A gran distancia, sobre el arrecife, encontraron los otros el bote de caucho, bastante lleno de agua, pero todavía flotando. Lo vaciaron y llevaron al lugar del naufragio, donde lo cargamos hasta el tope con lo más importante del equipo, como el transmisor de radio, provisiones y botellas de agua. Llevamos todo esto hasta un enorme bloque de coral que estaba aislado en el interior del arrecife como un gran meteorito, y en seguida regresamos a la balsa en busca de más carga. No podíamos saber qué nos iba a deparar el mar cuando empezaran las corrientes de la marea.

En el agua poco profunda de la laguna dentro del arrecife, vimos algo que brillaba con el sol. Cuando vadeamos para recoger el objeto, nos encontramos con gran sorpresa con dos latas

vacías de conserva. No era exactamente lo que habíamos esperado encontrar aquí, y nos quedamos más sorprendidos aún cuando vimos que eran nuevas y que tenían la etiqueta de «piña», en los mismos caracteres que las de las nuevas raciones que estábamos probando en nuestro viaje. Eran indudablemente dos de nuestras latas que habíamos tirado al mar después de nuestra última comida a bordo de la «Kon-Tiki». Las habíamos seguido a poca distancia.

Permanecíamos de pie sobre cortantes bloques de coral, mas en el fondo desigual estábamos a veces metidos en el agua hasta el tobillo y otras hasta el pecho, según que pisáramos en las aristas, en el lecho formado por las corrientes o en los canales. Las anémonas y corales daban a todo el arrecife la apariencia de un jardín de rocas cubiertas con musgo y cactos y plantas fosilizadas, rojas y verdes, amarillas y blancas. No había color que no estuviera presente, ya fuera en el coral o en las algas, en los caracoles marinos y conchas o en la variedad de peces fantásticos que nadaban por todas partes. En los canales más profundos había pequeños tiburones de un metro o metro y medio de largo que venían a curiosearnos, pero no teníamos sino que golpear el agua con las manos para espantarlos y mantenerlos a distancia.

Donde habíamos encallado no existían sino pozos de agua y húmedos bancos de coral; más allá se extendía en calma la laguna azul. La marea estaba bajando y a cada momento surgían más corales alrededor de nosotros, a la vez que la turbulenta superficie, que tronaba al otro lado sin interrupción, se iba hundiendo, por así decir, un piso más abajo. No sabíamos lo que pasaría después en el estrecho arrecife, cuando volviera a subir la marea. Era, pues, urgente salir de allí.

El arrecife se extendía como la muralla de una fortaleza semisumergida hacia el norte y hacia el sur. En el extremo sur había una isla larga densamente cubierta con un alto bosque de palmas. Y a unos quinientos o seiscientos metros al norte había otra isla también cubierta de palmeras, pero considerablemente más pequeña; quedaba dentro del arrecife, con las altas copas de sus palmas destacándose sobre el cielo, y tenía una arena blanca como nieve en las playas del lado de la laguna. La isla entera parecía una gran canasta de flores o, tal vez mejor, un concentrado y diminuto paraíso. Escogimos ésta.

Herman estaba junto a mí, radiante con toda su barbada faz. No decía una palabra, solamente extendía la mano y reía quedamente. La «Kon-Tiki» quedaba allá lejos sobre el arrecife, rodeada de la espuma del mar. Era un despojo, pero un despojo honorable. Veíase toda destrozada en su cubierta, pero los nueve troncos de balsa de la selva de Quevedo en el Ecuador estaban intactos como siempre. Ellos nos habían salvado la vida. El mar se llevó una pequeña parte de nuestra carga, pero nada de lo que habíamos acondicionado en la caseta. Nosotros mismos despojamos a la balsa de todo lo que tenía algún valor y lo habíamos puesto a salvo sobre la soleada roca de coral, en la parte interior del arrecife. Desde que salté fuera de la balsa venía echando de menos los peces pilotos nadando frente a nuestra proa. Ahora los grandes troncos de balsa estaban sobre el arrecife, con quince centímetros de agua, y oscuros caracoles de mar evolucionaban debajo de ellos. Los peces pilotos habían desaparecido. Los dorados también se fueron. Sólo había ahora unos chatos peces desconocidos con colores de pavo real y colas romas, que nadaban curiosamente entre los troncos. Habíamos llegado a un mundo nuevo. «Johannes» también abandonara su hueco e indudablemente habría encontrado otro escondrijo.

Eché una última mirada entre los escombros y vi una pequeña palmerita en una canasta achatada. Salía de uno de los ojos de un coco, alta de unos cuarenta y cinco centímetros, y por el otro lado aparecían dos raíces. Fui vadeando hacia la isla con el coco en la mano. Un poco adelante vi a Knut, que iba alegremente llevando bajo el brazo un modelo de la balsa, que había fabricado con gran trabajo durante el viaje. Muy poco después pasamos a Bengt. Era un mayordomo espléndido. Con un gran chichón en la frente y su gran barba goteando agua, caminaba inclinado empujando una caja que danzaba en el agua cada vez que los rompientes dejaban pasar una corriente dentro de la laguna. Levantó orgullosamente la tapa. Era la caja de la cocina; llevaba allí el «Primus» y los utensilios de cocina en perfecto orden.

No olvidaré nunca este camino sobre el arrecife hacia la paradisíaca isla cubierta de palmeras, que iba agrandándose a medida que nos acercábamos. Cuando llegué a la soleada playa, me quité los zapatos y metí los desnudos pies en la arena tibia y seca.

Gozaba con cada marca que dejaban mis pies descalzos en la arena virgen que se extendía hasta el pie de los troncos. A los pocos minutos nos encontramos ya bajo la sombra de las palmeras y fui hasta el centro mismo del pequeño islote. Verdes cocos pendían de los penachos de las palmas y había matorrales totalmente cubiertos de unas flores blancas que exhalaban un perfume tan delicioso, que sentí como si fuera a desvanecerme. En el centro de la isla, dos mansas golondrinas de mar volaron a la altura de mi hombro; eran tan blancas, que parecían arrancadas de una nube. Pequeñas lagartijas huían debajo de mis pies, pero los habitantes más importantes de la isla eran unos cangrejos ermitaños rojos que caminaban pesadamente por todas partes, llevando conchas de caracol del tamaño de un huevo adheridas a la parte blanda trasera.

Me sentía abrumado. Caí de rodillas y metí profundamente mis manos en la seca y caliente arena.

El viaje había terminado. Todos estábamos a salvo. Habíamos encallado en una islilla deshabitada del Mar del Sur. ¡Y qué isla! Torstein llegó, tiró un saco que traía y se tendió de espaldas en la arena mirando las copas de las palmeras y los blancos pájaros que estaban describiendo silenciosos círculos sobre nosotros. En el acto estuvimos los seis echados allí en la arena. Herman, siempre lleno de energía, trepó a un cocotero y bajó un racimo de cocos verdes. Los cortamos con nuestros machetes, como si hubieran sido huevos, y dejamos correr en nuestras gargantas la más deliciosa de las bebidas del mundo: leche dulce y fresca del fruto joven y sin semillas de la palmera. En el arrecife, allá lejos, seguía tronando el monótono tamboreo de los guardianes en las puertas del Edén.

—El purgatorio estaba un poco húmedo —dijo Bengt—, pero el cielo es más o menos como yo me lo había imaginado.

Confortablemente tendidos en el suelo, sonreímos a las blancas nubes que los vientos alisios llevaban siempre hacia occidente. Ya no seguiríamos más a su merced. Ahora estábamos en una isla firme, inmóvil, en Polinesia.

Y mientras yacíamos y nos estirábamos, los rompientes allá fuera seguían con su estruendo como un tren que fuera y viniera, una y otra vez, a lo largo de todo el horizonte.

Bengt tenía razón: esto era el paraíso.

Capítulo VIII

ENTRE LOS POLINESIOS

Una robinsonada — Temor a que vengan a socorrernos — Todos bien, Kon-Tiki — Restos de otros naufragios — Islas deshabitadas — Lucha con anguilas marinas — Los indígenas nos descubren — Espíritus en el arrecife — Emisario al jefe — El jefe nos visita — Kon-Tiki es reconocido — Una gran marea — Viaje terrestre de nuestra embarcación — Sólo cuatro en la isla — Se nos llevan los indígenas — Recepción en el poblado — Antepasados del oriente — Fiesta hula *— Medicina por el aire — Nos convertimos en jefes — Otro naufragio — El «Tamara» salva al «Maoae» — A Tahití — Reunión en el muelle — Una estada regia — Seis guirnaldas*

Nuestra pequeña isla estaba deshabitada. No tardamos en conocer cada grupo de palmeras y cada playa, pues nuestro paraíso apenas tenía doscientos metros de extremo a extremo y su punto culminante estaba a menos de dos metros sobre el nivel de la laguna.

Sobre nuestras cabezas, de las copas de las palmeras, colgaban grandes racimos de cocos verdes, con su gruesa corteza que aísla la leche fresca del sol tropical; no íbamos, pues, a padecer sed durante las primeras semanas. Había también cocos sazonados, un enjambre de cangrejos y toda clase de peces en la laguna. Lo pasaríamos bien.

En el lado norte de la isla encontramos los restos de una vieja cruz de madera sin pintar, casi enterrada en la arena de coral. Desde aquí, y mirando al norte, se divisaba todo el flanco del arrecife, hasta los restos del naufragio que habíamos visto de

cerca cuando veníamos derivando hacia nuestro encalladero. Más al norte aún, a través de una bruma azulada, alcanzamos a ver las copas de las palmeras de otra islilla. La isla situada más al sur era muy frondosa y quedaba más cerca. No se advertían signos de vida en ninguna de ellas, pero por el momento teníamos muchas otras cosas en que pensar.

«Robinsón» Hesselberg llegó cojeando bajo su gran sombrero de paja, con los brazos llenos de cangrejos; Knut hizo fuego con un poco de madera seca y a los pocos minutos teníamos cangrejos y leche de coco con café como postre.

—Se siente uno bien en tierra firme, ¿verdad, muchachos? —dijo Knut, contentísimo.

Él era el único que ya había hecho esta experiencia durante el viaje. Mientras hablaba, dio un traspié y derramó media tetera de agua hirviente sobre los pies de Bengt. Todos nos tambaleábamos algo el primer día de pisar tierra firme después de ciento y un días en la balsa, y de repente dábamos contra los troncos de las palmeras, porque asegurábamos los pies tratando de contrarrestar una ola que no venía.

Cuando Bengt nos entregó nuestros respectivos cubiertos, Erik se sonrió. Recuerdo que después de la última comida a bordo me había inclinado sobre la borda para lavar mis cubiertos como siempre, y que entonces Erik, mirando el arrecife, dijo: «Yo no me tomo la molestia de lavar esto». Cuando encontró sus cosas en la caja de la cocina, estaban tan limpias como las mías.

Después de la comida y de estar un buen rato tendidos en la playa, nos pusimos todos a montar el remojado aparato de radio. Debíamos arreglarlo rápidamente, a fin de que Knut y Torstein pudieran llamar al hombre de Rarotonga, antes de que diera la triste noticia de nuestro fallecimiento.

La mayor parte del equipo de radio había sido ya traído a tierra. Entre las cosas que estaban flotando junto al arrecife, Bengt encontró una caja, a la que echó mano. Un fuerte choque eléctrico le hizo saltar en el aire: no cabía duda de que el contenido pertenecía a la sección de radio. Mientras los operadores destornillaban, acoplaban y armaban, nosotros montamos el campamento.

Entre los escombros del naufragio encontramos la empapada

lona de la vela y la arrastramos a la isla. Allí la pusimos a secar entre dos palmeras, en un claro que miraba hacia la laguna, y aseguramos los otros extremos con cañas de bambú que venían flotando desde el lugar del naufragio. Un espeso seto de floridos matorrales nos dio soporte para la vela, de modo que teníamos techo y tres paredes, además de una magnífica vista sobre la laguna y el perfume de las flores que impregnaba nuestro olfato. Realmente era magnífico estar aquí; todos nos encontrábamos de buen humor y gozábamos de nuestra tranquilidad. Hicimos las camas con hojas de palma, quitando las piedras de coral que asomaban entre la arena y nos molestaban. Antes de que cayera la noche disponíamos ya de un espacioso y cómodo alojamiento; sobre nuestras cabezas veíamos la cara barbuda del viejo Kon-Tiki. Ya no hinchaba el pecho con el viento del este detrás de sí; ahora se estaba quieto, con la espalda vuelta a las estrellas que centelleaban sobre Polinesia.

En la maleza que nos rodeaba estaban colgadas las banderas y nuestros sacos de dormir, además de otros artículos mojados que habíamos puesto a secar sobre la arena. Un día más en esta soleada isla y todo estaría seco. Los telegrafistas tuvieron también que abandonar su tarea, para esperar a que el sol del día siguiente secara el interior del aparato. Tomamos los sacos de dormir y les dimos vuelta del revés, disputándonos a quién pertenecía el más seco. Bengt ganó, pues el suyo no chorreó agua cuando le dio la vuelta. ¡Dios mío, qué bueno era poder dormir!

Cuando despertamos a la mañana siguiente, estaba levantándose el sol. La vela estaba hundida y llena de agua de lluvia, clara como el cristal. Bengt se hizo cargo de esta riqueza; luego se fue cachazudamente hacia la laguna y trajo algunos curiosos peces que atrapó en los canales para el desayuno.

Aquella noche Herman sintió dolores en el cuello y la espalda, en el sitio en que se había lastimado antes de salir de Lima, y Erik tuvo un retorno de su desaparecido lumbago. Por lo demás, todos habíamos salido del viaje sobre el arrecife sorprendentemente bien librados; teníamos tan sólo pequeñas lastimaduras y cortes, con excepción de Bengt, que sufrió un fuerte golpe en la frente cuando cayó el mástil, produciéndole una ligera conmoción. Mi aspecto era singular, pues tenía los brazos y las piernas llenos de cardenales y moraduras, por la presión

que hice contra los cabos. Pero nadie se sentía tan mal como para no tomar un rápido baño en la cristalina laguna antes del desayuno. Era una laguna inmensa. A lo lejos aparecía azul y rizada por el viento alisio, y era tan ancha que apenas podíamos ver entre la bruma las copas azuladas de las palmeras en una cadena de islas que marcaban la curva del atolón en el otro lado. Pero aquí, a sotavento de las islas, los vientos alisios pasaban rozando sobre los penachos de las palmeras haciéndolas balancearse, y la laguna era un espejo inmóvil que reflejaba su belleza. El agua, muy salada, era tan pura y clara, que los abigarrados corales a tres metros de profundidad parecían tan cerca de la superficie que temíamos cortarnos los pies mientras nadábamos. El agua estaba llena de preciosos peces de colores. Era un mundo maravilloso, que invitaba a la aventura. El agua era lo suficientemente fría para refrescarse y el aire era tibio y seco por el sol. Pero hoy no teníamos tiempo para gozar de esto; debíamos regresar a la playa muy pronto, pues Rarotonga podía dar alarmantes noticias si no oía nada de la balsa al término del día.

Puestas sobre trozos de coral, teníamos bobinas y otros accesorios de radio secándose al sol, y Torstein y Knut seguían atornillando y armando. Pasó todo el día y la atmósfera se hizo más y más febril. Todos abandonamos lo que estábamos haciendo y nos apiñamos a la radio con la esperanza de poder ayudar en algo. Debíamos estar en el aire antes de las diez de la noche, porque en ese momento pasaría el límite de las treinta y seis horas, y el aficionado de Rarotonga enviaría llamadas pidiendo aviones y expediciones de socorro.

Pasó el mediodía, pasó la tarde y se puso el sol. ¡Si el hombre de Rarotonga no se precipitara! Las siete, las ocho, las nueve. La tensión era tremenda. El transmisor no daba el menor signo de vida, pero el receptor, un NC-173, comenzó a dejarse oír al principio de su escala y oímos una música muy tenue. Pero aún no en la onda de aficionados. Algo era, sin embargo; quizá se trataba de una bobina húmeda que estaba comenzando a secarse por dentro. El transmisor seguía mudo como una piedra; había cortocircuitos y chispas por todas partes. Quedaba menos de una hora. ¡No íbamos a conseguirlo!

Abandonamos el transmisor grande y probamos con el pe-

queño, el de sabotaje, procedente de la guerra. Habíamos intentado hacerlo trabajar varias veces durante el día, sin resultado alguno. Quizás ahora estaría más seco. Las baterías estaban todas perdidas y le procuramos energía eléctrica dándole vueltas a un generador de mano. Era un trabajo pesado y los cuatro legos en materia de radio nos turnamos todo el día haciendo girar la infernal maquinita.

Las treinta y seis horas habrían pasado muy pronto; recuerdo que alguien susurró: «Siete minutos más; cinco minutos...» Y desde entonces nadie volvió a mirar el reloj. El transmisor estaba tan mudo como antes, pero el receptor iba aumentando su capacidad hacia la onda conveniente. De repente, sonó en la frecuencia del hombre de Rarotonga y oímos que estaba en contacto constante con la estación de Tahití. Al poco rato, escuchamos el siguiente fragmento de mensaje de Rarotonga:

—...Ningún avión de este lado de Samoa. Estoy seguro...

Y aquí se apagó otra vez. Nuestra nerviosidad era intolerable. ¿Qué estarían preparando allá? ¿Habrían comenzado ya a enviar aviones y expediciones de socorro? Lo que sí era seguro es que en todas direcciones estarían cruzando el aire mensajes sobre nosotros.

Los dos operadores trabajaban febrilmente. El sudor les brotaba de la frente con la misma abundancia que a los que estábamos dándole a la manivela del generador. Principió lentamente a surgir energía en la antena del transmisor y Torstein señaló en estado de éxtasis una aguja que se movía lentamente hacia arriba en la escala de un indicador cuando apretaba la llave del Morse. ¡Empezaba a funcionar!

Nosotros dábamos vuelta a la manivela como locos, mientras Torstein llamaba a Rarotonga. Nadie nos oía. Llamamos a Hal y Frank en Los Ángeles, a la Escuela Naval de Lima, pero nadie parecía escucharnos. Entonces Torstein lanzó al éter un mensaje «CQ», es decir, llamada a todas las estaciones del mundo que nos pudieran oír en la onda especial de aficionados.

Esto dio algún resultado. Una voz tenue comenzó a llegar del éter llamándonos lentamente. Volvimos a llamar y le dijimos que lo oíamos. Entonces la voz lenta dijo en el éter:

—Me llamo Paúl, vivo en Colorado. ¿Cómo se llama usted y dónde vive?

Era un aficionado. Torstein cogió el manipulador y mientras nosotros dábamos vuelta a la manivela, contestó:

—Aquí es la «Kon-Tiki»; estamos encallados en una isla desierta del Pacífico.

Paúl no dio ningún crédito al mensaje. Pensó más bien que era un aficionado de la calle contigua que le estaba tomando el pelo y no volvió a contestar. Nos tirábamos de los cabellos, de desesperación. Aquí estábamos, sentados bajo las palmeras en una noche estrellada en una isla desierta, y nadie quería creerlo.

Torstein no se dio por vencido; estaba otra vez manipulando su Morse y diciendo incesantemente: «Todos bien, todos bien, todos bien», pues debíamos detener a toda costa la probable expedición de socorro a través del Pacífico.

Entonces oímos muy bajo en el receptor:

—Si todos están bien, ¿de qué se preocupan?

El éter volvió a quedar en silencio, y eso fue todo.

Podríamos haber saltado en el aire de pura desesperación y sacudido todos los cocos de las palmeras, y Dios sabe lo que habríamos hecho si Rarotonga y el buen Hal no nos hubieran oído súbitamente. Hal lloraba de alegría, decía él, al volver a oír LI-2-B. En un santiamén se desvanecieron todas las preocupaciones. Estábamos otra vez solos y tranquilos en nuestra isla del Mar del Sur, y nos acostamos cansadísimos en las camas de hojas de palmera.

Al día siguiente nos dedicamos al ocio y a gozar de la vida. Unos se bañaban, otros pescaban, otros fueron a explorar el arrecife en busca de especies marinas raras y los más llenos de energía se dedicaron a limpiar el campamento y hacerlo agradable. En la punta que miraba hacia la «Kon-Tiki» excavamos un agujero en el límite de la arboleda, lo cubrimos de hojas y plantamos un coco del Perú con su palmerita. Al lado erigimos un montículo de trozos de coral, frente al lugar donde la «Kon-Tiki» había tocado tierra.

Durante la noche, la «Kon-Tiki» había sido lanzada aún más adentro y estaba casi en lugar seco, salvo unos cuantos pocitos de agua. Había penetrado un gran trecho dentro del arrecife, por entre grandes bloques de coral que la tenían aprisionada.

Después de tostarse en la arena caliente, Erik y Herman es-

taban otra vez en forma y ansiosos de recorrer el arrecife hacia el sur, con la esperanza de llegar a la isla grande que quedaba a ese lado. Los previne más contra las anguilas que contra los tiburones y los dos se armaron de sus machetes, que colgaron de sus cinturones como sables. Yo sabía que los arrecifes de coral eran la guarida habitual de unas grandes y terribles anguilas, que con sus largos dientes venenosos pueden fácilmente arrancar la pierna de un hombre. Acometen con la velocidad del rayo y son el terror de los indígenas, que, en cambio, no tienen miedo de nadar entre tiburones.

Los dos hombres consiguieron vadear un gran trecho del arrecife, pero de vez en cuando había canales que debían pasar o con un salto o a nado. Llegaron sin novedad a la isla y saltaron a la playa. La isla, larga, estrecha y cubierta de palmeras, se extendía bastante hacia el sur entre playas soleadas al cobijo del arrecife. Siguieron andando a lo largo de la isla hasta alcanzar la extremidad sur. Desde allí pudieron ver que el arrecife continuaba en la misma dirección, cubierto de espuma, hasta otras islas más distantes. Encontraron allí los restos de un gran barco de cuatro palos que se había partido en dos; era un viejo velero español que llevaba raíles, los cuales, ya oxidados por el tiempo, estaban esparcidos por todo el arrecife. Regresaron por el otro lado de la isla, pero no encontraron rastro alguno de que jamás hubiera estado habitada.

A su regreso por el arrecife hallaban a cada paso curiosos peces y estaban tratando de pescar algunos, cuando súbitamente fueron atacados por no menos de ocho grandes anguilas. Las vieron venir a través del agua transparente y saltaron sobre un bloque de coral, alrededor del cual se pusieron a dar vueltas los temibles bichos; las viscosas bestias eran gruesas como la pantorrilla de un hombre; tenían manchas negras y verdes como serpientes venenosas, con la cabeza chica, ojos malignos de culebra y dientes de unos tres centímetros de largo, afilados como leznas. Los hombres desenvainaron sus machetes y lograron decapitar a una y herir a otra cuando sacaba la pequeña cabeza serpenteando para atacarlos. La sangre en el mar atrajo un grupo de pequeñas tintoreras que atacaron a la herida y se comieron a la muerta, mientras Erik y Herman lograban saltar a otro bloque de coral y huir a toda prisa.

El mismo día estaba yo vadeando hacia la isla cuando algo, con un movimiento de relámpago, me asió a ambos lados del tobillo y me apretó sin soltarme. Era un pulpo. No era grande, pero la sensación de sus brazos fríos pegados a mi pierna y la mirada de esos ojuelos en el saco rojo azulado que constituye su cuerpo, era horrible. Sacudí el pie con toda mi fuerza y el bicho, que apenas tendría un metro de largo, se mantuvo adherido. Debió ser la venda que tenía en el pie lo que atrajo su atención. Me arrastré a la playa dando saltos con mi desagradable peso colgando del pie. No me soltó hasta llegar al borde de la arena seca, retirándose entonces lentamente en el agua baja, con los tentáculos extendidos y mirándome, como si estuviera listo para un nuevo ataque si así lo quería yo. Le arrojé unos pedazos de coral y desapareció.

Nuestras experiencias en el arrecife no hacían sino sazonar con un poco de pimienta nuestra paradisíaca existencia en la isla. Pero no podíamos pasar aquí el resto de nuestra vida y era ya tiempo de que pensáramos en la forma de regresar al mundo de fuera. Después de una semana, la «Kon-Tiki» se había abierto camino hasta el centro del arrecife, donde estaba reposando sobre terreno seco. Los grandes troncos había logrado pasar rompiendo grandes losas de coral en su esfuerzo para abrirse camino hasta la laguna, pero ahora la balsa estaba inmóvil y fue inútil todo lo que hicimos para moverla empujando y halando. Si hubiéramos podido llevarla hasta la laguna nos habríamos agenciado la manera de reparar el mástil, asegurarlo y dar la vela para navegar dentro de la laguna y explorar el otro lado. De estar habitada alguna de las islas, debía de ser entre las que se veían al este, sobre el horizonte, donde el atolón giraba hacia sotavento.

Pasaban los días.

Luego, una mañana llegaron los muchachos a todo correr con la noticia de que habían visto una vela blanca en la laguna. Desde lo alto de los troncos de palmera podíamos ver una manchita extraordinariamente blanca contra el opalino azul de la laguna. Era evidentemente una vela cerca de tierra en la ribera opuesta. Podíamos ver que estaba dando bordadas. Poco después apareció otra.

Fueron creciendo en tamaño conforme avanzaba la mañana

y se acercaban más hacia nosotros. Venían directamente hacia donde estábamos. Izamos la bandera francesa en una palmera y saludamos con la noruega, atada a una caña. Una de las velas estaba ya tan cerca, que pudimos ver que pertenecía a una canoa polinesia. El aparejo era de un tipo más moderno. Dos figuras morenas estaban de pie a bordo, mirando en nuestra dirección. Los saludamos con la mano, ellos contestaron y se dirigieron directamente a la playa.

—*Ia-ora-na* —les gritamos saludándolos en polinesio.

—*Ia-ora-na* —contestaron en coro, y uno de ellos saltó y tiró de su canoa conforme iba vadeando en el bajo arenoso hacia nosotros.

Los dos vestían ropas de hombre blanco, pero eran morenos de cuerpo. Eran fornidos, tenían las piernas desnudas y usaban sombreros de la región para protegerse del sol. Se aproximaron a nosotros con cierta timidez, pero cuando les sonreímos y les estrechamos la mano, cada uno en su turno, sus radiantes caras nos descubrieron las filas de perlas de sus dientes. Lo cual era más elocuente que todas las palabras.

Nuestro saludo en polinesio les había sorprendido y animado en la misma forma en que fuimos engañados por su paisano de Angatau cuando nos dijo en inglés «buenas noches», y nos soltaron una larga perorata en polinesio, antes de darse cuenta de que su discurso se perdía en el vacío. Luego se quedaron sin saber qué decir, y se limitaron a sonreírnos y a señalar en dirección a la otra canoa que venía aproximándose.

En ésta iban tres hombres y cuando vadearon hasta la costa y nos saludaron, resultó que uno de ellos hablaba algo de francés. Nos dijeron que había un poblado en una de las islas allende la laguna y que desde ella los polinesios habían visto nuestra hoguera varias noches antes. Ahora bien, no había sino un pasaje hacia las islas que rodeaban la laguna de Raroia; este pasaje estaba en la muralla de arrecifes, justamente enfrente de la aldea, de manera que nadie podía penetrar dentro de la laguna sin ser visto por los habitantes del poblado. Por consiguiente, los ancianos del poblado habían llegado a la conclusión de que las luces que veían en el arrecife hacia oriente no podían ser producidas por hombres, sino que se trataba de algo sobrenatural. Esta circunstancia había refrenado sus deseos de ir a cerciorarse con

sus propios ojos de lo que se trataba. Pero entonces, un fragmento de caja había atravesado flotando la laguna, y en él iban pintados unos signos. Dos de los indígenas, que habían estado en Tahití y aprendieron el alfabeto, descifraron la inscripción y leyeron la palabra «Tiki» en grandes letras negras sobre la plancha de madera. Ya no les quedaron dudas de que en el arrecife había espíritus, pues Tiki era el nombre del fundador de su raza, muerto ya hacía mucho tiempo, como sabía todo el mundo. Pero luego fueron llegando a la playa más despojos arrastrados por el mar, como latas de galletas, cigarrillos, cacao y una caja con un zapato viejo. Entonces se dieron cuenta de que había habido un naufragio en el lado oriental del arrecife y el jefe envió las dos canoas para buscar a los sobrevivientes cuyo fuego habían visto en la isla.

Incitados por los otros, el hombre moreno que hablaba francés preguntó por qué razón había en la caja la inscripción «Tiki», y les explicamos entonces que «Kon-Tiki» era el nombre de la embarcación y que todo nuestro equipo y carga llevaba la misma marca. Nuestros nuevos amigos expresaron con grandes voces su admiración y sorpresa al saber que toda la tripulación había sido salvada cuando encalló la balsa, y que aquella achatada embarcación que estaba destrozada en el arrecife era la que habíamos utilizado para hacer el viaje. Querían meternos inmediatamente en las canoas y llevarnos a la aldea. Les dimos cortésmente las gracias, pero rehusamos, ya que no queríamos salir de allí hasta que hubiéramos sacado la «Kon-Tiki» del arrecife. Miraron con sorpresa a la destartalada balsa. ¿Pero es que queríamos poner aquello a flote otra vez? Finalmente, el hombre que hablaba francés dijo enfáticamente que debíamos ir a la aldea con ellos. El jefe había dado órdenes estrictas de no regresar sin nosotros.

Decidimos, pues, que uno de nosotros fuera a entrevistarse con el jefe en calidad de enviado, y que regresara a informarnos sobre las condiciones de la isla. Ni podíamos dejar la balsa en el arrecife, ni abandonar el equipo que teníamos depositado en nuestra islita. Bengt fue con los nativos. Las dos canoas fueron empujadas al agua y desaparecieron rápidamente hacia el oeste con viento en popa.

Al día siguiente, el horizonte parecía un enjambre de velas

blancas. Daba la impresión de que los indígenas venían en nuestra busca con todas las embarcaciones disponibles.

Todo el convoy vino dando bordadas, y cuando estuvieron cerca, vimos a nuestro buen amigo Bengt rodeado de figuras morenas, saludándonos con su sombrero desde la primera canoa. Nos gritó que el jefe en persona venía con él y los cinco formamos respetuosamente en la playa donde debían desembarcar.

Bengt nos presentó al jefe con gran ceremonia. Nos dijo que el nombre de éste era Tepiuraiarii Teriifaatau, pero que también atendía por Teka. Decidimos llamarle Teka.

El jefe Teka era un polinesio alto y delgado, con ojos extraordinariamente inteligentes. Era una persona muy importante, descendiente de una familia real de Tahití, y no sólo era el jefe de las islas de Raroia, sino también de las de Takume. En Tahití había ido a la escuela, de manera que sabía leer y escribir y hablaba francés. Me dijo que la capital de Noruega era Cristianía y me preguntó si conocía a Bing Crosby. Nos dijo también que en los diez últimos años sólo habían llegado a Raroia tres barcos extranjeros, pero que la aldea era visitada varias veces al año por la goleta indígena que venía de Tahití a buscar copra y traer mercancías. Precisamente la estaban esperando ya hacía unas semanas, de manera que podía presentarse en cualquier momento.

Resumiendo, Bengt nos informó de que no había un blanco en todo Raroia y que en la isla no existía escuela ni estación de radio, pero que los ciento veintisiete polinesios del poblado habían hecho todo lo posible para prepararnos una estancia confortable y que se disponían a darnos un gran recibimiento el día de nuestra llegada.

La primera petición del jefe fue ver el barco que nos había depositado sobre el arrecife sanos y salvos. Vadeamos, pues, hacia la «Kon-Tiki», seguidos de una fila de indígenas. Cuando llegamos cerca, se detuvieron de pronto los indígenas y profirieron grandes exclamaciones, hablando todos a la vez. Los troncos de la «Kon-Tiki» estaban enteramente a la vista, y uno de los indígenas exclamó:

—¡Esto no es un barco, sino una *pae pae*!

—*Pae pae!* —repitieron todos a coro.

Se lanzaron chapoteando a todo correr por el arrecife y tre-

paron todos sobre la «Kon-Tiki». La recorrieron de punta a punta, como niños excitados, tocando los troncos, el tejido de bambú y el aparejo. El jefe estaba tan entusiasmado como los demás; regresó hacia nosotros y repitió en tono de interrogación:

—La «Tiki» no es un barco, es una *pae pae*.

Pae pae es una palabra polinesia que significa «balsa» o «plataforma», y en la isla de Pascua es el nombre que se da a las canoas. El jefe nos dijo que tales *pae pae* ya no existían, pero que los más viejos de la aldea podrían relatarnos antiguas tradiciones sobre ellas. Los indígenas rivalizaban en sus gritos de admiración al ver los grandes troncos de balsa, pero fruncieron el ceño ante nuestros cabos. Decían que cabos como ésos no duraban mucho tiempo en el agua salada y el sol, y nos mostraban con orgullo las amarras de sus propias canoas. Las habían tejido ellos mismos con fibras de cocos y estaban como nuevas después de cinco años en el mar.

Cuando vadeamos de regreso a nuestra pequeña isla, ésta fue bautizada con el nombre de «Fenua Kon-Tiki» o isla Kon-Tiki. Era un nombre que todos podíamos pronunciar, al revés de nuestros breves nombres nórdicos, que resultaban impronunciables para nuestros morenos amigos. Se quedaron encantados cuando les dije que podían llamarme Terai Mateata, nombre que me fue impuesto por el gran jefe de Tahití cuando me adoptó como «hijo» la primera vez que estuve en aquellos lugares.

Los isleños sacaron de sus canoas gallinas, huevos y fruta del árbol del pan, mientras otros arponeaban grandes peces en la laguna con unos tridentes, y así tuvimos banquete en el campamento. Tuvimos que contarles todas nuestras aventuras con la *pae pae* en el mar, y no se cansaban de oír una y otra vez la historia del tiburón-ballena. Y cada vez que llegábamos al momento en que Erik le hundió el arpón en la cabeza, lanzaban los mismos gritos de admiración. Reconocían inmediatamente todos los peces cuando les enseñábamos los dibujos que habíamos hecho de ellos, y nos daban sus nombres en polinesio, pero nunca habían oído hablar del tiburón-ballena ni del *Gempylus*.

Por la tarde conectamos la radio, con gran deleite de toda la reunión. La música religiosa era la que más les gustaba, hasta que, con gran sorpresa nuestra, captamos una emisión de autén-

tica música *hula* de los Estados Unidos. Entonces los más vivarachos comenzaron un baile ondulante, curvando los brazos sobre la cabeza, e inmediatamente toda la compañía se esparció moviendo las caderas y bailando al compás de la música. Cuando llegó la noche, todos acamparon alrededor de una hoguera en la playa. Era una gran aventura, tanto para los indígenas como para nosotros mismos.

Cuando nos despertamos al día siguiente, estaban ya todos en pie, friendo pescado recién cogido, y nos tenían preparados seis cocos acabados de abrir para principiar el desayuno.

Aquella mañana los rompientes estaban tronando más fuerte que de ordinario; había arreciado el viento y las olas levantaban grandes masas de espuma al otro lado del arrecife.

—La «Tiki» vendrá hoy a la laguna —dijo el jefe señalando hacia el lugar del encallamiento—. Habrá una marea muy alta.

A eso de las once de la mañana, el agua empezó a fluir dentro de la laguna. Ésta principió a llenarse como un gran estanque y el nivel del agua subió alrededor de toda la isla. Más tarde comenzó el verdadero flujo de la marea; el agua iba inundando escalón tras escalón y el arrecife se hundía más y más debajo de la superficie. Las grandes masas de agua rodaban a ambos lados de la isla. Arrancaban enormes bloques de coral y levantaban extensos bancos de arena que desaparecían después con el viento, mientras otros nuevos se levantaban en sitios diferentes. Llegaban hasta la playa cañas sueltas de bambú arrancadas del naufragio y, de pronto, la «Kon-Tiki» comenzó a moverse. Todo lo que teníamos en la playa fue transportado al centro de la isla, fuera del alcance de la marea. Poco tiempo después ya sólo se veían las rocas más altas del arrecife y todas las playas desaparecieron cuando el agua llegó al borde mismo de la maleza. Era escalofriante. Parecía como si todo el mar nos estuviera invadiendo. La «Kon-Tiki» giró sobre sí misma y flotó por unos minutos hasta que fue cogida por otros bloques de coral.

Los nativos se lanzaron al agua, nadando y vadeando entre los remolinos, hasta que, saltando de banco en banco, llegaron a la balsa. Knut y Erik los siguieron. Teníamos cabos listos en cubierta y cuando la balsa rodó sobre los últimos bloques de

coral y quedó libertada del arrecife, los indígenas saltaron a bordo y trataron de detenerla. No conocían su ingobernable tendencia a dirigirse al oeste; así fueron irremediablemente arrastrados, mientras ella saltaba a regular velocidad por encima del arrecife y adentro de la laguna. Pareció desconcertarse ligeramente al alcanzar aguas tranquilas, como si oteara a su alrededor en busca de futuras posibilidades. Antes de que comenzara a moverse otra vez y descubriera la salida a través de la laguna, los indígenas habían conseguido amarrar el extremo del cabo a una palmera de la isla. Y allí quedó la «Kon-Tiki», amarrada dentro del inmenso remanso. La embarcación que había viajado por mar y tierra, se había abierto paso a través de la barricada hasta entrar en el interior de la laguna de Raroia.

Al son de alegres gritos de guerra, entre los que resaltaba el estribillo *Keke-te-huru-huru*, tiramos de la «Kon-Tiki» en un esfuerzo combinado hasta vararla en la playa de la isla que llevaba su nombre. La marea subió metro y medio sobre el nivel normal del agua en la laguna. Creímos que la isla entera iba a desaparecer ante nuestros ojos.

Las olas, azotadas por el viento, rompían en toda la extensión de la laguna y no pudimos meter gran cosa de nuestro equipo en las estrechas canoas. Los nativos tenían que regresar a su isla apresuradamente, y Bengt y Herman fueron con ellos para ver a un niño que estaba muriéndose en una cabaña de la aldea. El muchacho sufría un absceso en la cabeza y nosotros teníamos penicilina.

Al día siguiente estuvimos solos los cuatro en la isla Kon-Tiki. El viento del este era tan fuerte que los indígenas no podían cruzar la laguna, que estaba tachonada de cortantes formaciones de coral y bancos de arena. La marea, que había bajado un poco, volvió a inundar fieramente la laguna en largos escalones de olas que se sucedían velozmente.

Al día siguiente estuvimos solos los cuatro en la isla Kon- tonces inspeccionar el fondo de la «Kon-Tiki» y cerciorarnos de que los nueve troncos estaban intactos, si bien es cierto que el arrecife había arrancado unos seis centímetros del fondo. Los cabos habían penetrado tan profundamente dentro de la madera, que solamente cuatro de ellos habían sido cortados por los corales. Nos pusimos a limpiar la cubierta. Nuestra orgullosa

embarcación tomó un mejor aspecto cuando hubimos quitado todos los escombros, enderezado la caseta, que parecía un acordeón, y empalmado el mástil poniéndolo derecho.

En el transcurso del día reaparecieron las velas en el horizonte; los indígenas volvían para llevarnos a nosotros y el resto de la carga. Herman y Bengt venían con ellos y nos contaron que se habían preparado grandes festividades en la aldea. Cuando nos íbamos acercando a su isla, fuimos advertidos de que no deberíamos abandonar las canoas hasta que el jefe en persona lo indicara.

Empujados por una fuerte brisa cruzamos la laguna, que tenía aquí siete millas de ancho. Con verdadera tristeza vimos cómo las familiares palmeras de nuestra isla nos decían adiós con el suave movimiento de sus penachos, mientras poco a poco se encogían y esfumaban en la distancia, hasta que la isla entera se convirtió en una manchita indefinible, como las otras del lado oriental. Pero frente a nosotros se iban perfilando otras islas mayores, que crecían por minutos. Y en una de ellas vimos columnas de humo que se levantaban de las cabañas, por entre los troncos de palmera.

El poblado parecía muerto; no se veía ni un alma. ¿Qué se estaba preparando allí? Abajo en la playa, tras un dique de bloques de coral, estaban de pie dos figuras solitarias, una alta y delgada y la otra rechoncha como un barril. Cuando llegamos los saludamos; eran el jefe Teka y el vicejefe Tupuhoe. La amplia y simpática sonrisa de Tupuhoe nos cautivó a todos. Teka era un cerebro brillante y un diplomático, pero Tupuhoe era un puro hijo de la naturaleza y un carácter angelical, con un sentido del humor y una fuerza primitiva, como raras veces es dado encontrar en una misma persona. Con su cuerpo atlético y su fisonomía de rey, era exactamente lo que uno espera encontrar como prototipo de un jefe polinesio. Tupuhoe era el legítimo jefe de la isla, pero Teka había ido adquiriendo gradualmente una posición preponderante, porque sabía hablar francés, contar y escribir, e impedía que la aldea fuera engañada cuando llegaba la goleta de Tahití para recoger la copra.

Teka explicó que debíamos marchar juntos hasta la casa comunal. Cuando todos los muchachos hubieron desembarcado, nos dirigimos allá formados en procesión, Herman delante, sa-

ludando con la bandera puesta en la caña de un arpón, y detrás yo entre los dos jefes.

La aldea ostentaba en verdad huellas de su comercio con Tahití. Se había importado en la goleta tablas y planchas de hierro ondulado. Mientras algunas cabañas eran de un pintoresco estilo antiguo, hechas de ramas y hojas de palmera tejidas, otras estaban armadas con planchas y clavos como pequeños bungalows tropicales. La casa comunal del poblado era un gran edificio de planchas que se levantaba solitario entre las palmeras; allí íbamos a alojarnos los seis blancos. Entramos en ella con la bandera por una pequeña puerta trasera y volvimos a salir por la principal, encontrándonos en una amplia escalinata delante de la fachada. Frente a nosotros, en la plaza, estaba toda la población de la aldea; todos los que podían andar o arrastrarse, mujeres y niños, viejos y jóvenes. Todos estaban impresionantemente serios; aun nuestros entusiastas amigos de la isla de Kon-Tiki estaban de pie y no dieron ninguna señal de habernos reconocido.

Cuando todos estuvimos formados en la escalinata, la asamblea entera abrió simultáneamente sus bocas y rompió a cantar... ¡la Marsellesa! Teka, que sabía la letra, dirigía el canto y lo hacían bastante bien, aparte de algún gallo que algunas mujeres viejas dejaban escapar al atacar las notas altas. Se habían entrenado de firme para esta escena. Las banderas francesa y noruega fueron izadas frente a la escalinata, y con esto el jefe Teka dio por terminada la recepción oficial. Teka se retiró discretamente a un segundo plano y entonces el grueso Tupuhoe se adelantó y se convirtió en el maestro de ceremonias. A una rápida señal suya, toda la asamblea rompió en un nuevo canto. Esta vez salió mejor, porque tanto la música como la letra habían sido compuestas por ellos mismos, y ¡vaya si sabían cantar su propia *hula*! La melodía era tan fascinante en su conmovedora sencillez, con el rugido del mar que les hacía de fondo, que un escalofrío nos recorrió la espalda. Unos pocos individuos dirigían la canción y el coro entero se les juntaba a intervalos regulares. La melodía tenía variaciones, aun cuando las palabras eran las mismas.

«Buenos días, Terai Mateata, a ti y a tus hombres, que habéis venido a través del mar en *pae pae* hasta nosotros en Raroia. Sí,

buenos días, y ojalá permanezcáis largo tiempo entre nosotros y compartáis vuestros recuerdos con nosotros, para que podamos estar siempre juntos aun después de vuestra partida a tierras lejanas. Buenos días.»

Les tuvimos que pedir que cantaran nuevamente la canción y la asamblea se iba animando más y más a medida que iban perdiendo timidez. Cuando terminaron, Tupuhoe me pidió que dirigiera unas palabras al pueblo diciéndole por qué habíamos venido a través del mar en una *pae pae*; todos lo estaban esperando. Tenía que hablar en francés para que Teka tradujera palabra por palabra.

La oscura multitud allí reunida que esperaba mis palabras era, desde luego, inculta, pero de una gran inteligencia natural. Yo les dije que había estado antes entre sus compatriotas en las islas del Pacífico y que allí había oído hablar de su primer jefe Tiki, que había traído con él a sus antepasados a estas islas desde un país misterioso cuyo emplazamiento ya nadie recordaba. Pero que en una tierra distante llamada Perú, había gobernado una vez un jefe poderoso cuyo nombre era Tiki. El pueblo le llamaba entonces Kon-Tiki, o Sol-Tiki, porque él decía que era hijo del sol. Tiki y un cierto número de sus adeptos habían desaparecido un día de su país en grandes *pae paes*; por eso los seis pensamos que debía ser el mismo Tiki que había venido a estas islas y, como nadie creía posible hacer el viaje a través del mar en *pae pae*, nosotros habíamos salido del mismo Perú en *pae pae* y aquí estábamos, demostrando que efectivamente pudo Tiki haber hecho el mismo viaje.

Cuando el pequeño discurso fue traducido por Teka, Tupuhoe era todo fuego y llamas. De un salto se plantó frente a la asamblea en estado de éxtasis. Comenzó a hablar en polinesio, blandiendo sus armas, señalando al cielo y a nosotros y en el torrente de sus palabras repetía constantemente el nombre de Tiki. Hablaba tan rápido que era imposible seguir el hilo de lo que decía, pero toda la audiencia devoraba sus palabras y estaba vivamente excitada. Teka parecía, al contrario, muy confundido cuando tuvo que traducir el discurso.

Tupuhoe había dicho que su padre y su abuelo y los padres de éstos, antes que ellos, habían hablado de Tiki, diciendo que era su primer jefe y que estaba ahora en el cielo. Pero entonces

vinieron los hombres blancos y dijeron que las tradiciones de sus antepasados eran mentiras. Que Tiki nunca había existido, que no estaba en el cielo porque allí estaba Jehová, que Tiki era un dios pagano y que no debían creer más en él. Pero ahora nosotros seis habíamos venido en una *pae pae*. Éramos los primeros blancos que admitíamos que sus padres habían dicho la verdad. Tiki había vivido, había sido un hombre real, pero ahora estaba muerto y en el cielo.

Horrorizado con el pensamiento de haber echado por tierra todo el trabajo de los misioneros, tuve que adelantarme nuevamente y explicar que Tiki había existido, esto era cierto y seguro como también que ahora estaba muerto. Pero que si estaba en el cielo o en el infierno, sólo lo podría saber Jehová, porque Jehová estaba ya en el cielo cuando el mismo Tiki era un hombre mortal, un gran jefe como Teka y Tupuhoe, quizá más grande aún.

Estas palabras produjeron entusiasmo y gran contento entre los morenos y los rumores y movimientos demostraban que mi explicación había caído en buen terreno. Tiki había vivido, esto era lo esencial. Si estaba ahora en el infierno, peor para él. Después de todo, sugirió Tupuhoe, quizás así tengamos mejor oportunidad de verlo otra vez.

Tres viejos se adelantaron y quisieron estrecharnos la mano. No cabía duda de que eran ellos los que habían mantenido viva la memoria de Tiki entre su pueblo, y el jefe nos dijo que uno de los tres conocía una enorme cantidad de tradiciones y de baladas históricas del tiempo de sus antepasados. Le pregunté al viejo si entre sus tradiciones existía alguna que señalara la dirección en que había venido Tiki. No, ninguno de los tres lo había oído. Pero después de larga y cuidadosa reflexión, el más viejo de los tres dijo que Tiki tenía un pariente cercano que trajo consigo y que se llamaba Maui, y que en la balada de Maui se decía que había venido a las islas desde Pura, y *pura* es la palabra que indica la parte del cielo por donde se levanta el sol. Si Maui vino de Pura, dijo el viejo, no hay duda que Tiki vino del mismo sitio. Lo que sí era indudable es que nosotros seis habíamos venido de Pura.

Le dije al viejo que en una isla solitaria cercana a la de Pascua, llamada Mangareva, la población no había aprendido aún

el uso de las canoas y que ahora mismo, en nuestro tiempo, continuaban usando grandes *pae paes* en el mar. Esto no lo sabía el viejo, pero sí sabía que sus antepasados habían usado *pae paes*, las cuales fueron gradualmente cayendo en desuso hasta que no quedaba de ellas sino el nombre y la tradición.

—En tiempos más lejanos las llamaban *rongo-rongo* —dijo el más viejo—, pero ésta es una palabra que ya no existe en nuestra lengua. Pero las leyendas más antiguas hablan de *rongo-rongo*.

Este nombre era interesante, porque *Rongo*, que en ciertas islas se pronuncia *Lono*, era el nombre de uno de los antepasados legendarios mejor conocidos de la Polinesia. Se le describía expresamente como blanco y rubio. Cuando el capitán Cook llegó por primera vez a Hawaii, fue recibido con los brazos abiertos por los isleños, pues pensaron que era su pariente Rongo, quien después de una ausencia de varias generaciones había vuelto de la tierra de sus antepasados en su gran buque de vela. Y en la isla de Pascua, *rongo-rongo* es el nombre de los misteriosos jeroglíficos cuyo secreto se perdió con el último «orejas largas» que sabía leerlos.

Mientras el viejo estaba interesado en hablar de Tiki y *rongo-rongo*, los jóvenes querían oír del tiburón-ballena y el viaje por el mar, pero la comida esperaba y Teka estaba cansado de traducir.

Antes de la comida se permitió a toda la población acercarse y estrechar la mano de cada uno de nosotros; los hombres murmuraban: *ia-orana*, y casi nos dislocaban la mano, mientras que las muchachas, aunque tímidas, venían contoneándose coquetamente a saludarnos, y las viejas parlanchinas señalaban nuestras barbas y el color de nuestra piel, cacareando interminablemente. Era fácil ver la más amistosa expresión en todas las caras, de manera que no tenía importancia la batahola lingüística. Si nos decían algo incomprensible en polinesio, le dábamos la respuesta en noruego, y todos nos divertíamos la mar. La primera palabra nativa que aprendimos fue «gusta»; con esto, no teníamos sino que señalar una cosa y decir la palabra para conseguirla al instante; era sencillísimo. Si uno arrugaba la nariz al mismo tiempo que decía la palabra «gusta», quería decir lo contrario, y sobre esta base lo pasamos divinamente.

Tan pronto como hubimos sido presentados a los ciento vein-

tisiete habitantes de la isla, se extendió una gran mesa para los dos jefes y nosotros seis, y las muchachas del pueblo se acercaron trayendo las más deliciosas viandas. Mientras unas arreglaban la mesa y nos servían, otras venían y nos colgaban del cuello guirnaldas de flores, poniéndonos también pequeñas coronas en la cabeza. Éstas exhalaban un delicado perfume y refrescaban nuestra frente en aquel calor. Así comenzó una fiesta de bienvenida que sólo terminó cuando salimos de la isla, varias semanas después. Los ojos se nos abrían como naranjas y se nos hacía agua la boca cuando mirábamos las mesas cargadas de jugosos cochinillos asados, gallinas, patos asados, langostas frescas, platos polinesios de pescado, fruta del árbol del pan, papayas y leche de coco. Mientras atacábamos las viandas, la fiesta era amenizada con las canciones *hula* que cantaba la multitud y el baile de preciosas muchachas que danzaban alrededor de la mesa.

Los muchachos se reían y se divertían de lo lindo viendo nuestra apariencia, a cual más absurda. ¡Y cómo tragábamos, como si estuviéramos muertos de hambre, con nuestras grandes barbas y las guirnaldas y coronas de flores! Los dos jefes estaban gozando de la vida con tanta alegría como nosotros mismos.

Después de la comida hubo baile *hula* en gran escala. La aldea deseaba mostrarnos sus danzas locales. Se trajeron banquitos para Teka, Tupuhoe y nosotros seis, junto a la orquesta, y entonces avanzaron los guitarristas, se sentaron en cuclillas y comenzaron a tocar genuinas melodías de los mares del Sur. Dos filas de bailarines, hombres y mujeres, con susurrantes faldas de hojas de palmera prendidas a las caderas, avanzaron deslizándose ondulantes por entre el círculo de espectadores que cantaban en cuclillas. Tenían por director de canto un vivaz y animoso *vahine;* era gordo y le faltaba un brazo, arrancado por un tiburón.

Al principio, los bailarines parecían algo teatrales y nerviosos, pero cuando vieron que los hombres blancos de la *pae pae* no fruncían las narices ante las danzas de sus antepasados, el baile se fue animando más y más. Algunos de los viejos entraron también al baile; tenían un espléndido sentido del ritmo y podían bailar danzas que evidentemente ya no eran usuales. Cuando el sol se hundió en el Pacífico, la danza se volvió aún más llena de vida y el aplauso de los espectadores cada vez más espontáneo. Se

habían olvidado de que nosotros fuéramos extranjeros; ahora éramos seis de los suyos que participábamos de la alegría común.

El repertorio era infinito; una exhibición seguía a la otra, cada una más fascinante. Finalmente, un grupo de hombres jóvenes se sentó en cuclillas en un estrecho círculo alrededor nuestro y, a una señal de Tupuhoe, comenzaron a golpear rítmicamente el suelo con la palma de las manos. Primero lentamente, después más rápido, y el ritmo se iba haciendo más perfecto, cuando de pronto se les juntó un tambor para acompañarlos y comenzó a tocar a un compás furioso con dos palillos en un bloque de madera ahuecada que emitía un sonido estridente e intenso. Cuando el ritmo alcanzó el deseado grado de animación, principió el canto, y de repente saltó a la pista una muchacha *hula*, con una guirnalda de flores alrededor del cuello y flores en una oreja. Seguía el compás de la música con los pies desnudos y las rodillas dobladas, ondulando rítmicamente las caderas y encorvando los brazos sobre la cabeza en el más puro estilo polinesio. Bailaba espléndidamente y al poco tiempo toda la concurrencia estaba marcando el compás con las palmas. Saltó una nueva muchacha a la pista, y después otra. Se movían con increíble agilidad en perfecto ritmo, deslizándose una tras otra como tres sombras llenas de gracia. El sordo palmoteo de las manos en el suelo, el canto y el estridente tambor fueron acelerando su compás, y la danza se fue también haciendo más y más salvaje, mientras los espectadores aullaban y aplaudían en ritmo perfecto.

Ésta era la vida tal como se conocía en los viejos días de los mares del Sur. Titilaban las estrellas y ondulaban las palmeras. La noche era suave, apacible y llena del perfume de las flores y el canto de los grillos. Tupuhoe sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—*Maitai?* —me preguntó.

—Sí, *maitai* —le contesté.

—*Maitai?* —les preguntó a los otros.

—*Maitai* —le contestaron todos con entusiasmo, y su respuesta era realmente sincera.

—*Maitai* —dijo Tupuhoe señalándose a sí mismo; también él se divertía.

Aun el mismo Teka pensaba que era una fiesta magnífica y nos dijo que era la primera vez que hombres blancos habían asistido a sus danzas en Raroia.

El redoble del tambor iba en aceleración creciente a la vez que el palmoteo, el canto y el baile. De pronto, una de las bailarinas cesó de dar vueltas alrededor del círculo y se detuvo en un mismo lugar, ondulando las caderas a un ritmo terrible, con los brazos extendidos hacia Herman. Éste se sonrió como un tonto, detrás de sus barbas; no sabía cómo tomarlo.

—Anda, muchacho, no la desaires —le susurré—. Tú eres un buen bailarín.

Y con infinito contento de la multitud, Herman saltó a la pista y medio agachado trató de seguir los difíciles movimientos y ondulaciones de la *hula*. El júbilo era sin límites. En seguida, Bengt y Torstein saltaron a la pista, esforzándose, hasta chorrearles el sudor por la cara, en seguir el compás, que entre tanto fue subiendo a un ritmo frenético y quedó solo el tambor, batiendo en un trémolo prolongado, y las tres verdaderas bailarinas *hula*, temblando como hojas de álamo, hasta que en el final se desplomaron y los redobles terminaron bruscamente.

La noche era nuestra; el entusiasmo no tenía límites.

El siguiente número del programa fue la danza de los pájaros, una de las más antiguas ceremonias de Raroia. Hombres y mujeres, en dos filas, saltaban hacia delante, en una danza rítmica, imitando bandadas de pájaros, guiados por un jefe. El danzarín de cabeza tenía el título de jefe de los pájaros y hacía curiosos movimientos, sin mezclarse con los otros bailarines. Terminada la danza, Tupuhoe explicó que había sido ejecutada en honor de la balsa y que sería repetida, pero que el director del baile debía ser yo.

Como a mí me había parecido que el principal cometido del director del baile era lanzar aullidos salvajes, dar saltos, mover las caderas y curvar los brazos sobre la cabeza, me ajusté bien la corona de flores y entré en la arena. Mientras yo me contorcía en la danza, vi que Tupuhoe se reía hasta casi caerse del banquillo y que la música se iba apagando porque cantores y músicos seguían el ejemplo de Tupuhoe.

En este momento, todo el mundo quería bailar, lo mismo los viejos que los jóvenes, y pronto reaparecieron el tambor y los que

golpeaban el suelo con las manos, marcando el ritmo para una danza desenfrenada. Las muchachas salieron a la pista las primeras e iniciaron el baile a un ritmo que se fue acelerando, hasta un compás salvaje, y entonces todos fuimos invitados a bailar por turno, a la vez que entraban en la pista nuevas parejas de hombres y mujeres, dando golpes con los pies y ondulando las caderas cada vez más rápidamente.

Pero a Erik no había manera de hacerle salir. Las corrientes de aire y la humedad de la balsa habían revivido su desaparecido lumbago y se estaba sentado como un viejo capitán de buque, tieso y barbudo, fumando su pipa. Las invitaciones y arrumacos de las muchachas no le hacían la menor impresión. Llevaba unos pantalones de piel de carnero que solía usar en las noches más frías en la corriente de Humboldt, y con su gran barba y medio cuerpo desnudo, sentado bajo las palmeras, parecía un fiel retrato de Robinsón Crusoe. En vano trataron de tentarlo muchacha tras muchacha, a cuál más preciosa. Seguía sentado gravemente, chupando de su pipa, con la guirnalda de flores sobre la maraña de su pelo.

Pero entonces una matrona gorda y musculosa entró en la arena y ejecutó unos pasos de *hula* más o menos graciosos, dirigiéndose resueltamente a donde estaba Erik. Éste se alarmó, pero la matrona le sonrió, tentadora como una pella de manteca, y tomándole de un brazo con firmeza, lo levantó de su banquito. Los cómicos pantalones de Erik tenían la lana por dentro y la piel afuera, pero en la parte posterior tenían un pequeño desgarro por donde se proyectaba hacia afuera un poco de lana, como el rabo de un conejo. Erik salió de mala gana cojeando, con una mano donde le dolía el lumbago y llevando su pipa en la otra. Cuando trató de dar unos pasos, tuvo que soltar sus pantalones para asegurar la corona de flores, que amenazaba caérsele; pero inmediatamente, con la guirnalda de soslayo, tenía que acudir de nuevo a los pantalones, que le caían por su propio peso. La voluminosa dama que, frente a él, ejecutaba unos pasos de *hula* era tan divertida como él y lágrimas de risa nos corrían por las barbas. Pronto todos los que estaban en el ruedo se detuvieron para contemplar el espectáculo; salvas de carcajadas retumbaban bajo las palmeras al ver a «hula Erik» y aquel peso fuerte femenino ondulando por la pista. Al fin tuvieron que parar por-

que tanto los cantores como los músicos tenían bastante trabajo en tenerse las ijadas.

La fiesta duró hasta bien avanzada la mañana, hora en que se nos concedió una breve pausa de descanso. Entonces tuvimos que estrechar la mano a cada uno de los ciento veintisiete. Durante el tiempo que permanecimos en la isla hicimos lo mismo con toda la población cada mañana y cada noche.

Habían traído seis camas de las otras cabañas y las colocaron lado a lado, a lo largo de la pared en la casa comunal, y aquí dormimos en fila, como los siete enanos del cuento, con perfumadas guirnaldas de flores que colgaban sobre nuestras cabezas.

Al día siguiente, el muchacho de seis años que tenía un absceso en la cabeza parecía haberse agravado; tenía una temperatura de 41 grados y el absceso era del tamaño del puño y palpitaba dolorosamente.

Teka me dijo que habían perdido un buen número de niños en esta forma y que si nosotros no podíamos hacer algo por él moriría probablemente en unos pocos días. Teníamos frascos de penicilina en tabletas del tipo nuevo, pero no sabíamos qué dosis podía resistir un niño, y si el pequeño moría bajo nuestro tratamiento, la cosa podía acarrearnos a todos serias consecuencias.

Knut y Torstein montaron nuevamente su radio y levantaron la antena entre las más altas palmeras. Cuando llegó la noche se puso en contacto con nuestros invisibles amigos Hal y Frank, que estaban en su casa de Los Ángeles. Frank llamó a un médico por teléfono y nosotros le dimos todos los síntomas y una lista de los medios con que contábamos en nuestro botiquín. Frank nos dio la respuesta del doctor y aquella noche fuimos a la pequeña cabaña donde estaba el enfermito, Haumata, delirando con la fiebre y con la mitad del poblado sollozando y metiendo ruido junto a él.

Herman y Knut iban a hacer de médicos, mientras nosotros teníamos más que suficiente con mantener la gente afuera. La madre se puso histérica cuando nos vio con un afilado cuchillo y pedimos agua hervida. Se le afeitó el cabello alrededor del absceso y éste fue abierto. El pus saltó casi hasta el techo y varios indígenas penetraron furiosos en la cabaña y tuvimos que echarlos fuera. Fue un momento grave. Durante dos días y sus noches, en que la fiebre estaba al máximo, el pequeño recibió trata-

miento cada cuatro horas y se mantuvo el absceso abierto. Cada noche consultábamos al doctor de Los Ángeles. Un día, la temperatura del chico cayó súbitamente, el pus fue sustituido por plasma y comenzó a cicatrizar. A poco ya estaba el muchacho pidiéndonos que le enseñáramos fotografías del extraño mundo de los blancos, donde había automóviles y vacas y casas de varios pisos.

Una semana después, Haumata estaba jugando en la playa con los otros niños, llevando en la cabeza una venda que pronto pudo quitarse.

Resuelto felizmente este caso, surgieron dolencias por doquier. Los dolores de muelas y trastornos gastrointestinales estaban en el orden del día y viejos y jóvenes tenían forúnculos en alguna parte. Nosotros enviábamos los pacientes a los doctores Knut y Herman, quienes ordenaban dietas y terminaron por vaciar nuestro botiquín de píldoras, tabletas y pomadas. Algunos fueron curados y ninguno se puso peor, y cuando el botiquín estuvo vacío, prescribimos a las mujeres histéricas una dieta de avena y cacao que surtía efectos maravillosos en ellas.

No habían pasado muchos días de nuestra estancia en la isla, cuando las festividades culminaron en una importante ceremonia. Íbamos a ser adoptados como ciudadanos de Raroia y a recibir nombres polinesios; yo no iba ya a llamarme Terai Mateata; así me podían llamar en Tahití, pero no aquí entre ellos.

Se colocaron seis banquitos para nosotros en el centro de la plaza y toda la población se congregó desde primera hora, para tener buenos sitios en el círculo. Teka se sentó solemnemente entre ellos; él era el jefe, de acuerdo, pero no cuando se celebraban viejas ceremonias locales; en estos casos, Tupuhoe tomaba el mando.

Todos estaban sentados esperando, silenciosos y profundamente serios, mientras se acercaba el corpulento Tupuhoe, lenta y solemnemente, llevando en la mano su pesado y nudoso bastón. Tenía plena conciencia de la solemnidad del momento y los ojos de todos estaban fijos en él a medida que se iba acercando con expresión pensativa.

Tomó su puesto frente a nosotros. No cabía duda, él era el jefe de nacimiento, orador brillante y actor consumado.

Se volvió hacia los jefes cantores, músicos y bailarines, seña-

lándolos sucesivamente con su nudoso bastón y dándoles órdenes breves en tono bajo y mesurado. Luego se volvió hacia nosotros y de pronto abrió desmesuradamente sus grandes ojos hasta que el blanco de éstos brillaba como los dientes en su cara expresiva y morena. Levantó su nudoso bastón y soltó un ininterrumpido torrente de palabras: recitaba antiguos ritos que nadie sino los más viejos entendían, porque los decía en un dialecto ya olvidado.

Luego nos dijo, usando a Teka como intérprete, que el nombre del primer rey que se estableció en la isla era Tikaroa, y que éste había reinado sobre el mismo atolón de norte a sur, de este a oeste y hacia arriba hasta el cielo, por sobre las cabezas de los hombres.

Mientras todo el coro interpretaba la vieja balada del rey Tikaroa, Tupuhoe puso su manaza sobre mi pecho y, volviéndose a la audiencia, dijo que me estaba bautizando con el nombre de Varoa Tikaroa, o sea, el espíritu de Tikaroa. Cuando murió la canción, les tocó su turno a Bengt y Herman; recibieron la obscura manaza en sus pechos y se les bautizó respectivamente con los nombres de Topakino y Tupuhoe-Itetahua. Éstos eran los nombres de dos héroes de los viejos tiempos, que habían luchado con un salvaje monstruo marino, matándolo a la entrada del arrecife de Raroia.

El hombre del tambor dio unos fortísimos redobles, y dos hombres vigorosos vestidos con taparrabos y empuñando una larga lanza en cada mano, avanzaron y principiaron una rápida marcha a paso ligero, con las rodillas levantadas hasta el pecho, las lanzas apuntando hacia arriba y volviendo la cabeza a uno y otro lado. A un nuevo toque del tambor, pegaron un salto en el aire y empezaron con ritmo perfecto una batalla ceremonial en el más puro estilo de ballet. La danza fue breve y rápida, y representaba la lucha de los héroes con el monstruo marino. Después, Torstein fue bautizado con canto y ceremonia; se le llamó Maroake, en honor de un antiguo rey de la presente aldea, y en seguida Erik y Knut recibieron los nombres de Tane-Matarau y Tefaunui, en honor de dos navegantes y héroes del pasado. El largo y monótono recital que acompañó sus nombres fue dicho a tremenda velocidad y en un flujo continuo de palabras, cuya rapidez increíble estaba destinada, a la vez, a impresionar y divertir a la concurrencia.

La ceremonia había terminado. Volvía a haber jefes blancos y barbudos entre los polinesios de Raroia. Dos filas de bailarines, hombres y mujeres, avanzaron vestidos con faldas de paja tejida y con ondulantes coronas de corteza en sus cabezas. Vinieron bailando hasta nosotros y nos transfirieron sus coronas. Nos pusieron en seguida susurrantes faldas de paja en la cintura; y siguió la fiesta.

Una noche, los operadores de radio coronados de flores se pusieron en contacto con el aficionado de Rarotonga, que nos retransmitía un despacho de Tahití. Era un cordial mensaje de bienvenida del gobernador de las colonias francesas del Pacífico.

Siguiendo instrucciones de París, había enviado la goleta «Tamara» para llevarnos a Tahití, ya que así no tendríamos que esperar la incierta llegada del barco cocotero. Tahití era el punto central de las colonias francesas y la única isla que tenía contacto con el mundo en general. Teníamos que ir a Tahití para tomar el vapor del servicio regular y volver a nuestro mundo.

Las festividades continuaban en Raroia. Una noche se escucharon gritos extraños allá fuera en el mar y algunos vigías bajaron de la copa de las palmeras e informaron que había un buque a la entrada de la laguna. Corrimos entre las palmeras hacia el lado de sotavento de la isla y miramos en dirección opuesta a aquella en que habíamos venido. Las rompientes eran mucho menores en este lado, protegido por todo el atolón y el arrecife.

Justamente en el lado exterior de la laguna vimos las luces de un barco. Era una noche clara y estrellada, y pudimos ver el ancho perfil de una goleta de dos palos. ¿Sería éste el buque del gobernador que venía por nosotros? ¿Por qué no entraba?

Los nativos empezaron a ponerse intranquilos. Finalmente, también nosotros nos dimos cuenta de lo que pasaba. El buque escoraba fuertemente y amenazaba con dar vuelta de campana; había encallado en un invisible banco de coral oculto a flor de agua.

Torstein tomó una linterna y lanzó la señal:

—*¿Qué barco?*

—*Maoae* —contestó.

El «Maoae» era la goleta coprera que hacía el tráfico interinsular. Se dirigía a Raroia en busca de copra. Tenía a bordo ca-

pitán y tripulación polinesios, los cuales conocían los arrecifes al revés y al derecho. Mas las corrientes eran traicioneras en la oscuridad. Por fortuna, la goleta había quedado a sotavento y el tiempo estaba en calma. Pero la escora del «Maoae» se acentuaba cada vez más y la tripulación bajó el bote. Se amarraron fuertes cabos a la perilla de los mástiles y los llevaron en el bote a tierra, donde los indígenas aseguraron los otros extremos en troncos de palmera para impedir que la goleta zozobrara. La tripulación, llevando otros cabos, se estacionó frente a la abertura del arrecife en su bote, con la esperanza de poder tirar del «Maoae» cuando el reflujo de la marea saliera de la laguna. La gente de la aldea salió con todas sus canoas y se dispusieron a salvar la carga. Había a bordo noventa toneladas de valiosa copra. Toda la carga fue transportada a la costa en sacos y puesta en tierra seca.

Cuando subió la marea, el «Maoae» seguía encallado, balanceándose y golpeando contra los corales hasta que se le abrió una vía de agua. Al romper el día, estaba escorado en una posición aún más peligrosa sobre el arrecife. La tripulación no podía hacer nada; era inútil tratar de remolcar la pesada goleta de ciento cincuenta toneladas fuera del arrecife con la ayuda de su propio bote y las canoas. Si continuaba en esa posición dándose golpes, se haría pedazos, y si el tiempo cambiaba, sería atraída por la succión y se perdería totalmente al ser arrojada por las olas contra las rocas de coral.

El «Maoae» no tenía radio, pero nosotros sí. Sería imposible que viniera un buque de salvamento desde Tahití antes de que la goleta se convirtiera en un montón de escombros. Pero, por segunda vez en este mes, el arrecife de Raroia iba a perder su presa.

A eso del mediodía, la goleta «Tamara» fue avistada en el horizonte hacia occidente. Había sido enviada para llevarnos de Raroia y los que estaban a bordo no dejaron de sentirse sorprendidos cuando vieron, en lugar de una balsa, los dos mástiles de una gran goleta descansando y dándose golpes contra el arrecife, perdida sin remedio.

A bordo del «Tamara» venía el administrador francés de los grupos de Tuamotu y Tubai, monsieur Frédéric Ahnne, a quien el gobernador había enviado con la goleta desde Tahití para dar-

nos la bienvenida; estaba también a bordo un operador de cine francés y un radiotelegrafista de la misma nacionalidad. El capitán y la tripulación eran polinesios. El mismo Mr. Ahnne había nacido en Tahití de padres franceses y era un espléndido marino. Tomó el mando del buque con el consentimiento del capitán tahitiano, quien estaba encantado de quedar libre de responsabilidad en aquellas aguas peligrosas. Mientras el «Tamara» estaba esquivando miríadas de bancos y arrecifes sumergidos, se tendieron grandes cables entre las dos goletas y míster Ahnne principió sus hábiles y peligrosas evoluciones, a pesar de que la marea amenazaba con arrastrar a los dos buques contra el mismo banco de coral.

Con la pleamar, el «Maoae» salió del arrecife y el «Tamara» lo remolcó hacia aguas más profundas. Pero el agua estaba entrando en el casco del primero y tuvo que ser llevado a toda prisa al agua poco profunda de la laguna. Durante tres días, el «Maoae» quedó frente a la aldea, casi a punto de zozobrar, con todas las bombas trabajando día y noche. Los mejores pescadores de perlas entre nuestros amigos taparon las principales vías de agua con planchas de plomo y clavos, para que el «Maoae» pudiera ser escoltado por el «Tamara» hasta el astillero de Tahití, con las bombas trabajando continuamente.

Cuando el «Maoae» se encontró en condiciones de ser escoltado, Mr. Ahnne maniobró el «Tamara» entre los bajos de coral en la laguna y se dirigió a la isla de Kon-Tiki. Tomó allí la balsa a remolque y puso proa de nuevo hacia el mar abierto, con el «Maoae» siguiéndole lo bastante cerca para que pudiera ser salvada la tripulación si en alta mar las vías de agua ganaban la partida.

Nuestra despedida de Raroia fue más que triste. Cuantos estaban en condiciones de andar o arrastrarse se estuvieron en el desembarcadero tocando y cantando nuestras canciones favoritas, mientras el bote del «Tamara» nos llevaba a bordo.

Tupuhoe destacaba su enorme humanidad en el centro, teniendo de la mano al pequeño Haumata. El niño lloraba y gruesos lagrimones corrían por las mejillas del poderoso jefe. No había nadie con los ojos secos en el embarcadero, pero siguieron con sus cantos y música por mucho tiempo, hasta que el bramido de los rompientes apagó todo otro sonido.

Aquella gente fiel que estaba cantando en el desembarcadero perdía seis amigos. Nosotros, que permanecíamos mudos en la baranda del «Tamara» hasta que el desembarcadero fue tapado por las palmeras y éstas se hundieron en el mar, perdíamos ciento veintisiete. En nuestro interior seguíamos oyendo la extraña y cautivante música:

«... y compartáis vuestros recuerdos con nosotros, para que podamos estar siempre juntos, aun después de vuestra partida a tierras lejanas... Buenos días.»

Cuatro días después surgió Tahití en el horizonte. No como una sarta de perlas con copas de palmeras, sino en forma de dentadas montañas azules levantándose hasta el cielo, con las cumbres ceñidas de jirones de nubes.

A medida que nos aproximábamos, las montañas azules fueron mostrando sus verdes laderas. Verde sobre verde, la lujuriante vegetación tropical parecía rodar sobre las rojizas colinas y acantilados, hasta sumergirse en el fondo de los barrancos y los valles que corren hacia el mar. Cuando la costa se fue acercando, vimos esbeltas palmeras que llenaban todos los valles y bordeaban toda la costa, tras las playas de dorada arena.

Tahití es el producto de un trabajo volcánico de actividad hoy extinguida, y los pólipos de coral han construido un baluarte alrededor, para protegerla de la erosión del mar.

Una mañana muy temprano, enfilamos la abertura del arrecife y entramos en la bahía de Papeete; delante de nosotros se levantaban agudas torres de iglesias y techos rojos medio escondidos entre el follaje de árboles gigantes y copas de palmeras. Papeete es la capital de Tahití, la única ciudad de la Oceanía francesa. Es una ciudad de placer; la sede del gobierno y el centro de todo el tráfico del Pacífico oriental.

Cuando entramos en la bahía, la población de Papeete estaba esperándonos, agolpada como una muralla viva de alegres colores. Las noticias se habían esparcido como el viento y todos querían ver la *pae pae* que había venido desde América.

La «Kon-Tiki» recibió el sitio de honor frente a la explanada que está a lo largo de la playa; nos dio la bienvenida el alcalde de Papeete, y una niñita polinesia nos obsequió con una enorme rueda de flores silvestres tahitianas, en nombre de la sociedad polinesia. En seguida se adelantaron unas muchachas y nos pusieron

collares de olorosas flores blancas como símbolo de bienvenida a Tahití, la perla de los mares del Sur.

Había en particular una cara que yo buscaba entre la multitud: la de mi viejo padre adoptivo en Tahití, el jefe Teriieroo, cabeza de los diecisiete jefes nativos de la isla. No faltaba. Alto y corpulento, tan vivo y lleno de espíritu como en los viejos días, emergió de entre la multitud llamándome «Tera-Mateata» y sonriéndose con todo el ancho de su cara. Se había hecho viejo, pero conservaba la misma figura impresionante y llena de autoridad.

—Has tardado en venir —dijo sonriendo—, pero llegas con buenas noticias. Tu *pae pae* ha traído en verdad el cielo azul *(terai-mateata)* a Tahití, pues ahora sabemos de dónde llegaron nuestros padres.

Hubo una recepción en el palacio del gobernador, un *party* en la Municipalidad y nos llovieron invitaciones de todos los rincones de aquella hospitalaria isla.

Como en los viejos tiempos, Teriieroo nos dio una gran fiesta en su casa del valle del Papeno, que yo conocía tan bien, y como Tahití no era Raroia, se impusieron allí nuevos nombres tahitianos a los que no los tenían, en una nueva ceremonia.

Fueron aquéllos unos días de abandono bajo el sol y las nubes fugitivas. Nos bañábamos en la laguna, subíamos a las montañas y bailábamos la *hula* sobre la hierba, a la sombra de las palmeras. Pasaron los días, después las semanas. Parecía como si fueran a pasar meses antes de que llegara un vapor que nos llevara a la tierra donde nuestros deberes nos reclamaban.

Por fin llegó un mensaje de Noruega diciendo que Lars Christensen había ordenado al vapor de cuatro mil toneladas «Thor I» que fuera de Samoa a Tahití para recoger a los expedicionarios y llevarlos a América.

Una mañana temprano, el vapor noruego se deslizó dentro de la bahía y la «Kon-Tiki» fue halada por un remolcador de la Armada francesa hasta el costado de su gran compatriota, el cual estiró un largo brazo de acero y levantó hasta la cubierta a su pequeño congénere. Sonó la sirena con pitidos estridentes, haciendo repetir su eco en las montañas de la isla. Gente blanca y morena se apretujaba en los muelles de Papeete y llenaba el barco de obsequios de despedida y coronas de flores. Nosotros

permanecimos a la borda, estirando el cuello como jirafas, para que nuestras barbillas pudieran asomar sobre las cada vez más numerosas guirnaldas.

—Si quieres regresar a Tahití —gritó el jefe Teriieroo cuando la sirena sonaba por última vez—, debes tirar una guirnalda sobre la laguna en el momento en que zarpe el vapor.

Se largaron las amarras, comenzó a rugir la máquina y la hélice inició sus remolinos batiendo el agua verde, mientras desatracábamos el costado.

Al poco rato fueron desapareciendo los techos rojos sobre las palmeras y después las palmas mismas fueron esfumándose en el azul de las montañas, que se hundieron poco a poco como sombras en el Pacífico.

Afuera, las olas rompían en el mar azul. Ya no podíamos bajar hasta ellas. Nubes blancas volaban hacia el oeste a merced de los vientos alisios; ya no seguíamos su trayectoria. Ahora estábamos desafiando a la Naturaleza. Íbamos de regreso al siglo veinte, que había quedado tan y tan lejos.

Pero nosotros seis en cubierta, de pie junto a nuestros nueve troncos queridos, sentíamos gratitud por haber salido todos con vida. Y en la laguna de Tahití flotaban, solitarias, seis guirnaldas de flores blancas, yendo y viniendo con las olillas de la playa.

APÉNDICE

Mi teoría de la migración, como tal, no quedó demostrada con el éxito de la expedición de la «Kon-Tiki». Lo que sí probamos es que las embarcaciones de balsa sudamericanas poseen cualidades que hasta ahora habían sido desconocidas por los hombres de ciencia modernos, y que las islas del Pacífico están situadas muy al alcance de las embarcaciones prehistóricas del Perú. Los pueblos primitivos son capaces de hacer travesías inmensas por el mar abierto. En el caso de las migraciones oceánicas, el factor determinante no es la distancia, sino el hecho de que el viento y las corrientes tengan o no el mismo curso general, día y noche, durante todo el año. Los vientos alisios y la corriente ecuatorial van hacia occidente debido a la rotación de la tierra, y ésta no ha cambiado nunca desde que existe el hombre.

ÍNDICE

I. *Una teoría* 5

II. *Nace una expedición* 17

III. *A Sudamérica* 39

IV. *A través del Pacífico. I* 72

V. *A medio camino* 98

VI. *A través del Pacífico. II* 132

VII. *Hacia las islas del Mar del Sur* 174

VIII. *Entre los polinesios* 206

Apéndice 238

Property of
San Mateo
Public
Library

AKU-AKU

El secreto de la isla de Pascua

por

THOR HEYERDAHL

CUANDO Thor Heyerdahl volvió a las islas de los Mares del Sur — ocho años después de su arriesgado viaje en la balsa *Kon-Tiki*, que lo hizo universalmente famoso —, su objetivo era la isla de Pascua, la de las misteriosas estatuas gigantescas que durante siglos los científicos de todo el mundo han considerado un fascinante enigma.

Entre los lugares habitados de la tierra, la isla de Pascua es sin duda el más solitario. Pero, pese a su alejamiento, los nativos habían oído hablar de la expedición de la *Kon-Tiki* y acogieron a Thor Heyerdahl con vivas muestras de entusiasmo cuando levantó sus tiendas en el legendario solar del rey Hotu Matua y empezó las primeras excavaciones que se hayan efectuado en la remota isla.

Al correr de los meses se afirmó la amistad entre los nativos y Heyerdahl, a quien llamaban *señor Kon-Tiki*, y al fin lo iniciaron en sus más secretas tradiciones. Le revelaron cómo sus antepasados lograron esculpir y levantar aquellos colosos de forma humana, de 10 a 12 metros de altura y con un peso de hasta 70 toneladas, y le demostraron que también ellos podían emular la gesta de sus mayores. Thor Heyerdahl es el primer europeo a quien han revelado el secreto de sus cavernas subterráneas y de sus pavorosas reliquias. Esas expediciones por el mundo subterráneo, que por poco cuestan la vida a Heyerdahl, proyectan una nueva luz sobre la cultura y las ideas religiosas de los habitantes de la isla de Pascua.

Aku-aku es la emocionante historia de cómo fueron descifrados los enigmas de la misteriosa isla y, al mismo tiempo, una deliciosa estampa de los nativos tal como son hoy día.

SAN MATEO CITY PUBLIC LIBRARY
3 9047 00104286 6

EL

NACIDO en Larvik (Noruega) en 1914, Thor Heyerdahl desde edad muy temprana se interesó por la zoología, la bacteriología y la química. Tras una sólida formación humanística, profundizó en los estudios de etnología histórica y, terminados los cursos superiores, visitó como investigador las islas Marquesas, en el sur del Pacífico.

Su arriesgada expedición en la balsa «Kon-Tiki», una de las hazañas más famosas de nuestro tiempo, tuvo por objeto corroborar las nuevas teorías de Heyerdahl, que expuso luego en una obra de asombrosa erudición: *Indios americanos en el Pacífico* (1952). En 1953 realizó una expedición a las islas Galápagos y en 1954 visitó Brasil, Perú, Bolivia y Colombia prosiguiendo su brillante contribución a las investigaciones etnográficas, que culminaron en su reciente exploración arqueológica de la isla de Pascua. Si en *La expedición de la Kon-Tiki*, Heyerdahl narró cómo logró descifrar un fascinante enigma histórico, en *Aku-aku (El secreto de la isla de Pascua)* expone descubrimientos decisivos que le permitieron penetrar los secretos, celosamente guardados durante siglos, de la isla más solitaria del mundo.

Recientemente en la balsa de papiro «Ra» ha hecho la travesía desde Egipto hasta América para confirmar otra teoría científica. El relato de esta expedición aparecerá próximamente.

EDITORIAL JUVENTUD
PROVENZA, 101

PUBLIC LIBRARY
SAN MATEO, CA., 94402-1